

Cuentos fantásticos del Romanticismo hispanoamericano

Edición de
José María Martínez

CATEDRA
Letras Hispánicas

Cuentos fantásticos del Romanticismo hispanoamericano

1.ª edición, 2011

Ilustración de cubierta: William Turner, *Paz. Funerales en el mar* (1842)

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 34.835-2011
I.S.B.N.: 978-84-376-2859-2
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice

Introducción[1]

[1] Son numerosas las personas e instituciones que han hecho posible este proyecto, pero quiero agradecer especialmente a los Faculty Research Councils de la Universidad de Texas-Pan American y de su Facultad de Humanidades, y a su Undergraduate Research Initiative las diversas becas que cubrieron la mayor parte de los gastos de esta investigación. Igualmente debo una especial gratitud a Rubén Coronado y al resto del personal de la oficina de préstamo interbibliotecario de dicha universidad, que no han ahorrado ningún esfuerzo para conseguirme el material necesario para esta edición. Y finalmente mi agradecimiento a mi colega Rodrigo Pereyra, coautor de las notas que aparecen al pie de los cuentos, y sin cuya ayuda este libro hubiera tardado mucho más en ver la luz.

Por motivos prácticos, en la redacción de esta Introducción he tratado de seguir el formato recomendado por la Modern Language Association (MLA), con llamadas y referencias parentéticas y una bibliografía reducida a la lista de las obras citadas. De todas formas, no he dejado de tomarme alguna libertad con respecto a ese formato cuando me ha parecido conveniente y la claridad de la exposición no quedaba perjudicada. Por lo mismo, los títulos de cuentos que hayan sido recogidos en la presente antología aparecerán en la introducción marcados con un asterisco (*).

El amplio significado de los términos del título de esta antología *(cuento, fantástico* y *Romanticismo hispanoamericano)* obligan a explicar el empleo que se va a dar aquí a cada uno de ellos y a precisar también que el contenido de este volumen depende en parte de algunas circunstancias editoriales. En cuanto a éstas, la presente recopilación se plantea como un complemento de la selección de cuentos modernistas hispanoamericanos que Dolores Phillipps-López publicó en esta misma colección, selección que abarcaba textos escritos desde 1883 hasta 1922 y que, por razones de cánones literarios, no pudo incluir autores tan representativos como Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937) ni relatos de escritores contemporáneos a los modernistas y encasillados en el realismo, el naturalismo o el premodernismo. Es lo que, a modo de ejemplo, ocurrió con el uruguayo Javier de Viana (1868-1926) o con varios de los integrantes de la generación argentina de 1880, entre ellos, Eduardo Wilde (1844-1913), Miguel Cané (1851-1905) o Lucio V. Mansilla (1831-1913).

A su vez, la suma de estas dos antologías ofrece un panorama que de nuevo complementa y puede ayudar a matizar otras recopilaciones de relatos fantásticos del siglo XIX hispanoamericano como son las de Haydée Flesca (1970), Óscar Hahn (1997 y 1998), José Javier Fuente del Pilar (2003), Lola López Martín (2006), Ana M. Morales (2008) y, en parte, David Roas (2003). El conjunto de todas ellas incluye relatos escritos desde finales del siglo XVIII hasta la primera década del XX y por autores adscritos tradicionalmente al Romanticismo, al Realismo y al Modernismo. Esta presencia de lo fantástico durante el XIX tiene su origen literario en el Romanticismo, pero su persistencia a lo largo de todo el siglo se

explica porque sus implicaciones conectan con inquietudes profundamente humanas y le llevan a trascender escuelas literarias y clasificaciones demasiado restrictivas. Así como la actitud romántica sobrepasa las fronteras del Romanticismo exclusivamente literario, lo fantástico no es sólo propio de un momento cultural específico, sino más bien una actitud vinculada a las posibilidades de la literatura para crear mundos autónomos y exponer los términos en que cada autor entiende sus relaciones metafísicas y gnoseológicas con el mundo posterior a la Ilustración. Por ello, lo fantástico aparece y reaparece más o menos transformado o más o menos evolucionado en todos los momentos posteriores al Romanticismo. Así pues, lo romántico va a entenderse aquí más en su acepción de actitud vital que en la de escuela o estilo literarios, y por ello esta antología hay que entenderla mejor como una selección de relatos fantásticos escritos en Hispanoamérica en el siglo XIX por autores considerados románticos, pero también por otros apellidados realistas, naturalistas o premodernistas. Como dice Tobin Siebers, «lo romántico y lo fantástico están demasiado íntimamente unidos para poder dividirlos, ni aún con el objeto de analizarlos» (15). Y es que todos esos momentos, en mayor o menor grado, dan cabida en su obra a ese mundo sobrenatural y a-lógico que el estrecho racionalismo de la Ilustración había tratado de aniquilar pero que el romanticismo rescató para siempre y acabó convirtiendo en una característica de toda manifestación cultural posterior a él[2].

---

[2] Algunos estudios y antologías recientes, como las de Morales (2008) y Jaime (2006), para los casos de México y Argentina, y de otros como el trabajo de Ana Casas (2009) o las selecciones de Alan E. Smith (Pérez Galdós, 1997), Juan Molina Porras (2006) y David Roas y Ana Casas (2008), acerca del caso español, dejan bien claro que los relatos fantásticos son también una constante de autores y momentos canónicamente realistas, incluso en momentos donde ese realismo ha ido unido a un compromiso político. La propia antología de Phillipps-López incluía un texto de Baldomero Lillo, un autor considerado realista o naturalista en función de *Sub terra* (1904), su libro más conocido. Acerca de la persistencia del espíritu romántico en la cultura occidental posterior a sus años como escuela, véanse por ejemplo los trabajos de Broch y Hauser citados en la bibliografía. Para Hauser, el Romanticismo sería una de esas corrientes o tendencias que se han convertido en un permanente factor del desarrollo del arte (Hauser, 111).

En cuanto al tipo de relatos incluidos aquí, hay que recordar que el término 'cuento' tiene en todo el siglo XIX y hasta comienzos del XX un significado polisémico que le hace equivalente de otros como 'cuadro', 'leyenda', 'escena', 'tradición', 'relato' e, incluso, 'novela', principalmente porque, como él, suelen estar anclados el origen oral y folclórico de la narrativa breve[3]. Por su lado, el XIX ve nacer también las primeras formulaciones teóricas del cuento literario como género distinto e independiente, sobre todo a partir de la difusión de la obra de Edgard Allan Poe y de sus comentarios críticos de 1842 a los *Twice-Told Tales* de Nathaniel Hawthorne. Aunque en Hispanoamérica la influencia de Poe no está documentada hasta finales de los 60 (Englekirk, 486), y el género como tal no va a quedar consagrado sino con la obra y teorías de Horacio Quiroga (1878-1937), es cierto también que el siglo XIX ve un progresivo refinamiento y consolidación de dicho género, sobre todo a partir de los escritores realistas. Éstos habrían sido los principales responsables de la verdadera autonomía del cuento literario con respecto al resto de la narrativa breve romántica al haberlo liberado de la carga historicista y haberlo acercado al mundo cotidiano de autores y lectores (Oviedo, 1995, 18).

En cierto sentido, el conjunto de la narrativa breve decimonónica es entonces heterogéneo, pues incluye subgéneros

---

3 Acerca de esta relación de la narrativa breve con su génesis oral sigue siendo iluminador el excelente trabajo de Luis Beltrán Almería (1995). Esa oralidad de estos relatos rebosa especialmente en las tradiciones, leyendas y cuentos folclóricos, pero deja su huella también en muchos cuentos o invenciones propiamente literarios, como lo ejemplifica el marco narrativo conversacional en que se ubican muchos de ellos (por ej., «Coincidencias»*, de Juana Manuela Gorriti). En cuanto a su origen propiamente libresco, para el cuento fantástico hispanoamericano se han propuesto también los relatos maravillosos o fantasiosos intercalados en las crónicas de la conquista o de la Colonia (Arambel-Guiñazú, I, 131). Algunos de los recogidos aquí, como «El valle del diablo»* o «Don Lorenzo de Moraga, el emplazado»*, son una buena muestra de esa reelaboración romántica de lo fantástico colonial.

como el cuento folclórico, la leyenda, la tradición y el cuento literario, que a posteriori la crítica y los manuales han acabado clasificando en apartados independientes. Pero, desde otro punto de vista —el que más me interesa recordar—, es también un ente homogéneo, pues todos ellos tienen ese último origen en la oralidad y el folclore. Igualmente, todos ellos van a dar cabida a anécdotas de tipo fantástico y su inherente brevedad les va a hacer compartir una gran cantidad de recursos técnicos y contenidos argumentales y semánticos comunes. Por esta razón y por la forma como entiendo el concepto de literatura fantástica, este volumen va a incluir anuncios de lo que será el cuento propiamente literario («El ruiseñor y el artista»*), leyendas al estilo romántico («La fiebre amarilla»*), tradiciones que siguen el modelo de las de Ricardo Palma («La esquina del muerto»*), relatos con una sólida carga costumbrista o naturalista («La vencedura»*) y anuncios de lo que serán los cuentos líricos o crónicas del Modernismo («El baile de las sombras»*)[4].

---

[4] Tampoco quiero obviar las diferencias reales que se dan entre esos subgéneros, y que comentaré al final de la introducción. Ahora simplemente me interesa insistir en sus convergencias para entender unificados tanto el conjunto de la narrativa breve del siglo XIX como sus textualizaciones de lo fantástico. El marco oral con que Guillermo Prieto introduce la tradición titulada «El arroyo del muerto y la cruz del sombrero» es una muestra de los matices que pueden diferenciar a estos subgéneros narrativos, en concreto al cuento folclórico fantástico de la tradición con pretensiones historicistas: «Cuando una voz extemporánea, dijo: —Un cuento, un cuento. —Es una vergüenza: ¿se divierten ustedes con relaciones de vestiglos y de brujas?... —Sí, sí, nos divertimos, queremos un cuento. —Tu primero. (...) / —Señores, yo no recuerdo ninguno. —Pues invéntalo. —Allá va, no será cuento, porque efectivamente no tengo ninguno en la memoria; pero ¿ustedes quieren una tradición? —Venga. —Será de mi tierra» (Tola, 34-35).

Añado también que este volumen no incluye ninguna tradición fantástica o cuasi fantástica de Ricardo Palma pues el autor peruano cuenta en esta misma colección ya con una amplia antología a cargo de Carlos Villanes (Palma, 1994). Por otro lado, tengo mis reservas hacia su cultivo de lo puramente fantástico, y creo más bien que sus tradiciones entrarían mejor en lo que ha dado en llamarse extraño, maravilloso-religioso, etc. Como ejemplos pueden servir las piezas incluidas en Portals, 2008 («El alacrán de Fray Gómez», «El alma de Fray Venancio», «El cigarrero de Huacho» o «El encapuchado») ya que todas ellas, a mi juicio, serían «de orientación fantástica», como reza el título de la compilación, pero no

Para justificar esta selección recuerdo algunos textos que confirman esa convergencia semántica de las etiquetas referidas a la narrativa breve del siglo XIX. El primero es el de Julio F. Sandoval, que en su presentación a la primera edición de las *Tradiciones cuzqueñas*, de Clorinda Matto de Turner (1884), entendía estas tradiciones como integrantes del mismo género que los relatos de Hoffmann, a quien suele considerarse el iniciador del cuento fantástico moderno. Afirmaba Sandoval que, pese a sus semejanzas, las tradiciones de Matto de Turner contaban con una fuerte impronta historicista, que las singularizaba frente a las tradiciones «castizas» de Palma, las «amaneradas» de Amunátegui o las «fantásticas» de Hoffmann (Matto de Turner, 1917, I, 5). Cabe recordar también el título de *Tradiciones y leyendas mexicanas* que Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza dieron a las narraciones en verso que publicaron en 1885, y a las que no aplicaron (o no pudieron aplicar) ningún criterio que las dividiese en los dos subgéneros propuestos en el título. Como recuerda Olea Franco, en ambos lados del Atlántico se utiliza el sintagma *tradiciones y leyendas* sin afán diferenciador y «para designar el disímil conjunto de relatos en verso o en prosa provenientes del acervo popular de una cultura» (77). Por su lado, Miguel Cané, en «El canto de la Sirena»*, afirma de nuevo la equivalencia o proximidad entre leyenda y tradición, y también destaca la base mimética o historicista que va a hermanar estas variantes narrativas con el cuento fantástico literario:

> (...) en el fondo de toda leyenda, de toda tradición hay siempre una base invariable de verdad. La leyenda es como la madre tierra: quita las capas de arcilla, greda y aun calcárea y encontrarás la base granítica. El espíritu humano, que vive del universo, no puede crear más de lo que existe[5].

---

propiamente fantásticas. Más adelante explico mi concepción de lo fantástico.

[5] Como es de esperar, estos ejemplos espigados de relatos fantásticos del XIX hispanoamericano tienen su correspondencia con el caso español, quizá con la excepción del término *tradición*, tan ligado a las narraciones de Ricardo Palma y su difusión posterior, especialmente en América. Los relatos fantásticos del Romanticismo peninsular son designados «en ocasiones como

Asimismo, Francisco Tosta García, en «La esquina del muerto»*, apunta a esa misma convergencia cuando después de haber incluido ese relato en sus *Leyendas de la Conquista*, asegura que lo que va a narrar en él es una «historia, leyenda o cuento» con la que explicar el origen del nombre de una calle de Caracas.

Se trata en definitiva de mostrar que el término *cuento* aplicado al relato corto decimonónico ha de entenderse necesariamente en sentido amplio, en la práctica equivalente a un heterogéneo tipo de narraciones breves que combina en grados diferentes su ascendencia oral y su elaboración libresca o literaria. En otras palabras, el marbete *cuentos* de la presente antología va a referirse a formas narrativas que hoy pueden verse como subgéneros diferentes, pero que los lectores y narradores del XIX entendieron más en su semejanza que en sus diferencias[6]. Como también reivindicaba Monserrat Trancón Lagunas en su antología:

> Todos los relatos breves en los que irrumpa lo sobrenatural y se altere en consecuencia el orden lógico establecido por la razón, pueden considerarse como cuentos fantásticos, independientemente de la fuente legendaria, popular o de cualquiera otro tipo de la que procedan (1999, 16).

Entre las analogías que comparten los tres tipos de relatos interesa destacar la de su historicismo real o pretendido. Éste puede ser más verídico en las tradiciones y las leyendas, y más

---

cuentos fantásticos, pero también se aplica este nombre a las historias de este tipo escritas en verso. Igualmente se utiliza el calificativo de 'cuentos de vieja', 'consejas', 'tradiciones de brujas', 'cuentos de lugar', 'historias heredadas', y 'cuentos populares' (...) Al lado de esta terminología encontramos también la de 'leyendas', 'baladas' 'historias fantásticas' (...) Los cuentos fantásticos son designados también como 'novelas maravillosas' en los artículos de crítica literaria publicados en la prensa» (Trancón, 1993, 95). Para más ejemplos latinoamericanos, véase también Juana Martínez (229 y ss.)

[6] Otras antologías (por ej., Morales, 2008) han preferido englobar este tipo de narraciones bajo el término de *relatos*. Aunque en cierta manera es más general y menos reductor que el de *cuentos*, el término también puede aplicarse a la novela y por tanto contener un tipo de ambigüedad semejante al elegido en mi caso.

intencional y artificial en los cuentos literarios, pero en los tres casos funciona como uno de los recursos retóricos claves para aumentar la credibilidad y la verosimilitud de la anécdota, sea ésta fantástica o no. Ricardo Palma insistía en esa fundacional historicidad del subgénero narrativo de la tradición al definir esta modalidad narrativa como «una de las formas que puede revestir la historia; pero sin los escollos de ésta», pues «sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionalista tiene que ser poeta y soñador» (Matto de Turner, 1954, 10). Lo mismo afirmaba el chileno Enrique del Solar, en la advertencia introductoria a sus *Leyendas y tradiciones* (1875) cuando aseguraba que sus relatos —*leyendas* los llamaba en este caso— no se presentaban «como una obra histórica, aunque no hay una sola de ellas cuyo argumento no sea tomado de la historia o de tradiciones más o menos conocidas de nuestra sociedad» (3)[7]. Finalmente, otros relatos recogidos en este volumen y que podemos considerar más cuentos literarios que tradiciones o leyendas («El matrimonio desigual»*, de Vicente Riva Palacio, «Alucinación»*, de Lucio V. Mansilla) van igualmente a elaborar un discurso inicial o un marco narrativo historicista para asentar la credibilidad del narrador. Aunque resulta difícil determinar con exactitud hasta qué punto esta historicidad del cuento literario fantástico tiene su explicación en el interés del Romanticismo por la Historia, me parece que tal coincidencia no debe ser considerada irrelevante, y en cualquier caso, de nuevo, al lector del XIX le serviría más para acercar el cuento a la tradición y a la leyenda que para alejarlo de ellas. En otras palabras, el componente mimético y realista que suele formar parte de los relatos fantásticos, puede verse en su finalidad como un recurso de verosimilitud, pero al considerarlo en su origen histórico parece llevarnos de nuevo al

---

[7] Y continuaba: «Por lo que hace a nuestro trabajo, debemos decir que difiere con mucho de los que han emprendido el señor Palma en el Perú y don Miguel Luis de Amunátegui en Chile. Ambos escritores, el primero, sobre todo, sigue la historia con más o menos fidelidad; nosotros al contrario, sólo basamos nuestra narración en el hecho capital, dando libre rienda a la fantasía en cuanto a los incidentes y detalles que sirven para el desarrollo de la fábula» (Del Solar, 3).

Romanticismo y así insistir en la idea de que el discurso fantástico occidental sólo pudo darse en un contexto cultural e ideológico posterior y refractario a la Ilustración.

La literatura fantástica

En cuanto al concepto de literatura fantástica hay que decir que sigue siendo también ambiguo, incluso en nuestros días. Así, la crítica literaria anglosajona (Rabkin, Hume, Cornwell, etc.) tiende a incluir en lo fantástico las representaciones textuales de mundos que en forma más o menos acusada aparezcan total o parcialmente como ajenos y distintos al mundo cotidiano e histórico representado en las ficciones mimético-realistas. Este ámbito, que a menudo recibe también el marbete de literatura maravillosa, agruparía subgéneros como la novela gótica, la ciencia-ficción, la *ghost story* o los cuentos de hadas. Por su lado, la crítica europea continental, y también la hispánica, suele tomar como principal referencia el seminal trabajo de Tzvetan Todorov (1970) y asignar a la literatura fantástica una categorización propia y autónoma, equivalente a lo que los anglosajones llamarían *low fantasy,* y distinta tanto de la maravillosa o *high fantasy* como de la realista.

El trabajo de Todorov, que contó con algunos antecedentes con formulaciones relativamente próximas (por ej., Caillois, 1966), presenta algunas limitaciones evidentes, como son su confinamiento de lo fantástico a la literatura del XIX, su extraño y obviamente fallido pronóstico de que lo fantástico desaparecería con las explicaciones del psicoanálisis, su frágil división entre los «temas del tú» y los «temas del yo» o la identificación de lo fantástico con el momento intradiegético de la duda. Pero, al mismo tiempo, no son menos útiles algunos de sus hallazgos, especialmente su distinción entre lo maravilloso, lo extraño y lo fantástico, la relevancia de la metalectura en la recepción del texto o la necesidad de una lectura literal y no alegórica del mismo. Entre ellos, la distinción entre lo maravilloso, lo fantástico y lo extraño sigue siendo realmente operativa, y por ello uno de los criterios que ha guiado la selección de la presente antología.

Simplificando un poco, la literatura maravillosa sería aquella que representase mundos cerrados y distintos al cotidiano e histórico del realismo; ese mundo se regiría por leyes propias, diferentes o superpuestas a las naturales y admitirían como ordinarios seres y acontecimientos que no tendrían cabida en el mundo realista (hadas, ogros, vampiros, discontinuidades temporales o espaciales, etc.). En ellos, la magia o los poderes sobrenaturales se encargarían de explicar las relaciones de secuencialidad que unirían a los acontecimientos de la anécdota. Ejemplos como «La Cenicienta», de Charles Perrault, o *El señor de los anillos,* de J. R. R. Tolkien, serían algunas de las muestras más conocidas. Por su lado, la categoría de lo extraño la constituirían aquellos relatos con acontecimientos inusuales en el mundo realista, pero que finalmente, en el propio relato, obtienen una explicación lógica o racional. El relato «El nahual», del mexicano Manuel J. Othón (1858-1906), podría servir de ejemplo en este caso[8]. Finalmente, lo fantástico puro lo constituirían aquellos relatos donde el mundo realista aloja un acontecimiento o unos seres cuya realidad no puede quedar explicada por las leyes conocidas o asumidas como normales y normativas de ese mundo, el cual queda por consiguiente cuestionado en su solidez y unicidad. Como ejemplos de relatos incluidos en este volumen «La estatua de bronce»*, de Juan Vicente Camacho, y «El ruiseñor y el artista»*, de Eduardo Ladislao Holmberg, fundamentan lo extraordinario de su anécdota en la ruptura de la ley que en el mundo realista establece una frontera opaca e impermeable entre la vida y el arte, entre las acciones y seres reales y sus representaciones plásticas. Al fracturarse esa ley, la consistencia del mundo que la alberga queda igualmente desestabilizada por la posible intrusión de leyes procedentes de un mundo con un diferente paradigma de realidad.

El trabajo de Todorov provocó a su vez un interés por el estudio teórico de lo fantástico y una serie de estudios que confirmaron o corrigieron esas propuestas, o también lo analizaron desde un punto de vista diferente y complementario, como fueron las

---

[8] En él, la incertidumbre creada por la posible metamorfosis de un zorro en un enigmático anciano queda al final reducida a un fenómeno explicable mediante las leyes del mundo realista.

incursiones psicoanalíticas de Irene Bessière o el enfoque sociológico de Rosemary Jackson (1981). Meritorias son también las recuperaciones y estudios que en el ámbito hispánico del siglo XIX han llevado a cabo Óscar Hahn (1997, 1998), David Roas (2001, 2006), Lola López Martín (2006) o Monserrat Trancón (1993, 2000). Junto a ellos, contamos con otro grupo de trabajos dedicados sobre todo al funcionamiento interno del discurso fantástico (Campra, Herrero, Sramek), a la evolución y transformaciones históricas de éste (Erdal, König, Ceserani, Alazraki), y también a sus peculiares implicaciones filosófico-literarias, pues es claro que la representación lingüística de fenómenos que se entienden como imposibles en el mundo histórico conlleva una ingente problemática relacionada con la referencialidad del lenguaje o las especificidades de la recepción de este tipo de discurso (Erdal, Bozzetto, Reizs, Martínez 2004, etc.).

Una de las primeras y quizá más importantes matizaciones que se hicieron a la propuesta de Todorov fue la de Ana María Barrenechea (1972), quien enfatizaba sobre todo el carácter problemático de la anécdota. Como Barrenechea, yo entiendo también que el relato fantástico es ante todo el planteamiento de un problema gnoseológico para los personajes y/o narradores ubicados en un plano homólogo al del lector histórico. Como he tratado de explicar en otro lugar (Martínez, 2009), la anécdota fantástica se plantea como una ecuación en la que se dan varios términos que permiten relacionar secuencialmente diferentes momentos de la historia, pero al mismo tiempo se ocultan u omiten otros cuya ausencia imposibilita la reconstrucción de esa secuencialidad de forma completa y unívoca. En general, lo problemático surge de la ruptura o suspensión de alguna ley metafísica o natural y, por tanto, de la creación de un vacío cognoscitivo en el lector y en los personajes homólogos, que así se sitúan a un nivel infrasciente con relación a los acontecimientos de ese relato[9]. Recojo dos ejemplos de

[9] En general, los narradores de estos relatos tienden a situarse también en ese mismo nivel infrasciente del personaje o del lector, bien lo hagan desde una voz narrativa heterodiegética u homodiegética, es decir, como narradores terciopersonales, o bien como testigos y/o protagonistas del

narraciones de la presente antología que exponen claramente la naturaleza gnoseológica del conflicto. Así, cuando en «Lanchitas»* los personajes han visitado la casa donde el protagonista afirma haber presenciado el acontecimiento extraordinario y haber recogido todas las pruebas pertinentes, pueden hacerse la pregunta que implícita o explícitamente se halla presente en todos los relatos fantásticos:

—Pero ¿cómo se explica usted lo acaecido?[10].

La pregunta, obviamente, se queda sin respuesta posible, pues los indicios que aseguran que el protagonista estuvo dentro de la casa deshabitada y pudo tener una experiencia sobrenatural poseen el mismo peso que los que indican lo contrario. La imposibilidad de dar a esa pregunta una respuesta basada en las leyes realistas que rigen el resto de los momentos de la anécdota es el conflicto clave de este tipo de relatos.

El segundo ejemplo, idéntico en el fondo, es el de una de las «Coincidencias», de Juana M. Gorriti, la titulada «Yerbas y alfileres»*. En ella, al final del relato se plantean dos posibles respuestas igualmente válidas (o inválidas) para la pregunta correspondiente. Una de las respuestas seguiría las leyes realistas o científicas de la medicina y la otra apelaría a las soluciones extracientíficas o sobrenaturales de la brujería. Y aunque en este caso cada personaje se decide por una de ellas, el texto y la voz narrativa permanecen mudos y no dan una solución unívoca al lector, que no puede reconstruir la se-

---

acontecimiento extraordinario. Es muy difícil que un relato fantástico acepte un narrador suprasciente —y, de hecho, no recuerdo ningún caso—, ya que esto supondría la posibilidad de descifrar la ecuación y con ello la conversión de lo fantástico en algo meramente extraño o en un enfoque irónico de la anécdota.

[10] La pregunta del personaje infrasciente de «Ridder y el pisapapeles», de Julio Ramón Ribeyro, es sólo una versión de esa misma que se hacían los personajes de «Lanchitas»* («—Pero, ¿cómo vino [el pisapapeles] a parar aquí?»; Ribeyro, 281). Obviamente no hace falta que este tipo de preguntas aparezcan explícitas en el relato, pero sí que sea la pregunta que el lector puede hacer al texto y que ni éste ni su mundo histórico y referencial pueden responder.

cuencialidad exacta de la anécdota por no poder decidir cuál de los dos caminos ha sido el de la curación del enfermo. De nuevo, pues, aunque a veces haya un personaje que pueda dar respuesta al enigma, la clave sigue siendo que el conjunto de las hipótesis no permitan una solución unívoca y que el lector implícito o pretendido del relato no pueda llegar por ello a ninguna conclusión[11].

Como puede verse, este tipo de relatos se caracteriza esencialmente por la existencia de un vacío referencial que en el texto se convierte en vacío narratológico, es decir en la imposibilidad de reconstruir de forma íntegra y lógica la secuencialidad de todos y cada uno de los momentos de la anécdota. En concreto, este vacío narratológico es uno de los elementos claves que puede servir para definir con objetividad lo fantástico frente a los demás discursos de representación literaria. Pues mientras en los relatos realistas, maravillosos o extraños, los vacíos narratológicos son opcionales o se refieren a experiencias conocidas o asumidas por el lector, en la narración fantástica, esos vacíos se presentan como obligatorios y en general insalvables para los personajes, para la o las voces narrativas y para los lectores. En cierto grado ese vacío coincide con lo que Gerald Prince llamó *the unnarratable* (2-3), con la diferencia principal de que la categoría de Prince, por referirse sobre todo a la literatura realista, daba cabida a lo que potencialmente podría acabar apareciendo en la narración. Por el contrario, en la literatura fantástica, esos vacíos narrativos corresponden a algo que no cuenta con ninguna realidad referencial conocida y, por tanto, es un tipo de vacío estructuralmente necesario y obligatorio (Martínez, 2009).

Otra de las descripciones eficaces en la definición de lo fantástico es la que propone Ana María Morales cuando, frente a la disputa sobre la definición de lo fantástico como

---

[11] Otro ejemplo semejante es el que se trasluce en «El matrimonio desigual»*, de Vicente Riva Palacio, donde el narrador queda igualmente sumido en la imposibilidad de decidirse por una sola respuesta: «apenas pude dormir pensando si habría algo de verdad en aquella historia, *si eran dos locos o eran un loco y una mártir*» (cursivas mías).

género, subgénero, categoría, etc., postula que realmente se trata de un modo de articular una narración en la que se enfrentan dos distintos paradigmas de realidad (Morales, 2004)[12]. Aunque me parece que a veces peca de inmanentista por atribuir a los textos una última ausencia referencial, su descripción enfatiza apropiadamente la relativa recurrencia e incluso rigidez de la sintaxis del relato, es decir, de la forma de ordenar y organizar sus componentes narrativos internos. Si, como suele afirmarse, el relato fantástico narra el acontecimiento de algo inesperado e inexplicable en un mundo realista, la dinámica propia de una diégesis de este tipo va a llevar al narrador a un interés por insistir en la veracidad e historicidad de su anécdota, mediante recursos como las referencias a hechos históricos o personajes reales, o la narración de la anécdota por un narrador autobiográfico o autodiegético. De la misma forma, se tratará de enfatizar la materialidad del mundo realista, la reacción de asombro de los personajes infrascientes y la concatenación de los hechos en un *crescendo* que suele acabar en el clímax y coincidir con el momento de irrupción de lo extraordinario en el mundo histórico. Sobre ese esquema general y aplicable a lo que según Todorov podríamos llamar lo fantástico puro, se irían superponiendo otros elementos de orden semántico, ideológico, simbólico, etc., que serían más flexibles y ricos, e irían cambiando con el paso del tiempo y la cosmovisión de cada época. Así, si lo fantástico del Romanticismo habría que entenderlo originalmente como una reacción frente al sistema racionalista de la Ilustración; lo fantástico del Modernismo se entendería más bien frente a las coordenadas del positivismo o el cientifismo finisecular, y en la actualidad tendríamos lo que ha dado en llamarse neofantástico, que se identifica mejor con los postulados deconstructivistas de la posmodernidad.

---

[12] Personalmente me inclino por entender la literatura fantástica como un subgénero narrativo, ya que la organización macrosintáctica de su diégesis, su semiótica interna y el nivel de la enunciación presentan un nivel de recurrencia tan pronunciado como el que se ha visto en otros subgéneros análogos, sean éstos la picaresca, la novela pastoril o la misma novela gótica.

Otros dos componentes clave que pueden ayudar a identificar un relato como fantástico y que no siempre han recibido la atención merecida son su componente «hiperrealista» y las especificidades de su recepción. En cuanto a lo primero, la importancia de ese hiperrealismo ha quedado normalmente oscurecida por el contenido subversivo o contestatario de este tipo de narraciones que tratan de cuestionar la solidez del mundo realista e histórico. Esta orientación, que es obvia e innegable, es la que con mucho ha recibido y dominado en los estudios clásicos, especialmente en trabajos como los de Jackson, Bessière y Monleón, donde a veces se presenta como la única dimensión posible. Sin embargo, esa lectura puede al menos recibir dos importantes matizaciones. La primera es que el hiperrealismo o la insistencia en la verosimilitud de la anécdota obliga al narrador a crear un mundo cotidiano reconocible para el lector, es decir a crear un mundo realista sujeto a las leyes metafísicas y naturales. Sólo en un mundo así, especialmente estático y previsible, podrá luego aparecer lo extraordinario como algo nuevo, inesperado e irregular. En otras palabras, la aparición de lo fantástico ha de darse en un mundo que curiosamente acaba reivindicando que las leyes y principios de la metafísica aristotélica son las que rigen el universo mimético y realista. Por volver a «Lanchitas»*, uno de los quicios de la ecuación del relato descansa sobre la identidad del pañuelo encontrado en el interior de la casa deshabitada. Para dejar claro que es el mismo pañuelo que el protagonista llevaba el día anterior, el narrador se ha visto obligado a marcarlo con unas iniciales, es decir a reforzar su identidad, a recurrir al principio metafísico de no-contradicción (Martínez, 2008). Sin la seguridad de encontrarnos ante el mismo pañuelo, la incertidumbre sería mayor porque menor sería también la licitud de proponer el enigma. De la misma forma, la presencia del pañuelo en dicho lugar lleva a preguntarse por la causa de dicha situación, es decir, a recurrir al principio de causalidad, otro de los principios que se argumenta que la literatura fantástica cuestiona con más frecuencia. Así, en «Yerbas y alfileres»*, Gorriti ofrece la opción de una doble causa, pero esto no significa que se niegue el principio filo-

sófico, sino que la causa puede ser múltiple o no unívoca, pero no inexistente. Sin proponer una posible causa, sería imposible dar al relato un contenido problemático (Martínez, 2009). En este sentido, la literatura fantástica acabaría siendo más un oxímoron metafísico que un movimiento subversivo.

La segunda matización es que ese contenido subversivo no puede identificarse con una orientación política concreta, como a veces parecen pretender algunos estudios. La subversión fantástica se da frente a ideologías de un sentido o de otro, siempre que éstas se presenten como explicaciones autosuficientes y compactas de la realidad, pues, como se ha dicho, lo que persigue lo fantástico es descubrir precisamente las fracturas de ese tipo de sistemas. Por ello, y ciñéndonos a la presente antología, lo fantástico aparece con igual fuerza y fortuna en escritores conservadores como escritores liberales, en figuras como Eduardo Wilde y Juan Montalvo y en autores como José María Roa Bárcena y Carlos Martínez Silva. En todos estos casos, y en el resto de los autores recogidos en la antología, creo de nuevo que lo fantástico ha de entenderse sobre todo enraizado en las reivindicaciones ideológicas y artísticas del Romanticismo (afán de libertad, autosuficiencia de la imaginación, etc.), y sólo en un segundo lugar como respuestas a concretas situaciones políticas que, por otro lado, tampoco están ausentes en este grupo de escritores y en este tipo de relatos[13].

Por último, hay que sintetizar la peculiar relación que el relato fantástico establece con el ámbito del lector. Cuando se ha querido explicar esta relación se ha insistido, sobre todo, en el hecho de que el contexto cultural es determinante a la hora de definir el tipo de lectura que va a hacer del

---

13 Un ejemplo romántico sería «La novia del muerto», de Juana M. Gorriti, cuyos protagonistas son evaluados moralmente en función del grupo político al que pertenecen. Un ejemplo del Modernismo sería «D.Q.», el cuento en que Rubén Darío protesta contra la intervención estadounidense en la guerra de Cuba y presenta a los soldados norteamericanos desde una perspectiva caricaturesca y maniquea.

texto el lector empírico, y así por ejemplo en una cultura mágica, animista o a-lógica muchos o todos estos relatos no serían fantásticos sino miméticos o realistas. De nuevo, me parece muy difícil negar esta propuesta, pero así entendido, el subgénero fantástico sería sobre todo algo relativo y subjetivista, características que no son tan fáciles de sostener cuando se aplican lo que W. Iser y otros teóricos de la recepción han denominado el lector pretendido y el lector implícito. En el caso del primero, es ese tipo de lector más bien inmediato al autor, con quien normalmente comparte una misma cosmovisión general de época y en quien el autor ha pensado principalmente a la hora de organizar su anécdota. De acuerdo a esto, en la anécdota fantástica existe un vacío narratológico que este tipo de lector no puede llenar, porque esa cosmovisión general a la que pertenecen ambos no tiene respuestas que dar a esa incógnita. En el caso del lector implícito, es decir, el que se identifica con la instancia receptora creada por el autor, éste siempre queda entendido en función de ese vacío narrativo que el autor considera insalvable.

Resumiendo esta lista de criterios, los textos de la presente antología son relatos que mediante diferentes recursos retóricos parten de o van construyendo un mundo histórico u homólogo al lector en el que en un momento dado ocurre un acontecimiento heterólogo o se presenta la intervención de un personaje extracotidiano[14]. Ese acontecimiento y/o ese personaje deja/n una huella efectiva en ese mundo cotidiano, pero, al mismo tiempo, el peso de la cotidianeidad y lo irregular del acontecimiento no permiten una explicación suficiente o unívoca para esa novedad. Entendido así, como

[14] A veces hay relatos fantásticos que se organizan de forma inversa, es decir comienzan por la construcción de un mundo que en principio se identifica con lo maravilloso, para después, al final, aterrizar bruscamente en el mundo histórico y homólogo al lector. Aunque en el Romanticismo no he encontrado ningún ejemplo, quizá porque precisamente los románticos quieren reivindicar la instalación de lo sobrenatural en el mundo ordinario, puede recordarse al respecto el cuento «El último fauno», del modernista Clemente Palma.

modo de articulación de una anécdota irresuelta, poco importa que los relatos aquí incluidos hayan sido etiquetados como leyendas, cuentos o tradiciones, pues lo común a todos ellos es que son relatos breves que, frente a la novela, podemos relacionar de manera próxima o remota con un origen de oralidad, y que contienen una anécdota que no puede entenderse como maravillosa —porque en ella lo sobrenatural se presenta como enigmático— ni extraña —porque lo extraordinario en ningún momento recibe explicación textual que lo ubique en el realismo— ni realista —porque siempre contienen sucesos que desbordan las leyes metafísicas y naturales del universo mimético. Por ello, también vamos a dejar fuera algunos relatos del XIX hispanoamericano que a veces han recibido el adjetivo de fantásticos pero que, en sentido estricto, no lo son. Entre ellos estarían algunos que aquí llamaríamos extraños («Encuentro pavoroso», de Manuel J. Othón, o «La aventura de un veterano», de Manuel J. Payno), otros en los que intervienen seres sobrenaturales pero el relato no problematiza su existencia («El diablo y la monja», también de Payno, o «El manuscrito del diablo», de Lastarria). También quedan fuera los relatos maravillosos del subgrupo religioso, donde lo extraordinario se explicaría por intervención de Dios, de los santos o de las divinidades indígenas («El gran premio», de Tomás Carrasquilla, «La Virgen de la Soledad», de Juan Vicente Camacho, «La bendición de Abraham», de Vicente Riva Palacio, o «El tesoro de los incas» de Juana Manuela Gorriti), o aquellos que textualmente se presentan como sueños de los protagonistas («Un viaje celeste», de Pedro Castera, o «El perjurio», de Cirilo Villaverde). Por el contrario, sí se han incluido los de anécdotas de contenido ocultista o esotérico que se presentan como un enigma donde al menos algún personaje muestra un escepticismo invencible o irresuelto («El matrimonio desigual»*, de Vicente Riva Palacio). De este último grupo se han dejado fuera aquellos en los que no hay cabida para ningún vacío narratológico y la anécdota se explica textualmente mediante los recursos de los saberes paranormales («De un mundo a otro», de Carlos Monsalve).

El Romanticismo hispanoamericano

Como ya se anticipó, una primera distinción que hay que establecer al comentar el Romanticismo —especialmente en su relación con lo fantástico— es, por un lado, su condición de escuela o movimiento literario al que pueden asignarse unas fechas, autores, obras y características más o menos determinadas y, por otro, su condición de impulso y actitud existenciales y artísticos, que habrían durado incluso hasta el presente y para los que también cabría reivindicar una existencia anterior a la del siglo XIX[15]. Para un amplio número de críticos «el Romanticismo constituye un estado de conciencia permanente que puede encontrarse en cualquier lugar» (Berlin, 24). En este sentido, aunque la literatura fantástica es en su origen un producto del Romanticismo artístico, va a ser sobre todo esa actitud estética y existencial desarrollada a partir de él la que va a explicar su presencia en los momentos literarios posteriores a él, también en los más contemporáneos.

La segunda aclaración tiene que ver con la tendencia a explicar la literatura hispanoamericana como algo homogéneo y monolítico, quizá como un inevitable reflejo de la literatura española peninsular. Aunque el término de «literaturas heterogéneas» aplicado a la hispanoamericana se ha entendido más bien en un sentido étnico o social, resulta también apropiado para definir la naturaleza asincrónica y heterotópica de la literatura del subcontinente americano. Con él queda registrado el hecho de que el desarrollo de las corrientes

---

[15] Ernesto Sábato resumía esta segunda interpretación con las siguientes palabras: «Es artificioso poner fechas exactas a la rebeldía romántica, si por tal debemos entender su sentido más profundo: la reivindicación de los valores vitales frente a los puros valores del intelecto. Es un vasto complejo y sutil movimiento que nunca cesó de existir» (cit. Jaime, 12). Sin duda alguna es lo que también Rubén Darío quiso decir en aquel famoso verso de «La canción de los pinos», tantas veces recordado: «¿Quién que Es, no es romántico?» (II, 736). Acerca de la preexistencia de la actitud romántica sobre la escuela literaria del XIX, véase Lazo, 11-35.

literarias en dicha región está caracterizado de forma constante por la existencia de múltiples centros y múltiples periferias culturales, es decir, por diferencias serias entre países y áreas dentro de los países en las distintas fases de la producción literaria, como son la recepción y asimilación de influjos foráneos, los condicionamientos culturales y étnicos de cada nación, la dinámica de los canales de distribución o la consiguiente diversidad en la recepción de esas obras[16]. Si fuera materialmente posible, la clave consistiría en explicar los múltiples y variados tipos de interacción y dependencia entre la literatura hispanoamericana entendida en su conjunto y las diversas literaturas regionales y nacionales que la conforman, y de éstas entre sí. En este sentido, la literatura hispanoamericana es un ámbito donde muchas generalizaciones y taxonomías se convierten automáticamente en contradicciones pero al mismo tiempo aparecen como el único camino para proponer una lectura unificada y sistemática de la misma. Como afirma Antonio Cornejo Polar, quizá no existan herramientas críticas para explicar satisfactoriamente esta literatura, pero al mismo tiempo, cuando se asume que ella es a la vez única, compleja y múltiple, y de una multiplicidad imbricada, sus interpretaciones salen significativamente enriquecidas y renovadas (12).

No es éste el lugar para ahondar en la espesa problemática de la heterogeneidad literaria hispanoamericana, pero sí conviene recordarla porque, en el caso del Romanticismo, éste también ha sufrido esas explicaciones uniformantes y reductoras, que han impedido ver tanto el conjunto como las individualidades, tanto el bosque como los árboles. En concreto, una de las explicaciones más habituales ha sido la de vincularlo estrictamente, en lo temporal y en lo ideológico, con la

[16] Antonio Cornejo Polar ubica este concepto en un contexto incluso más complejo, incluyendo en él las literaturas orales, indígenas, etc. Así afirma que la literatura hispanoamericana es una historia «hecha de muchos tiempos y ritmos, algo así como una multihistoria que tanto adelanta en el tiempo como se abisma (...) en su solo momento. Como decía Enrique Lihn en un verso memorable, los latinoamericanos "somos contemporáneos de historias diferentes"» (12).

emancipación política de la región con respecto a su antigua metrópoli. Es cierto que éste es uno de los factores determinantes, pero si lo entendiéramos como algo exclusivo nos encontraríamos con la limitación de dejar fuera, por ejemplo, el Romanticismo de las Antillas, que sería en parte un romanticismo mucho más literario que político y que incluso habría precedido cronológicamente al del resto de Hispanoamérica[17]. De la misma manera, Emilio Carilla (1967) propone que el surgimiento y expansión del Romanticismo habría sido más rápido en aquellas naciones y regiones en los que la herencia sociocultural de la Colonia era menor, lo cual, añadido a otros factores, explicaría la primacía general del Romanticismo del Río de la Plata, con figuras como Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi o José Mármol. Aunque, de nuevo, no puede entenderse como la única explicación, desde el Río de la Plata, y en especial a partir del exilio de intelectuales durante la dictadura de Juan Manuel Rosas, el Romanticismo se habría extendido al resto de los países hispanoamericanos de forma maleable y escalonada y habría mantenido esa intención política y reformista de forma prioritaria, como lo mostrarían los casos de Juan Montalvo en Ecuador y José Victorino Lastarria en Chile. Pero, de nuevo, tal afirmación no puede convertirse en una generalización, pues si, por ejemplo, en México encontramos en fechas ya muy tempranas figuras equivalentes a las de

[17] Como se ha recordado a menudo, el primer escritor del Romanticismo hispanoamericano parece haber sido el cubano Jose María Heredia (1803-1839), por delante del argentino Esteban Echeverría (1805-1851), con un grupo de poemas escritos ya antes de 1830, y más propios del Romanticismo sentimental y personal que del político y liberal representado por el autor de *La cautiva* y al que el propio Heredia no fue ajeno en poemas posteriores. En el mismo sentido pueden recordarse algunas opiniones de Gonzalo Picón Febres (1860-1918) sobre el Romanticismo venezolano: «Nada tuvo que hacer con la política, ni ejerció influencia sobre ella, ni causó estragos en el seno de la sociedad... ni fue sino un acontecimiento aislado, parcialísimo, de moda y pura imitación; y si en Francia y en España el romanticismo constituyó una transformación radical en el arte y dominó todos los géneros literarios y a todos los ingenios, en Venezuela no fue sino parte de una mezcla singular en su literatura y en los hombres mismos que la cultivaron con amor, haciéndola producir flores hermosas y regalados frutos, así como adefesios, extravagancias y delirios» (cit. Suárez-Murias, 154).

los rioplatenses, como pudo ser la de José María Luis Mora (1795-1850), también encontramos otras como la de Fernando Calderón (1809-1845), cuyo romanticismo es sobre todo personal y melancólico y sus fuentes de inspiración mucho más europeas que americanas (Brushwood, 15)[18]. Como se ve, tales asincronías y diferencias se explican por un lado por la propia heterogeneidad cultural hispanoamericana, pero también, y no conviene olvidarlo, por la multiplicidad del propio discurso romántico, que en su reivindicación de la libertad se convierte en un reclamo o instrumento ideal para las luchas políticas, pero que en su insistencia en la individualidad subjetiva abre también el paso a la literatura de corte sentimental y exótico-evasiva.

Por lo mismo, su cronología también ha generado divergencias entre los historiadores, sobre todo a la hora de establecer subdivisiones y fases o etapas. En general, la fecha de 1830 suele aceptarse como la de sus comienzos y las de 1875-1880, como la de su desaparición como escuela, si bien estas últimas suelen ser un poco más polémicas por la persistencia de un tardío romanticismo y la dificultad de marcar unas fronteras definidas con la literatura modernista. A modo de ejemplo puede recordarse que el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín publicaba *Tabaré,* uno de los libros emblemáticos del Romanticismo hispanoamericano, en 1888, el mismo año que el nicaragüense Rubén Darío daba a la luz en Chile la primera edición de *Azul...,* que marcaba el inicio oficial del Modernismo. En general el romanticismo hispanoamericano ha sido dividido en tres o cuatro generaciones o periodos, que se extenderían a lo largo de todo el siglo y que han recibido unas denominaciones que a menudo combinan lo político y lo intelectual, y estos dos aspectos con lo propiamente artístico. Así Raimundo Lazo vería dos generaciones propiamente románticas (la primera de 1830 a 1860, la segunda de 1860 a 1890), y una romántico-modernista que coincidiría

---

18 También se ha señalado, por ejemplo, que el Romanticismo peruano es especialmente tardío con relación a las luchas de la Independencia y además más literario que político, y con pocos logros importantes hasta la llegada de Ricardo Palma y sus tradiciones (García Barrón, 293-297, y Oviedo, 1997, 117).

con el Modernismo tradicional (Lazo, 25-26). Emilio Carilla vería igualmente tres momentos o generaciones. El primero llevaría a cabo la penetración del romanticismo y representaría la vertiente más insurgente y polémica de éste. El segundo sería el de la generación organizadora y polemista, y el tercero el de sedimentación y afinamiento de todo lo anterior, fase que acabaría desembocando en el Modernismo (1967, II, 115 y ss.). El mismo Carilla enumera otras compartimentaciones que no dejan de tener su interés. Así Henríquez Ureña habría visto una primera fase de búsqueda de la independencia intelectual (1800-1830), una segunda de romanticismo y anarquía (1830-1860), una tercera de reorganización (1860-1890) y una final de literatura pura, que coincidiría con el Modernismo (1890-1920). Por su parte José Antonio Portuondo vería también cuatro momentos, pero con unos límites cronológicos diferentes y unos componentes culturales y políticos dominantes también diferentes. Para él la primera fase sería la de la independencia y el patriarcado romántico, la segunda la de la primera generación propiamente romántica (1823-1844), la tercera, la del Romanticismo y criollismo (1845-1879), y la cuarta la del Modernismo y naturalismo (1880-1909). Finalmente, Enrique Anderson Imbert vería también cuatro generaciones: la primera sería la de 1804 o la de los libertadores; la segunda la de 1834 o románticos, la tercera la de 1864 o de románticos premodernistas, y la cuarta la de 1894 o modernista (Carilla, 1967, II, 115 y ss.).

Por supuesto, estas divergencias no deben resultar inesperadas. Como se ha dicho, el Romanticismo hispanoamericano nace en general unido al momento de independencia de la metrópoli y a esos deseos de construcción de la nueva nación y la nueva identidad, que por una razón o por otra van a continuar a lo largo de todo el XIX. No debe sorprender entonces que momentos literarios e intelectuales posteriores como fueron el realismo, el positivismo y el naturalismo entroncasen fácilmente con ese anhelo romántico, ya que todos ellos perseguían el entendimiento identitario de la realidad social (nacional o continental) y una modernidad occidental que superase la crisis y el caos que sucedieron a la Independencia. Y este romanticismo inicial no podía ser el

romanticismo iconoclasta e individualista y artístico que se dio en Europa, sino un romanticismo más bien político, social y normativo[19], donde las manifestaciones de la otra cara romántica (los nocturnos poemas de Lizardi al estilo de Young, las manifestaciones de poesía intimista y elegíaca de Fernando Calderón, o narraciones fantásticas como las de Guillermo Prieto) no podían ser sino escasas y más librescas que auténticas. En este sentido, sólo el Modernismo actuó parcialmente a la contra, es decir, reivindicando la intensidad del mundo interior del artista y la autonomía del arte que los primeros románticos latinoamericanos habían dejado de lado. Por ello, el Modernismo ha sido para Octavio Paz y otros muchos el verdadero Romanticismo hispanoamericano, por sus logros artísticos —muy superiores a los románticos—, su definitiva independencia literaria de las metrópoli y su exitoso cultivo artístico de una de las principales claves del Romanticismo profundo europeo y de toda la modernidad como fue la emergencia de un yo personal escindido y fragmentado.

A la vista de tales nomenclaturas y divergencias, proponer una nueva aquí resultaría más bien confuso y hasta estéril, por lo que lo más conveniente parece simplemente insistir en la presencia del Romanticismo a lo largo de todo el siglo XIX más como actitud que como escuela y en un progresivo proceso de maduración que iba a llegar a su culminación con el Modernismo, después también de haber incorporado a su discurso algunas aportaciones realistas y naturalistas y con figuras ya incontrovertibles como José Martí o Rubén Darío. De esta forma el romanticismo hispanoamericano también confirma la afirmación de Arnold Hauser de que «the whole nineteenth century was artistically dependent on romanticism» (167).

Volviendo a ese proceso de evolución o maduración romántica, no hay que olvidar al mismo tiempo que lo que podría llamarse el Romanticismo en su estado puro, al modo europeo, se da en muy pocos momentos o autores hispa-

---

[19] Creo que a eso es a lo que se refiere Sarmiento cuando afirma que el Romanticismo es ya una escuela caduca, muerta ya en 1830, que nada tiene que decir a los americanos, y que va a ser sustituida por el socialismo (312).

noamericanos. Así, los primeros románticos heredarían de la Ilustración un abundante conjunto de valores intelectuales y estéticos que asumen como enteramente suyos y como referencias fijas para los proyectos de reconstrucción que seguirán a la Independencia. Por su parte, los románticos posteriores van a indagar más en los mundos personales y subjetivos que caracterizarían una de las vetas más típicas del Romanticismo europeo. Pero, por un lado, sus contextos sociopolíticos no siempre van a permitirles desprenderse de los ideales ilustrados y, por otro, van a acabar conviviendo simbióticamente con el realismo literario y el positivismo filosófico que llegan a América después de los 60, con autores como Alberto Blest Gana en Chile o educadores como Gabino Barreda en México. En este panorama no resulta extraño que las separaciones académicas entre romanticismo, realismo y naturalismo resulten a menudo inoperantes y muchos de los escritores del XIX se acaben caracterizando más bien por un sincretismo general en el que una de esas tendencias y actitudes se muestra como dominante en función de la edad del escritor, su educación o sus personales preferencias estéticas. Como siempre en estos casos, el afán clasificatorio no hace sino enturbiar la verdadera e inclasificable realidad literaria, y revela cómo los cortes sincrónicos acaban desenmascarando la limitada utilidad de las compartimentaciones diacrónicas de toda realidad cultural.

Para mostrar tal eclecticismo y a la vez la pervivencia del modo romántico hasta finales del XIX reproduzco dos breves citas que me parecen bastante elocuentes. La primera es de Carlos Monsalve, argentino asociado a la generación del 80 y autor de relatos fantásticos o cuasi fantásticos como «De un mundo a otro», «El dragón rojo» o «La botella de Champagne». Aparece en el prólogo que escribe a sus *Páginas literarias* (1881):

> —¿A qué escuela pertenezco?
> He aquí otra pregunta que se me ocurre.
> Clásico, romántico o naturalista (nunca he tratado de darme cuenta de ello), he seguido siempre mis propias inspiraciones, sin tomar a nadie por modelo (7).

La segunda procede del mexicano Rafael Delgado (1853-1914), normalmente incluido en el realismo y que hace decir a dos de los protagonistas de *Los parientes ricos* (1903):

—Primita mía, escucha mi novela

....

—¿Realista?

—Sí; y de buena cepa... Más bien, romántica.

—¿Romántica y realista?

—No son términos antitéticos (cit. Warner, 99).

Por todo esto no hay que extrañarse de que la literatura fantástica, uno de los productos más característicos del Romanticismo, haya sido cultivada también por escritores que militaron en las filas más positivistas del momento, como en México ocurrió con Justo Sierra y el grupo de los «científicos» o en Argentina con Miguel Cané, Lucio V. Masilla y otros integrantes de la generación del 80. Lo mismo podría decirse de autores habitualmente considerados realistas o naturalistas, como Javier de Viana, y de todos aquellos que con intereses políticos o moralizantes utilizaron una literatura semifantástica o alegórica y que incluiría algunas narraciones de Victorino M. Lastarria («El manuscrito del diablo», «La peregrinación de una vinchuca»), Nataniel Aguirre («Don Ego», «La Quintañona») o Eduarda Mansilla («El ramito de romero»).

Aunque no han faltado intentos de defender y reivindicar los méritos artísticos de la prosa romántica hispanoamericana, en general se acepta que éstos son más bien medianos y salvo excepciones como la *María* de Isaacs, *El matadero* de Echeverría o las *Tradiciones* de Palma, han dejado pocos textos de verdadera y original trascendencia estética[20]. Su narrativa fantástica tampoco es una excepción en este sentido, aunque igualmente cuenta con piezas dignas de cualquier antología del género, como puede ser «Lanchitas»*, de José María Roa Bárcena, o «La ondina del lago azul»*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

---

[20] Como muestras de estas diversas valoraciones, véanse, por ejemplo, las afirmaciones de Aníbal González (2-3), Oviedo (1997, 28) y König (38).

Todo ello, obviamente, no está reñido con el interés cultural e identitario del conjunto, tanto más cuanto los propios escritores decimonónicos aceptaban como mutuamente condicionados esa medianía literaria e ideológica y el escaso espesor histórico y cultural de las nuevas naciones. A la idea que posteriormente sintetizaría Martí de que no habría literatura hispanoamericana hasta que no hubiera Hispanoamérica, se habían referido ya, entre otros, José María Samper (1828-1888) y Domingo F. Sarmiento (1811-1888). El primero achacaba esa inmadurez a una inestabilidad política que habría impedido la sedimentación de una profunda y original vida intelectual. Así, la literatura hispanoamericana sería demasiado individual, demasiado atomizada y demasiado débil como para vivir sin depender de modelos extranjeros o sin recrear un pasado estéril, e incapaz de contribuir al progreso del subcontinente[21]. El segundo, en tonos más positivos, justificaba condescendientemente esa limitación en la propia juventud de las instituciones nacionales y seguía aceptando la condición referencial de la literatura europea.

> Nuestro pensamiento —afirmaba Sarmiento— es muy joven y muy inexperto aún. (...) Lo que un escritor americano cree ser y es en efecto un pensamiento suyo, no tardará mucho en verlo escrito en un libro europeo, mejor fundado, más generalizado y más desenvuelto (292).

---

[21] En «Literatura fósil» se quejaba José María Samper : «Es que en América no tenemos sino una vitalidad intelectual ficticia que obra en el vacío, sin rumbo conocido y sin perfeccionarse, porque no procede de una vitalidad social claramente determinada (...) Es que nuestra literatura, arrastrada en su curso por la fuerza dominante de la pasión política o personal, carece de fuerza propia y no ha sabido ni podido crearse una existencia libre y autónoma ni formas peculiares. Es que en Hispanoamérica no hay todavía *pueblos* sino *poblaciones,* y las poblaciones no leen ni meditan sino que duermen o vegetan: sólo los pueblos alimentan las letras. Por eso, careciendo de una índole bien determinada de horizonte, de opinión pública que critique, de estímulos y hasta casi de objeto, la literatura se mantiene generalmente con plagios y vulgaridades, imitaciones serviles y tradiciones. *Con tradiciones,* ¡Quién lo creyera! En un suelo donde todo debe ser renovación y progreso en la sociedad» (cit. Luque Muñoz, 7).

Lo común entre ambas quejas, y lo que creo más interesante destacar, es su alejamiento de la búsqueda de la identidad cultural en el pasado nacional, que es uno de los ideologemas más característicamente románticos. En ambos casos se olvidan o relegan las contribuciones identitarias procedentes de la América indígena y de la Colonia, contribuciones que con el tiempo se revelarán como dos de sus anclajes más frecuentes, aunque no siempre fáciles de asimilar. En otras palabras, la literatura romántica hispanoamericana sería también frágil porque la atracción por el modelo europeo de modernidad no les habría permitido asimilar o identificar el *Volk* o grupo étnico-nacional originario que según Herder, el romántico alemán, constituiría el genuino origen de lo nacional y del espíritu cultural *(Volksgeist)* en que se sustentaría una literatura propia madura y sobresaliente. Según Herder y su noción de pertenencia, una persona «pertenece al lugar de donde es, la gente tiene raíces, pueden crear únicamente en función de aquellos símbolos en los que fueron criados» (Olea, 76; Berlin, 91-92). En el Romanticismo hispanoamericano sí se dan, obviamente, recuperaciones literarias de los pasados indígenas y coloniales. Sin embargo, esto ocurre sobre todo en las fases más tardías, y raramente esas recreaciones van más allá de una actitud libresca o acaban siendo reivindicadas políticamente o reintegradas como componente esencial del sustrato identitario del subcontinente y del escritor, quien pocas veces puede o quiere echar raíces en algo americano que no sea la naturaleza, y que tiende también a enraízarse en Europa[22]. En este sentido, creo que hay que esperar hasta la aparición de la literatura gauchesca para encontrar una veta donde el romanticismo americano va a hallar parte de ese *Volk* que puede considerarse ya propiamente suyo y asimilado como componente

---

[22] Por lo mismo, no es extraño que en los momentos primeros del Romanticismo en cuanto a la ruptura con el pasado y un impaciente afán europeo y modernizador, el indígena sea identificado con la barbarie que se opone a la civilización, en el famoso binomio de Sarmiento. *La cautiva* de Echeverría sería un buen ejemplo. Por su lado, la polémica indigenista fue también uno de los debates más característicos de la intelectualidad del Porfiriato mexicano (véase Martínez, 2007).

identitario en un grado mucho mayor que lo indígena y lo colonial. Esto se da también porque se trata de un ámbito del presente histórico directamente reconocible, pero al mismo tiempo era la mejor prueba romántica de que América contaba con una corriente intrahistórica propia y semejante a la que caracterizaba a los países europeos.

El componente político del Romanticismo americano posterior a la independencia se articuló sobre todo en torno a las pugnas entre liberales y conservadores en un ámbito ya más local o nacional que continental[23]. Según esto, habría existido un primer momento donde los románticos liberales se identificarían prácticamente con los partidarios de la independencia y se opondrían a los realistas o defensores de la metrópoli. Pero en un segundo momento las cosas se complicarían de diferentes modos. Tras la emancipación, las luchas internas volverían a provocar una división entre «liberales-liberales», que querrían seguir explorando y reivindicando libertades colectivas e individuales de modo más o menos radical, y a veces recurriendo a regímenes dictatoriales, y «liberales-conservadores», que irían desde los moderados que buscaban la más pronta pacificación y estabilización de los nuevos países por medios democráticos, a los más extremistas, que, nacidos en ese espíritu de independencia, también derivarían hasta posturas dictatoriales y represivas para conseguir o mantener el poder[24]. Así en las décadas anteriores al Modernismo, momento en que el escritor hispanoamericano empieza a vivir más intensamente su romántica vocación

---

[23] No cuento aquí con espacio para matizar los conceptos de liberal, conservador, etc. que de forma automática se suelen asociar con semas positivos o negativos, según los casos. Sin embargo, voy a evitar voluntariamente el término *progreso* o *progresista* asignado a cualquiera de los dos pensamientos políticos, aunque no para lo literario. Creo que es obvio que se trata de un término manipulado y manipulable, como ya dejaron claro los que entendían por progreso el nacional-socialismo de Hitler, el fascismo de Mussolini o el socialismo comunista de Stalin, entre tantos otros.

[24] Para más detalles y ejemplos, sobre todo políticos, véase González Stephan, donde se afirma que estas etiquetas partidistas, «no eran más que rotulaciones accidentales que los contendores adoptaban momentáneamente llevados por las circunstancias. Además las mismas nomenclaturas cambian de sentido de un país a otro, y de un momento a otro» (45).

de artista y deja en un relativo segundo plano su compromiso político o civil, los románticos hispanoamericanos van a verse envueltos en ese cruce de corrientes múltiple y poliforme, donde lo políticamente liberal puede combinarse con estéticas conservadoras o reaccionarias, y lo políticamente conservador con posiciones estéticas más avanzadas o vanguardistas. Y en esto, los románticos hispanoamericanos, son tan románticos como los europeos, pues probablemente no existe otro ejemplo en la historia del arte que muestre más claro que una actitud política conservadora es compatible con una actitud artística de vanguardia, y que conservadurismo y vanguardia son «incommensurable in the two spheres» (Hauser, 147)[25].

Además, la manera en que estos autores articulan sus relatos fantásticos en ese contexto político particular es también revelador en otro interesante sentido. Y es que, frecuentemente, se ha argumentado que el discurso fantástico del Romanticismo tiene como primera finalidad la reivindicación de lo fantástico y lo sobrenatural frente a lo racional y lo científico, y que éste es su principal y casi único discurso. No

---

[25] Por poner algunos ejemplos, se puede recordar que los *Cuentos románticos,* de Justo Sierra, remiten al Romanticismo más tópico y exotista, pero sus opciones políticas siempre estuvieron alineadas con el positivismo que acabó viendo como solución para la modernización de México y que no le impidió colaborar con la peculiar dictadura de Porfirio Díaz. Por su parte José María Roa Bárcena, autor del pionero «Lanchitas»* y de otros logrados relatos fantásticos, llegó a formar parte de la Junta de Notables que ofreció a Maximiliano la corona de México, y tras una temporada en la cárcel por sus ideas conservadoras, entró a participar en el grupo de *El Renacimiento,* del liberal Altamirano, que a su vez es autor de «Las tras flores»*, un relato representante de un Romanticismo europeizante y legendario. Puede recordarse también el caso de Juan Montalvo, cuyo «Gaspar Blondín»* representa en Hispanoamérica una de las primeras muestras de ese subgénero gótico que reacciona tan radicalmente frente a los postulados de la Ilustración. Pero Montalvo, en sus tratados y proclamas políticas, no deja de usar los parámetros ilustrados del orden y progreso para desprestigiar las dictaduras de Gabriel García Moreno e Ignacio de Veintemilla. Para concluir, podemos recordar los casos de Carlos Martínez Silva y Eduardo Wilde, ambos autores de unos relatos fantásticos de intenso lirismo premodernista, pero ambos también en posiciones opuestas en el discurso acerca de la separación entre Iglesia y Estado que definió parte del discurso político posterior a la emancipación.

hay duda de que en estos escritores eso sí ocurre, y de que son muchas veces —sobre todo en las leyendas y tradiciones o en las más cargadas de goticismo— en las que ese objetivo parece ser el principal o único. Menos numerosas son aquellas que se entienden mejor en un contexto político concreto e inmediato, que es lo que ocurre en algunas de Juana Manuela Gorriti como «La novia del muerto», contextualizada en las luchas entre federales y unitarios rioplanteses y en las que los componentes políticos e ideológicos que aparecen adheridos llevan el particular enfoque del autor a esa problemática sin que lo fantástico deje de ser el nervio climático del relato. En este sentido creo que lo fantástico del Romanticismo hispanoamericano refleja bien uno de los postulados teóricos de la literatura fantástica, es decir, que ésta descansa necesariamente en el planteamiento de una problemática metafísica o cognoscitiva y sólo sobre ese planteamiento puede la anécdota revestirse de las ideas e intenciones ultraliterarias del autor.

Habrá podido notarse que, a su manera, el Romanticismo latinoamericano se inscribe también en esa peculiar y definitoria relación con la Historia que tienen los románticos. Al surgir tan condicionados por su rechazo del clasicismo los románticos van a cuestionar esa visión ilustrada de la Historia y a reivindicar lo que ésta ha omitido. Por ello van a rescatar lo irracional frente a lo racional, lo popular frente a lo culto, lo inestable frente a lo prefijado, lo inconsciente frente a lo consciente, la inspiración artística y la espontaneidad frente a la labor racional, la naturaleza y el arte frente al intelecto o las individualidades nacionales y el espíritu del pueblo frente a la universalidad reclamada por una única razón. Si en Europa estas recuperaciones formaban un cuerpo más o menos uniforme y produjeron unos resultados análogos (vuelta a la Edad Media europea, reivindicación del cristianismo, exotismo oriental, etc.), en América Latina la situación no era exactamente la misma, pues el componente ilustrado fue uno de los ingredientes principales del primer Romanticismo y de los proyectos de reconstrucción comunitaria. Como se ha dicho las referencias identitarias civiles y políticas de ese primer momento se buscan sobre todo en la Europa decimonónica del progreso y la ciencia, y no en el pasado americano inmediato (la

Colonia) o más lejano (el indígena). Así, ese primer Romanticismo hispanoamericano es más bien la afirmación del presente histórico que se entiende ideal e inmediato, y no una huida al pasado o la ausencia de proyectos futuros que fue el Romanticismo europeo. En esos momentos en que se niega lo indígena y lo colonial se acaba salvando, sin embargo, la naturaleza americana, como también recuperaron la naturaleza agreste los románticos europeos. Pero, de nuevo, es una naturaleza que se identifica más con la búsqueda de la nueva identidad americana que con esa naturaleza simbólica y grandiosa en la que los románticos europeos intentaban concretar o descubrir las conexiones de su alma con el mundo sobrenatural[26].

La revolución romántica y la literatura fantástica[27]

En la historia del arte y del pensamiento occidentales, el Romanticismo tiene una singularidad especial, pues su actitud innovadora e iconoclasta le convierte en una revolución en el sentido más clásico del término. La radicalidad y ampli-

---

26 Es lo que proponían, por ejemplo, José V. Lastarria e Ignacio M. Altamirano al sugerir soluciones para aquella falta de densidad de la que se habían quejado o se iban a quejar José María Samper y Domingo F. Sarmiento. Afirmaba Lastarria: «No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en la literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Continente. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada» (cit. Lastra, 28-29). Por su parte, Altamirano defendía la idea de que «la poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación» (cit. Lastra, 29).

27 Estos dos conceptos aparecen asociados también al trabajo de Isaiah Berlin, para quien lo fantástico romántico se asocia a lo que él llama nostalgia y que, junto a una especie de paranoia, serían disposiciones características de los románticos: «La nostalgia se funda en el hecho de que intentamos comprender lo infinito, pero esto es inabarcable, razón por la que nada de lo que hagamos nos dará satisfacción (...) las incursiones en lo exótico, lo extraño, lo ajeno, lo singular» son «intentos de romper con el marco empírico de la vida cotidiana» y «constituyen intentos de regreso, de vuelta a un hogar que tira y que llama. Es el famoso *Sehnsuhht* infinito de los románticos, la búsqueda de la flor azul, como la denominaba Novalis» (104).

tud de ese cambio los había sintetizado muy bien Sarmiento en su serie de colaboraciones periodísticas sobre el Romanticismo publicadas en *El Mercurio* de Santiago en 1842. A pesar de que su conceptualización de lo romántico versa principalmente sobre lo literario, deja claro que éste también puede entenderse como una nueva y general cosmovisión

> Cuando se pasó el furor de la innovación, el romanticismo fue clasificado (...) con esta frase sencilla, la libertad del pensamiento; otros lo llamaron la rehabilitación, es decir, una protesta enérgica y solemne contra las categorías en que el antiguo espíritu social había encerrado la creación; la admisión de las cosas despreciadas, odiadas y miradas con asco, sin excluir lo feo en el orden físico, lo malo en el orden moral, lo extraño en el orden intelectual. El romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido. Ha destruido todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruido todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea (312).

Por supuesto, las afirmaciones finales de Sarmiento, tan tajantes, han de tomarse con cautela, pues una revolución semejante en el campo del pensamiento y de la literatura no puede sino tener consecuencias más o menos duraderas, y en el caso de la literatura fantástica en particular son mucho más trascendentes de lo que Sarmiento parece asumir. Las palabras de Juan Valera resultan mucho más acordes a la historia. «El romanticismo —afirmaba el español— ha sido una revolución, y sólo los efectos de ella podían ser estables» (II, 9).

Su condición revolucionaria no se define sólo por romper con los modelos estéticos y existenciales del momento precedente, sino, y sobre todo, porque el conjunto de los planteamientos artísticos, filosóficos y morales que convergieron en él produjeron un cambio de mentalidad general en todo Occidente en una escala muy distinta a las conocidas hasta ese momento, hasta el punto de afirmar que también el presente, la posmodernidad es una herencia suya[28]. Aunque pueda

---

[28] «El gran logro del romanticismo (...) radica en que, a diferencia de la mayoría de los grandes movimientos ocurridos en la historia humana, consi-

argumentarse que un fenómeno parecido se habría dado en la ruptura del Renacimiento con la Edad Media, o del Neoclasicismo frente al Barroco, lo especial en este caso es que la actitud romántica es una actitud especialmente consciente de encontrarse o pertenecer a un momento de la Historia nuevo, único y abierto al futuro. Los románticos son, sobre todo, conscientes de un nuevo presente histórico y de la naturaleza dinámica de la Historia, lo que entre otras causas explica su rebelión tan agresiva frente a la Ilustración y el Neoclasicismo, que habían tratado de inmovilizar el devenir histórico mediante su regreso y subordinación imitativa de un pasado ya insuperable en su arte, su moral o su visión del mundo. En su polémica, Sarmiento formulaba esa vinculación del romanticismo con el presente y el nuevo mundo preguntándose si «¿Puede el siglo volver a atrás para dejar de ser lo que es? ¿Cada hombre no ha de ser más que un hombre de los tiempos de Homero, Virgilio o Boileau?» (305), y afirmando también que la sucesión de la «escuela» romántica por otra debía verse como algo esperable, «porque en esto se sigue el orden natural de las cosas, que rechaza siempre lo que no es de la época; tal es la ley del progreso» (309). Más extensa y clara era todavía la reivindicación de esa actualidad en el caso de Echeverría, en su artículo «Clasicismo y Romanticismo», que se concentraba en cuestiones estéticas pero no dejaba de transparentar precisamente esa ubicación en un ritmo histórico muy diferente al propuesto por el Neoclasicismo y la Ilustración:

> El romanticismo, pues, es la poesía moderna que fiel a las leyes esenciales del arte no imita, ni copia, sino que

---

guió transformar muy profundamente algunos de nuestros valores» (Berlin, 184). Entre otros caracteres, Berlin asocia un origen explícitamente romántico a la libertad individual como absoluto, relativismo o subjetivismo cognoscitivo, la persona como voluntad y acción, existencialismo, idealismo o inmanentismo como superior al realismo, subjetivismo moral y estético, fuerza activa de lo oculto o inconsciente si se quiere en nuestra conducta, evolucionismo e historicismo, nacionalismos, elitismo —el genio— arte y artista como guía de lo real, lo impredecible de la conducta humana, lo espontáneo (Berlin, 184 y ss.).

> busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí mismo, en su religión, en el mundo que le rodea y produce con ellos obras bellas, originales. En este sentido todos los poetas verdaderamente románticos son originales y se confunden con los clásicos antiguos, pues recibieron este nombre por cuanto se consideraron modelos de perfección, o tipos originales dignos de ser imitados. El pedantismo de los preceptistas afirmó después que no hay nada bueno que esperar fuera de la imitación de los antiguos y echó anatema contra toda la poesía romántica moderna, sin advertir que condenaba lo mismo que defendía, pues reprobando el romanticismo reprobaba la originalidad clásica y por consiguiente el principio vital de todo arte (54)[29].

Esta consciencia del presente y la cotidianeidad es entonces un contexto social perfecto para explicar el nacimiento de lo fantástico moderno, a lo Hoffmann o a lo Poe, donde lo fantástico deja de ubicarse en lugares y escenarios exóticos, al modo gótico, y se convierte en cotidiano. En este sentido, lo fantástico es la revelación de la incertidumbre y la angustia existencial más radical e histórica del artista romántico.

Sólo después de esa revelación, algunos románticos —no todos— van a llevar a cabo una de las reacciones antiilustra-

---

[29] Sarmiento había insistido en la misma identificación entre Romanticismo y presente: «Se necesita además estar muy al corriente de los escritos de la época, del pro y del contra de las cuestiones literarias que se han ventilado en Europa; y dado el caso que creo necesario apoyarse en autoridades, tomarlas entre los grandes hombres de la civilización moderna» (296). Por su lado, el artículo de Echeverría es especialmente interesante por reivindicar además otras notas fundamentales del romanticismo, como su carácter trágico, la originalidad creativa e individual o sus coincidencias con la cosmovisión cristiana. Echeverría muestra elocuentemente una admiración y un conocimiento cercano de los románticos europeos, como Madame de Staël, V. Hugo, Goethe, Milton, etc., y de sus reivindicaciones de autores como Shakespeare y Calderón. Por supuesto, tampoco hay que pensar que la Ilustración y el XVIII fueran tan monolíticos como los presentó el Romanticismo, ya que dio cabida a géneros literarios como la comedia sentimental o estilos plásticos como el neogótico, que fueron verdaderos precedentes del Romanticismo (véase Carnero, 1983, y Berlin, 47-48). El artículo de Echeverría no está datado en las ediciones consultadas, pero todo hace suponer que es posterior a su regreso de Europa (1830).

das que se ha convertido en uno de los tópicos suyos más conocidos y van a volver los ojos a aquellos pasados que, como la Edad Media o el Barroco, mejor podían reflejar la nueva cosmovisión o la validez y productividad creativa de las emociones, los sentimientos, el pesimismo, etc. Por otro lado, su lectura del pasado es especialmente selectiva y no tiene el carácter normativo y totalizador que el mundo grecolatino tuvo para renacentistas e ilustrados[30]. El problema surgirá cuando después de haber derruido todos los cimientos sociales e intelectuales anteriores pretendan proponer una utopía futura, pues no les queda otro remedio que esa recuperación libresca de pasados o exotismos ideales y el reconocimiento de la trágica soledad del yo frente al resto del universo.

En el caso del Romanticismo, además, tal transformación había ido acompañada y retroalimentada por el hecho histórico igualmente crucial de la Revolución Francesa (1789), que había materializado muchas de las propuestas y anhelos románticos y producido una fractura ya irreparable con el pasado histórico del Antiguo Régimen y todas sus implicaciones sociales y antropológicas. Como consecuencia, las diversas unidades sociales (familia, ciudad, nación...) podían quedar cuestionadas en su coherencia interna y así dejar paso al individualismo y a la libertad como fin —no como medio— que tanto iba a caracterizar a los románticos (Berlin, 147-150; Echeverría, xliii). Por eso iba a tratarse sobre todo de un individualismo trágico, es decir, por ese cuestionamiento de las unidades sociales que deja al sujeto aislado y también porque el Romanticismo va a ser también la continuación de la secularización que se había dado con la Ilustración. Si aquélla lo había llevado a cabo en el ámbito de la razón y la filosofía, al excluir o racionalizar lo religioso, éste lo iba a realizar en el ámbito de los sentimientos y los impulsos irra-

---

30 Eso no quiere decir que no hubiera románticos que hicieran de la Edad Media, y en particular del cristianismo, una referencia principal para su estética y su filosofía personal. Al contrario, tal fue el caso de Chateaubriand en Francia, Walter Scott en Inglaterra, Bécquer en España y Roa Bárcena en América.

cionales del hombre, al no identificar el Absoluto con un Ser Divino personal sino con una especie de Anima Mundi de origen platónico (Argullol, 28). Por ello, el romántico —el típico héroe romántico— es un ser aislado y solitario, y también perdido en un mundo donde ya no están garantizadas ni la cohesión social del Antiguo Régimen, ni la utopía ilustrada del hombre racional y universal ni la existencia de un Absoluto divino que acogedoramente remedie su exilio[31].

Así, el Yo se encuentra en una relación de asimetría y de anhelo constante frente a ese Absoluto, pero además la búsqueda de su identidad personal es igualmente continua e irresoluble. Esta búsqueda está también condenada al fracaso, porque el subjetivismo alemán había echado por tierra al Yo cartesiano insistiendo en que el principal constituyente de la naturaleza humana no era lo racional (estable y universal), sino una aglomeración de sentimientos, pasiones, emociones o hábitos que se encontraban en constante tensión y movimiento[32]. El Yo romántico es por tanto un yo trágico y escindido frente a un mundo y unos sistemas políticos ante los que sobre todo se responde con actitudes de rebeldía y pesimismo. En cierta manera, la literatura fantástica sintetiza bien esa agonía romántica frente a lo superior y desconocido, pues siempre relata un acontecimiento que se impone al

[31] Es en total una ambivalencia religiosa muy bien señalada por Hermann Broch, al relacionar el Romanticismo con el protestantismo, que deja a la conciencia personal sin intermediarios con Dios. Al protestantismo le sucedería la Ilustración, que cuestiona o niega al Dios de la fe. Así la religiosidad romántica puede tomar el camino de una reunión con Dios con garantías y pruebas de perdurabilidad y sólidamente institucionalizada (catolicismo) o el de una soledad frente a un Absoluto que no siempre es Dios o de quien a veces también se reniega con rebeldía satanizante o prometeica (20-32).

[32] Este subjetivismo fue defendido, sobre todo, por Johann G. Fitche (1762-1814) y Friedrich W. J. Schelling (1775-1854), que conciben el Yo como la realidad primordial y principio de todo saber. En el Romanticismo francés tendríamos el caso de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), con *Les Confessions*, su autobiografía centrada en la primacía del Yo único y aislado, del *moi seul* y que no puede admitir ni la razón universal ilustrada ni ningún otro tipo de referencia como norma de conducta (Bloom, 57).

protagonista infrasciente y plantea como irresoluble un enigma construido a partir de la inexplicable pero posible intervención de lo absoluto en la vida cotidiana. Igualmente, esa atención y ensanchamiento del Yo inestable y no-cartesiano va a encontrar una de sus mejores manifestaciones en la variante que ha dado en llamarse lo fantástico-psicológico, es decir, esos relatos en los que normalmente un narrador autodiegético cuenta a menudo en forma de monólogo o diario, y en tonos angustiados, una posible experiencia sobrenatural. El caso de «Le Horla», de Maupassant, puede ser uno de los mejores ejemplos. El intenso psicologismo de «El ruiseñor y el artista»*, de Holmberg, puede servir también de ejemplo entre los relatos de esta antología.

Por supuesto, ni la razón ni las religiones tradicionales que entienden el Absoluto como un Dios personal sirven para establecer o explicar las relaciones del Yo con esa realidad trascendental, que ya no es ni el cosmos cristiano ni el universo matemático de Newton[33]. Aquí entra entonces la recuperación romántica de las heterodoxias antiguas (gnosticismo, cábala, magia, hermetismo, neoplatonismo) y la aparición de otras nuevas (Swedenborg y su Nueva Jerusalem, teosofía, espiritismo, mesmerismo, etc.) que desde mediados o finales del siglo XVIII y a lo largo de todo el XIX van a mostrarse especialmente activas y florecientes, y a tratar de ocupar ese vacío relacional. Estas doctrinas y visiones del mundo y del ultramundo van a ser muy frecuentadas por los escritores románticos, y en especial por aquellos que cultiven la literatura fantástica. En el Romanticismo francés vamos a tener, por ejemplo, el caso Jacques Cazotte (1719-1792), de Madame de Staël (1766-1817) y Charles Nodier (1780-1844).

---

[33] Rafael Argullol entiende que esa relación no es «religioso-trascendental sino crítico-inmamente» (28). Aunque no deje de ser una expresión apropiada, no me parece del todo exacta, porque la relación del artista o héroe romántico con el Absoluto sí se da en términos de 'religación', o religiosos, en el sentido etimológico de la palabra. Aunque pocas veces o nunca se logre, en el héroe romántico existe el deseo de buscar un anclaje existencial en un mundo que no es trascendente como lo es el Dios cristiano, pero tampoco es la pura inmanencia mental y subjetiva de la conciencia. Las teorías de Schelling son, respecto a esa dicotomía, sumamente ilustrativas (Berlin, 134-135).

En Alemania, Novalis, Goethe y el mismo Hoffmann ofrecen también otros ejemplos de ese recurso a las heterodoxias para construir los argumentos de sus prosas y poemas y también su cosmovisión general[34]. En el caso de los románticos hispanoamericanos pueden recordarse como ejemplos análogos los relatos de Juana Manuela Gorriti («Espiritismo»*), Vicente Riva Palacio («El matrimonio desigual»*), Carlos Monsalve («De un mundo a otro») y Eduardo Ladislao Holmberg («Umbra», «Los fantasmas»)[35]. De esta manera, la literatura fantástica romántica es también un repertorio de saberes alternativos a lo racional y a las explicaciones religiosas acostumbradas. De ellos procede gran parte de su iconografía y esa inquietud por ahondar en lo paranormal, simplemente para constatar su existencia o, con menos frecuencia, para postularlo como respuesta definitiva a los nuevos interrogantes.

Al mismo tiempo, ese Yo que se ha liberado de las constricciones de la razón ha descubierto las infinitas posibilidades de las demás facultades internas, y en especial de la imaginación, para indagar sobre sí mismo y sobre la realidad del Absoluto. Por ello, imaginación es otro de los componentes de la estética y la antropología que adquieren con el Roman-

---

[34] Estos datos están tomados sobre todo de Mücke, y Viatte, que también explica las creencias y doctrinas de esas corrientes y da ejemplos análogos del Romanticismo inglés (Viatte, II, 57-63 y 145-150; véase también Berlin, 74-75).

[35] Quizá sea conveniente recordar que los relatos con contenidos esotéricos no son necesariamente fantásticos, en el sentido técnico del término, pues la anécdota puede no plantearse como enigma ni contar con vacíos narratológicos irresolubles. Por otro lado, estas doctrinas fueron desigualmente acogidas por los escritores hispanoamericanos, de modo ferviente unas veces y de modo escéptico otras. Juana Manuela Gorriti es un buen ejemplo de esta ambigüedad. Según Silverio Boj: «El espiritismo, que estaba en boga, debió contarla entre sus adeptos y aunque más tarde renegó de él, condenándolo severamente, no es improbable que en su salón se lo practicase» (*sic;* Gorriti, 1946, XXXIX). Una de tales condenas de Gorriti procede de *Lo íntimo,* que indirectamente informa también de la popularidad de algunas de esas doctrinas entre otros escritores del momento: «¡Maldito espiritismo! Aquí está en gran boga este disparate, y hombres de alto mérito, como el autor de Martín Fierro y otros están encaprichados en él, y son sus apóstoles y propagandistas. Dios les preserve el juicio» (cit. Gorriti, 1946, XXXIX).

ticismo un estatus especial. En la antropología porque pasa a ser considerada una de las capacidades privilegiadas y privilegiadoras de la persona, por encima de la razón, y a menudo también por encima de las demás pulsiones irracionales, como pueden ser los sentimientos o las pasiones. En lo estético, su reivindicación es especialmente urgente y radical en los románticos ingleses. Frente al pragmatismo de Francis Bacon, que la veía como «a harmless and not unpleasant activity, but no more», para William Blake el mundo de la imaginación es el mundo de la eternidad y puede entenderse casi como un platonismo estricto, pues en él existen «Permanent Realities of Every Thing which we see reflected in this Vegetable Glass of Nature» (Bowra, 3). En este sentido la imaginación no es menos que Dios, pues también opera en el alma humana y cada acto confirma precisamente la naturaleza espiritual e infinita del hombre. Tanto Blake, como Wordsworth, Shelley y Keats le asignan una actividad creativa que la hace divina y que es su propia garantía de verdad, pues sus aserciones e imágenes no necesitan ser confirmadas por la razón ni por su correspondencia con la realidad de los sentidos. Por lo mismo puede poner al Yo en contacto con ese Absoluto magnífico y sublime de una forma más intensa y superior a la de las demás facultades humanas[36]. Volviendo al carácter revolucionario del Romanticismo, debe recordarse que esta reivindicación tan radical de la imaginación es también completamente nueva, pues «(n)ever before had such a claim be made» (Bowra, 4).

De de una manera u otra, el arte y la literatura anterior habían dependido sobre todo de la mímesis (realista, metafórica o alegórica) para la construcción de los mundos litera-

---

[36] En el caso hispánico, una de las reflexiones más conocidas al respecto es seguramente la «Introducción sinfónica» de Bécquer a su *Libro de los gorriones,* donde la imaginación queda igualmente reivindicada en sus dimensiones estéticas y antropológicas: «Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres; ellas son la causa, desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí, paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y a éstas hay que ponerles punto» (Bécquer, 106).

rios, y en este sentido el lenguaje literario había siempre mantenido su carácter referencial. Ahora el lenguaje va adquirir una dimensión diferente, pues por un lado incluirá la posibilidad de relacionarse con el Absoluto a través de una dimensión nueva, que podemos llamar simbólica o analógica, y por otro —como consecuencia negativa— esa carencia de una referencialidad fija le va a convertir en algo autónomo y vacío, autorreferencial[37]. En cualquier caso sólo esta magnitud y esta independencia que los románticos atribuyen a la imaginación interior del artista es capaz de explicar literaturas posteriores como la simbolista del fin de siglo, el Modernismo hispánico, las diversas vanguardias y, en el fondo, la mayor parte de la literatura y el arte contemporáneos.

Por ello, en el contexto de la reivindicación romántica de la imaginación, la literatura fantástica no puede ni debe medirse con los criterios de verosimilitud realistas o aristotélicos. Las figuras y acontecimientos sobrenaturales (fantasmas, demonios, premoniciones, apariciones, animaciones, etc.) que se van a dar en ella no sólo tienen una existencia intratextual o inmanente, sino que se convierten en una reivindicación de la capacidad de la imaginación para crear una realidad efectiva más consistente que la ofrecida por los sentidos y la razón. De esta manera, lo sobrenatural fantástico es realmente sobrenatural y realmente real. El conflicto que define a la anécdota fantástica del Romanticismo no sólo es entonces un enfrentamiento inexplicable entre dos órdenes de realidad diferentes, sino la convivencia asimétrica y permanente de esos dos órdenes de realidad y el planteamiento de ese problema como una relación de superioridad e inferioridad entre ambos. La literatura fantástica va a revelar las limitaciones de la razón frente a las posibilidades de la imaginación y va a enfatizar la imposibilidad e inferioridad de aquélla para explicar las creaciones y verdades procedentes de la segunda.

En este punto no puede dejar de comentarse la importancia que para la estética romántica en general, y para la literatura fantástica en particular, tuvieron las teorías que

---

[37] Acerca de la evolución diacrónica de la relación del lenguaje y la narrativa fantástica, véanse especialmente los trabajos de Erdal (10-14 y 109-135) y Martínez (2004).

Edmund Burke (1729-1797) defendía en *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful.* El libro proponía una estética ubicada en las antípodas de la identificación neoclásica de la belleza como la suma de la claridad, el orden, la verdad racional y el propósito didáctico o moral de la obra de arte. Para Burke la belleza sobrepasaba esos criterios y lo sublime debía entenderse sobre todo como una categoría superior, en la que tanto lo armónico como lo inestable y lo terrorífico podían entenderse como manifestaciones de lo bello, siempre que las emociones del receptor resultaran alteradas. Las consecuencias son claras, pues bajo esos parámetros la experiencia emocional y estética más intensa ocurriría no ante una belleza serena y clara, sino frente a una situación de miedo o terror que, sin amenazar realmente al receptor, hiciese que la imaginación y las emociones de éste experimentasen unas alteraciones extremas y continuas.

A partir de Burke se entiende el nacimiento y auge del género de la narrativa gótica, cuya primera manifestación parece haber sido *El Castillo de Otranto* (1764), de Horace Walpole (1717-1797), y a la que siguieron las muy populares y numerosas novelas de Ann Radcliffe (1764-1823) y también *Frankenstein* (1818), la obra de Mary Shelley que ha resultado la más famosa del género. Este tipo de literatura de horror se caracteriza por recurrir a la aparición de personajes del ultramundo y lugares especiales y exóticos para contribuir también al efecto de extrañamiento y sorpresa en el lector. En muchas de ellas se acumulan los efectos truculentos, las escenas aparatosas y las tramas rocambolescas que concuerdan muy bien con la estética de Burke y producen ese tipo de anécdotas caracterizadas más por la suma de escenas sueltas y extrañamente sorprendentes que por la consistente hilazón argumental de todas ellas. Éste es un tipo de trama que va a heredar también la novela de folletín tan típica del XIX. Algunos de los relatos recogidos aquí, como «Gaspar Blondín»*, de Montalvo, y otros dejados fuera, como «Quien escucha su mal oye», de Gorriti, reproducen a una escala menor ese desorden narrativo y esa intensidad emocional de las escenas semiautónomas que los conforman.

En muchos casos esas novelas y relatos góticos no van a ser propiamente fantásticos, pues la anécdota va a contar con una explicación racional que los categorizaría como extraños, y a menudo van también a perseguir un fin moralizante que suele estar ausente en la literatura fantástica. Pero es obvio también que la iconografía tan específica que este tipo de ficción va a generar, con sus fantasmas, vampiros, ruinas abandonadas, castillos apartados etc., resulta especialmente adecuado y recurrente en la literatura propiamente fantástica, por su proximidad semántica y paradigmática con lo extraño y lo singular. Así, aunque posteriormente Hoffmann y luego Poe acaben ubicando las anécdotas fantásticas en ámbitos urbanos burgueses, parte de las imágenes y paradigmas nacidas con la narrativa gótica son más bien consustanciales al discurso fantástico. Un ejemplo lo podemos tomar de «El número 111»*, de Eduardo Blanco, cuya anécdota tiene lugar en un cotidiano salón de ópera lleno de público, pero contiene por un lado el personaje del diablo y por otro la intensa carga e isotopía visual que caracteriza a este tipo de literatura[38].

Hasta donde llegan mis datos, no se ha hecho ningún estudio sistemático sobre la forma y caminos de llegada del género gótico a América Latina, aunque hay que suponer que lo haría de la mano de los emigrados americanos a Europa, como Esteban Echeverría, o de emigrados españoles como José Joaquín de Mora, que pasaron de Europa a América y allí colaboraron con la política local o escribieron obras creativas. Tampoco hay que olvidar las revistas y almanaques de origen europeo, como *No me olvides,* que llegaron a tener una difusión relativamente amplia en Hispanoamérica[39], y las traducciones y origi-

---

[38] No en vano Italo Calvino llega a entender a una parte importante del total de la producción fantástica del XIX como literatura de la aparición y a relacionarlo con el cine (I, 14). Pero, como he tratado de mostrar en otro lugar (Martínez, 2006), esa carga visual, junto con otras recurrencias de la ficción gótica, son igualmente operativas en los relatos fantásticos contemporáneos. Como ejemplo sirva «La prima Rosa», del español José María Merino, cuya anécdota —nada gótica en principio— se desarrolla en un molino a las afueras de un pueblo y está cargada de una isotopía visual realmente intensa.

[39] *No me olvides: Recuerdos de amistad de ese año,* se publicó en Londres entre 1825 y 1829 en las prensas de R. Ackermann y cada año se solía encar-

nales españolas respectivas, que habían empezado en la última década del siglo XVIII y habían sido especialmente numerosas en la tres primeras décadas del XIX (Roas, 2006, 215-258). En cualquier caso sí tenemos datos de su conocimiento por parte de alguno de los autores recogidos aquí, como ocurre con Altamirano, que en su parábola política y semifantástica titulada «Los inmortales» menciona los posibles antecedentes y los cultivadores románticos más típicos de este género y de este tipo de iconografía[40].

Con lo comentado hasta ahora, es obvio que lo fantástico sólo puede darse en una cosmovisión implícita o explícitamente romántica, es decir, donde lo racional y lo irracional se entiendan como explicaciones alternativas y enfrentadas o distintas. Pero la relación entre el Romanticismo y la literatura fantástica va un poco más allá de esta aser-

---

gar a un editor —normalmente un español exiliado en Londres— la «Colección de producciones en prosa y verso originales y traducidas». Los números de 1824 y 1827 estuvieron al cargo de José Joaquín de Mora, y el de 1828 a cargo de Pablo de Mendíbil. En cuanto a su distribución, el número de 1826 informaba en uno de sus pies de página que era «publicado por Ackermann / en Londres y en Megico *(sic)*. / Asimismo / en Colombia, en Buenos Ayres, / Chile, Perú, y Guatemala». Su acogida debió de ser relativamente amplia y positiva, según se comenta en la presentación del número de 1826: «La publicación del primer número de *No me olvides* debió mirarse como un ensayo o tentativa. Su éxito ha sido tan satisfactorio, que el Editor, reconocido a los favores que ha recibido del público Americano, y de los Ingleses aficionados a la literatura española, se ha resuelto a continuar con mayor celo esta empresa, cuyo modelo inglés tiene tanta aceptación en Inglaterra. De éste, sólo se han adoptado en la obra española, los fragmentos que han parecido más conformes al gusto de los lectores a que se destina». Por su interés he decidido incluir en esta antología el relato «La visita al nigromante»*, que apareció en el almanaque de 1828. No está firmado, pero es una muestra clara de las lecturas góticas y fantásticas que llegaban a América Latina procedentes del Romanticismo europeo.

40 «Entonces vinieron a mi memoria en confuso tropel todas las teorías y todos los dogmas, todas las historias y todas las leyendas, los cuentos de trasgos de mi niñez y las explicaciones de la alucinación de mis estudios juveniles; el espectro de César, la víspera de Filipos, las sombras de Banquo y del rey de Dinamarca en los dramas de Shakespeare, los espantajos de Ana Radcliffe, las historias de aparecidos de Walter Scott, las visiones de Nataniel de los Cuentos *(sic)* de Hoffman y, sobre todo, la horrible *danza de los muertos* de Goethe» (Altamirano, 53).

ción repetida con tanta frecuencia. Eso es obviamente cierto, pero a su vez esa literatura fantástica puede verse también como la manifestación literaria más genuina y acorde al total o a las más profundas de las propuestas románticas, y por ello la que mejor va a recordar la trascendencia revolucionaria del espíritu del Romanticismo. Que siga cultivándose en nuestros días con el esquema formal e ideológico básicamente idénticos es la mejor prueba de su solidez y su natural entronque con las problemáticas intelectuales y literarias posteriores. Limitarla, como a veces se ha hecho, a una literatura de evasión es reducir ridículamente su significado. Que la calidad estética de muchos de esos relatos sufra precisamente a causa de la inclinación romántica por la espontaneidad y la inspiración emocional y de su desprecio por el trabajo reglado y metódico es un problema de otro tipo.

Lo fantástico romántico en Hispanoamérica

A pesar de sus limitaciones, las periodizaciones literarias del siglo XIX mencionadas anteriormente son, sin embargo, útiles a la hora de explicar la presencia y desarrollo de lo fantástico en esas décadas. Particularmente iluminadora resulta la interpretación de Leopoldo Zea, según la cual habría habido una fase inicial de optimismo revolucionario basada sobre todo en la Ilustración y combinada con el espíritu de libertad de origen romántico, y una segunda de desengaño, al comprobarse el fracaso de todas o casi todas esas utopías políticas y sociales. La primera la constituirían los años de lucha contra un enemigo común, que representaría el mundo pretérito del Antiguo Régimen, y de propuestas de una unidad americana tan ideal como factible y armónicamente instalada en el mundo moderno de Europa y Estados Unidos. Sin embargo, tras la Independencia se sucede la decepción que causan las continuas luchas por el poder, tanto a nivel continental como nacional o regional, y las cuales conviven con la pervivencia de numerosos

privilegios coloniales y el hecho de que las diferentes dictaduras que muestran que las nuevas repúblicas pueden ser tan represoras o más que la antigua metrópoli. Aunque no puede establecerse una relación de causa-efecto necesaria, sí que hay que llamar al menos la atención sobre la escasa presencia de relatos propiamente fantásticos en esa primera fase, que duraría aproximadamente hasta 1850. Los estudios al respecto sólo han podido recuperar un puñado de narraciones en esa primera mitad de siglo, frente a la relativa abundancia que empieza a darse a partir de la década de los 60[41]. Interesante es también contrastar esa escasa producción fantástica con la situación española, donde la primera traducción de Hoffmann, en 1831, parece constituir el punto de despegue de la producción nacional de cuentos literarios fantásticos, que llegan a convertirse en una de las publicaciones más numerosas y características de las décadas siguientes (Trancón, 2000, 75 y ss).

Lo que esto parece significar es que si en España el Romanticismo literario aparece desde sus comienzos en su múltiples facetas (el personal, el político, el fantástico, etc.), en América el Romanticismo político-social parece ser el dominante, y, junto a él, todas las implicaciones literarias que siguen cantando las glorias patrias, los heroísmos independentistas o la grandeza del paisaje natural. De esas fechas

---

41 Las antologías de Lola López (2006) y Ana María Morales (2008) han recuperado varios relatos anteriores al de «Gaspar Blondín», de Juan Montalvo, escrito seguramente en 1858 y que desde Hahn (1997) solía considerarse como el primer cuento fantástico hispanoamericano. López recoge tres interesantes narraciones que por su brevedad, tono o estilo pueden equipararse sólo ajustadamente a lo que aquí entiendo como relato fantástico, y otro más, el titulado «La estatua de bronce»*, de 1854, de Juan V. Camacho, que sí resulta lo suficientemente significativo como para ser incluido en esta antología. Por su lado, Ana María Morales (2008) cita algunos más anteriores a esas fechas, que bordean lo fantástico puro («La mulata de Córdoba», de Bernardo de Couto, o «El bulto negro», de Casimiro del Collado) pero acaba reproduciendo sólo dos que sí encajarían en esa categoría. El primero sería de 1835 («La calle de don Juan Manuel», de José Justo Gomes, Conde de la Cortina), y el segundo de Guillermo Prieto, titulado «Un estudiante» y aparecido en 1842. Ambos, sin embargo, me han parecido de menos interés literario que los que he seleccionado aquí.

son poemas emblemáticos donde se combina lo neoclásico con lo romántico en una simbiosis peculiar de Hispanoamérica y muy distinta al caso español. De esas fechas son, por ejemplo, «En el teocali de Cholula» y el «Himno del desterrado», ambos escritos en 1825 por José María Heredia, «La victoria de Junín», de Jose Joaquín Olmedo, del mismo año, y «La agricultura de la zona tórrida», de Andrés Bello (1826)[42].

El Romanticismo inicial hispanoamericano es, sobre todo, un Romanticismo que busca libertades políticas y una nueva identidad continental, pero apoyándose en un discurso que en gran medida sigue respetando y fomentando los valores de la Ilustración, entre otros el progreso, el racionalismo, la ciencia, la claridad, el colectivismo, etc. Así, las formulaciones y proyectos que salgan de esos escritores propondrán, principalmente, un universo o una cosmovisión compacta y sin quiebras o fracturas y un tipo de escritor comprometido con el proyecto constructor, donde, por tanto, no caben literaturas entendidas como evasivas o comprometedoras de la efectividad del mundo histórico más inmediato. En una de sus colaboraciones para *El Repertorio Americano*, hacia 1826, escribía Andrés Bello unas palabras que sintetizan muy bien ese proyecto reconstructor en el que románticos y neoclásicos se dan la mano

> Examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos...; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad...; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las acciones que figuran en nuestra

[42] El panorama poético de esos años es obviamente mucho más rico y complejo, pero creo que este tipo de poemas y otros semejantes son los más propios y representativos de la poesía hispanoamericana con respecto al resto del Romanticismo español y europeo (véase Carilla, 1979, y también Matus, 1963).

historia...; he aquí la tarea notable, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria (cit. Goic, 122)[43].

Por eso en un primer momento resulta muy difícil encontrar manifestaciones de literatura fantástica, ya que ésta se asocia sobre todo con la vertiente iconoclasta e individualista del Romanticismo, la cual, entre otras cosas, persigue la manifestación de las fracturas y quiebras metafísicas del contexto en que se escribe y la relación con un Absoluto que puede incluir los sentimientos patrios pero que también va más allá de ellos. Sólo en un segundo momento, cuando la constatación de tales fracturas se ha hecho evidente en la vida política y social del subcontinente, experimentándolas a veces en carne propia, las manifestaciones literarias de lo fantástico empiezan a aparecer, aunque también es cierto que con relativa lentitud. Como otras producciones contemporáneas (*Facundo*, de Sarmiento, es de 1845; las primeras tradiciones de Palma son de 1860) pertenecerían a ese segundo momento de reflexión sobre las inconsistencias de la realidad o sobre la propia identidad nacional o continental. Y así va a haber que esperar hasta algún escrito ocasional de Juan Montalvo (1832-1889) y sobre todo a los relatos ya más numerosos y constantes de Juana Manuela Gorriti (1819-1892) para empezar a hablar del comienzo de un corpus cuantitativa y cualitativamen-

---

43 Acerca de los contactos y convergencias de Bello con el Romanticismo, véase Rodríguez Monegal. Otra de las muestras de esa convivencia de gustos, en autores y lectores, puede verse en el catálogo de la imprenta y librería Ackermann, la editora de *No me olvides*. Éste comprendía «una vasta colección de libros ingleses y españoles, publicados por él mismo en Londres. Las obras españolas han sido escritas con el expreso designio de que circulen en América y todas ellas tienen por objeto la propagación de los conocimientos útiles, bajo la salvaguardia de la Religión y las buenas costumbres» (1925, sin pág.). Como muestra de la combinación de gustos neoclásicos y románticos, españoles e hispanoamericanos, ese catálogo daba cabida a obras como las *Obras líricas* de D. Leandro Fernández de Moratín, crónicas de viajes como el *Viaje pintoresco a las orillas del Ganges* o el *Viaje pintoresco por la orillas del Sena*, las *Memorias de la Revolución de México*, un «Himno a Bolívar», de José J. de la Mora, una estampa alegórica del *Triunfo de la Independencia Americana*, la traducción de *Ivanhoe*, extractos de la «La victoria de Junín», de Olmedo, o la traducción de algunos poemas de Young, el prerromántico inglés.

te significativo de literatura fantástica[44]. Al mismo tiempo, en este caso habría que establecer una clara distinción con respecto a lo fantástico de tradición oral, que presumo rico y constante y cuya existencia permite explicar mucho mejor la abundancia y popularidad de las tradiciones y leyendas escritas que siguieron a esos años[45]. Aunque no se cuentan con estudios pertinentes, hay que suponer que, como en España, la popularización de la literatura fantástica fue de la mano del aumento de las publicaciones periódicas y de una inicial alfabetización de las masas. El crecimiento de la población, de las áreas urbanas y de la cultura letrada ocurre precisamente una vez que esos sistemas políticos y sociales alcanzan una mínima estabilidad y cada país empieza a incorporarse al ritmo de la modernización.

En este sentido, el vacío más importante que tenemos por ahora es el referido a la llegada y recepción de los relatos de la literatura gótica, de Hoffmann y Poe en el Romanticismo hispanoamericano. Los datos con que contamos son más bien escasos y no permiten afirmar más que su presencia entre los círculos intelectuales[46]. Al mismo tiem-

---

[44] Las fechas biográficas de los autores antologados aquí apuntan también en la misma dirección. Dejando de lado algunos pocos autores excluidos por la razones antes comentadas, la fecha más temprana correspondería al nacimiento de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), y la más tardía a la de la muerte de Eduardo L. Holmberg (1852-1937), muy distantes de las que en general enmarcarían la vida de los románticos de la primera fase, como Esteban Echeverría (1805-1851).

[45] En cuanto a la tradición oral, puede recordarse el caso de Juana Manuela Gorriti, cuya infancia y juventud incluyen el conocimiento directo de esa forma de relato fantástico (Mehan, 5). También me parece significativo el comentario añadido a uno de los libros en español que R. Ackermann, el editor de *No me olvides,* distribuía en Hispanoamérica. El libro llevaba por título *Cuentos de duendes y aparecidos* y éstos se habrían recopilado «con el objeto expreso de desterrar las preocupaciones vulgares de apariciones» *(No me olvides,* 1826, sin pág.). En cuanto a los cambios socioeconómicos de esos años, véase Vidal, 37.

[46] Creo que la ausencia más grave en este sentido es la de trabajos referidos a la presencia de la literatura fantástica en la prensa romántica hispanoamericana, al modo de los trabajos que David Roas, Monserrat Trancón o Ángeles Ezama han llevado a cabo para la prensa española. Como excepción singular

po, son datos que no nos permiten detallar su alcance y su influjo en la literatura popular, pero sí parecen indicar que, aunque limitada, no dejaba de tener su importancia. Por orden cronológico, según John Englekirk, la primera referencia parece ser la de una traducción anónima de un cuento de Poe llevada a cabo en 1869 (486). Un poco más iluminadora es la mención que hace Palma en una de sus tradiciones de la tercera serie (1875) titulada «El encapuchado», y donde indirectamente se trasluce la admiración por la capacidad imaginativa de ambos escritores, al reconocer que «para dar vida a tales consejas necesitaríamos la robusta y galana fantasía de Hoffmann o de Edgar Poe. Nuestra pluma es humilde y se consagra sólo a hechos reales e históricamente comprobados» (Palma, 171). Un año después, en Argentina, Eduardo Ladislao Holmberg publicaba un homenaje más explícito al escritor alemán, al titular uno de sus cuentos «La pipa de Hoffmann» e indirectamente indicar el influjo de aquél en éste y en otros muchos escritos suyos[47]. Por su lado también, otros autores seleccionados en esta antología, han documentado su conocimiento de Hoffman o de Poe. Miguel Cané, por ejemplo, en «El canto de la Sirena»* (1877) hace referencias a Poe desde una perspectiva parecida a la de Palma, pero insistiendo un poco más en la faceta sombría de ambos, tan en consonancia con su propia narración, aunque también desliza una frase que puede indicar la relativa novedad del conocimiento de Poe («sólo [lo] conocíamos de nombre»). También se mencionó al comienzo que, en 1884 —un año después de la

---

hay que notar el espacio que Juana Martínez le dedica en su estudio sobre el cuento decimonónico, que debe verse como un inevitable punto de partida para el estudio que aquí se está reclamando.

[47] Como complemento María Teresa Astiz (38, n. 4) recoge una cita de 1896 de un compañero de Holmberg según el cual el autor argentino habría leído «en sus primeros años, los mismos libros que todos sus coetáneos leímos: lloró con la *Graziella* de Lamartine (...) encendieron su imaginación los cuentos terroríficos de Hoffmann y de Edgard Poe...». Tanto Astiz como Pagés Larraya dedican varios comentarios a la presencia de Poe y Hoffmann en Holmberg, pero esta fecha parece ser la primera realmente documentada (Holmberg, 48-49).

cita de Altamirano a Ann Radcliffe en «Los inmortales»—, la primera edición de las *Tradiciones cuzqueñas*, de Clorinda Matto de Turner, llevaba en su prólogo otra mención a las «tradiciones» fantásticas de Hoffmann. Finalmente cabe recordar las palabras de presentación de José María Roa Bárcena a dos traducciones suyas del autor alemán en 1897. En ellas daba a entender que al menos en México ese conocimiento estaba «circunscrito a los literatos» y que no sabía de «una traducción castellana de los cuentos de Hoffmann, pero podemos asegurar que, aun cuando así sea, no desmerecerá en la comparación lo que vamos a publicar» (242)[48]. En el mismo lugar se sugiere que la principal fuente de conocimiento de la obra del alemán en México sería la traducción al francés que hizo X. Marmier en la editorial Charpentier de París, cuya primera edición vio la luz en 1843, y de la cual existe una versión española publicada hacia 1850 que probablemente también circularía por América. En resumen, pues, y a la espera de que investigaciones posteriores corrijan y amplíen estos datos, cabe aventurar que la escasa difusión en América Latina de los dos principales grandes modelos que estaban renovando el panorama de la literatura fantástica occidental tuvo que ser otra de las razones de su relativa pobreza en el subcontinente hasta las décadas finales del siglo.

En cuanto a los cambios diacrónicos de lo fantástico romántico también hay que añadir que aunque tradiciones, leyendas y cuentos articulen su anécdota fantástica mediante el mismo tipo de sintaxis narrativa, las diferencias entre leyendas y tradiciones, por un lado, y cuentos literarios, por otro, no dejan de ser igualmente iluminadoras. Aunque en

---

[48] Curiosamente, en los dos cuentos de Hoffmann que él decide traducir («La dicha en el juego» y «Maese Martín y sus obreros») «no hay nada de sobrenatural, y esto ya es una garantía de que agradarán a nuestros lectores más bien que aquellos en que domina lo fantástico, muy poco admitido en la literatura moderna de los pueblos meridionales» (241). El primero de esos relatos tiene una finalidad moralizante, y el segundo le interesa por pintar animadamente «la vida doméstica» y «los afectos más nobles y tiernos» y por retratar «con la mayor fidelidad las costumbres alemanas» (241-242).

los tres modos suele ser muy frecuente el marco narrativo oral o historicista de la anécdota, puede señalarse, por ejemplo, que las tradiciones y leyendas ubican esa anécdota en el pasado histórico y por ello van a contar casi siempre con un narrador heterodiegético y terciopersonal, cuyas investigaciones en archivos o contemplación de imágenes reales (ruinas, etc.) procedentes de otras épocas serán el medio de garantizar la historicidad del evento extraordinario. Por el contrario el cuento literario tiende a presentar un narrador autodiegético u homodiegético, que bien es protagonista o testigo directo del acontecimiento o sus secuelas, o bien conoce a sus agonistas. Igualmente, el punto de partida historicista de leyendas y tradiciones suele tener una doble finalidad: la propiamente literaria de creación de la verosimilitud, y la más identitaria de recuperar el pasado local o nacional. Por el contrario, en el cuento, ese punto de partida historicista busca sobre todo la creación de la verosimilitud literaria y abandona esas pretensiones reconstructoras, que se relegan a un segundo plano. Por lo mismo, el argumento de muchas leyendas y tradiciones fantásticas consiste en recuperar el hecho sobrenatural que explica pervivencia en el presente de un testimonio del pasado (un edificio, un dicho, un refrán, etc.). Por el contrario, los argumentos de los cuentos tratan de mostrar la inconsistencia y las fracturas de la cosmovisión del mundo coetáneo, sin establecer vínculos historicistas o reivindicativos con el pasado. En este sentido también, el cuento es menos epocal y más moderno que leyendas y tradiciones, y por ello más abierto y adaptable al futuro.

De la misma forma, el origen oral en las leyendas y tradiciones condiciona la trayectoria de la diégesis hacia la presentación que podríamos llamar bruta y simple del enigma, mientras que en el cuento, ya más sofisticado y apoyado en unas bases menos folclóricas, va a necesitar de más recursos librescos que insistan en la historicidad del evento y vayan sembrando el texto de pistas y guiños al lector que sólo al final de la lectura —en la metalectura de Todorov— van a recuperar su sentido y a revelar el carácter artificial del relato. Igualmente, leyendas y tradiciones suelen construirse casi siempre con la

intervención de personajes que pertenecen al ámbito sobrenatural, como pueden ser fantasmas, demonios, ángeles, *revenants* o santos. Por el contrario, en los cuentos, la tendencia es a exponer más bien la simple ruptura de las leyes metafísicas o naturales, sin que la presencia de esos seres sea tan perentoria, aunque tampoco dejen de estar ausentes. En este sentido, el cuento fantástico hispanoamericano manifiesta también el tipo de trayectoria o evolución del resto de los cuentos fantásticos occidentales, que a partir de Hoffmann y Poe van a ir despojándose de los componentes más fantasmagóricos para ubicarse bien en la vida cotidiana de las urbes modernas, bien en la conciencia fragmentada del sujeto contemporáneo. Y por ello puede admitirse que el discurso fantástico del XIX hispanoamericano acabó siendo tan moderno como el que le había ido precediendo cronológicamente en otras áreas lingüísticas.

En su conjunto, el corpus fantástico del siglo XIX en Hispanoamérica parece consistir sobre todo en la producción que aisladamente llevaban a cabo, y en grado relativamente minoritario, un grupo de escritores que pocas veces lo cultivan de forma continua y sistemática. En ese minoritario grupo habría que destacar sin duda alguna las figuras de Juana Manuela Gorriti y Eduardo Ladislao Holmberg, que son quienes quizá cultivaron con más frecuencia lo que ya podemos considerar cuento literario moderno, distinto ahora a las leyendas y tradiciones que se dan en otros autores y que numéricamente son superiores a los cuentos fantásticos pero cuyas anécdotas, como se ha dicho, no siempre caben dentro de lo fantástico. Es cierto que tanto Gorriti como Holmberg destacan más por la cantidad de sus relatos que por la calidad formal y estética de éstos, que de todos modos no debe minusvalorarse y que igualmente tiene excepciones interesantes y originales[49]. De la misma forma, conviene precisar que ninguno de los dos alcanzó una trascendencia y un alcance paralelos al de los

---

[49] En cuanto a la amplitud de motivos propios de la narrativa fantástica de Gorriti, véase Arambel-Guiñazú, I, 133-141). Por su lado, sin Holmberg es imposible entender el desarrollo de la llamada «fantaciencia», donde se inscribirán luego algunos de los relatos maestros de *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones.

grandes cultivadores de lo fantástico en Europa y Estados Unidos, tanto Hoffmann o Poe como sus sucesores más conspicuos (Nerval, Merimée, Maupassant, Gautier, Gógol, etc.). Su importancia se da sobre todo en el contexto hispanoamericano, con la necesaria precisión también de que su influjo se limitó sobre todo a los círculos de lectores y escritores más próximos, y que normalmente no traspasaron las fronteras del país o países donde vivieron. Sin embargo, ambos muestran ya una primera evolución de este subgénero narrativo que puede explicarse en función de sus biografías e intereses culturales, pero que también muestra la adaptabilidad del discurso literario fantástico a otros intereses ideológicos. Así, las narraciones de Gorriti se entienden en parte como herederas del género gótico, con abundancia de la iconografía típica de esa literatura, pero enmarcadas también en el contexto de las luchas políticas que siguieron a la Independencia o en esa recuperación romántica del pasado colonial o indígena. Cuentos y leyendas como «El oro de los incas», «El pozo del Yocci» o «La novia del muerto» son claros ejemplos de todo ello. Por su lado, los relatos de Holmberg nos hablan de la continuidad de lo fantástico a lo largo de un siglo donde la herencia romántica va a incrustarse o convivir con los postulados del positivismo y a dejar ya de mirar el pasado y las tradiciones orales como fuentes de inspiración. Aunque ambientados en los paradigmas propios del relato fantástico (casas aisladas, personajes singulares, etc.), lo que se trasluce en esas narraciones es ya el mundo social e histórico de las últimas tres décadas del siglo XIX, donde lo fantástico no sirve tanto para cuestionar el discurso racionalista de la Ilustración, como para mostrar las contradicciones y limitaciones del cientifismo positivista. «Horacio Kalibang o los autómatas», «Filigranas de cera» y «Nunca se supo»* serían algunas muestras de esa convivencia conflictiva del cientifismo con los anhelos existenciales o gnoseológicos canalizados a través del discurso fantástico[50].

---

[50] De nuevo, no hay que tomar esta división cronológica como un límite excluyente. De hecho, Guillermo Enrique Hudson (1841-1922), uno de los contemporáneos de Holmberg y también hombre de ciencia como él, fue el

Al mismo tiempo, también merecen reivindicación algunos autores con una producción fantástica menos voluminosa que Gorriti y Holmberg, pero con aciertos sueltos o individuales que son igualmente necesarios a la hora de evaluar la literatura fantástica del XIX. Entre ellos estaría José María Roa Bárcena, que con «Lanchitas»* consiguió una pequeña obra maestra al mismo tiempo arraigada y autónoma de las leyendas. De él son igualmente útiles algunos de los relatos recogidos en *Noche al raso,* entre ellos «El hombre del caballo rucio»*. Tampoco hay que olvidar los *Cuentos del General,* de Vicente Riva Palacio (1896), de donde procede «El matrimonio desigual»*, y otros quizá menos intensos y que oscilan entre lo fantástico puro, la leyenda, la tradición, lo fantástico-religioso y lo fantástico de tonos cómicos, como el conocido «El buen ejemplo». Por su lado, Justo Sierra recogió en sus *Cuentos románticos* de 1896 varios relatos de tonos legendarios cuya elegancia estilística y refinamiento sensual anunciaban ya los modos del Modernismo. En otros autores la presencia de lo que podríamos empezar a llamar cuentos fantásticos modernos es una parte menor de su producción total, que se compone, sobre todo, de ensayos políticos, crítica literaria, novelas, etc. Es lo que ocurriría por ejemplo en los casos de Juan Montalvo, Miguel Cané, Carlos Martínez Silva, etc., que también llegan a producir textos fantásticos originales y merecedores de más difusión. Y, como broche realmente significativo, hay que recordar que las dos últimas décadas del siglo van a ver la consolidación del género, con la publicación de varios volúmenes dedicados exclusiva o casi exclusivamente a este tipo de literatura, como las *Páginas literarias,* de Carlos Monsalve (1881), los *Cuentos fantásticos,* de Eduardo Blanco (1882), y las *Narraciones fantásticas,* de Francisco Campos (1894).

Para concluir, no hay que olvidar que leyendas y tradiciones son productos intrínsecamente decimonónicos y tan vinculados al mundo del folclore y del pasado nacional que van a

---

autor de «La confesión de Pelino Viera», otro relato fantástico a medio camino entre lo gótico y el cuento tradicional de brujas y aparecido en *La Nación* de Buenos Aires en 1884 (Cócaro, 10).

acabar desapareciendo de forma natural con la llegada del cosmopolitismo y afán vanguardista del Modernismo[51]. En cambio, el cuento moderno, nacido precisamente para el nuevo mundo que inició la revolución romántica, se va adaptar sin problemas a los nuevos modos literarios y va a acabar constituyéndose en el principal canal de ficcionalización de lo fantástico. Así, el Modernismo va a suponer el primer auge y la consagración definitiva del género con algunas piezas sueltas de Rubén Darío y otros escritores y, sobre todo, con *Las fuerzas extrañas,* de Leopoldo Lugones (1906), una de las colecciones maestras del género en toda la literatura hispánica. En otras palabras, la sucesión de fechas en lo expuesto hasta ahora permiten hablar de una creciente continuidad de lo fantástico en toda la segunda mitad del siglo XIX, es decir, de la extensión del espíritu romántico hasta los años del fin de siglo, donde, con el Modernismo, ese Romanticismo inicial iba a encontrar una reformulación propiamente hispanoamericana y también definitivamente moderna.

---

[51] Al mismo tiempo sería injusto calificar de intrascendentes esas leyendas y tradiciones románticas. Por un lado porque suponen la reaparición —transformada— de lo maravilloso que se presentaba en las crónicas y relaciones de la Conquista y que, obviamente, confirmaron el imaginario identitario del subcontinente. Y, en segundo lugar, porque una vez recuperados por lo fantástico romántico esos recursos a la Colonia y, sobre todo, al mundo indígena, van ya a quedar alojados en el arsenal fantástico más característico de esta literatura, con relatos como «Huitzilopopxli, de Rubén Darío, «Vuelta a la semilla», de Alejo Carpentier, «La noche boca arriba», de Julio Cortázar, «Chac-Mool», de Carlos Fuentes, o *«La culpa es de los tlaxcaltecas»,* de Elena Garro.

acabar desapareciendo de forma natural con la llegada del cosmopolitismo y afán vanguardista del Modernismo. En cambio, el cuento moderno, nacido precisamente para el nuevo mundo que inició la revolución romántica, se va adaptar a la problemática de los nuevos medios literarios y va a acabar constituyéndose en el principal canal de ficcionalización de lo fantástico. Así, el Modernismo va a suponer el pleno auge y la consagración definitiva del género, con algunas piezas sueltas de Rubén Darío y otros escritores y, sobre todo, con *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones (1906), una de las colecciones maestras del género en toda la literatura hispánica. En otras palabras, la sucesión de fechas en lo expuesto hasta ahora permite hablar de un creciente dominio del de lo fantástico en toda la segunda mitad del siglo XIX; es decir, de la extensión del espíritu romántico hasta los años del fin de siglo, donde, con el Modernismo, ese Romanticismo inicial iba a encontrar una reformulación propiamente hispanoamericana y también definitivamente moderna.

Al mismo tiempo sería injusto calificar de fantásticas a las leyendas y tradiciones románticas. Por un lado porque suponen la recreación —transformada— de lo maravilloso que se presentaba en las crónicas y relaciones de la Conquista y que, curiosamente, continuaron el imaginario medieval europeo. Consecuentemente, y en segundo lugar, porque al ver recuperados por la literatura romántica esos recursos a la Colonia y, sobre todo, al mundo indígena, van ya a quedar alojados en el arsenal fantástico más característico de esta literatura, con relatos como «Huitzilopoxtli», de Rubén Darío, «Vuelta a la semilla», de Alejo Carpentier, «La noche boca arriba», de Julio Cortázar, «Chac Mool», de Carlos Fuentes, o «*La culpa es de los tlaxcaltecas*», de Elena Garro.

Esta edición

Las versiones de los textos de esta antología proceden en su gran mayoría de la primera o una de las primeras ediciones de los mismos, y sólo en unos pocos casos, señalados oportunamente, no ha quedado otra opción que recurrir a ediciones póstumas o relativamente recientes. En general, he preferido siempre la versión más antigua, a no ser que ésta resulte a todas luces inferior o defectuosa, o que las posteriores hayan sido revisadas por sus autores, como es el caso de los relatos de José María Roa Bárcena. Para aligerar el aparato crítico y por tratarse de una antología de textos heterogéneos y no de una obra única, he preferido no indicar las variantes existentes en esas versiones, a no ser que sean especialmente significativas, lo cual también se indica en las notas correspondientes. Por la misma razón, se ha evitado también la repetición de notas explicativas o léxicas referidas a un término o concepto aparecido previamente. He decidido también modernizar y uniformar la ortografía tanto de los relatos como de algunas de las citas incluidas en la introducción y en las notas, que a veces —no siempre— seguían las normas ortográficas propuestas por Andrés Bello o, en su caso particular, por Domingo Faustino Sarmiento. Igualmente se han corregido algunas erratas obvias, pero se han mantenido los abundantes laísmos y loísmos que aparecen en los textos originales, por tratarse de una marca lingüística propia de muchos de estos autores. También he decidido combinar el uso de guiones largos (—) y comillas bajas (« ») para marcar mejor el recurso tan frecuente de los relatos fantásticos que

es la narración de gran parte de la anécdota por uno de sus personajes y no por el narrador inicial o externo al relato.

Los relatos se hallan ordenados de acuerdo a la fecha de nacimiento de sus respectivos autores. A pesar de sus limitaciones, este criterio me ha parecido el más apropiado, porque la fecha de la primera edición de un buen número de estas narraciones todavía está por descubrir, y la ordenación final habría resultado inevitablemente provisional y, por ello, más desorientadora que la elegida aquí. Tampoco me ha parecido conveniente agrupar los relatos por países, motivos o subgéneros narrativos, pues esto hubiera dado una imagen de homogeneidad literaria que, como he tratado de explicar en la Introducción, es casi lo más opuesto a lo que realmente fue la literatura del siglo XIX hispanoamericano. Creo que esta misma perspectiva y su interés histórico justifica la inclusión de «La visita al nigromante», el relato del almanaque de R. Ackermann *No me olvides,* publicado originalmente en Londres, pero distribuido en gran parte de Hispanoamérica. He tendido también a seleccionar un único relato de cada autor y a procurar representar todas las regiones del subcontinente, aunque al final no ha resultado posible incluir ningún ejemplo centroamericano, y algunos países como México o regiones como el Río de la Plata han acabado contando con una representación inevitablemente mayor que el resto. Aquellos autores que se encuentran representados por dos o más narraciones lo están por lo que personalmente considero méritos intrínsecos de esas narraciones, como sería el caso de Justo Sierra o José María Roa Bárcena, o por un interés bibliográfico, como sería el de Juana Manuela Gorriti, Juan Montalvo o Eduardo Ladislao Holmberg, de quienes he seleccionado una pieza habitualmente recogida en otras antologías y otras recientemente descubiertas, injustamente olvidadas o llamativamente originales, según los casos.

Bibliografía

ALAZRAKI, Jaime, «¿Qué es lo neofantástico?», David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico,* Madrid, Arco, 2001, págs. 265-282.
ALTAMIRANO, Ignacio M., *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México,* Jacqueline Covo (ed.), México, Porrúa, 1974.
ÁLVAREZ, Federico, «¿Romanticismo en Hispanoamérica?», Carlos H. Magis (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas,* México, Colegio de México, 1970, págs. 67-76.
ARAMBEL-GUIÑAZÚ, María Cristina y MARTIN, Claire Emilie, *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX,* 2 vols., Madrid, Iberoamericana, 2001.
ARCEO DE KONRAD, Candelaria, *Justo Sierra Méndez, sus «Cuentos románticos» y la influencia francesa,* México, UNAM, 1985.
ARGULLOL, Rafael, *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del Romanticismo,* Barcelona, Destino, 1990.
ASTIZ, María Teresa, «Los cuentos fantásticos de Eduardo Ladislao Holmberg», Tesis doctoral, Nueva York-Albany, 1973.
BATIS, Huberto, *Índices de «El Renacimiento». Semanario Literario Mexicano (1869),* México, UNAM, 1963.
BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Rimas,* Rafael Montesinos (ed.), Madrid, Cátedra, 1996.
BELTRÁN ALMERÍA, Luis, «El cuento como género literario», Peter Frölicher y Georges Guntert (eds.), *Teoría e interpretación del cuento,* Nueva York, Peter Lang, 1995, págs. 15-31.
BERLIN, Isaiah, *Las raíces del Romanticismo,* Henry Hardy (ed.), Madrid, Taurus, 2000.
BESSIÈRE, Irène, *Le récit fantastique,* París, Larousse, 1974.
BLOOM, Harold (ed.), *Romanticism and Consciousness,* Nueva York, Norton, 1970.
BOZZETO, Roger, *Le fantastique dans tous ses états,* Aix-en-Provence, Publications de L'Université de Provence, 2001.

BROCH, Hermann, «The Style of the Mythical Age», introducción a Rachel Bespalof, *On the Iliad,* Nueva York, Harper & Brothers, 1947, págs. 9-32.
BRUSHWOOD, John S., *The Romantic Novel in Mexico,* Columbia, The University of Missouri Studies, 1954.
CAILLOIS, Roger (ed.), *Anthologie du fantastique,* París, Gallimard, 1966.
CALVINO, Italo (ed.), *Cuentos fantásticos del XIX,* 2 vols., Madrid, Siruela, 1995.
CAMPRA, Rosalba, *Territorios de la ficción. Lo fantástico,* Sevilla, Renacimiento, 2008.
CARILLA, Emilio, *El Romanticismo en la América Hispánica,* Madrid, Gredos, 1967.
— (ed.), *Poesía de la Independencia,* Caracas, Ayacucho, 1979.
CARNERO, Guillermo, *La cara oscura del Siglo de las Luces,* Madrid, Cátedra-Fundación Juan March, 1983.
CASAS, Ana, «Lo maravilloso y lo fantástico frente a la hegemonía realista: las formas no miméticas en los cuentistas del Mediosiglo (años 50 y 60)», *RILCE,* 25, 2 (2009), págs. 220-235.
CASTRO, Andrea, *El encuentro imposible. La conformación del fantástico ambiguo en la narrativa breve argentina* (1862-1910), Göteborg, Acta Universitatis Gothoburgensis, 2002.
CESERANI, Remo, *Lo fantástico,* Madrid, Visor, 1999.
CÓCARO, Nicolás (ed.), *Cuentos fantásticos argentinos,* Buenos Aires, Booket, 2008.
CORNEJO POLAR, Antonio, «Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* XXV, 50 (1999), págs. 9-12.
CORNWELL, Neil, *The Literary Fantastic. From Gothic to Postmodernism,* Nueva York, Harvester, 1990.
DARÍO, Rubén, *Poesías Completas,* Alfonso Méndez Plancarte (ed.), 2 vols., Madrid, Aguilar, 1967.
HUERTA, David (ed.), *Cuentos románticos,* México, UNAM, 1973.
ECHEVERRÍA, Esteban, *Obras escogidas,* Beatriz Sarlo (ed.), Caracas, Ayacucho, 1991.
ENGLEKIRK, John E., *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature,* Nueva York, Russel & Russel, 1972.
ERDAL JORDAN, Mery, *La narrativa fantástica. Evolución del género y su relación con las concepciones del lenguaje,* Madrid, Iberoamericana, 1998.
EZAMA GIL, María de los Ángeles, «Cuentos de locos y literatura fantástica: Aproximación a su historia entre 1868 y 1910», *Anthropos: Boletín de Información y Documentación,* 154-155 (1994), págs. 77-82.

FLESCA, Haydée (ed.), *Antología de literatura fantástica argentina. 1. Narradores del siglo XIX*, Buenos Aires, Kapelusz, 1970.
FUENTE DEL PILAR, José Javier (ed.), *Antología del cuento fantástico hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid, Miraguano, 2003.
GARCÍA BARRÓN, Carlos, «Fernando Velarde y el Romanticismo peruano», *Actas del Sexto Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Alan M. Gordon y Evelyn Rugg (eds.), Toronto, Universidad de Toronto, 1980, págs. págs. 293-296.
GOIC, Cedomil (ed.), *Historia y crítica de la Literatura Hispanoamericana. 2. Del Romanticismo al Modernismo*, Barcelona, Crítica, 1991.
GONZÁLEZ, Aníbal, «El Romanticismo hispánico: alteridad y asimilación», *Revista de Estudios Hispánicos*, 24, 2 (1990), págs. 1-12.
GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *History of Mexican Literature*, 3.ª ed., Dallas, SMU University Press, 1968.
GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, La Casa de las Américas, 1987.
GORRITI, Juana Manuela, *Narraciones*, W. G. Weyland (ed.) (Silverio Boj), Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1946.
HAHN, Oscar (ed.), *El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX. Estudio y textos*, México, Coyoacán, 1997.
— (ed.), *Fundadores del cuento fantástico hispanoamericano. Antología comentada*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1998.
HAUSER, Arnold, *The Social History of Art*, vol. III, Nueva York, Vintage, 1958.
HERRERO CECILIA, Juan, *Estética y pragmática del relato fantástico*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.
HOLMBERG, Eduardo L., *Cuentos fantásticos*, Antonio Pagés Larraya (ed.), Buenos Aires, Hachette, 1957.
HUME, Kathryn, *Fantasy and Mimesis. Responses to Reality in Western Literature*, Nueva York, Methuen, 1984.
ISER, Wolfgang, *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978.
JACKSON, Rosemary, *Fantasy: The Literature of Subversion*, Londres, Methuen, 1981.
JAIME, Helios (ed.), *Antología de relatos fantásticos argentinos*, Madrid, Austral, 2006.
KÖNIG, Irmtrud, *La formación de la narrativa fantástica hispanoamericana*, Nueva York, Peter Lang, 1984.
LACAU, María Hortensia (ed.), *Antología de literatura fantástica argentina*, Buenos Aires, Kapelusz, 1970.
LASTRA, Pedro, *El cuento hispanoamericano del siglo XIX*, Nueva York, Helmy F. Giacoman, 1972.

LAZO, Raimundo, *El Romanticismo. Lo romántico en la lírica hispanoamericana del siglo XVI a 1970,* México, Porrúa, 1992.
LÓPEZ MARTÍN, Lola (ed.), *Penumbra. Antología crítica del cuento fantástico hispanoamericano del siglo XIX,* Madrid, Lengua de Trapo, 2006.
LUQUE MUÑOZ, Henry (ed.), *Narradores colombianos del siglo XIX,* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976.
MARTÍNEZ, José María, «Fantasías irónicas e ironías fantásticas: sobre Amado Nervo y el lenguaje modernista», *Hispanic Review,* 72, 3 (2004), págs. 401-421.
— «La mirada del fantasma: isotopía visual y literatura fantástica», Ana María Morales y José Miguel Sardiñas (eds.), *Rumbos de lo fantástico. Actualidad e historia,* Palencia, Cálamo, 2006, págs. 179-198.
— «Un duque en la corte del rey burgués: positivismo y porfirismo en la narrativa de Gutiérrez Nájera», *Bulletin of Spanish Studies,* 84, 2 (2007), págs. 207-221.
— «Subversion or Oxymoron?: Fantastic Literature and the Metaphysics of the Object», *Neophilologus,* 92, 3 (2008), págs. 367-384.
— «Los motivos del fantasma: la relación de causalidad en el relato fantástico», *Alpha. Revista de Artes, Letras y Filosofía,* 29 (2009), págs. 203-216.
MARTÍNEZ, Juana, «El cuento hispanoamericano del siglo XIX», Luis Iñigo Madrigal (ed.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana,* vol. II, Madrid, Cátedra, 1987, págs. 229-243.
MATTO DE TURNER, Clorinda, *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas y hojas sueltas,* José Gabriel Cossío (ed.), prólogo de Julio F. Sandoval, 2 vols., Cuzco, Imprenta Rozas, 1917.
— *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas, biografías, y hojas sueltas,* Cuzco, Universidad Nacional, 1954.
MATUS, Eugenio (ed.), *Poesía hispanoamericana de los siglos XIX y XX,* La Habana, Editora Nacional, Ministerio de Cultura, 1963.
MEEHAN, Thomas C., «Una olvidada precursora de la literatura fantástica argentina: Juana Manuela Gorriti», *Chasqui,* 10 (1981), págs. 3-19.
MIGNOLO, Walter, *Teoría del texto e interpretación de textos,* México, UNAM, 1986.
MOLINA PORRAS, Juan (ed.), *Cuentos fantásticos en la España del Realismo,* Madrid, Cátedra, 2006.
MONLEÓN, José B., *A Specter Is Haunting Europe. A Sociohistorical Approach to the Fantastic,* Princeton, Princeton University Press, 1990.
MONSALVE, Carlos, *Páginas literarias,* Buenos Aires, Imprenta de Oswald y Martínez, 1881.

MORALES, Ana María, «Transgresiones y legalidades (lo fantástico en el umbral)», Ana María Morales y José Miguel Sardiñas (eds.), *Odiseas de lo fantástico,* México, CILF/Oro de la Noche, 2004, págs. 25-37.
— (ed.), *México fantástico. Antología de relato fantástico mexicano. El primer siglo,* México, CILF/Oro de la Noche, 2008.
MÜCKE, Dorothea E. von, *The Seduction of the Occult and the Rise of the Fantastic Tale,* Stanford, Stanford University Press, 2003.
No me olvides. Recuerdos de Amistad, Londres, R. Ackermann, 1824-1829.
NÚÑEZ, Estuardo (ed.), *Tradiciones hispanoamericanas,* Caracas, Ayacucho, 1997.
OLEA FRANCO, Rafael, *En el reino fantástico de los aparecidos: Roa Bárcena, Fuentes y Pacheco,* México, El Colegio de México, 2004.
OVIEDO, José Miguel (ed.), *Antología crítica del cuento hispanoamericano,* Madrid, Alianza, 1995.
— *Historia de la literatura hispanoamericana. 2. Del Romanticismo al Modernismo,* Madrid, Alianza, 1997.
PALMA, Ricardo, *Tradiciones peruanas,* Carlos Villares Cairo (ed.), Madrid, Cátedra, 1994.
PÉREZ GALDÓS, Benito, *Cuentos fantásticos,* Alan E. Smith (ed.), Madrid, Cátedra, 1997.
PHILLIPPS-LÓPEZ, Dolores (ed.), *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica,* Madrid, Cátedra, 2003.
PONT, Jaume (ed.), *Narrativa fantástica en el siglo XIX (España e Hispanoamérica),* Lleida, Milenio, 1997.
PORTALS, Gonzalo (ed.), *La estirpe del ensueño. Narrativa peruana de orientación fantástica,* Lima, El lamparero alucinado, 2008.
PRINCE, Gerald, «The Disnarrated», *Style,* 22, 1 (1988), págs. 1-8.
RABKIN, Eric, *The Fantastic in Literature,* Princeton, Princeton University Press, 1976.
REISZ DE RIVAROLA, Susana, «Política y ficción fantástica», *Inti: Revista de Literatura Hispánica,* 22-23 (1985), págs. 217-230.
RIBEYRO, Julio Ramón, *Cuentos completos,* present. Alfredo Bryce Echenique, Madrid, Alfaguara, 1998.
RIVA PALACIO, Vicente y DIOS PEZA, Juan de, *Tradiciones y leyendas mexicanas,* José Ortiz Monasterio (ed.), México, Conaculta/UNAM, 2003.
ROA BÁRCENA, José M., *Obras. Cuentos originales y traducidos,* vol. I, México, Agüeros, 1897.
ROAS, David (ed.), *Cuentos fantásticos del siglo XIX (España e Hispanoamérica),* Madrid, Mare Nostrum, 2003.
— *De la maravilla al horror. Los inicios de lo fantástico en la cultura española (1750-1860),* Pontevedra, Mirabel, 2006.

— y Casas, Ana (eds.), *La realidad oculta. Cuentos fantásticos del siglo XX*, Palencia, Menoscuarto, 2008.
Rodríguez Monegal, Emir, «Andrés Bello y el Romanticismo», *Número*, 23-24 (1953), págs. 151-180.
Sarmiento, Domingo Faustino, *Obras*, vol. I, París, Belin, 1909.
Siebers, Tobin, *Lo fantástico romántico*, México, FCE, 1989.
Solar, Enrique del, *Leyendas y tradiciones*, Santiago, Imprenta de *El Independiente*, 1875.
Suárez-Murias, Marguerite C., *La novela romántica en Hispanoamérica*, Nueva York, Hispanic Institute, 1963.
Todorov, Tzvetan, *Introducción a la literatura fantástica*, México, Premiá, 1981.
Tola de Habich, Fernando y Muñoz Hernández, Ángel (eds.), *Cuento fantástico mexicano. Siglo XIX*, México, Factoría, 2005.
Trancón Lagunas, Monserrat, «Modelos estructurales del cuento fantástico en la prensa romántica madrileña», *Lucanor*, 9 (1993), págs. 91-117.
— (ed.), *Relatos fantásticos del Romanticismo español*, Valencia, Instituto de Estudios Modernistas, 1999.
— *La literatura fantástica en la prensa del Romanticismo*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 2000.
Valera, Juan, *Obras completas*, 3 vols., Madrid, Aguilar, 1961.
Viatte, Auguste, *Les sources ocultes du Romanticisme*, 2 vols., París, Honoré Champion, 1979.
Vidal, Hernán, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis*, Buenos Aires, Hispamérica, 1976.
Warner, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953.

Cuentos fantásticos del Romanticismo hispanoamericano

NO ME OLVIDES:

COLECCION

DE

PRODUCCIONES EN PROSA I VERSO,

ORIJINALES, IMITADAS I TRADUZIDAS:

PARA

MDCCCXXVIII.

POR

D. PABLO DE MENDIBIL.

LONDRES:

LO PUBLICA R. ACKERMANN, 96, STRAND,

I EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEJICO;

ASIMISMO

EN COLOMBIA, EN BUENOS AIRES, CHILE, PERU,

I GUATEMALA.

1828.

Portada del almanaque *No me olvides,* del año 1828, donde se encuentra el relato «La visita al nigromante».

Anónimo
*La visita al nigromante**

En el reinado de Francisco I[1], vivía en León de Francia[2] el doctor Cornelio Agripa, médico y filósofo alemán, que a fuerza de investigar en los secretos de la naturaleza y de hacer experimentos de extraños resultados a los ojos del vulgo, cobró fama de hechicero y familiar con el diablo. La princesa Luisa de Saboya[3], madre de aquel rey, la cual resi-

---

* Este relato apareció en el número 5 del almanaque *No me olvides* (1928, págs. 90-102), que el editor R. Ackermann publicó en Londres desde 1824 hasta 1829 y que distribuía luego en diversos países de Hispanoamérica. El volumen de ese año fue editado por Pablo de Mendíbil (1738-1832), así como los cuatro anteriores lo habían sido por José Joaquín de Mora (1783-1864), ambos del grupo de los españoles exiliados en Inglaterra a causa de la política de Fernando VII. La presentación del almanaque es especialmente explícita y rica en datos históricos: «No me olvides: / Colección / de / producciones en prosa y verso, / originales, imitadas y traducidas: / para / MDCCCXXVIII / por / D. Pablo de Mendíbil / Londres: / Lo publica R. Ackermann, 96, Strand, / y en su establecimiento en Méjico; / asimismo / en Colombia, en Buenos Aires, Chile, Perú, / y Guatemala. / 1828».

nigromante: persona que trata de desvelar el futuro mediante conjuros e invocaciones a los muertos.

1 *Francisco I de Francia* (1494-1547) fue consagrado rey el 25 de enero de 1515 y reinó hasta su muerte en 1547. En política internacional fue el rival más importante de Carlos I de España (1500-1558), a quien se cita más abajo.

2 *León de Francia:* seguramente se refiere a la ciudad de Lyon, aunque la etimología de esta palabra no es la misma que la de la ciudad española de León.

3 *Luisa de Saboya* (1476-1531) fue regente de Francia y madre de Francisco I.

día en la misma ciudad, no contenta con haberle nombrado su médico con grande repugnancia del agraciado, se empeñó también en que la sirviese de astrólogo judiciario[4] y adivino para declararle el horóscopo del rey su hijo, empeñado entonces en muy grandes y ruidosas empresas contra la prepotencia del emperador Carlos V. Agripa se negó al principio a tan ridícula pretensión, haciendo ver lo vano de aquella supuesta ciencia, pero por librarse de las incesantes importunidades de la princesa, condescendió al fin en lo que le pedía; y como cedió muy de mala gana, los vaticinios del adivino, lejos de cuadrar con los deseos de la madre del rey, no anunciaron más que desgracias y descalabros, que no tardaron en realizarse. Esto le acarreó el odio de los cortesanos, y entre la multitud, un concepto general de nigromántico, cuyos conjuros eran capaces de producir los sucesos más estupendos sobreponiéndose a todas las fuerzas de la naturaleza. Acrecentose esta su nombradía, especialmente después que, exasperado por las persecuciones que en parte se suscito él mismo con sus virulentos escritos, se vio precisado a llevar una vida misteriosa y retirada, entregado al estudio de la química y otras ciencias poco conocidas en su tiempo. Contábanse pues de él muy extraños lances de apariciones y otros prestigios que tanta cabida encuentran en la credulidad popular; y entre los más ruidosos corría por muy válido el siguiente, del cual hacen mención algunos escritores contemporáneos, desechándolo como absurdo, y autorizándolo otros con candorosa ignorancia. Como quiera que sea, en él vemos una de las consejas más curiosas que tan a menudo se mezclan con la historia de aquellos tiempos.

El sol había retirado sus rayos al otro hemisferio en un hermoso día de otoño, y las sombras de la noche empezaban a tenderse sobre la gran ciudad de León, cuando con un ligero repique de aldaba llamaron a la puerta de la casa donde vivía el sabio Cornelio Agripa, y poco después se presentó

---

[4] *astrólogo judiciario:* quien estudia el movimiento y posición de los astros para predecir el futuro.

un extranjero en el retrete[5] donde el filósofo se preparaba a sumirse en sus profundas lucubraciones[6]. Su traje era de peregrino de remotos países, aunque no de los que frecuentaban los santuarios de Compostela y Monserrate[7], y que a bandadas solían atravesar el Ródano[8], viniendo de Alemania y Polonia. Aunque de muy buena presencia y modales de gran compostura, se notaba en toda su persona un tono indefinible de misterio que imponía respeto, y aun cierta mezcla de aversión y repugnancia. No era fácil sacar por su aspecto los años que tenía, porque en las facciones de su rostro tanto resaltaban las señales de la vejez, como las del vigor juvenil con extraordinaria indecisión. No había una sola arruga en sus mejillas, ni el menor surco se dejaba ver en su frente lisa y espaciosa; sus ojos negros y rasgados se animaban con la brillante vivacidad de la juventud, pero su estatura procerosa[9] se encorvaba al parecer bajo el peso de los años; sus cabellos, tupidos y espesos, eran canos; su voz, trémula y flaca, tenía un metal afectuoso, y una melodía que se insinuaba en el alma. Empuñaba un báculo a manera de bordón[10], y estaba ceñido de una ancha faja de seda, con inscripciones en caracteres orientales. El color de su rostro era pálido como el de un cadáver, pero no había en él facción que no fuese bien proporcionada y de singular belleza, y su semblante expresaba gran sabiduría mezclada con las más dolorosa tristeza.

—Perdonadme, sabio varón —dijo al filósofo—; vuestra fama ha corrido por todos los ámbitos de la tierra, ha llegado también a mis oídos, y no he querido salir de esta hermosa ciudad de León sin hacer una visita al que le da su principal gloria y ornato.

---

5 *retrete:* cuarto pequeño en la casa destinado tradicionalmente para el descanso personal; también aparece en «Coincidencias»*, de Juana M. Gorriti.

6 *lucubraciones:* elucubraciones.

7 *Monserrate:* Montserrat, el santuario religioso ubicado en la sierra montañosa del mismo nombre, en Cataluña.

8 *Ródano:* río de Suiza y Francia en cuyo curso se encuentran las ciudades de Ginebra, Lyon y Aviñón.

9 *procerosa:* persona corpulenta de alta estatura.

10 *báculo, bordón:* prácticamente sinónimos, palo o bastón alto que sirve para ayudarse al caminar.

—Enhorabuena seáis venido a mi morada, cortés peregrino —respondió Agripa—, aunque me temo que no podré corresponder debidamente a vuestra curiosidad y diligencia. Yo no soy más que un estudioso, que, en vez de emplear mis días como hacen los sabios, en adquirir honra y tesoros, he pasado largos años en penosas aunque útiles tareas, ansioso por escudriñar los secretos de la naturaleza, y por iniciarme en los misterios de las ciencias ocultas.

—¡Y te atreves a hablar de *largos años!* —repuso el peregrino, animando el gesto con una sonrisa melancólica—. ¡Tú, que apenas cuentas ochenta años desde que dejaste la cuna: tú, a quien por instantes espera el silencioso sepulcro, dispuesto a acariciarte en sus brazos protectores! En este amanecer he andado yo viendo los sepulcros: sí, los sepulcros solemnes y reposados. Yo los he visto risueños cuando el sol, al trasponerse, despedía los últimos resplandores. En mi edad juvenil, solía yo desear ser como ese mismo sol, cuya carrera me parecía tan larga, tan espléndida y gloriosa. Pero en este anochecer he pensado que es mejor yacer dormido en esos sepulcros, que ser como el sol. Esta noche se ha hundido debajo de los montes, como ansioso de descanso, pero mañana tendrá que renovar su curso, y andar la misma jornada invariable y constante, pero trabajosa y sin parada. No hay para él sepulcro que le espere, y el rocío de la mañana y de la noche se forma de las lágrimas que llora sobre su tirana suerte.

Era Agripa profundo observador de la naturaleza en sus obras exteriores, y admirador de todos sus fenómenos, y aunque muchas veces había fijado la atención sobre la escena que le pintaba el peregrino, sin embargo los afectos y las ideas que suscitaba en el ánimo de aquel hombre tan extraño eran muy otros de lo que él mismo había experimentado; y así no pudo abstenerse de mirarle de hito en hito[11] sin acertar a decirle nada. Pero el huésped volvió prontamente a tomar la palabra, y dijo:

—No más, no más molestarte: voy al objeto de mi visita. He oído cosas muy extrañas de un maravilloso espejo, que has sa-

[11] *de hito en hito:* mirar con gran atención, sin distraerse y sin perder detalle.

bido construir con tus poderosas artes, y que tiene la virtud de presentar los ausentes y los muertos a la vista del que quiere mirarse en él para satisfacer este deseo. En este mundo visible nada encuentran mis ojos que pueda causarles placer. La huesa[12] encierra en su seno todos los objetos de mi amor. El tiempo, en su impetuosa corriente, ha llevado consigo todas las cosas que algún día hicieron mis delicias. El mundo es un valle de lágrimas, pero entre todas las lágrimas que riegan este triste valle, ni una sola se derrama en memoria mía (y aun se secó la fuente de ellas en mi apenado corazón). Quisiera ver otra vez siquiera el rostro de una persona a quien amé. Quisiera ver aquellos ojos más vivos, aquel andar más gracioso que el de la gacela, aquella frente, aquel hermoso lienzo en el cual escribió Dios los más bellos de sus caracteres. Quisiera mirar todo lo que amé, todo lo que perdí. Más grata me sería tal mirada que todo lo que el mundo puede ofrecerme; más que todo, menos el sepulcro: ¡oh, sí: menos el sepulcro!

La apasionada súplica del peregrino hizo tal impresión en Agripa (el cual no acostumbraba mostrar el milagro de su arte como quiera a todos los que se lo pedían, aunque era solicitado por muchos con altos honores y cuantiosos tesoros), que sin hacerse de rogar accedió a la petición del extraordinario huésped.

—¿A quién quieres ver? —le preguntó.

—A mi hija, a mi idolatrada Miriama —respondió el peregrino.

Inmediatamente hizo Cornelio que todos los rayos de la luz de los cielos saliesen del aposento, colocó al peregrino a su derecha, y empezó a cantar en tono bajo y voz apacible, pero en una lengua extraña, algunos versos líricos, a los cuales, según le pareció al peregrino, respondía otra voz de cuando en cuando; pero el sonido era tan débil e indistinto, que apenas podía decir en realidad si venía de otra parte que de su propia fantasía. A medida que Agripa continuaba el canto, la pieza se iba iluminando por grados, pero era imposible conocer de dónde procedía la luz. Después de un buen rato

---

12 *huesa:* la fosa donde se entierra un cadáver.

el peregrino percibió claramente un grande espejo que ocupaba todo el lienzo de la pared más ancha del aposento, y en su superficie se extendía con rapidez una gasa espesa, a manera de nube, que impedía la transparencia.

—¿Murió tu hija en los sagrados lazos del consorcio?[13] —preguntó Cornelio.

—Murió siendo virgen sin mancilla, y pura como el ampo[14] de la nieve.

—¿Cuántos años han pasado desde que reposa en la huesa?

Al oír esto, el peregrino arrugó el entrecejo, y respondió con alguna impaciencia:

—Muchos, muchos; aún más de los que yo puedo contar ahora.

—Será así —dijo Agripa—, pero necesito saberlo, porque por cada serie de diez años que hayan pasado desde que murió, tengo que mover una vez esta vara en todas direcciones, y cuando la mueva por última vez, entonces verás su figura en el espejo.

—Vete moviéndola —dijo el peregrino, y lanzó un doloroso suspiro—: vete moviéndola, y guarda no se te canse el brazo.

Cornelio Agripa, algún tanto incomodado, miró al peregrino con bastante despego; pero disculpando su poca urbanidad en consideración de los muchos trabajos que daba a entender había sufrido, se puso a mover la vara encantada, y no viendo efecto alguno después de muchos giros de a diez años, creyó que había perdido su virtud. Consternado, se volvió al peregrino, y exclamó:

—¿Quién eres, hombre o espíritu? Tu presencia me tiene turbado. Según todas las reglas de mi arte, esta vara ha recorrido ya dos veces doscientos años, y todavía no hay la menor alteración en la luna del espejo. Dime si te burlas de mí, y si en realidad ha existido la persona que me has pintado.

—Mueve la vara, mueve la vara —fue la grave y única respuesta con que el peregrino satisfizo la inquietud de Cornelio.

Aunque estaba acostumbrado a no asombrarse de poco, su curiosidad comenzó ya a sentirse muy empeñada, y un miste-

---

[13] *sagrados lazos del consorcio:* el matrimonio.

[14] *ampo:* blancura resplandeciente, y también copo de nieve.

rioso temor que se apoderó de su ánimo le obligó a continuar el conjuro, por mucho que dudase ya de la sinceridad de tan singular personaje. Ya le flojeaba el brazo en fuerza de tanto moverlo, cuando volvió a oír la voz grave y solemne del peregrino que repetía: «Vete moviéndola, mueve la vara»; y al fin, después de haber recorrido, según el cálculo de su arte, más de mil cuatrocientos[15] años, empezó a disiparse la nube que empañaba la luna del espejo, y el peregrino, dando un grito de alborozo, se levantó y fijó ansiosamente la vista en la escena que se le representaba.

Descubriósele una perspectiva de las más románticas y exquisitas por su amena variedad. A lo lejos se veían elevadas montañas coronadas de cedros; por medio de una espaciosa llanura llevaba sus aguas cristalinas un río majestuoso, y en sus márgenes se veían sestear[16] con alegre holgura muchos camellos y otros animales mansos, que se esparcían por la vega hasta un estanque orillado de lozanas plantas, adonde acudían muchas reses lanares a apagar la sed. No lejos del estanque descollaba una erguida y frondosa palma, a cuya sombra estaba sentada al abrigo de los rayos del sol de mediodía, una joven de singular hermosura, ricamente aderezada en su traje oriental.

—¡Ella es! ¡Ella es! —gritó el peregrino, y se abalanzó hacia el espejo.

Pero Cornelio le detuvo diciendo:

—Guárdate, temerario, de moverte de ese sitio. A cada paso que des hacia el espejo, la imagen se hará más imperceptible, y si te acercas demasiado, desaparecerá del todo.

Con este aviso, volvió a ocupar su asiento; pero era tan grande la agitación que sentía, que se vio precisado a asirse del brazo del filósofo para sostenerse, mientras que de cuando en cuando profería expresiones de asombro, de deleite y de aflicción:

—¡Ella es! ¡Ella es! ¡Suyo ese mirar tan dulce! ¡Oh, qué hermosa la veo! Miriama, hija mía, ¿no puedes hablarme?

---

15 *mil cuatrocientos:* en el original *mil i cuatrocientos*.

16 *sestear:* descansar, librarse del calor.

¡Cielos!, ¡la veo moverse! ¡Ya sonríe! ¡Oh!, ¡háblame una sola palabra! ¡A lo menos véate yo alentar; échame una mirada! ¡Ah!, ¡qué silencio tan profundo! ¡Silencio triste y desconsolado como este corazón mío! ¡Ya vuelve a sonreír! ¡Oh, sonrisa! Más de mil inviernos son pasados, y aún no se ha borrado su imagen de mi corazón. ¡Cruel anciano, inútil será que quieras detenerme! ¡Yo voy, me precipito a abrazarla!

Diciendo esto, se arrojó como un frenético hacia el espejo, y al punto se desvaneció la escena que en él se representaba; volvió la nube a empañar su transparencia, y el peregrino cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí, se encontró en los brazos de Agripa, que estaba frotándole las sienes con espíritus, fijos en él los ojos llenos de asombro y de temor. Inmediatamente se puso en pie del todo recobrado, y apretando la mano de su huésped, le dijo:

—Gracias, gracias te doy por la bondad y condescendencia que has usado conmigo, y por la dulce aunque dolorosa imagen que has ofrecido a mis ojos.

Pronunciando estas palabras, puso un bolsillo en las manos de Cornelio, pero éste se lo volvió diciendo:

—No, no; guarda ese oro, amigo mío. En verdad dudo mucho que haya cristiano que se atreva a recibirlo de ti; pero seas quien fueres o lo que fueres, me daré por bien pagado con que te me descubras.

—¡Repara allí! —dijo el peregrino, señalando un gran cuadro histórico que estaba colgado en el otro lado del aposento.

—Ya veo —dijo el filósofo— que es una pintura primorosa de un artista italiano de los más hábiles y antiguos, y que representa al Salvador con la cruz a cuestas.

—Pero míralo bien, y verás más —dijo el peregrino, clavando en el cuadro sus ojos negros y expresivos, y señalando con el dedo una figura que había en él a mano izquierda.

Miró Cornelio, y vio con asombro lo que hasta entonces no había reparado: y era una extraña semejanza que aquella figura tenía con el peregrino, cuyo perfecto retrato parecía en un todo.

—Esa imagen —dijo Cornelio, como horrorizado— representa el desventurado infiel que dio un golpe al divino Redentor porque no andaba más aprisa, por lo cual fue con-

denado el infeliz a andar por toda la tierra hasta la segunda venida del Salvador.

—¡Ése soy yo! ¡Ése soy yo! —exclamó el peregrino, y saliendo apresurado del aposento, desapareció en un instante.

Entonces conoció Cornelio Agripa que había estado departiendo con el Judío errante[17].

---

[17] La existencia tradicional de este Judío se menciona por escritores de buena nota, que sin darla por cierta, no la creen incompatible con los altos juicios de Dios. Entre otros hablan de ella Moreri en el diccionario histórico, y el benedictino Calmet en el suyo de la Biblia. El sabio Feijoo la da por fabulosa en sus *Cartas Eruditas* (25, t. II), después de referir todo lo que se ha dicho y escrito acerca de ella, y de qué manera se tuvo la primera noticia del tal Judío en Inglaterra a principios del siglo XIII. *(Nota del autor.)*

La leyenda del judío errante es una de las más conocidas en Occidente y también de las más tratadas en su arte y su literatura. Aunque hay muchas versiones sobre su origen, parece haberse iniciado en Europa en la Edad Media y representar la diáspora y las persecuciones y expulsiones a que se ha visto sometido el pueblo judío a lo largo de la Historia. *Moreri:* Luis Moreri (1643-1680), presbítero católico y erudito francés autor de uno de los diccionarios más influyentes del siglo XVIII, que fue también traducido al inglés y al español. *Calmet:* Dom Antoine Agustín Calmet (1672-1757), abad de Senones, destacado exégeta francés que escribió «Historia del Antiguo y Nuevo Testamento y de los judíos» y cuya *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento y de los judíos* se publicó traducida en Madrid en 1806. *Feijoo:* fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764), ensayista y polígrafo español autor de las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760). Como coincidencia, su carta número 20 se refiere al tratado de Augustin Calmet sobre los vampiros. *(Nota del editor.)*



Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Gertrudis Gómez de Avellaneda
*La ondina del lago azul. Recuerdo de mi última excursión por los Pirineos**

I

Era el año de 1859, y tocaba a su término la temporada veraniega —que habíamos pasado en los Pirineos franceses— por lo cual aprovechábamos con avidez los serenos días que aún restaban de la buena estación, para proseguir nuestras agradables excursiones por tan pintoresco país.

Habíamos visitado recientemente a Gabarnie[1], sin intimidarnos ante los angostos desfiladeros; las sendas serpentean-

---

* Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) nació en Cuba pero vivió en España la mayor parte de su vida, donde también murió. En Madrid entró pronto en contacto con los círculos literarios y se convirtió en una prolífica y popular narradora, poeta y dramaturga. Entre sus novelas destaca *Sab* (1841), que es la primera novela hispánica de orientación abolicionista. «La ondina...» junto a otras narraciones de ambientación semejante, tiene seguramente su origen en el viaje por el norte de España que realizó con su esposo, el político Domingo Verdugo, y tras el cual regresó a Cuba. «La ondina del lago azul» se publicó por primera vez en forma de folletín en el *Diario de la Marina* de La Habana entre el 19 de junio y el 28 de julio de 1860 (Sardiñas, 34). El mismo periódico iba a publicar «La bella Toda» y «Los doce jabalíes», otros dos relatos de Avellaneda ambientados en los mismos escenarios que «La ondina». Después se recogió en sus *Novelas y leyendas* (Madrid, 1871, págs. 183-197) que es la versión que se sigue en esta antología.

ondina: ninfa, deidad de las aguas, bosques, etc.

1 *Gabarnie (sic):* Gavarnie, comarca de los Altos Pirineos franceses. Es parte del Parque Nacional de los Pirineos y dentro de él está el Circo y las cascadas de Gavarnie, declarados Patrimonio de la Humanidad. En el mismo párrafo Gómez de Avellaneda se refiere a éstos y otros accidentes geológicos

do por flancos de la cordillera, suspendidos sobre abismos; las bóvedas de monstruosos peñascos que —socavados por la *Gave Bearnesa*— parece que amenazan desplomarse; los vericuetos glaciales, donde no se halla un árbol que susurre, ni un pájaro que píe, ni un insecto que se mueva.. y de todas las penalidades del molesto viaje nos compensaron ampliamente las impresiones sentidas a vista de la bellísima cascada de Gédre —derrumbando a nuestras plantas las perlas y los diamantes de sus inexhaustas corrientes—; y la del *Cáos,* desordenado agrupamiento de enormes masas de granito, que pudiera creerse fueron hacinadas allí por brazos de los Titanes[2] para la audaz empresa de escalar el cielo; y de las famosas *torres de Marboré,* gigantes calcáreos que se pierden en las nubes; y la del indescriptible *Circo,* en fin, encerrado en sus altísimas murallas, con sus torreones y sus almenas —sólo accesibles a los hielos— y de los que saltan, cruzándose, espumosos y atronadores torrentes de infinitos cambiantes; obra todo ello de una naturaleza primitiva y caprichosa, pródiga de maravillas en aquellos lugares agrestísimos, sin darles otra voz que la de las cataratas que nos envolvían entre sus nieblas perdurables.

Luego —instalados en Bagnères de Bigorre[3]— recorrimos sucesivamente sus deliciosos alrededores, y realizamos atrevidos la fatigante ascensión al Pico del Mediodía[4]; contemplando desde su cima piramidal —en variados términos y perspectivas— los vergeles magníficos de *Luz*[5], las ásperas

---

de esa comarca, como son la Gave Bearnesa (las Puertas de los Valles del Bearne), dos de las cascadas, la de Gédre y la del *Cáos,* y las Torres del Marboré, que es una cumbre del macizo del Monte Perdido, de unos tres mil metros de altura.

[2] *Titanes:* dioses primarios de la mitología griega, que habrían sido derrotados por Zeus y luego encerrados en el Tártaro, la parte más profunda del infierno mitológico.

[3] *Bagnères de Bigorre:* en español *Bañeras de Bigorra,* municipio francés de los Altos Pirineos conocido por sus termas de origen romano y que sigue siendo un foco de atracción turística.

[4] *Pico del Mediodía:* el Pic du Midi de Bigorre, actualmente famoso por su observatorio astronómico. Mide cerca de 2.900 m.

[5] *Luz:* se refiere a Luz-Saint-Sauveur, otra de las comarcas de esa región de los Pirineos. Se denominó simplemente *Luz* hasta 1962, año en que tomó su

gargantas de *Barèges,* las colinas del *Bearne,* los pintorescos campos del Garona, y porción de ciudades —que se presentan como puntos blanquecinos—, y cadenas de picachos vestidos de deslumbrante nieve...; pero aún nos faltaba conocer otra de las más raras curiosidades de aquel suelo privilegiado. Sí, aún no habíamos visto el *lago azul,* y resolvimos aquella excursión postrera en compañía de algunos otros bañistas, que nos presentaron por *cicerone*[6] al inteligente Lorenzo, a quien soy deudora de la extraña historia que voy a referir a los benévolos lectores de estas desaliñadas páginas.

II

Descendíamos de las escarpadas márgenes del hermoso lago que parece haber robado al cielo su más espléndido manto, en el momento de subir por ellas —lentamente y apoyado en grueso báculo— un anciano de aspecto noble y triste, a quien noté saludaba nuestro guía con emoción cariñosa.

—¿Conocéis a ese hombre? —le pregunté, movida por cierto instinto que me hacía adivinar en aquel viejo, de pálida y grave frente, algún infortunio extraordinario.

—Sí, señora —respondió Lorenzo—. ¿Quién no ha visto muchas veces al pobre tío Santiago mezclar sus lágrimas con las azuladas ondas del lago? Mientras viva no dejará de venir un solo día a rezar por el alma de su hijo en estas márgenes solitarias.

—¿Querréis decirme —repuse— qué misterio encierra la preferencia con que busca este sitio, para un acto que cumpliría mejor en la iglesia de su pueblo?

---

nombre actual. A continuación se mencionan Barèges, otra de las comunas de esa región, y Bearne, o Bearn, otra de las provincias del sureste francés, en la región pirenaica. El Garona es el río principal de esa región, que nace en España pero discurre principalmente por el sur de Francia, pasando por Toulouse y desembocando en Burdeos.

6 *cicerone:* la persona que actúa de guía para los visitantes de algún lugar.

—Es un misterio bien singular y doloroso —replicó el *cicerone*— y que a vos, señora, que me parecéis afecta a todo lo maravilloso, no podría menos de interesaros en extremo. Pero ¡ah! vale más no recordar aquí sucesos tan raros como lamentables.

Terminando estas palabras se alejó Lorenzo para hacer notar a los compañeros que me precedían las bellezas de la zafírea[7] llanura que estaban contemplando.

Tan hábil retirada en el instante mismo en que acababa de excitar hasta lo sumo mi impaciente curiosidad, era un rasgo digno de Dumas o de Soulié[8]: como aprendiz en el oficio supe apreciarlo desde luego, y concedí a mi hombre el placer de fastidiarme un rato en ansiosa expectativa; pero al cabo logré posesionarme de él —aprovechando los instantes en que mis compañeros se diseminaban por las inmediaciones— y le pedí con instancias que me refiriese las desgracias del melancólico anciano, cuya fisonomía me había sido tan simpática.

—Sólo por vos —contestó galantemente— pudiera prestarme a traer a la memoria en estos sitios, hechos capaces de volver a uno loco. Lo haré, porque comprendo no sois persona que indague las cosas por mera curiosidad, sino porque se interesa por cuanto es patético y extraordinario. Ahora bien, sentémonos, si os place, a la orilla de este lago —que representa gran papel en el drama de que voy a ocuparme—, y tened la bondad de prestarme atención durante algunos minutos.

Hice lo que me pedía, y él dijo con visible enternecimiento, que me pareció contagioso:

—Al tío Santiago se le murieron tres hijos en menos de dos años: no le quedó al pobre otro ser a quien amar que su chiquitín Gabriel, cuya venida al mundo le costó la vida

---

[7] *zafírea:* de color zafiro o azulado.

[8] *Dumas:* probablemente se refiera a Alexandre Dumas padre (1802-1870), conocido sobre todo por novelas históricas como *El conde de Montecristo* o *Los tres mosqueteros*, pero que también escribió historias de horror o fantásticas, como *Los mil y un fantasmas* (1849). *Soulié* es seguramente Frédéric Soulié (1800-1847), otro autor romántico francés bastante conocido en su tiempo y cuya principal novela es *Las memorias del diablo* (1837-1838).

de su esposa. Gabriel fue, por tanto, querido y mimado con extremo, lo cual —en verdad— nos parecía a todos cosa naturalísima; porque al niño podía tomársele por un serafín, según era de hermoso.

»Gozaba Santiago de bastantes comodidades, y hasta de cierto lujo, pues ningún labrador de su pueblo —que es de los más bonitos del valle de Lesponne[9]— podía jactarse de más rico que él; gracias a su constante laboriosidad, y a la economía de su difunta, que no tuvo igual en cuanto a hacendosa y mujer de gobierno.

»Viéndose, pues, el padre con sobrados medios, se le metió en la cabeza darle al hijo una educación fina, y no hubo modo de apartarle de aquella idea, que todos —hasta yo que aún no tenía pelo de barba— todos, repito, conceptuamos desacertada.

»En fin, cumplió su gusto, pues Gabriel a los dieciocho años era la maravilla del pueblo por las muchas cosas que sabía; sobresaliendo principalmente en las habilidades de tocar la flauta y componer versos, que él mismo ponía en música y solía cantar con admirable primor. Era también muy dado a leer libros, no sólo los escritos en nuestra lengua, sino hasta los que venían de Alemania y otras tierras extrañas; pues los entendía todos, y nos recitaba luego en francés interesantes cuentos que contenían, narrando los hechos con tal gracia y facilidad que nos embobábamos oyéndole.

»Añádase a lo dicho la singular belleza de su figura, la elegancia de sus modales, el esmero con que sabía vestirse —hasta en los días de trabajo— y ya comprenderéis, mi querida señora, que aquel muchacho debía hallarse entre estas montañas como fuera de su centro. Así lo consideramos en el pueblo, diciéndole con razón a Santiago que lo mejor sería mandarlo a una gran ciudad, donde se proporcionara carrera adaptada a la educación que le había dado; pero el viejo no quería por cuanto hay en el mundo desprenderse de su

---

[9] *Valle de Lesponne:* se refiere a otro de los valles pirenaicos, donde se encuentra el río Adour Lesponne, con bosques y montañas espectaculares.

Benjamín[10], y contestaba siempre que para todo habría tiempo; que el chico era delicado de complexión y necesitaba por algunos años más los aires de la tierra. Mientras tanto, se desarrollaba más y más en Gabriel —a medida que avanzaba en la juventud— un carácter melancólico y raro.

»No creáis que se viesen en él las inclinaciones propias de su edad. Aunque no había en el pueblo doncella que no lo mirase con buenos ojos, jamás hizo el menor caso de ninguna; como tampoco manifestó disposición para trabar amistad con los mancebos, ni hacerse partícipe de sus diversiones. El único placer del hijo de Santiago era vagar día y noche por esas montañas, llevando por toda compañía algún libro de versos o cosa semejante, y su flauta inseparable; que no pocas veces oía yo resonar en la espesura de algún bosque o en las orillas de este lago, cuando pasaba con mi mulo cargado de leña para la casa de su padre, a quien ayudaba en sus faenas, siendo bien agradecido y recompensado, pues —según indiqué antes— Gabriel no le servía para nada.

»En el momento en que llegaban a mis oídos los sones de la flauta, me detenía involuntariamente para escucharlos más tiempo, y tales eran de dulces y amorosos, que solía alguna lágrima humedecer mis párpados, sintiéndome el corazón como si quisiera venírseme a los labios para responder con suspiros a las cosas tiernísimas que me revelaban aquellas melodías. ¡Oh, señora! No penséis que exagero; la flauta de Gabriel no era un instrumento como otros de su clase: él hablaba por medio de ella todo cuanto quería, y aun creo que decía muchas veces más de lo que alcanzaba a comprender. Aquella flauta lloraba, gemía, cantaba, expresaba ardientes deseos, respondía a secretos pensamientos articulaba misteriosas promesas, y hacía nacer de súbito dulces, aunque indeterminadas esperanzas.

»En una ocasión me atrajeron tan poderosamente los admirables sonidos del instrumento armónico, que sin darme cuenta de ello me fui apartando del camino y descendiendo

---

[10] *Benjamín:* el más joven de una serie de hermanos, en referencia al nombre del más joven de los hijos de Jacob, en el Antiguo Testamento (Génesis, 35, 24).

el ribazo, hasta encontrarme al frente del joven músico, en este mismo sitio en que ahora nos hallamos. Tan embelesado estaba él con los primores que producía su soplo, como yo lo estaba escuchándole; pero luego que se apagaron en los aires de las últimas notas de la flauta —confundidas con los suaves suspiros de la brisa— me entró cierta especie de vergüenza del poderío que ejercía en mi alma con su música aquel muchacho holgazán, y —poniéndome de mal humor— me acerqué a él con un tanto de aspereza, y le dije —sacándole del arrobamiento en que parecía querer perseguir todavía, por entre los murmurios de las ondas del lago, las ya extinguidas vibraciones de su flauta armoniosa—: Tienes admirable habilidad, Gabriel, amigo; pero pasan días y días sin que pienses en otra cosa que en corretear y tañer la flauta, dejando a tu pobre padre solo y sin ayuda en las faenas de su hacienda. No lo digo porque me pese suplir tu falta; antes bien prescindo de mi propio interés —que sería el de hacerme necesario a Santiago— porque nada deseo tanto como ver contento al excelente anciano, y a ti portándote según corresponde a un buen hijo y cual hombre de provecho.

»Gabriel levantó la cabeza, me miró fijamente un instante con expresión distraída, y concluyó por rogarme que le repitiese cuanto había dicho, pues confesaba no haberme entendido. Hice lo que pedía, añadiéndole algunas reflexiones, a mi parecer oportunas, y él mostró esta vez escucharme con atención y sin ningún asomo de disgusto. Terminado mi sermón, me dijo con tono melancólico:

»—Gracias Lorenzo; gracias por el interés que te tomas por mi padre y por mí; pero ten entendido que no creo faltar a mis deberes siguiendo mis inocentes inclinaciones, ni doy gran importancia a los adelantos de mi hacienda. ¿Para qué necesito las riquezas? Yo vivo en un mundo que no es el vuestro, y saco mis alegrías, como mis dolores, de fuentes misteriosas que no pueden seros conocidas. En buen hora guárdate —si llega a faltar mi padre— esos bienes que le ayudas a conservar y a acrecer, y que yo sólo estimo por las comodidades que le proporcionan en su cansada vejez; pero déjame mi libertad selvática, déjame mi independencia vagabunda, seguro de que ellas son mis verdaderos tesoros, y

de que con nada me probarás mejor tu amistad que con no mezclarte en mi destino.

»—Seca es tu contestación, y hasta dura —repuse yo un poco lastimado—, mas no se dirá que por respetos a mi amor propio retrocedo en el terreno a que me ha traído un sentimiento más noble. Te llevo siete años largos, soy deudor a tu familia de beneficios que no olvidaré nunca, y estas circunstancias me obligan a aconsejarte según mi leal entender y escaso saber. No olvido que eres un mozo ilustrado y que yo carezco de esa ventaja: también confieso que Dios se ha servido darte un talento que supera naturalmente al mío; pero todo lo que me falta puede ser compensado por el buen deseo que me anima, y los ojos desapasionados con que miro tus acciones; mientras que tu ingenio y tu instrucción no bastan, en mi concepto, a suplir por la experiencia de que careces, ni levantan tu propio juicio para ver desde su verdadero punto y estimar imparcialmente la conducta que estás observando, con gran daño del sosiego presente de tu padre y de tu misma felicidad venidera. ¿Qué es lo que ganas —dímelo por tu vida— con pasar horas tras horas en la soledad de estos montes? Por deliciosas que sean las armonías que sabes arrancar de tu flauta, ¿no te cansarán al cabo abusando de ese placer? ¿Puedes hallarte mejor solo con tu música y tus libros, que en la grata compañía de tu padre, tus amigos y las muchachas más lindas del lugar, que todas aspiran a agradarte y entre las que hay algunas que son muy dignas de fijar tu atención el día que resuelvas escoger una esposa? Si las riquezas te son indiferentes; si no abrigas afición al trabajo —aunque todo hombre debe considerarlo un deber— ten al menos el gusto que es natural en tratar con tus semejantes, y no te condenes —afligiéndonos con tal capricho— a pasar aislado y triste los años más floridos de tu vida.

»—Escucha, amigo —dijo suspirando el joven luego que esto me oyó—, siéntate y atiéndeme un momento, para que no vuelvas a atormentarme con reconvenciones inútiles.

»Me senté a su lado, y él añadió:

»—Tienes razón, según el mundo, en juzgarme extravagante. Cuanto acabas de decir está arreglado a la prudencia humana y a las exigencias sociales. Más aún: veo en ello una prueba de tu sincero afecto, y declaro complacido que me

obligas a quererte desde hoy y a apreciarte, como no quiero ni estimo a ningún otro hombre, si se exceptúa a mi padre. Por eso voy a expresarme a tu presencia con el corazón abierto; por eso te permitiré entrever esta vida íntima de mi alma, que no puede avenirse con la vida común de los seres que me rodean: después de vislumbrarla, estoy seguro de que no volverás a exigirme el infructuoso sacrificio de ir a respirar en aquella atmósfera en que no puede vivir mi cuerpo sino matando a mi espíritu.

III

»Hablando así, Gabriel —con un abandono lleno de gracia que no le había visto hasta entonces— apoyó sus dos brazos sobre mis rodillas, y en sus blancas y delicadas manos su barba de suaves contornos, cubierta —como su labio superior— por un vello todavía sedoso; y dejando vagar sus miradas con expresión que fue haciéndose más y más extraordinaria, pronunció estas palabras que creo haber conservado fielmente, pues el cielo me concedió felicísima memoria:

»—Ignoro si mi educación ha sido causa, o sólo auxiliar, de este sentimiento profundo que me aleja del círculo en que debiera vivir. Algunas veces creo que aun cuando me hallara en la ciudad más ilustrada de Europa, entre los ingenios más sublimes, tendría —como tengo entre los rústicos habitantes de nuestras montañas— este instinto de aislamiento, esta aspiración a otro mundo mejor, que me haría despreciar los placeres, las pompas y hasta los goces intelectuales de las grandes sociedades; lo mismo que desprecio ahora la sencillez, la paz y los goces domésticos que me ofrece el estrecho —pero apacible— ámbito de la vida campestre. Sea de ello lo que fuere, amigo Lorenzo, te aseguro de veras que no ambiciono, no deseo nada de cuanto la tierra pudiera ofrecerme; porque hay en mi alma necesidades misteriosas, cuya satisfacción logro entrever únicamente algunas veces en los éxtasis inefables de mis ensueños solitarios. Solitarios he dicho, pero no es cierto: jamás estoy menos solo que cuando

ninguna criatura humana respira cerca de mí. Entonces todo se puebla a los ojos de mi mente de seres benéficos y bellos, con los que me comunico por medio de inexplicables armonías. Entonces viene —púdica y amorosa— a identificarse con mi espíritu, la mujer ideal de mis ardientes aspiraciones, ante la que quedarían oscurecidas las más perfectas beldades de la tierra.

»—Yo la veo en los risueños albores de la aurora, como en los tristes crepúsculos de la tarde; a la deslumbradora claridad del astro del día, como a los destellos apacibles de la luna argentada[11]. Tan pronto es la sílfide[12] aérea que hace ondear su vaporoso manto entre las nubes que coronan los montes; tan pronto la dríada[13] juguetona triscando[14] por la esmaltada pradera o la sombra de sus queridos bosques; o bien —con más frecuencia aún— la pálida y melancólica ondina, dejando sus palacios de líquido zafiro para sonreírme cariñosa en esta orilla escarpada, oculta entre los arbustos balsámicos que riega cada día con su bella urna de nácar.

»—¡Oh, Lorenzo! Los que por su desgracia, o su dicha, no han recibido de la naturaleza una organización de artista como la que en suerte me ha cabido; los que no ven en estos campos sino árboles, yerbas, aguas, nunca podrán comprender los misterios de la existencia mía. ¿Cómo explicarles con el lenguaje humano el sentido que descubro en esos susurros de las movibles ramas, esos murmurios de las corrientes sonoras, esas mil voces de la tierra y de los aires? ¿Cómo iniciarlos en el íntimo secreto de mis goces intelectuales en este mundo de mi predilección, entre estos seres que me acarician en cada rayo de luz; que me hablan de amor en cada eco de la vida inmensa que por todas partes palpita?

»—¡Ah!, ¡no! no quieras quitármelos; no quieras envolverme en el frío positivismo, que secaría mi alma. Déjame aquí con mis ensueños, con mis ilusiones, con mis delirios... Déjame con la compañera de mi soledad encantada, con mi

---

11 *argentada:* como bañada en plata.
12 *sílfide:* ser fantástico o mitológico elemental del aire.
13 *dríada:* dríada o dríade, deidad o ninfa de los montes y bosques.
14 *triscando:* triscar, retozar, divertirse.

rubia ondina de nacarado seno y ojos color de cielo, que hace un momento recogía quizás desde su lecho de espumas los sonidos de mi flauta, que la repetía *¡Te amo!*

»En el instante de articular Gabriel esta última palabra —sin que me permitiese ni aún respirar el asombro con que escuchaba tan extraña jerga, que me hacía sospechar un trastorno en su juicio—, en el mismo instante, señora, se movieron produciendo ruidos los arbustos que le servían de respaldo y —volviendo de pronto la cabeza— se encontraron mis ojos con otros ojos bellísimos, que parecían haber robado al lago el puro y transparente azul, con que brillaban entre el tupido ramaje. Los vi tan claramente cual veo ahora los vuestros; pero fue aquello un relámpago... desaparecieron al punto, dejándome atónito, y preguntándome a mí mismo si era Gabriel quien estaba loco, o si debía yo creerme solemnísimo bruto, por no haber ni aun sospechado hasta entonces la existencia de aquellos hermosos seres sobrehumanos, que le prestaban compañía.

»Verdad es que cuando niño me contaba mi madre cuentos de hadas y de duendes, que me hacían morir de miedo; pero después que me sentí hombre sólo a risa me provocaban; tratando como invenciones de la ignorancia cuanto solían decirme respecto a este y otros sitios, en que —según el vulgo—, aparecían de vez en cuando ondinas que extraviaban y hacían *mal de ojo*[15] a los pastores galanes, a fin de que no se enamorasen de ellos las muchachas bonitas de las poblaciones del valle.

»Pasado apenas mi primer estupor, quise a todo trance salir de dudas, y levantándome prontamente sin decir palabra a Gabriel —que parecía no haberse apercibido de nada—, corrí a registrar la maleza, arbusto por arbusto y rama por rama; pero no pude encontrar, con toda mi diligencia, ni una sombra de figura humana o sobrehumana. Recorrí con la vista las márgenes del lago y todo aquel contorno... pero ¡nada! Los ojos azules se habían desvanecido cual si fueran

[15] *mal de ojo:* influjo maléfico que según ciertas supersticiones se produce al mirar a una persona de cierta manera.

dos gotas de las ondas del lago, evaporadas por el calor del sol. Lo que sucedió con aquel incidente extraño fue que no osaba ya reprender al joven sus desvaríos, ni aun me sentía seguro de que lo fueran; pues de tal manera me preocupó lo que había oído y visto, que al llegar a la habitación de Santiago no acertaba a responder coordinadamente a las preguntas que me dirigió sobre cosas de la hacienda, y hubieron de llamarle la atención mi aire alelado y mis frases inconexas.

»Pero todavía no era nada: otro motivo más grande de sorpresa y asombro me estaba reservado para el día siguiente...

Mis compañeros de excursión —que se habían alejado recorriendo los alrededores— llegaron en tropel[16], interrumpiendo la relación de Lorenzo, y anunciándome que la caravana estaba impaciente por conocer otra líquida llanura, no distante, y a la que había dado la naturaleza el color precioso de la esperanza.

Fue preciso ceder al voto general, aunque me contrariase no poco abandonar aquel sitio llevando en suspenso mi curiosidad de mujer y de poeta, vivamente excitada por lo que acababa de oír de la historia del hijo de Santiago... del joven y desconocido artista de las montañas; de cuya flauta maravillosa aún me parecía que vagaban errantes, a las orillas del lago, ecos perdidos de místicos amores.

IV

Costeando la izquierda del Adour[17] nos dirigimos al lago verde, que contemplé con distraída mirada, no pudiendo perdonarle el no tener —como *su compañero azul*— alguna ondina que lo poetizase; y cuyos ojos de esmeraldas viésemos resplandecer de repente entre los frondosos ramajes que le prestaban sombra y colorido. Luego, mientras descansábamos en una amena hondonada, donde el río que habíamos perdido de vista durante algunos instantes volvió a presentár-

---

[16] *tropel:* con movimientos acelerados y ruidosos de varias personas.

[17] *Adour:* el río Adour, que nace en los Pirineos franceses y desemboca en Bayona.

senos en forma de lindísima cascada —a cuyo ruido se unía el canto de malvises[18] y jilgueros, pobladores constantes de los abetos y las hayas, que forman allí bosquecillos encantadores— procuré y conseguí otro *tête-à-tête*[19] con el *Dumas campesino,* que continuó su peregrino relato en los términos siguientes, o muy semejantes:

—Veinticuatro horas hacía de mi conversación con Gabriel, cuando me llamó a su aposento el abandonado padre, y encerrándose conmigo me dijo suspirando:

»—Ya ves, querido Lorenzo, la extraña conducta de mi hijo: ayer apenas lo he visto a las horas de comer; hoy dejó la casa antes de que me levantase, y su puesto en la mesa lo hemos contemplado vacío. Esto, como comprendes, no puede prolongarse, pues mi corazón sufre demasiado con la certeza de que proviene semejante alejamiento de un fastidio profundo que devora a aquella alma, haciéndole insoportable hasta la presencia de este mísero padre. Ahora bien; meditando en cuáles serían los mejores medios de remediar el mal, se me han ocurrido dos: o casar al chico, dejándole elegir a la novia que quiera en quince leguas a la redonda —pues no seremos desairados por ninguna doncella que nos conozca—; o si se niega a tomar el santo estado, cuyas obligaciones pueden arrancarle del género de vida con que ahora nos contrista, resolverme —aunque sea con dolor de mi corazón— a mandarle donde tenga medios de completar sus estudios y abrazar cualquiera profesión honrosa. Una vez fijado mi pensamiento en estos dos partidos me pareció desde luego que tú eras más a propósito que nadie para proponérselos a Gabriel; puesto que no solamente debes a la naturaleza gran facilidad para expresarte sino que también le mereces a mi hijo particular aprecio, mirándote él y yo cual miembro de la familia.

»—¡Ea, pues, amigo! No perdamos tiempo; no pienses por el momento en otra cosa que en buscar a ese vagabundo —que Dios sabe dónde estará a estas horas— y emplea cuanto talento tienes, y toda la influencia que alcance a darte la

[18] *malvises:* aves de plumaje de color verde, propia de los países del norte de Europa.

[19] *tête-à-tête:* expresión francesa, a solas, o mano a mano.

amistad que te profesa para hacerle aceptar la primera de mis proposiciones; o la segunda si fracasamos por desgracia en el preferente empeño. El Padre celestial te pagará tan buena obra en la venidera vida, y este otro pobre padre te bendecirá agradecido mientras goce de la presente.

»Durante este discurso de Santiago estuve más de una vez a punto de interrumpirle refiriéndole lo ocurrido el día anterior; pero me contuvo el recelo de alarmar demasiado aquella alma timorata[20] y religiosa, concibiendo, además, alguna esperanza todavía de que Gabriel renunciase a sus singulares delirios, ante la certidumbre de poder trasladarse a una ciudad populosa, y conseguir en ella empleo digno de su ingenio y capaz de lisonjear su orgullo. Añadíase a esto que yo empezaba a concebir algunas dudas sobre la verdad de lo que había creído ver a las orillas del lago: mi imaginación, predispuesta de antemano a lo maravilloso por las extrañas melodías de la flauta y las extraordinarias alucinaciones que me comunicara el joven músico, podía quizá haberse exaltado hasta el punto de tomar por ojos humanos, o diabólicos, los de cualquier alimaña que casualmente se albergase en la maleza.

»Todas estas razones —que se me presentaron en tropel— me decidieron a no decir nada por entonces al pobre viejo, que me confiaba aquellos proyectos en que fundaba sus últimas esperanzas, y a auxiliarle en ellos por cuantos medios me parecieran posibles.

»Con tal resolución me despedí de él, asegurándole mi buena voluntad; y —dándome el corazón que encontraría a Gabriel donde mismo le había hablado últimamente— tomé sin vacilar el camino del lago.

»La tarde era hermosa y apacible, pero se hallaba ya bastante adelantada; y como yo caminase, además, muy despacio —por ir preocupado de mi misión y coordinando los mejores medios de llevarla a cabo felizmente—, sucedió que antes de llegar al término de mi marcha se me echaron encima las sombras, sorprendiéndome precisamente en lo más

---

[20] *timorata:* de moralidad escrupulosa o pusilánime.

estrecho y triste de la áspera garganta que atravesaba. Entonces —lo confieso con vergüenza—, los pensamientos que me venían distrayendo se desvanecieron de pronto, sucediéndoles cierto sobrecogimiento de pavura[21], que no acertaba a vencer.

»El silencio que me rodeaba; la semioscuridad, que me permitía distinguir, aunque confusamente las formas vagas y caprichosas de las pardas peñas y los negros abetos que siembran por todas partes aquella lúgubre angostura; el rumor de las aguas, llegando a mis oídos como lejano lamento, y al cual se mezclaba el ruido de las piedras que —desprendiéndose de la altura— rodaban al fondo de los precipicios; las nubes que envolvían los picachos desnudos; las brumas que se elevaban del lago, formando a distancia fantásticas figuras..., todo contribuía a inspirar inexplicable terror a mi imaginación, algo supersticiosa. Llegó a dominarme tan rápidamente aquel sentimiento ridículo, que despertándoseme la memoria de cuantos relatos conocía sobre espantosas apariciones, se me representaban todos los objetos verdaderos fantasmas, levantándose amenazadores para impedirme la entrada en los dominios de la acuática amante de mi desgraciado amigo.

»¡Oh! Reíd si queréis, señora; pero es lo cierto que en aquel lugar, en aquella hora indecisa —que no pertenece ni a la noche ni al día— y después de lo que la tarde anterior me había pasado, no se necesitaba ser un ignorante labriego —como yo— para sentirse poseído por extrañas ideas. Lo más que pude hacer, a fuer de hombre no desprovisto de valor, fue no cejar ni una línea en mi camino, y llegar a despecho de todo hasta aquellas orillas en que Gabriel me había dado las raras explicaciones de su misteriosa vida.

»Me hallaba precisamente tocando los arbustos que sirven de respaldar al asiento rústico que ocupaba con él en el instante en que vi brillar los bellos ojos azules; es decir, pisaba el mismo palmo de terreno que debió pisar la persona que poseía aquellos ojos —si era en efecto *persona*— y la maleza me separaba única-

---

21 *pavura:* miedo.

mente del tronco en que suponía hallar al joven, entregado —como de costumbre— a sus singulares devaneos. Pero al separar las ramas para contemplarle sin ser visto de él, noté que el asiento se encontraba vacío, y llegó a mis oídos cierto rumor que parecía como de una voz femenil, pronunciando palabras queditas desde el centro mismo del lago.

»Sentí correrme por todo el cuerpo un escalofrío como de terciana[22]; pero dominé mi pavura, y —salvando el obstáculo que oponían los arbustos— me puse al otro lado y di algunos pasos, acercándome al paraje de donde, al parecer, partía la voz. Ésta, empero, cesó de oírse en aquel momento, y como la luna empezaba ya a levantarse —repartiendo claridad bastante para distinguir los objetos— vi al hijo de Santiago de rodillas sobre el escarpado borde, y le escuché al mismo tiempo decir con suplicante acento:

»—Suspende, por piedad, esa cruel prohibición: déjame llegar hasta ti, o dígnate respirar más cerca del corazón que te adora. ¿Por qué una distancia que me priva de tocar tus manos, o la orla siquiera de tu túnica? ¿Por qué te niegas a convencerme de que no es un sueño, una alucinación de mis sentidos, lo que estoy mirando y oyendo? Si gozas existencia real; si tienes un corazón que lata respondiendo a las violentas palpitaciones del mío, no prolongues esta duda acibarando[23] momentos tan felices. Ángel o demonio, ser humano, o de otra especie desconocida, yo te amo; yo te recibo como bienhechora realización de mis aspiraciones misteriosas, de mis esperanzas incomprensibles. ¡Ven, sí, ven, o déjame llegar a tus plantas, aunque deba morir al sellarlas con mis labios!

»—No insistas más en ello, querido amigo, dijo al punto otra voz tan incomparablemente dulce, que al pronto creí escuchar una de las más suaves melodías de la flauta de Gabriel. —Aún no ha llegado el día en que podamos enlazar nuestras manos y confundir nuestros hálitos[24]. Yo te suplico por mi amor que lo aguardes resignado, y seas dichoso por ahora sólo con verme y oírme, a la distancia corta en que nos

[22] *terciana:* fiebres tercianas.
[23] *acibarando:* amargando, inquietando.
[24] *hálitos:* alientos.

hallamos. Desecha, mientras tanto, toda duda sobre mi existencia real, y no vuelvas nunca a concebirla; pues te aseguro que no es sueño, ni es ilusión de tu mente. Ella adivinaba en sus poéticas aspiraciones la verdad que ves probada hoy, y que sólo acogías antes como puro idealismo, como vaga tendencia hacia lo desconocido. No, no te engañabas al presentir que no puede la especie humana hallarse aislada en este globo que habita, a inmensa lejanía de los demás seres terrestres, desprovistos del divino don del pensamiento. No te engañabas al poblar los senos de la tierra, los aires, las aguas, el fuego mismo, de criaturas simpáticas, cuya alma respondiese misteriosamente a las voces de la tuya. Existen realmente en todos los elementos, entre seres de naturaleza inferior, otros que poseen —como vosotros— un espíritu amante, inteligente, sociable y perfectible. Sólo, empero, con ciertas condiciones (que aún no debo revelarte) les es permitido a dichos seres —destinados a vivir en los elementos que constituyen sus cuerpos— presentarse a los humanos y hablarles en su lenguaje. Rara vez merece un habitante de la superficie de la tierra que los moradores del éter, del fuego o de las aguas abandonen sus dominios para venir a formar con él alianza de amor y de destino... pero tú, amigo mío, eres del escaso número de esos hombres privilegiados; pues la amante que te habla es la ondina que lleva el cetro en los diáfanos alcázares de este magnífico lago.

»Cuando hube oído tan terminante declaración, que ninguna esperanza me permitía, horrorizado a la idea de que Gabriel se hallaba envuelto en los artificios de espíritus maléficos, no pude ya contenerme y —haciendo la señal de la cruz— corrí resueltamente hacia él para arrancarle, aunque fuese por fuerza, de un paraje tan temible. Pero ¡ah, señora! apenas me hallé a su lado y tendí una mirada de espanto por aquellas márgenes funestas —que ya iluminaba la luna con extraordinarios resplandores— se me presentó de súbito un cuadro tal, que me dejó suspenso y como extático.

»En esa lengüeta de tierra que entra en el lago, a unos veinte pasos de nosotros, reclinada en alfombra de florida yerba, y rodeada de murmurantes y espumosas ondas azuladas, se veía una figura blanca medio velada por transparentes

y zafíreos velos; con cuyos pliegues jugaban las brisas de la noche, extendiéndolos como nubecillas pavorosas en torno de una cabeza rubia coronada de nenúfares. Entre aquellos celajes de gasa resaltaba un rostro, cuya perfecta blancura dejaba atrás la de las espumas que solían salpicarlo, y en el que brillaban los dos bellísimos ojos que mi memoria conservaba impresos; los mismos, señora, que se habían desvanecido el día antes cual gotas del lago evaporadas por el sol. Esta vez, sin embargo, la luna —que reflejaba su luz de plata en la tersa frente de la ondina— iluminaba el sereno azul de sus grandes pupilas, sin siquiera disipar la melancólica sombra que proyectaban en sus párpados largas y negrísimas pestañas; contrastando de una manera atrevida con las madejas de oro, que —bajando por sus sienes— se dilataban en graciosas ondas sobre la nieve de sus hombros.

»Yo había llegado junto a Gabriel con ánimo de llevármele, conjurando al demonio de quien le creía víctima; mas resultó que ante aquella aparición divina, no supe ni pude hacer otra cosa que lanzar un grito de admiración.

»Resonar éste, levantarse ella asustada —en ademán como de precipitarse al lago— y sentir en mi garganta las manos de Gabriel, que me oprimían como una argolla de acero, todo fue obra de un segundo. No puedo decir si la ondina se sumergió o no en las ondas, pues furioso el amante no me soltó hasta que caí sofocado y sin sentido. Cuando volví en mi acuerdo me hallé solo: todo estaba desierto y en silencio. La luna, medio velada por una nubecilla, rielaba[25] sobre las aguas un rayo melancólico, y las ondas —movidas apenas por el tenue soplo de desmayada brisa— dejaban escapar blando murmurio, que se asemejaba a un suspiro.»

Aquí llegaba Lorenzo cuando fue menester aplazar de nuevo la conclusión de la historia, resignándome de mala gana a seguir a mis compañeros hasta Bizourtère[26]; donde nos esperaban las caballerías, y donde logré la promesa de que sería con-

---

[25] *rielaba:* brillar con luz temblorosa.

[26] *Bizourtère:* nombre de otro de los picos y municipios de los Pirineos franceses.

tinuada las dos veces interrumpida narración, durante el camino que aún nos restaba para regresar a Bagnéres.

En efecto, hízolo Lorenzo, como se verá en el próximo capítulo.

V

—Comprenderéis, señora, que no era posible seguir callándole a Santiago la verdad de lo que ocurría, pues no me quedaba la menor esperanza de que Gabriel aceptase ninguna de las dos proposiciones de que me había encargado el pobre padre. La impresión que hizo a éste el relato de cuanto yo había visto y oído a las orillas del lago, más fácil es concebirla que expresarla.

»Desde luego no vio en todo ello sino diabólicos artificios; y espantado y lleno de dolor a la idea de que el joven tenía comunicaciones con espíritus malos, no perdonó medio —de los varios que le sugirieron su acendrada[27] fe y su paternal ternura— para arrancarle de los peligros de que le consideraba rodeado. Consejos, lágrimas, reprensiones, amenazas, exorcismos... todo fue empleado sucesivamente, y todo con igual inutilidad. Gabriel estaba loco de amor por la ondina, y llegamos a convencernos de que antes se dejaría matar que consentir en alejarse de estos sitios; o siquiera consultar un poco la prudencia antes de ir más adelante en aquella singularísima y sospechosa aventura.

»Santiago cayó en mortal desaliento a vista de tal obstinación, y yo tuve que limitarme —al cabo de mil infructuosos esfuerzos— a vigilar en secreto los pasos del insensato amante; por si me era posible evitarle mayor desgracia que la que tenía ya, viviendo subyugado a un ser de naturaleza misteriosa y probablemente maléfica. Pero ¡cosa rara! acontecíame, señora, que —no obstante la pavura causada por la idea de aquellas relaciones funestas— me sentía yo mismo atraído a los alrededores del lago; más que por el interés que me mere-

---

[27] *acendrada:* sin defecto, en estado puro.

cía Gabriel, por la imprudente curiosidad de volver a contemplar a la anfibia belleza de cuyas redes anhelaba librarlo.

»Un día, amaneciendo apenas, me fui a sentar en lo más elevado del ribazo[28], atisbando[29] desde allí —cuanto lo permitía la débil claridad del crepúsculo— si se descubría algo que indicase la presencia de la ondina. ¡Nada! La superficie azulada aparecía tranquila, y silenciosas sus márgenes solitarias.

»De pronto, sin embargo, me pareció sentir pasos a mi espalda, y volviéndome rápidamente, columbré[30] —pues no puedo decir con verdad que las vi claro, aunque pasasen cerca de mí, según lo espeso de la neblina y lo pasajero de la aparición—; columbré, digo, dos figuras, que más bien que andar parecían deslizarse sobre la húmeda yerba, y que descendieron por el recuesto en dirección del lago, sin que yo alcanzase a explicarme de dónde habían salido. Iban tan próximas, que el ancho velo azul que envolvía a una de dichas figuras, se extendía también —movido por el viento matinal— en torno de la cabeza de la otra; formándoles a ambas como una nube, que se distinguía entre la niebla y les prestaba no sé qué de fantástico, pareciendo que huían arrebatadas por vapores matizados. Quise bajar al punto el ribazo en pos de aquella pareja, que creí reconocer o adivinar; pero súbitamente me cercaron —brotando de la espesura— numerosas ondinas, vestidas todas del color purísimo del lago, las cuales comenzaron a girar rápidamente en torno mío, entonando un cántico singular, del que sólo entendía estos versos, muchas veces repetidos:

¡Ay de quien rompa el velo de estas neblinas,
acechando a la reina de las ondinas!
¡Ay de quien pago
de su espionaje aguarde cerca del lago!

»Cada vez que me hacían oír dichas palabras aumentaban la velocidad de su movimiento, estrechando progresivamen-

---

[28] *ribazo:* porción de tierra con una elevación y un declive pronunciado.
[29] *atisbando:* observando cautelosamente.
[30] *columbré:* columbrar, distinguir desde lejos una cosa.

te el círculo que trazaban a mi alrededor, hasta el punto de envolverme con sus cendales[31] —que el viento batía y entrelazaba— causándome tal vértigo que acabé por no ver nada, cayendo en tierra ni más ni menos que si estuviera completamente borracho. Pero así y todo, sentía que aquellas malignas criaturas continuaban danzando, y se divertían en arrojar sobre mí —a cada nueva evolución— hojas y ramas que arrancaban de los arbustos próximos, llegando a formarme una capa verdaderamente sofocante.

»Cuando, pasado un poco mi mareo, logré desembarazarme de aquel peso, y tendí mis miradas por el teatro de encantamientos en que me hallaba, sólo se presentaron a ellas algunas gaviotas que se bañaban en las tranquilas ondas; sin llegar tampoco a mis oídos otros acentos que el de los pájaros gorjeando en los árboles, y de vez en cuando el mugido de las vacas que pacían en las colinas cercanas.

»En otra ocasión (era una noche de luna tan hermosa como aquella en que fui testigo de la entrevista de Gabriel con su acuática amante) me escondí con gran cuidado entre la maleza, inmediato a la cual solía sentarse el joven, y que era la misma donde resplandecieron a mis ojos los que tanto me preocuparon entonces, y que no olvidaré nunca. Estuve largo rato en ansiosa expectativa; pero, burlada ésta —pues todo continuaba desierto y callado—, comencé a aburrirme muy de veras, cayendo por último en una gran somnolencia, a la que me rendí después de ensayar vanos esfuerzos para combatirla. Pero aunque dormido como un lirón[32], no gozaba de reposo verdadero; pues me agitaron ensueños extravagantes, en que tan pronto me parecía luchar con monstruos salidos del centro de la tierra, tan pronto me sentía atraído poderosamente a los abismos de las aguas por cánticos dulcísimos de pérfidas sirenas, a cuya magia oponía en balde toda la resistencia de mi voluntad. A pesar de ella, me arrastraba no sé qué fuerza irresistible a las peligrosas orillas, y ya iba a caer en brazos de las temibles anfibias (que me fascinaban

---

[31] *cendales:* tela muy fina y transparente.

[32] *lirón:* mamífero roedor de cerca de medio metro de longitud, que pasa el invierno escondido y aletargado.

con sus acentos, como la serpiente con sus hálitos al ave que quiere devorar), cuando desperté despavorido.

»Desperté, pero no acertaba a creerlo, mi querida señora; pues aunque con los ojos abiertos y la razón al parecer despejada, aún continuaba oyendo las inefables melodías cuyo magnetismo perturbara mi sueño.

»¡Sí! No era ilusión: las auras de la noche traían a mis oídos —desde los senos del lago— deliciosos ecos de una flauta que no era dable confundir con otra, y —asociadas a aquéllos— las modulaciones penetrantes de voces argentinas, que entonaban lindísima barcarola[33].

»Quedeme algunos minutos suspenso, extático, sin decidirme a creer que no continuaba soñando; pero así que —sacando fuerzas de flaqueza como suele decirse— logré levantarme, y me adelanté por entre las breñas[34] hasta el borde mismo del lago, entonces vi claramente una barquilla argentada, deslizándose por la tersa superficie al compasado ruido de cuatro remos, que brillaban como si fuesen de bruñida plata.

»Manejábanlos diestramente dos agraciadísimas figuras femeniles, cuyos trajes blancos y vaporosos mejor parecían de espumas que de tela, aun la más ligera y diáfana. Indicábanme su calidad de ondinas la corona de acuáticas flores, y los anchos velos azules con que siempre se presentaron a mi vista las habitadoras del líquido elemento; velos que esta vez —prendidos únicamente a sus espaldas— se henchían, flotando por los dos costados de la barca, pareciendo ser sus transparentes flámulas[35].

»No fueron, sin embargo, las encantadoras remeras quienes cautivaron mi atención; pues se fijó desde luego en la popa de la ligera navecilla, donde aparecían —muellemente reclinados sobre almohadones de verde y fresco musgo, y a

---

[33] *barcarola:* canto de marineros cuyo ritmo trata de reproducir el movimiento de los remos. También, canción popular de Italia, especialmente de los gondoleros venecianos.

[34] *breñas:* terreno agreste, entre rocas y con abundante maleza.

[35] *flámulas:* especie de banderola de forma triangular, estrecha y alargada que a veces se usa como insignia de una nave.

la sombra de una especie de dosel de reluciente azul recamado, al parecer, de perlas— un hombre y una mujer que no necesito nombraros.

»La luna, próxima a su ocaso, acariciaba con sus últimos destellos la pálida frente de la reina de las ondinas, inclinada sobre un hombro de Gabriel; mientras que la brisa, jugando a su placer con la profusa cabellera —que se tendía destrenzada bajo la guirnalda de nenúfar— llegaba a envolver como cendal de oro la hermosa cabeza del joven músico; cuyos labios cesaron de henchir por un instante el instrumento sonoro, para beber los hálitos de aquellos otros labios voluptuosos, que exhalaban —rozándolos casi— los acentos divinos que aun dormido me atraían.

»Una de las blancas manos de la sin igual hija de las ondas descansaba sobre el timón, con negligencia que mostraba no tener necesidad del menor esfuerzo para imprimir a la barca la dirección que quisiera. La que seguía era evidentemente hacia la opuesta margen del lago; pareciéndome más dulce el canto, y más pintoresco y extraño el aspecto de aquella blanca y reluciente barca, regida por figuras semiaéreas, cuanto iba siendo mayor la distancia que nos separaba.

»Vi, por fin —aunque ya un poco confusamente—, tocar el esquife la orilla a que se encaminaba, y mecerse un momento todavía al compás de la música; pero en seguida se extinguieron lentamente en la atmósfera las últimas vibraciones de aquélla, al mismo tiempo que apagaba la luna sus melancólicos rayos, y todo quedó sumido en oscuridad y silencio.

»Entonces, señora, se me antojó trasladarme a todo trance a la margen en que atracó la barquilla, para ver qué rumbo tomaban las naucleras[36] seductoras; pero apenas hube dado algunos pasos, alejándome de la orilla que había ocupado hasta ese momento, escuché sucesivos golpes dados en el agua por ligeros cuerpos que al parecer se arrojaban a su seno, y nuevos ecos —dulces y atrayentes— se levantaron de las ondas en alas de la brisa, como convidándome a buscar por entre aquéllas camino más breve para encontrar a las ondinas.

---

36 *naucleras:* nauclero, patrón o piloto de una nave.

»Tan fuerte era el poderío que los tales cánticos ejercían sobre mí, y tan impulsado me iba sintiendo a ceder a su influjo —lanzándome en medio de las sombras a los líquidos abismos abiertos a mis pies— que me sobrecogió nuevamente terror supersticioso, y echando a correr espeluznado, no paré hasta verme al abrigo del techo hospitalario de Santiago; bajo el cual entró también Gabriel algunos minutos después, sin ningún indicio en su aspecto ni en su traje de haber acompañado a su amada hasta sus líquidos palacios.

Hizo pausa Lorenzo, y después prosiguió diciendo:

VI

—Desde la noche a que me he referido no volví a seguir nunca los pasos del imprudente enamorado, porque empecé a temer por mí propio, al sentir que la belleza de las ondinas iba atenuando el pavor que me había inspirado en un principio su naturaleza misteriosa. El mismo Santiago pareció también habituarse, a pesar suyo, a la idea de las extrañas relaciones de su hijo; limitando ya sus cuidados a dirigir a la Virgen Santísima repetidas súplicas para que velase por el alma de aquél, no permitiendo fuese esclavizada por el espíritu de las tinieblas.

»Así se pasó el resto del verano, cuando el día primero de octubre —al volver yo de unas diligencias que tuve que hacer en Lourdes[37]— me encontré en consternación la casa del pobre viejo. La causa era que Gabriel faltaba de ella hacía ya tres días, y que al encontrarle a las orillas del lago se había negado absolutamente a alejarse de ellas ni un momento, sin que alcanzasen a vencer su tenaz resistencia los ruegos y las lágrimas del afligido padre, el cual había ido aquella mañana personalmente a traérselo; no obstante la repugnancia que le causaban aquellos sitios desde que supo los frecuentaban seres sospechosos.

---

[37] *Lourdes:* la ciudad de las apariciones de la Virgen María, que también se encuentra en la región de los Altos Pirineos franceses.

»Presteme a probar si lograba mejor resultado, y me encaminé al lago sin siquiera tomar un vaso de agua, ni dar un pienso[38] a mi mulo.

»Al llegar me detuve, encantado por los sonidos de la flauta: jamás los había exhalado tan penetrantes, expresivos y extraños. Eran al principio como un dulce y querelloso reclamo entre suspiros de amor; luego impacientes quejas, exclamaciones de enojo, lamentos tristísimos, sollozos, lágrimas... estallando al fin en un gemido profundo, desgarrador, terrible, que parecía haber destrozado la flauta y el corazón del músico. Salté de mi mulo, estremecido; corrí a la orilla del lago y hallé en ella al infeliz joven tendido sin conocimiento, frío, pálido, con la flauta aferrada por sus crispados dedos, y los labios —de que acababa de separarla— cubiertos de sanguinolenta espuma. Echele agua en el rostro, le aproximé a la nariz un frasco de aguardiente que traía conmigo... pero, visto ser todo sin éxito alguno, me resolví a trasladarlo a la choza de un pastor situada al pie de la cuesta, valiéndome para ello de una especie de camilla que formé rápidamente con algunas ramas de árboles, asegurándolas lo mejor que pude sobre los lomos del mulo. Colocado encima el pobre mozo, echó a andar el animal, que conocía perfectamente el sendero, y pronto llegamos a la cabaña donde esperaba hallar, y hallé en efecto, hospitalaria acogida.

»Prodigáronse a Gabriel cuantos auxilios estaban a nuestro alcance, logrando al cabo que volviese en sí y tomase un cordial[39], de que tenía gran urgencia; pues se conocía que el desdichado no probaba alimento desde que dejó la casa paterna.

»Sucedió, empero, que tan pronto como se sintió un tanto reanimado, quiso tirarse de la cama y volverse al maldecido lago, obstinándose de tal modo en aquel empeño, que no hubiéramos conseguido detenerle a no ocurrírseme de repente una mentira feliz. —Puedes hacer lo que quieras—, le dije—; pero sábete que *ella* me tiene encargado no permitirte

---

[38] *pienso:* alimento para el ganado.
[39] *cordial:* bebida reconfortante que se da a los enfermos.

pisar de nuevo aquellas márgenes, hasta que recibas aviso suyo de que puedes hacerlo sin perjuicio de tu salud y sin infracción de sus órdenes.

»—¡Cómo! Exclamó él: ¿la has visto pues? ¿Dónde? ¿Cuándo? Habla, en nombre del cielo, amigo mío; dime qué le he hecho para que me prive de su presencia tres días seguidos, sin una palabra, sin un signo de recuerdo. ¡Qué! ¿No ha oído los gritos de mi alma llamándola día y noche? ¿No sabe que la he jurado que si me abandonaba en la tierra, iría a buscarla a los abismos de las aguas?

»—Eso es precisamente lo que *ella* te prohíbe —contesté con viveza y con espanto—. Eso es lo que os separaría para siempre; pues ocurren motivos poderosos que la obligan a desviarte de aquellos sitios sólo por breves días, dependiendo de ello la futura felicidad de ambos.

»Nada tan fácil como engañar a un amante con cualquiera esperanza, aun la más vaga. Gabriel empezó a respirar con desahogo; sus ojos se abrillantaron; su fisonomía toda recobró vida.

»—Bien —me dijo, tomándome las manos y apretándolas contra su corazón— si ella lo ordena así, sea; imponme las voluntades que se haya servido expresarte, y bendita tu voz, Lorenzo, que hace llegar a mis oídos órdenes dictadas por la suya. ¡Ah! no puedes comprender cuánto he padecido, y qué bien inefable me haces sentir con sólo decirme que la has visto.

»—Mucho más podré comunicarte cuando llegue el momento oportuno —le contesté, resuelto a no escasear fábulas en obsequio de su tranquilidad—, pero por ahora sólo debemos pensar en adquirir fuerzas para llegar a nuestro domicilio, calmando las zozobras de tu excelente padre y cumpliendo los preceptos de tu previsora amante.

»El joven no opuso resistencia; bebió un poco de leche que le presentó el pastor; subió en el mulo al instante; y —aunque volviendo la vista a cada paso y exhalando suspiros profundísimos— anduvo sin decir palabra el camino que nos condujo a su casa.

»Figuraos cuál sería el consuelo del pobre Santiago cuando volvió a ver a su hijo en el hogar abandonado; pero aún se lo

proporcioné mayor al hacerle saber la desaparición de la ondina, según me lo revelaran las palabras del joven. ¡Pluguiese al cielo[40], sin embargo, que nada hubiera yo dicho! Santiago, cuya rectitud y religioso celo pecaban quizá por exageración, condenó desde luego los artificios —en mi concepto inocentes— que juzgué necesarios emplear para impedir la desesperación de su hijo, y me declaró que en manera alguna sostendría con falsas esperanzas la pasión insensata de aquel mísero; sino antes bien estaba resuelto a aprovechar la ausencia del pérfido monstruo que lo seducía, para desengañarlo de una vez haciéndole comprender las gracias que debía rendir al cielo por haberle librado de un gran peligro. Después de producir las hondas y saludables impresiones que el sencillo anciano esperaba de sus paternales sermones, quería llevarse a Gabriel —cuanto antes— de aquellos lugares de recuerdos ingratos, y establecerse con él en Tolosa[41]; donde tenían algunos deudos acomodados, que proporcionarían al muchacho ocupaciones y recreos capaces de distraerle.

»Me pareció bien esta última idea, y me encargué complacido de los preparativos del viaje, que debía emprenderse al día próximo; pero no juzgando igualmente ventajoso y prudente el partido que tomaba el viejo de destruir de un golpe todas las ilusiones del triste enamorado —confirmándole la verdad de su abandono y pintándoselo como beneficio celeste— quise antes que nada presenciar aquella escena, en que presentía la necesidad de mi intervención directa. Entré, por tanto, con Santiago en el aposento de su hijo —que cediendo a mis ruegos se había metido en el lecho, queriendo merecer por su docilidad y aparente calma que le refiriese pronto los pormenores ofrecidos—. Aguardábame hacía rato con tal ansia, que apenas me vio pisar los umbrales, cuando sin notar siquiera que iba acompañado del viejo, me tendió los brazos exclamando: —¿Vienes, al fin, Lorenzo?... ¡Qué siglos se me han hecho los momentos! Llega, por Dios, llega a contármelo todo; a repetirme

---

40 *Pluguiese al cielo:* en este caso, «¡Ojalá!».

41 *Tolosa:* Toulouse, la ciudad francesa.

cien veces que volveré a verla; que *ella* te lo ha ofrecido; que no me tiene olvidado.

»—Cuanto te indicasen sobre el particular, hijo mío, dijo al punto Santiago, sería mera invención para contemporizar con tu locura. Felizmente esperamos que no torne jamás a perseguirte con sus pérfidas seducciones esa criatura malévola, instrumento odioso del infierno; pues sin duda debemos la ventura de verte libre de ella a las incesantes oraciones que he dirigido a la Purísima Virgen, impetrando por su asistencia esa gracia que hoy me regocija.

»Quiso continuar el infeliz padre pintándole a Gabriel los tremendos peligros que había corrido su alma y la gran felicidad que debía sentir rompiendo su cautiverio; pero no le fue posible hacerse oír ni un solo instante más.

»Se enfureció el joven de tal modo, al comprender que yo le había engañado y que su padre se ufanaba de deber a sus oraciones la desaparición de la ondina —a quien quizá le representó entonces su imaginación encadenada por superior poder en los abismos de las aguas—, que lanzándose del lecho, rugiendo como pantera herida, corrió a la puerta para escaparse veloz, no sin arrojarnos al mismo tiempo una mirada sañuda.

»Santiago, alarmado justamente del completo delirio que revelaba el aspecto de su hijo, gritó a los criados cerrasen el portón principal, y —obedecido al momento— no tardamos en oír las terribles sacudidas que daba Gabriel a la madera, pareciendo triplicadas sus fuerzas.

VII

»Llegose a él el conturbado padre, ensayando todos los recursos imaginables para calmar su exacerbación, pero nada consiguió: nada tampoco yo, cuando me permití reconvenirle por tales excesos y hacerle presente su inutilidad. Aquello vino a parar en verdadera lucha, pues no fueron menester escasos esfuerzos para sujetar al insensato, dispuesto a buscar salida por los balcones cuando desesperó de hallarla por la puerta.

»Finalmente, al cabo de media hora de gritos, denuestos y violencias —que agotaron las fuerzas que momentáneamente le prestaron la ira y la desesperación— cayó el pobre mozo rendido y desmayado, transportándosele al lecho sin que siquiera pareciese sentirlo.

»Pronto se apoderó de él por completo una fiebre letárgica que alarmó a Santiago, y le hizo pasar el resto del día sin moverse de la cabecera de la cama. Yo, mientras tanto, persuadido de que aquello no era sino consecuencia pasajera de la fatiga y las emociones recientes, dispuse —según lo convenido antes— nuestra inmediata traslación a Tolosa; porque ninguna medicina juzgué comparable a la distracción del viaje.

»Cuando volví a entrar en el cuarto de Gabriel, que sería a eso de las diez de la noche, me salió al encuentro Santiago con semblante despejado y alegre, informándome que nuestro enfermo se exhalaba en sudor, cediendo rápidamente la calentura.

»En efecto, a poco rato vi incorporarse a Gabriel, preguntando qué hora era con cierta calma, que confirmó nuestras esperanzas.

»—Hemos triunfado, dije entonces al viejo, y creo que se realizará felizmente la proyectada partida, para la cual todo lo tengo dispuesto.

»—¡Alabado sea Dios! —me contestó surcando una lágrima de gratitud su venerable rostro. —Terrible ha sido la crisis, pero de éxito mejor que cuanto podíamos prometernos. Cuando llegue a Tolosa, será mi primer cuidado mandar decir una misa en acción de gracias al Señor.

»Viendo que Gabriel parecía haberse vuelto a dormir con sueño sosegado y reparador, obtuve del padre se recogiese también a descansar un poco, prometiéndole quedarme toda la noche cerca del enfermo para atenderlo en cuanto pudiera menester.

»Durante más de tres horas observé religiosamente mi promesa, pues me mantuve junto al lecho sin cerrar los párpados ni un instante; pero como continuase Gabriel en completo reposo y limpio de calentura, y como me sintiese por mi parte bastante molido y fatigado, me dejé vencer de la tenta-

ción de echarme vestido en una butaca, rindiéndome, desgraciadamente, el sueño más profundo que haya tenido en mi vida.

»Desperté, sin embargo, por instinto, a poco de haber amanecido, y viniéndoseme a la memoria que debíamos partir aquella mañana, me levanté con presteza corriendo al lecho de Gabriel para prepararle prudentemente a una marcha que aún no se le había comunicado.

»Figuraos, señora, cuál sería mi sorpresa cuando me encontré que no estaba allí, y al mismo tiempo reparé en una circunstancia que por de pronto no fijara mi atención, y era la de hallarse abierto el balcón de aquella pieza, que yo conservé con cerrojo durante toda la noche.

»Asustado y ansioso me acerqué precipitadamente a dicho balcón, y entonces no pude ya dudar de lo ocurrido; pues vi atada al hierro una de la sábanas de la cama, anudándose a su extremo la otra, que llegaba hasta una vara[42] del suelo. Todo quedaba explicado: Gabriel nos había engañado con su aparente calma, y aprovechando mi sueño se había huido de la casa.

»Mesándome los cabellos de despecho, participé al triste padre aquel inesperado contratiempo, y sin perder instante montamos a caballo y nos dirigimos a galope tendido a las orillas del lago, donde nos parecía seguro encontrar al fugitivo. Pero nos engañamos. Desiertas aparecían —entre la bruma que las cubre siempre a tales horas— y reinaba en torno inacostumbrado silencio, que tenía algo de pavoroso.

»Ya íbamos a abandonarlas para recorrer las cercanías, a las que trasladábamos nuestras ya una vez burladas esperanzas, cuando de pronto distinguí en tierra, medio cubierto por la húmeda yerba —que me pareció recientemente hollada— un objeto a cuya vista me sentí estremecido hasta la médula de los huesos. ¡Era la flauta de Gabriel!...

»Levantela silencioso, mostrándosela al anciano, que exclamó al punto, cayendo desplomado:

»—¡Mi hijo se halla en el fondo del lago!

---

42 *vara:* antigua medida de longitud variable, aunque menor al metro.

»¡Ah, señora! aquélla era sin duda la terrible verdad, pues jamás desde entonces ha vuelto a saberse del infortunado Gabriel; ya porque encontrara la muerte entre las traidoras ondas —como su padre y yo creímos desde luego firmemente— ya, según otros coligen, porque se albergue olvidado de la tierra en los diáfanos palacios de la amante idolatrada, a quien quiso seguir hasta los abismos de las aguas.

»Como si las ondinas solemnizasen su triunfo, súbita tempestad, con lluvias y vientos extrordinarios, se desencadenó aquel mismo día sobre montañas y valles; oyéndose el lago desbordado trocar por insólito bramido el tenue murmurio, que es la voz habitual de sus azules ondas.

Largo rato guardamos silencio el *cicerone* y yo, después que él hubo terminado la novelesca historia, cuyo trágico desenlace me había afectado mucho. Notando, empero, que ya se presentaba a nuestra vista el alegre caserío de Bagnères, no pude menos de preguntarle a Lorenzo —con sonrisa que pareció lastimarle— si debía tomar por lo serio que un hombre de buen juicio, como él, creyese de veras haber sido una ondina la amante misteriosa del hijo de Santiago.

—Señora —me respondió gravemente—, aunque destruya el ventajoso concepto que os merezco, confesaré sincero que por bastante tiempo tuve la íntima convicción de que no pertenecía a la especie humana el ser a quien puedo acusar con justicia de la desgracia de toda una familia; pero, en honor de la verdad —si no de la especie mencionada— debo deciros también que mis creencias sobre aquel punto distan mucho hoy de la firmeza que tenían entonces. La casualidad me ha suscitado motivos de duda, que vais a apreciar por vos misma, si me permitís exponerlos.

Le rogué que lo hiciese pronto, pues nos restaba poco trecho que andar, y él dijo inmediantamente:

—«El verano próximo pasado (era el segundo que contábamos después de la muerte de Gabriel) tuve que ir a París a realizar algunas cobranzas de créditos de Santiago; pues aunque ya desempeñaba yo muchas veces el oficio de guía con los viajeros que visitan frecuentemente nuestro pintoresco país, todavía continuaba prestando al triste anciano cuantos servicios tenía por conveniente encargarme.

»Hallándome, pues, en la brillante capital de Francia, quise no abandonarla sin ver antes a un joven amabilísimo que el año anterior había pasado larga temporada entre nosotros, cobrándome, al parecer, algún cariño; cosa nada extraña, si se atiende a que le acompañé siempre en sus excursiones aventureras. Tomé informes, por tanto, de la calle y casa en que habitaba, yendo —cuando lo supe— varios días seguidos a saludarle, como creía de mi deber; pero con la mala suerte de no lograr hallarle nunca.

»Era ya la víspera de mi partida, cuando tuve el antojo de pasearme, como uno de tantos ociosos, en el bosque de Boulogne[43]. A poco de hallarme allí, medio atolondrado entre la numerosa y elegante concurrencia, vi pasar a caballo, no lejos de donde yo estaba, al joven Mr. de N...[44] (me permitiréis no revelar los verdaderos nombres), a quien inútilmente había buscado hasta entonces.

»Cediendo al primer impulso, comencé a darle voces rogándole que se detuviera, y como es persona —aunque de las más ilustres por el nacimiento— de las más campechanas por carácter, cumplió mi deseo con sumo agrado, mostrando gran placer al verme cuando menos lo esperaba. Apenas me le hube acercado, tendiome la mano como de igual a igual, preguntándome qué era lo que me había llevado a París, y si le necesitaba para algo. Empecé a referirle el porqué y el cuándo de mi viaje; mas hube de interrumpirme al notar que mi interlocutor se distraía un poco, mirando a cierta lucida cabalgata que se le acercaba frente a frente.

»Componíanla una dama y varios caballeros, a los que seguían *jockeys* y palafreneros[45] numerosos.

»Al emparejar con Mr. de N... la gallarda amazona le dirigió un saludo afectuoso, y extrañando sin duda verle en con-

---

[43] *Bosque de Boulogne:* parque de París, al oeste de la ciudad.

[44] *Mr. de N.:* este empleo de solamente la letra inicial de un nombre o un apellido es un recurso típico del XIX y sirve para cargar de realismo o verosimilitud la narración, pero no implica necesariamente una referencia a un ser o lugar realmente histórico. Se repite en otros relatos de esta antología, como en «Coincidencias»*, de Juana Manuela Gorriti.

[45] *palafreneros:* palafrenero, criado que cuida o que guía a los caballos.

versación familiar con un rústico patán, me lanzó en seguida viva mirada de curiosidad. ¡Ah, señora! En el momento que aquellos ojos se encontraron con los míos, me sentí todo trémulo y trastornado; porque eran idénticos a otros que yo creía hasta entonces sin iguales en el mundo. Las grandes pupilas azul celeste, sombreadas por pestañas de ébano, habían iluminado con uno solo de sus rayos las tinieblas de lo pasado, ya un tanto adormecido en mi memoria; transportándome de repente a las márgenes de aquel lago tan lleno de recuerdos tristes.

»Sin poder reprimirme, pregunté con visible agitación al caballero de N... quién era la señora que acababa de pasar.

»—¡Hola! —exclamó jovialmente—; ¿la omnipotencia de esos célebres ojos se extiende también hasta los rudos hijos de las montañas? ¡Bien! aplaudo el nuevo triunfo de la reina de los aristocráticos salones; porque te advierto, buen Lorenzo, que la que te ha llamado la atención es la joven y opulenta viuda condesa de ***. La mujer más bella, más coqueta y más caprichosa que hoy existe en París. ¡Toma! (añadió en seguida soltando una carcajada). Ahora caigo en que tu pregunta ha sido bastante socarrona, pues debes conocer a la condesa quizá mejor que yo. Ella ha pasado todo un verano, hace tres años, en vuestros valles románticos, y como la siguen a todas partes los genios del amor y de los placeres —prontos a realizar sus más extravagantes antojos— tengo entendido que convirtió aquellos lugares agrestes en brillante teatro de aventuras maravillosas, dignas de figurar en las mil y una noches.

»Me despedí de Mr. de N...; dejé a París al día inmediato; y no he vuelto a salir del recinto comprendido entre estas ásperas montañas. Nada más supe, nada más quiero saber de la condesa de ***; antes, al contrario, cuando su recuerdo me asalta, procuro rechazarlo como infernal sugestión. ¿No pensáis, como yo, señora, que mejor fuera conservar intacta mi sencilla creencia en la pérfida ondina del lago azul, que no concebir la desconsoladora sospecha de que pueda abrigarse en el pecho de una mujer la crueldad más implacable?

—¡Ah! tenéis razón —le respondí vivamente—, si tal sospecha llega a convertirse en evidencia, la extraña historia que

me habéis referido, despojada de todo lo que tiene de maravilloso y bello, vendría a ser solamente una indigna comedia de la coquetería y del capricho, representada (a guisa de pasatiempo) por una gran señora del mundo positivo[46]... y la trágica escena con que la terminó el entusiasmo —por medio del inspirado artista de estas soledades, del tierno soñador del mundo inteligible— podría considerarse horrible efecto de la burla lanzada por la prosaica realidad sobre la poética aspiración.

Terminaba yo estas palabras, cuando paraban nuestras caballerías delante de la puerta del Hotel de París. Lorenzo se despidió en seguida, y mi marido, que había escuchado parte de su interesante relato, le encargó —dándole algunos francos— que hiciese decir misas en sufragio del alma de Gabriel.

---

[46] *mundo positivo:* seguramente una alusión a la cosmovisión derivada del positivismo filosófico de Comte y Stuart Mill, donde se da prioridad al conocimiento científico y a una perspectiva de la realidad predominantemente materialista. Una expresión semejante aparece en «El número 111»*, de Eduardo Blanco.

Juana Manuela Gorriti
*Coincidencias**

I. El emparedado

Éramos diez. Habíanos reunido la casualidad, y nos retenía en un salón, en torno a una estufa improvisada, el más fuerte aguacero del pasado invierno.

En aquel heterogéneo círculo, doblemente alumbrado por el gas y las brasas del hogar, el tiempo estaba representado en su más lata[1] acción. La antigüedad, la Edad Media, el presente, y aun las promesas de un riente porvenir, en los bellos ojos de cuatro jóvenes graciosas y turbulentas, que se impacientaban fastidiadas de la monotonía de la velada.

El piano estaba, en verdad, abierto, y el pupitre sostenía una linda partitura y valses a discreción; pero hallábanse entre noso-

---

* Juana Manuela Gorriti (Argentina, 1818-1896) es una escritora con una vida realmente novelesca desarrollada en su mayor parte en Perú y Bolivia. En estos países, especialmente en Perú, se convirtió también en uno de los principales catalizadores de la vida cultural y literaria de su momento. Es autora de un corpus relativamente amplio de cuentos, novelas cortas y leyendas fantásticas o semifantásticas como «El oro de los incas», «La novia del muerto», «El pozo del Yocci» o «Quien escucha su mal oye». Aquí se ha recogido la serie de relatos agrupados bajo el título común de «Coincidencias», que habría aparecido por primera vez en *El álbum*, revista para mujeres dirigida por Carolina Freyre de Jaimes. Posteriormente se habrían publicado en el segundo volumen de su obra titulada *Panoramas de la vida* (Buenos Aires, Casavalle, 1876, págs. 251-263), que es la versión que seguimos aquí.

[1] *lata:* dilatada, extensa.

tros dos hombres de iglesia; y su presencia intimidaba a las chicas, y las impedía entregarse a los compases de Strauss y las melodías de Verdi[2]. Ni aun osaban apelar al supremo recurso de los aburridos: pasearse cogidas del brazo, a lo largo del salón; y cuchicheaban entre ellas ahogando prolongados bostezos.

—Hijas mías —díjoles el venerable vicario de J., que notó su displicencia—, no os mortifiquéis por nosotros. Os lo ruego, divertíos a vuestra guisa[3]. Yo, de mí, sé decir que me placería oíros cantar.

¡Cantar! Bien lo quisieran ellas; pero arredrábalas el repetido *io t'amo* de los maestros italianos, en presencia de aquellas adustas sotanas, y se miraban sin saber cómo excusarse.

—¡Y bien! —continuó el vicario[4]—, si os detiene la elección, que lo decida la suerte.

Y levantándose, fue a tomar del repertorio el primer cuaderno que le vino a la mano.

¡Coincidencias! —exclamaron las niñas, riendo— ¡Ea, pues, hijas mías, a cantar las coincidencias!

Las jóvenes rieron de nuevo.

—¡Bueno!, ¡os alegráis al fin!

—Señor, el cuaderno está en blanco —dijo la niña de la casa—. Su inscripción es el proyecto de una fantasía para dedicarla al profesor que me enseña el contrapunto[5].

—¡«Coincidencias»! Eso, más bien que de cantos, tiene sabor de relatos —dijo una señora mayor.

—Y quien dijo *relatos* —añadió otra— quiso decir pláticas de viejos.

---

[2] *Strauss:* aunque hay varios músicos de la misma familia con ese apellido, Gorriti se refiere seguramente a Johann Strauss hijo (1825-1899), conocido particularmente por sus valses, operetas y música de baile de salón. *Verdi:* Giuseppe Fortunino Francesco Verdi (1813-1901), compositor de ópera romántico, muy popular en su época, y autor entre otros de *Rigoletto, La Traviata* e *Il Trovatore.*

[3] *guisa:* modo, manera.

[4] *vicario:* sacerdote nombrado por el obispo y que con potestad y jurisdicción ordinaria ayuda a aquél en el gobierno de la diócesis. A veces puede ser también el sacerdote coadjutor o secundario de una parroquia.

[5] *contrapunto:* en música, guardar la concordancia y armonía entre voces opuestas, o también el arte de combinar dos o más melodías diferentes.

PANORAMAS

DE LA VIDA

POR

JUANA MANUELA GORRITI.

COLECCION DE NOVELAS, FANTASÍAS, LEYENDAS Y DESCRIPCIONES AMERICANAS.

TOMO I

BUENOS AIRES.

Imprenta y Librerías de MAYO, Moreno 337 y Potosí 189

1876

Portada del primer volumen de *Panoramas de la vida,* de Juana Manuela Gorriti (1876). En el segundo volumen del mismo título apareció la serie de relatos «Coincidencias».

—Y quien dijo pláticas de viejos quiso aludir a mis noventa inviernos —repuso con enfado cómico el vicario.

—Y para castigar la culpable susceptibilidad de ese ministro del Señor —replicó la matrona, simulando el énfasis de un fiscal—, pido que se le aplique la ley al pie de la letra y se le condene al relato de una coincidencia.

—Y para mostraros que los dieciocho lustros no han podido quitarme la complaciente obediencia debida a tan amables jueces, referiré una muy singular coincidencia que por mucho tiempo hizo vacilar mi espíritu entre lo casual y lo sobrenatural.

A estas palabras, los bostezos cesaron como por encanto; y las jóvenes, perdiendo su timidez, acercaron sus sillas y rodearon al anciano vicario.

—Era yo cura de S., y me había comprometido el de H. a predicar el sermón de su fiesta.

»Sin embargo, ésta se acercaba y yo todavía no lo había escrito, subyugado por la pereza que se apodera del ánimo en la vida de los campos.

»En fin, llegó la víspera, el cura de H. me envió a buscar, y hube de ir allá sin haber puesto mano en mi obra, creyendo que la vista del lugar, del templo y los preparativos de la fiesta fueran un estímulo a mi negligencia.

»Pero llegado a H. presentóseme otro obstáculo: las visitas.

»Para superar este inconveniente, fui a encerrarme en una celda de la Compañía[6], edificio vasto y solitario, donde podía aislarme como en un desierto. ¡Vana esperanza! Aun allí vinieron a sitiarme durante el día entero los oficiosos saludos.

»Alarmado en fin por el escaso tiempo que me quedaba para hacer aquella composición, apenas llegó la noche, encerreme con llave y me puse a escribirla.

»En el curso de mi obra, quise citar una frase que yo creía de Tertuliano[7], y no recordando el capítulo que la contenía, echeme a buscarla.

---

[6] *Compañía:* la Compañía de Jesús u orden de los jesuitas, fundada por san Ignacio de Loyola en 1534 y, en tiempos de Gorriti, extendida por todo el mundo, especialmente por Europa y América Latina.

[7] *Tertuliano:* Quintus Septimius Florens Tertulianus (*ca.* 155-*ca.* 222). Nacido en Cartago, fue jurista en Roma hasta que se convirtió al cristianismo en

»Sentía pesada la cabeza, y mi mano por momentos se paralizaba sobre las páginas del libro. Eran las doce de la noche.

»—No busquéis vuestra cita en Tertuliano; se encuentra en el capítulo octavo de las *Confesiones* de San Agustín[8].

»Al escuchar aquel apóstrofe, levanté la cabeza, sorprendido, y vi sentado delante de mí a un clérigo.

»Iba a preguntarle cómo había entrado, pues la puerta estaba con llave, cuando él, tendiendo hacia el fondo de la celda una mano demacrada y pálida, me dijo:

»—Yo duermo allí.

»A estas palabras hice un movimiento de asombro que me despertó.

»Era un sueño; pero la voz del clérigo sonaba todavía en mi oído: "No busquéis vuestra cita en Tertuliano; se encuentra en el capítulo octavo de las *Confesiones* de San Agustín".

»Sin darme cuenta de lo que hacía, cogí aquel libro y lo abrí en su capítulo octavo.

»La frase que solicitaba encontrábase allí.

»Sorprendido por aquella extraña coincidencia, díjeme, sin embargo: "El sueño da algunas veces grande lucidez; y mi recuerdo, avivado por su influencia, ha venido bajo la figura fantástica del clérigo".

»Y seguí mi trabajo sin pensar más en aquel incidente.

»Al día siguiente, cuando, concluido mi sermón, dirigíame a la iglesia, encontré en el claustro a un arquitecto, que me dijo había sido enviado de Lima para dar otra forma a aquel edificio, a fin de que sirviera al establecimiento de un colegio nacional.

---

el año 195, año en que regresó a Cartago. Apologista cristiano, fue autor de numerosas obras, entre las que figuran *Ad martyres, De idolatria, De corona militis* o *Contra gnosticos*.

[8] *San Agustín:* Agustín de Hipona (354-430), santo y Padre de la Iglesia, nacido en África de padre pagano y madre cristiana. Formado en el cristianismo, pasó parte de su vida en retiro hasta su conversión en el año 386. Sus obras más conocidas son *Las confesiones* (años 397-398) y *La ciudad de Dios* (años 413-426). La primera de ellas narra su itinerario interior, hasta su conversión, y se ha convertido en una referencia casi obligada para el género de las memorias y las autobiografías.

»Acabada la fiesta, y vuelto a casa del cura, fui con él a ver los primeros trabajos del arquitecto.

»Al echar abajo la pared medianera entre la celda que yo ocupé y la siguiente, encontrose la pared doble; y en su estrecha separación, el cadáver de un jesuita.

»¿No es verdad que mi fantástico sueño y la presencia de ese cadáver emparedado fueron una extraña coincidencia?».

Sin embargo, las jóvenes, aunque se preciaban de espíritus fuertes, estrecharon sus sillas mirando con terror las ondulaciones que el viento imprimía a las cortinas del salón.

—Pues que de coincidencias se trata —dijo el canónigo B.—, he aquí una no menos extraordinaria.

II. El fantasma de un rencor

«Servía yo, hace ocho años, el curato de Lurín[9], y fui llamado para administrar los sacramentos[10] a una joven que se moría de tisis[11]. Trajéronla de Lima con la esperanza de curarla; pero aquella enfermedad inexorable seguía su fatal curso, y se la llevaba.

»¡Un ángel de candor, bondad y resignación! Alejábase de la vida con ánimo sereno, deplorando únicamente el dolor de los que lloraban en torno suyo.

»Mas en aquella alma inmaculada había un punto negro: un resentimiento.

---

[9] *curato de Lurín: curato:* parroquia o territorio bajo la jurisdicción espiritual de un sacerdote. *Lurín:* uno de los cuarenta y tres distritos actuales que conforman la provincia de Lima en Perú. Actualmente es una diócesis independiente de la de Lima.

[10] *administrar los sacramentos:* se refiere al sacramento de la extremaunción, ordinariamente conocido como unción de los enfermos, y que se administra a las personas en peligro de muerte por accidente o enfermedad.

[11] *tisis:* es un término de época usado para designar vulgarmente a la tuberculosis pulmonar. Además, es un mal común que padecen los protagonistas de las obras del período romántico.

»—Pero, hija mía, es necesario arrojar del corazón todo lo que pueda desagradar al Dios que va a recibiros en su seno: es preciso perdonar la dije.

»—Padre, lo he perdonado ya —respondió la moribunda—; es mi hermano y mi amor fraternal nunca se ha desmentido. Mas, en nombre del cielo, ¡no me impongáis su presencia, porque me daría la muerte!

»—Ese mal efecto se llama rencor —la dije, con severidad—, y yo, que recibo vuestra confesión, yo, ministro de Dios, os ordeno en su nombre que llaméis a vuestro hermano y le deis el ósculo de perdón.

»—Hágase la voluntad de Dios —murmuró la joven, inclinando su pálida frente. Y yo, haciendo montar a caballo a un hombre de la familia, lo envié inmediatamente a Lima.

»La enferma fue una brillante joya del gran mundo, codiciada por su belleza y sus virtudes. Mas, ella, que recibió siempre indiferente los homenajes de los numerosos pretendientes que aspiraban a su mano, fijose, al fin, en un joven militar, valiente, buen mozo y estimable, pero que por desgracia se concitara la enemistad del hermano de su novia en una cuestión política. Nada hay tan acerbo como un odio de partido; y si el oficial sacrificó el suyo al cariño de la hermana de su enemigo, éste prohibió a aquélla recibir al militar, sublevó contra él a la familia y rompió la unión deseada.

»El joven oficial, desesperado, se suicidó; la pobre niña se moría, y el hermano, entregado a profundos remordimientos, deploraba amargamente la fatal locura que lo arrastró a causar tantos desastres.

»En tanto que mi enviado marchaba a Lima, la enferma entró en delirio. —No vengas, Eduardo —decía, con fatigoso acento—, quiero morir en paz; y tu presencia, tu voz, la voz que condenó a Enrique, me impedirían perdonarte.

»—He ahí que viene —continuó, con terror—. ¡Asesino de Enrique, aléjate, huye, o te doy mi maldición!... ¡¡¡Ah!!!

»Esta exclamación fue acompañada de un grito que atrajo en torno al lecho a la familia.

»—¿Qué tienes, Rosalía? Rosalía, ¿qué sientes? —le preguntaban.

»—¡Socorro! —exclamó la enferma—. ¡Socorro para Eduardo, cuyo caballo, espantado de mi sudario, acaba de arrojarlo a tierra, donde yace sin sentido!

»—¡Está delirando! —dijeron los suyos—, ¡y no podrá recibir los sacramentos!

»No de allí a mucho mi enviado llegó solo.

»—¿Y Eduardo?

»—El caballo, al que montaba, espantado al atravesar por un grupo de sauces, a la entrada de las primeras huertas del pueblo, se ha encabritado arrojándolo contra una tapia. Lo he dejado sin sentido, y vengo en busca de auxilio para volverlo en sí y traerlo.

»Trajeron, en efecto, a Eduardo, repuesto ya de su caída.

»A su vista, el delirio se desvaneció de la mente de la enferma, que reconociendo a su hermano, le tendió los brazos, y los restos de su resentimiento se fundieron entre las lágrimas y los besos fraternales. Recostada en el pecho de su hermano, recibió los sacramentos y en sus brazos exhaló el último suspiro».

Las jóvenes lloraban escuchando el triste relato del canónigo.

—¡Válgame Dios! —exclamó una señora—, y qué fuerte olor de sacristía han esparcido en nuestro ánimo estas historias de clérigos. Será preciso, para neutralizar el incienso, saturarlo con esencia de rosas. Y pues que de coincidencias se trata, allá va una de tantas.

—Hable el siglo —repuso el vicario con un guiño picaresco.

III. Una visita infernal

—Mi hermana, a la edad de dieciocho años, hallábase en su noche de boda. Sola en su retrete, cambiaba el blanco cendal y la corona de azahar con el velo azul de un lindo sombrerito de paja para marcharse con su novio, en el coche que esperaba a la puerta, a pasar su luna de miel en las poéticas soledades de una huerta.

»Lista ya, sentose, llena el alma de gratas ilusiones, esperando a que su marido pudiera arrancarse del cúmulo de abrumadoras felicitaciones para venir a reunirse con ella y partir.

»Una transparente bujía[12] color de rosa alumbraba el retrete colocada en una palmatoria[13] de plata sobre la mesa del centro, donde la novia apoyaba su brazo.

»Todo era silencio en torno suyo, y sólo se escuchaban a lo lejos, y medio apagados, los rumores de la fiesta.

»De súbito óyense pasos en el dormitorio. La novia cree que es su esposo, y se levanta sonriendo para salir a su encuentro; pero al llegar a la puerta se detiene y exhala un grito.

»En el umbral, apareció un hombre alto, moreno, cejijunto vestido de negro y los ojos brillantes de siniestro resplandor, que, avanzando hacia ella, la arrebató en sus brazos.

»En el mismo instante la luz de la bujía comenzó a debilitarse y se apagó, a tiempo que la voz del novio llamaba a su amada.

»Cuando ésta volvió en sí, encontrose, apoyada la cabeza en el pecho de su marido, sentada en los cojines del coche, que rodaba en dirección del Cercado[14].

»—¡Fue el demonio! —murmuró la desposada; y refirió a su marido aquella extraña aventura. Él rio y lo achacó a broma de su propia novia.

»Y pasaron años, y mi hermana se envejeció.

»Un día 24 de agosto, atravesando la plaza de San Francisco[15], mi hermana se cruzó con un hombre cuya vista la hizo estremecer. Era el mismo que se le apareció en el retrete el día de su boda.

---

[12] *bujía:* vela de cera o también el candelero donde ésta se coloca cuando está encendida.

[13] *palmatoria:* especie de candelero con forma de plato y un asa para llevarlo de un lugar a otro.

[14] *Cercado:* se refiere al Cercado de Lima, zona del centro histórico de la ciudad. Es también uno de los cuarenta y tres distritos de la provincia de Lima.

[15] *Plaza de San Francisco:* plaza de Lima ubicada al lado del Convento de San Francisco y la Capilla de la Soledad y el Milagro. El conjunto fue construido hacia 1542.

»El desconocido siguió su camino, y mi hermana, dirigiéndose al primero que encontró, le dijo con afán:

»—Dispénseme el señor: ¿quién es aquel hombre?

»El interpelado respondio palideciendo.

»—Es el demonio. Él me arrancó de mi pacífica morada para llevarme a palacio y hacerme a la fuerza presidente. He aquí los ministros que vienen a buscarme.

»Eran los empleados del hospital que venían en pos suyo.

»El hombre a quien mi hermana interrogaba era un loco».

IV. Yerbas y alfileres

—Doctor, ¿cree usted en maleficios? —dije un día a mi antiguo amigo el esclarecido profesor Passaman. Gustábame preguntarle, porque de sus respuestas surgían siempre una enseñanza, o un relato interesante.

—¿Que si creo en maleficios? —respondió—. En los de origen diabólico, no; en los de un orden natural, sí.

—Y sin que el diablo tenga en ellos parte, ¿no podrían ser la obra de un poder sobrenatural?

—La naturaleza es un destello del poder divino; y como tal, encierra en su seno misterios que confunden la ignorancia del hombre, cuyo orgullo lo lleva a buscar soluciones en quiméricos desvaríos.

—¿Y qué habría usted dicho si viera, como yo, a una mujer, después de tres meses de postración en el lecho de un hospital, escupir arañas y huesos de sapo?

—Digo que los tenía ocultos en la boca.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Y aquellos a quienes martirizan en su imagen?

—¡Pamplinas! Ese martirio es una de tantas enfermedades que afligen a la humanidad, casualmente contemporánea de alguna enemistad, de algún odio; y he ahí que la superstición la achaca a su siniestra influencia.

»He sido testigo y actor en una historia que es necesario referirte para desvanecer de ti esas absurdas creencias... Pero, ¡bah!, tú las amas; son la golosina de tu espíritu, y te obstinas en conservarlas. Es inútil.

—¡Oh no, querido doctor, refiera usted, por Dios, esa historia! ¿Quién sabe? ¡Tal vez me convierta!

—No lo creo —dijo él, y continuó.

»Hallábame hace años en La Paz[16], esa rica y populosa ciudad que conoces.

»Habíame precedido allí, más que la fama de médico, la de magnetizador[17].

»Multitud de pueblo vagaba noche y día en torno a mi morada. Todos anhelaban contemplar, si no probar los efectos de ese poder misterioso, del que sólo habían oído hablar, y que preocupaba los ánimos con un sentimiento mezcla de curiosidad y terror.

»Entre el número infinito de personas que a toda hora solicitaban verme, presentose una joven cuyo vestido anunciaba la riqueza; pero su rostro, aunque bello, estaba pálido y revelaba la profunda tristeza de un largo padecer.

»—No vengo a consultar al médico —dijo, sonriendo con amargo desaliento—. ¡Ah!, de la ciencia nada espero ya: vengo a preguntar a ese numen misterioso que os sirve la causa de un mal que consume a un ser idolatrado; extraña dolencia que ha resistido a los recursos del arte, a los votos, a las plegarias; vengo a demandarle un remedio, aunque sea a costa de mi sangre o de mi vida. Dicen que para valeros de él lo encarnáis en un cerebro humano. Alojadlo en el mío: que vea con mi pensamiento; que hable por mi labio y derrame la luz en el misterioso arcano que llena de dolor mi existencia, y ¡ah!...

»Su voz se extinguió en un suspiro.

»En tanto que hablaba, habíala yo magnetizado.

»Unos pocos *pases*[18] bastaron para mostrarme la lucidez extraordinaria que residía en aquella joven.

»—¿Me escucháis, hermosa niña? —díjela empleando ese adjetivo de poderoso reclamo para toda mujer; porque al someterla a la acción magnética había olvidado un preliminar: preguntarla su nombre.

---

16 *La Paz:* capital de Bolivia.

17 *magnetizador:* persona que hipnotiza.

18 *pases:* movimientos para inducir el trance hipnótico.

»—¡Hermosa! —exclamó; y una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. ¡Ah, ya no lo soy! El dolor ha destruido mi belleza y sólo ha dejado en mí una sombra.

»—¿Habéis sufrido mucho?

»—¡Oh!, ¡mucho!

»Y una lágrima brotó de sus párpados cerrados y surcó su pálida mejilla.

»—Pues bien, contadme vuestras penas. ¿Echáis de menos una dicha perdida? ¿Erais, pues, muy feliz?

»—¡Ah!, ¡y tanto! Santiago me amaba; iba a ser mi esposo, el sol del siguiente día debía vernos unidos; pero aquella noche fatal, la terrible enfermedad asaltó en su lecho a aquel que en él se acostara joven, bello, fuerte y lozano; y agarrotó sus miembros y lo dejó inmóvil, presa el cuerpo de horribles dolores que hacen de su vida un infierno. El año ha hecho dos veces su camino, sin traer ni una tregua a su dolencia. Toda esperanza se ha desvanecido ya en el alma de Santiago; y cuando me ve prosternada orando por su vuelta a la salud: —¡Laura —me dice—, pide mi muerte!

»—Laura —díjela, interrumpiendo aquella larga exposición hecha con voz lenta y oprimida—, no más respecto al presente, retroceded al pasado, a ese último día de bonanza; volved a él la mirada... ¿Qué veis?

»—¡Mi felicidad!

»—¿Y en torno a Santiago?

»—¡Nada más que mi amor!

»—¿Nada más? ¡Mirad bien!...

»De súbito la sonámbula se estremeció, y su mano tembló entre las mías; sus labios se crisparon y exclamó con voz ronca:

»—¡Lorenza!

»—Pronunciado este nombre, apoderose de ella una tan terrible convulsión que me vi forzado a despertarla.

»Nada tan pasmoso como la transición del sueño magnético a la vigilia. Los bellos y tristes ojos de la joven me sonrieron con dulzura.

»—Perdonad, doctor —dijo como avergonzada—, creo que me he distraído. Desde que el dolor me abruma, estoy sujeta a frecuentes abstracciones. Os decía, hace un momento...

»La interrumpí para anunciarle que sabía cuánto ella venía a confiarme, y le referí el caso de su novio, cual ella acababa de narrarlo.

»Llenose de asombro, y me miró con una admiración mezclada de terror.

»—¡Oh! —exclamó—, pues que penetráis en lo desconocido, debéis saber la naturaleza del mal que aqueja al desventurado Santiago y lo lleva al sepulcro. ¡Salvadlo, doctor, salvadlo! Él y yo somos ricos y os daremos nuestro oro y nuestra eterna gratitud.

»Y la joven lloraba.

»Logré tranquilizarla y la ofrecí restituir la salud a su novio. Esta promesa cambió en gozo su dolor; y con el confiado abandono de la juventud, entregose a la esperanza.

»Aventuré, entonces, el nombre de Lorenza.

»Laura hizo un ademán de sorpresa.

»—Pues que ese don maravilloso os hace verlo todo, no es necesario deciros que Lorenza es la amiga según mi corazón. ¡Ah!, sin sus consuelos, sin la parte inmensa que toma en mis penas, tiempo ha que éstas me habrían muerto.

»El contraste que estas palabras de Laura formaban con el acento siniestro de su voz, al pronunciar, poco antes, el nombre de Lorenza, hiciéronme entrever un misterio que me propuse aclarar.

»Laura se despidió, y una hora después fui llamado por la familia de su novio.

»Entré en una casa de aspecto aristocrático y encontré a un bello joven pálido y demacrado, tendido en un lecho; y como lo había dicho Laura, agarrotados todos sus miembros por una horrible parálisis que lo tenía postrado, hacía dos años, sin que ninguno de los sistemas de curación adoptados por los diferentes facultativos que lo habían asistido pudiera aliviarlo.

»Yo, como ellos, seguí el mío; pero en vano: aquella enfermedad resistía a todos los esfuerzos de la ciencia, y parecía burlarse de mí con síntomas disparatados, que cambiaban cada día mi diagnóstico.

»Picado en lo vivo, consagreme con obstinación a esa asistencia, secundado por Laura y su amiga Lorenza.

»En cuanto a ésta, no tardé en leer en su alma: amaba a Santiago.

»Laura había penetrado ese misterio a la luz del sueño magnético.

»He ahí por qué pronunciara con indignación el nombre de Lorenza.

»Los días pasaron, y pasaron los meses; y el estado del enfermo era el mismo. Compadecido de su horrible sufrimiento, no me separaba de su lado ni en la noche, alternando con sus bellas enfermeras en el cuidado de velarlo. Mi presencia parecía reanimarlo; y éste era el único alivio que su médico podía darle.

»Un día que hablaba con el doctor Boso, célebre botánico, exponíale el extraño carácter de aquella enfermedad que ni avanzaba ni retrocedía; persistente, inmóvil, horrible.

»—Voy a darte un remedio que la vencerá —me dijo—. Es una yerba que he descubierto en las montañas de Apolobamba[19], y con la que he curado una parálisis de veinte años.

»Aplícala a tu enfermo; dale a beber su jugo y frota con ella su cuerpo.

»Es un simple maravilloso confeccionado en el laboratorio del gran químico que ha hecho el Universo.

»Separose de mí y un momento después me envió un paquete de plantas frescamente arrancadas de su herbario.

»Preparelas según las prescripciones de mi amigo, y esperé para su aplicación las primeras horas de la mañana.

»Aquella noche, temiendo para mis compañeras de velada la fatiga de largos insomnios, roguelas que se retirasen a reposar algunas horas, y me quedé solo con el enfermo.

»Como todas las dolencias, la suya lo atormentaba mucho desde que el sol desaparecía.

»Para aliviarlo en aquello que fuera posible cambiábale la posición del cuerpo, estiraba los cobertores, alisaba las sábanas.

»Al mullir su almohada, sentí entre la pluma un objeto resistente. Rompí la funda y lo extraje. Era una figura extraña, un muñeco de tela envuelto en un retazo de tafetán[20] encarnado.

---

[19] *montañas de Apolobamba:* la cordillera de Apolobamba, una cadena montañosa de los Andes que nace en la frontera entre Perú y Bolivia.

[20] *tafetán:* tejido de seda muy tupida.

»No pudiendo verlo bien a causa de la oscuridad del cuarto, alumbrado sólo por una lámpara, guardélo en el bolsillo y no pensé en él.

»A la mañana siguiente, hice beber a mi enfermo el jugo de la yerba, dile la frotación y dejándolo al cuidado de Laura y su amiga, fui a pasar el día con mi esposa, que se hallaba veraneando en el lindo pueblecito del Obraje[21].

»Mientras hablaba con ella y varios amigos, buscando mi pañuelo, encontré el muñeco.

»Mi mujer se apoderó de él y se dio a inspeccionarlo.

»De repente hizo una exclamación de sorpresa.

»El muñeco estaba clavado con alfileres desde el cuello hasta la punta de los pies.

»Como tú, la señora Passaman es supersticiosa, y se arrojó a la región de lo fantástico.

»Por no aumentar sus divagaciones, me abstuve de decir dónde había encontrado el muñeco. Pero ella decidió que aquel a cuya intención había sido hecho estaría sufriendo horriblemente.

»Aquellas palabras me impresionaron; y sin quererlo pensé en mi pobre enfermo; y, cosa extraña, contemplando aquella figura creí hallarle semejanza con Santiago.

»Mi esposa, apiadada del original de aquella efigie, propúsose librar a ésta de sus alfileres; pero el óxido los había adherido a la tela de que estaba hecho y vestido el muñeco; y sólo valiéndose de una pinza de mi estuche pudo conseguirlo.

»Luego que lo hubo desembarazado de su tortura, envolviolo piadosamente en un pañuelo de batista[22] y lo guardó en el fondo de su cofre.

»Cuando al anochecer regresé a la ciudad y entré en mi casa, encontré escrito veinte veces en la pizarra un llamamiento urgente de casa de Santiago.

»Corrí allá y hallé una gran desolación.

---

21 *Obraje:* podría referirse al pueblo Obrajes, situado dentro de la provincia Pedro Domingo Mirillo, en el departamento de La Paz.

22 *batista:* tela muy delgada de lino o algodón. Se emplea principalmente en la confección de ropas finas, incluidos los pañuelos y camisas.

»Laura, de rodillas y anegada en lágrimas, tenía entre sus manos la mano yerta de Santiago, que inmóvil, desencajado el semblante y cerrados los ojos, parecía un cadáver.

»Lorenza, en pie, pálida y secos los ojos, fijaba en Santiago una mirada extraña.

»—¡Ah doctor, vuestro remedio lo ha muerto! —exclamó Laura—. Dolores espantosos, acompañados de horribles convulsiones, han precedido su agonía; y helo ahí que está expirando.

»Sin responderla, acerqueme al enfermo; examiné su pulso, y encontré en aquel aniquilamiento un sueño natural.

»Senteme a la cabecera de la cama; pedí el jugo de la yerba, y entreabriendo los labios al enfermo, hícele pasar de hora en hora algunas gotas durante toda la noche.

»Al amanecer, después de un sueño de doce horas, Santiago abrió los ojos y, con pasmo de Laura, tendionos a ella y a mí sus manos, que habían adquirido movimiento.

»Pocos días después dejaba el lecho, y un año más tarde, era el esposo de Laura».

—¿Tú lo has conocido ya sano?

—Sí.

—¿Y qué dices de eso?

—Yo creo en los alfileres de Lorenza.

—Yo creo en la yerba del doctor Boso.

Juana Manuela Gorriti
*Espiritismo**

Una pobre costurerita de la calle de Santa-Fe[1], salió una noche de su casa, entre once y doce para esperezar el cuerpo y dar un poco de aire puro a sus pulmones rendidos por el trabajo.

La calle estaba desierta y la muchacha iba a retirarse, cuando vio pasar delante de ella un joven, casi un niño, que deteniéndose a pocos pasos, púsose a tocar una flauta dulcísima que cautivó su oído, fijándola inmóvil con un pie en el umbral de la puerta, y el otro en la vereda.

El joven se alejó hacia afuera, tañendo siempre el melodioso instrumento; y la muchacha quedóse escuchándolo, en un extraño arrobamiento.

De repente creyó ver que las casas se movían y caminaban, dirigiéndose al interior; y tras de ellas, la campiña que cual una marea, invadió la ciudad.

Y escuchaba siempre la flauta de dulce voz que tañía alejándose...

... Los rayos de sol cayendo perpendiculares sobre su cabeza, despertaron a la joven costurera, que se encontró vagando en un campo desierto, roto el calzado y los vestidos mojados con el rocío de la noche.

---

* La primera versión conocida es la de la recopilación de Gorriti titulada *Misceláneas* (Buenos Aires, Imprenta Biedma, 1878, págs. 112-113) que es la que seguimos aquí.

[1] *Santa-Fe:* probablemente se refiere a la actual avenida de Santa Fe, una de las principales zonas comerciales de Buenos Aires.

Unos pastores vascos que acertaron a pasar por allí, dijéronla que se hallaba una legua mas allá de Saavedra[2].

Eran las doce del día. ¿Qué había sido de ella en ese espacio de doce horas, del que no tenía conciencia alguna?

¡Misterio!

[2] *Saavedra:* localidad argentina del Partido de Saavedra, en la provincia de Buenos Aires.

Juan Vicente Camacho
*La estatua de bronce**

I

Era Alberto uno de esos hombres que vienen al mundo para ocupar un lugar distinguido en la sociedad; así le abundaban las cualidades morales como se aventajaba en prendas físicas. Era alto, bien formado, de miembros delgados y nerviosos. Tenía ojos de mirada penetrante y fuego irresistible, una boca que envidiaría una niña de quince años y una fisonomía llena de fuego e inspiración. Largos cabellos negros ondeaban, naturalmente rizados, sobre un cuello que un estatuario pondría sobre los hombros de un Apolo, y en su apuesta y gentil presencia se descubría la finura aristocrática y el porte de un hombre del gran mundo.

---

* Juan Vicente Camacho (Venezuela, 1829-Francia, 1872) fue sobrino nieto de Simón Bolívar y político y diplomático de Venezuela y Perú. Como escritor cultivó casi todos los géneros literarios. Gran amigo de Ricardo Palma, participó activamente en el romanticismo peruano, en cuyos periódicos y revistas colaboró con frecuencia. Su obra más conocida son las *Cartas turcas* (1861), que recuerdan a las *Cartas persas,* de Montesquieu, y las *Cartas marruecas,* de José Cadalso. «La estatua de bronce» apareció por primera vez en *El Heraldo de Lima,* fundado por el autor, el 22 de septiembre de 1854, y se recogió casi un siglo después en sus *Tradiciones y relatos* (1962). Aquí seguimos la versión de 1962. Aunque, desde el mito de Pigmalión, el motivo de la animación de una estatua cuenta con una gran tradición literaria, resulta posible que este relato esté relacionado con el eco que despertó el descubrimiento de la estatua de la *Venus de Milo* a comienzos del XIX y su posterior traslado al Museo del Louvre.

En el momento en que le conocemos está sentado junto a una mesa, cubierta por un tapiz de terciopelo oscuro; en esta mesa se ven con profusión objetos de artes y ciencias diseminados por todas partes: cartas geográficas, planos principiados, instrumentos de matemáticas, pinceles, paletas, trozos de mármol y aves disecadas. En toda la habitación se encuentran los mismos objetos, más o menos: caballetes de pintor, cuadros antiguos, arreos de caza, esqueletos humanos, cinceles y estatuas de estuco[1], madera y mármol, rotas las unas, principiadas las otras y ninguna concluida.

Pero lo más notable que se ve en el centro de aquel salón, colgado y entapizado con un gusto exquisito, es una estatua colosal de bronce de un trabajo perfecto y acabado. Representa a Venus, la voluptuosa protectora del amor; en el momento de recibir una ofrenda. Su cuerpo de formas redondas, mórbidas y tentadoras está ligeramente inclinado hacia adelante; tiene un brazo extendido con gracia como para aceptar lo que le ofrecen y con el otro se cubre ruborosa el seno. Respira aquella obra maestra un perfume de amor indefinible; y en sus ojos sin pupilas, en su boca entreabierta, en sus formas de una belleza ideal, hay ese encanto irresistible que tanto conmueve la imaginación del artista.

Alberto se levantó de su asiento y, con lento paso y cruzando los brazos, se puso a contemplar con un interés imposible de describir la hermosa Venus: sus labios se agitaban como si murmurara una oración, y de vez en cuando hondos suspiros salían de su pecho. Encantadora imagen, la decía:

Tú que un tiempo el amoroso culto
del universo entero recibías,
tú que la dicha al corazón volvías
de los que te imploraban en tu altar,
tú que en carro de nítidas neblinas
al vago aliento del Olimpo fuiste,

[1] *estuco:* masa de yeso blanco y agua de cola o pegamento.

tú que vida del alma recibiste
en las revueltas ondas del mar:

yo te adoro, ángel nacido
de las espumas del mar;
si otros te dan al olvido
yo, animoso, te he erigido
en mi corazón tu altar.

Y, arrodillado ante la estatua, derramaba lágrimas ardientes, y arrebatado por el impulso de su delirio posaba sus labios de fuego en los helados labios de la Venus de bronce. Hablaba con la inanimada diosa como si fuera su desposada; la hacía mil protestas de ternura y de amor eterno, y de tal modo estaba dominado de su febril emoción que, sin reparar lo que hacía, puso un magnífico anillo en los dedos de la Venus, en prueba de su amor imperecedero.

II

Desconsolada la noble familia de Alberto de su estado lastimoso, buscaba en vano los médicos más hábiles para librarle de la fiebre tenaz que le devoraba. Todo era inútil: Alberto sólo pasaba algunas horas tranquilas cuando le permitían ir a su gabinete, pero desde el instante en que le alejaban de allí empezaba el delirio y la calentura. Su buen padre resolvió que hiciera algunos viajes, acompañado de un amigo de colegio, porque el honrado anciano temía que su hijo estuviera dominado por una pasión desgraciada, no pudiendo concebir que una Venus de bronce fuera capaz de volverle el juicio.

Partió en efecto Alberto en unión de su amigo, y seguramente la variedad de objetos, el placer del movimiento, las novedades que le sorprendían en otros países, efectuaron la curación de que habían desistido los más nombrados profesores. Con lágrimas de gozo recibió el anciano padre a Alberto, un año después de su partida, sano de sus pasadas manías.

Ya frisaba el joven en los treinta años, y su padre, sintiendo ya el fin de sus cansados días, le dijo una tarde que había ajus-

tado su matrimonio con una rica y hermosa joven, y que no aguardaba más que su asentimiento para efectuar el enlace.

—Lo que haga usted está bien hecho —le contestó su hijo.

III

Pocos días después se oía en los salones del padre de Alberto el estruendo de la música, el rumor alegre del festín. Brillantes luminarias lanzaban sus reflejos usurpando las luces del día y una numerosa concurrencia se entregaba al placer del baile. Alberto se casaba esa noche y recibía de sus amigos felicitaciones y apretones de mano: era feliz.

Pronto concluyó el festín, que nada acaba más deprisa que el placer; y Alberto estaba departiendo con su esposa, solos, felices y olvidados del mundo. Ella había puesto un riquísimo anillo en los dedos de su esposo y éste quiso darla en prenda de su amor una sortija que le era sagrada por haberla recibido de su madre. Entró con su esposa al gabinete que ya conocemos, y ambos se acercaron a la magnífica Venus que aparecía con una figura siniestra en la media luz de la habitación. En su brazo extendido brillaba como un lucero el diamante de Alberto.

Fue éste a arrancarle el anillo y quedó trémulo y sin color y, a no ser por su novia, hubiera caído sin conocimiento. La Venus había apretado sus dedos fríos para no dejarse arrancar la prenda.

Un sudor helado corrió por la frente de la desposada, que, trémula y vacilante, se acercó a la estatua para quitarle el gaje[2] de su esposo. La colosal figura extendió sus brazos y, estrechando contra su seno a la desgraciada joven, la ahogó. La pobre niña no lanzó ni un grito, dobló su frente todavía coronada con sus azahares virginales y expiró tranquilamente.

Alberto dio un grito horroroso, sus ojos se fijaron de un modo horrible, como si quisieran saltar de sus órbitas, y

---

[2] *gaje:* objeto que sirve de prenda.

arrancándose los cabellos con desesperación cayó en el pavimento. Entonces llegó a su oído una voz espantosa que le dijo:

Yo te adoro, ángel nacido
de las espumas del mar;
si otros te dan al olvido
yo, amoroso, te he erigido
en mi corazón tu altar.

Se levantó frenético, arrojó la estatua del pedestal, que rodó poniendo en sus brazos un cuerpo helado: era el de su esposa. El infeliz cayó de rodillas en el pavimento, lanzando un grito que no se puede describir. Estaba loco.

José María Roa Bárcena
*El hombre del caballo rucio**

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto, y con decir que despertó se dijo que tomó la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frío y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño e imaginación mía, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones y de que no me había vuelto a acordar! El tinglado[1] bajo el cual dormía yo, o, más bien dicho, soñaba que dor-

---

* José María Roa Bárcena (México, 1827-1908) participó activamente en la vida política de su país, siendo uno de los Notables que ofreció a Maximiliano la corona de México. Por esta acción y por su militancia conservadora pasó cierto tiempo en la cárcel, pero su prestigio como escritor y su integridad moral le ganaron el posterior apoyo de republicanos y liberales y sus invitaciones a participar en la vida cultural del país. A ella contribuyó como historiador, novelista, crítico, periodista y poeta. Como narrador, su libro más famoso es seguramente *Noche al raso,* una colección de cuentos y relatos publicado en 1870 y donde aparece «El hombre del caballo rucio». Aquí se reproduce la edición de 1897 *(Obras,* vol. I, *Cuentos originales y traducidos,* México, Imprenta Agüero, págs. 94-112) por ser una versión revisada por el autor. Para entender el párrafo inicial hay que recordar que el libro es un conjunto de relatos independientes que se narran un grupo de viajeros obligados a pasar la noche en el campo al inutilizarse la diligencia en la que se dirigen a la ciudad de Puebla. El militar que se menciona es uno de esos viajeros.

rucio: de color pardo o rojizo claro.

[1] *tinglado:* un cobertizo o tablado.

mía, se columpiaba como a impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquél. ¡Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la médula de los huesos!

»Pero, como ustedes creerán, piadosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy a referirles del modo más conciso posible la tradición que a mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni ustedes podemos creer; pero en que creen a pie juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central[2], hacia la costa de Veracruz[3].

»Supongo que alguno de ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla o de Perote[4] al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por Las Vigas, La Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa[5], y que al salir de La Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos a su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, o sea al norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas a pico, en cuyas planicies brillan a lo lejos los pueblos Naolinco, Tonayán, Pastepec[6] y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles[7] surge, a semejanza de un asa de cristal de roca, la

---

[2] *Mesa Central:* la Altiplanicie Mexicana, también conocida como Altiplano Mexicano, se extiende desde la frontera con los Estados Unidos y hasta el Eje Neovolcánico en el sur. Sus límites laterales son la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental.

[3] *Veracruz,* uno de los treinta y dos estados de México, ubicado en el centro-este del país. Veracruz es también el nombre de la capital del estado, que es la ciudad-puerto más importante del país.

[4] *Puebla:* la capital del estado mexicano de igual nombre. El estado no tiene salida al mar, y presenta un relieve sumamente accidentado. *Perote:* ciudad del estado de Veracruz.

[5] *Las Vigas, La Hoya, San Miguel del Soldado* y *Jalapa:* diferentes pueblos o municipios del estado de Veracruz. De estos mencionados, sólo Las Vigas y Jalapa se mantienen como ciudades. La Hoya es muy probablemente la actual Playa Vicente, municipio del estado de Veracruz.

[6] *Naolinco, Tonayán* y *Pastepec:* municipios del estado de Veracruz.

[7] *cantil:* lateral o borde de un despeñadero.

catarata de Naolinco[8]; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas[9], zarzas, musgo, caña de azúcar y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote[10] hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los días claros y serenos la última lontananza[11] del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una altitud de leguas, y haciendo desaparecer ríos que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y a la luz del sol. Sólo desde las cumbres de Acultzingo[12] se domina, sin subir a las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte a la magnificencia del paisaje a que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra[13] inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcán de Tuxtla[14], a que responden, a guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro de La Magdalena[15], hacia el norte; mientras a

---

[8] *catarata de Naolinco:* caída de agua formada por el río Actopan a su salida de la serranía de Chiconquiaco; está ubicada a unos a dos kilómetros de Naolinco.

[9] *milpa:* terreno dedicado al cultivo, generalmente de maíz

[10] *Cofre de Perote:* el Cofre de Perote es un volcán extinto con dos cimas (4.282 y 4.300 m) que también se encuentra en el estado de Veracruz. Es la octava montaña más alta de México.

[11] *lontananza:* el punto más distante en el plano principal de una pintura.

[12] *cumbres de Acultzingo:* el municipio de Acultzingo está localizado en el centro-este del territorio de Veracruz y en la región de las Grandes Montañas o Cumbres de Acultzingo. Es la zona más accidentada del camino entre la Ciudad de México y el Puerto de Veracruz.

[13] *abra:* valle o abertura ancha entre dos montañas.

[14] *volcán de Tuxtla:* la Sierra de los Tuxtlas, en el estado de Veracruz, es de origen volcánico con conos que van desde los 200 hasta poco más de 1.700 m de altura.

[15] *cerro de La Magdalena:* se refiere a la entidad denominada Santa María Magdalena Tlamimilola, que en voz náhuatl significa «Lugar de Altozano y cuesta pequeña». En 1936 se le designó únicamente como Magdalena.

la derecha remedan la voz del océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre[16], contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

»Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hacia la costa, hubo a principios o mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable, cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actopan y La Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el Rancho de Zontzocomotla[17]. Dueño era de tal extensión territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, o no me dijeron o no recuerdo si era español, o criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos[18] necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados a celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban a pedirle limosna, sólo recogían sermones más o menos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre a sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso a que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

»Tampoco supe o recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de cuarenta y ocho años de edad; alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras, y que llevaba, a la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuida-

---

[16] *falda del Cofre:* se refiere a las faldas del Cofre de Perote.

[17] *Actopan, La Pastoría, Mesa del Rodeo, Alto de Tiza, San Antonio del Monte, Rancho Zontzocomotla:* son pueblos o rancherías dentro del estado de Veracruz.

[18] *paramentos:* vestiduras y objetos litúrgicos empleados en la celebración de la misa y de otras ceremonias religiosas.

dosamente liada con listón verde, que se le mantenía tiesa, a manera de culebra semilevantada del suelo, o le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era este rucio, según decían los rancheros, de anchos encuentros[19] y de una ligereza tal que en vano habían querido competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aun de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio a pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos[20], al verle con sus calzoneras de paño azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla[21], y mascando un enorme veguero[22] de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando o yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiración: «No se puede negar que este hombre nació a caballo». Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederes; si bien no eran bastantes a hacer olvidar a sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actopan, al enjugar las lágrimas a una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: «Ese hombre no puede tener buen fin».

»Y sucedió que, con todo y haberse reído del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban a herrar nuevas reses y él a cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y sólo entapizado de un zacatón[23] de

---

[19] *encuentros:* en los caballos, parte donde se junta el cuello con las espaldillas.

[20] *campiranos:* campesino, o también persona muy hábil con los caballos.

[21] *toquilla:* cinta o banda de adorno que se pone en los sombreros.

[22] *veguero:* un cigarro puro hecho de una sola hoja enrollada.

[23] *zacatón:* de zacate, césped, zona de hierba.

tercia[24] o poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir a los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, o que, al menos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo y huyendo en dirección transversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefacción cuando, acercándose a examinarle, halláronle desnucado y muerto.

»No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera que fin tan desastrado era castigo del cielo por el afectado quebrantamiento de la guarda de los días festivos y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesión de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía, ni de la persona del propietario.

»Mas, pasado algún tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado a los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botonadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar a ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido entre los árboles llamados xícaros[25] (tan corpulentos como los robles y parecidos a éstos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte, como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas,

---

[24] *de tercia:* a la altura de la rodilla del caballo.

[25] *xícaro:* jícaro, árbol de tronco retorcido y unos cuatro o cinco metros de altura.

volvió a salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado «La Raya», causando el propio terror a los animales y azorando un poco más a los conductores.

»Por de pronto el azoramiento de los vaqueros sólo se comunicó a las viejas y a los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por aquello de que, si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fue sepultado el ranchero y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte, con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido, como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habían correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por la aparición y los gritos del «amo»; las reses se desbarrancaban y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

»No podía esto durar así, y el mayordomo o administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer a este de la coleta o quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo *Enaguas Blancas,* casi de tanta ley como el rucio. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cerca de Actopan, y joven de reconocido y temerario valor, vino a terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara a él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches a mecerse suspenso del portalillo o tinglado de una casita, a un cuarto de legua de Actopan; de consiguiente, para cogerle no había necesidad de fatigar a un cuadrúpedo de la categoría de *Enaguas Blancas,* y él se comprometía a echar garra al «amo» en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin disgusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada a cabo por don Encarnación, que así se llamaba el joven ranchero.

»Cuando éste llegó a la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino[26], y recién amolado[27] el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de junio y la luna aparecía en Oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos, desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí había atravesada, colgábase el «amo» dándose dos o tres columpiadas, a cuyo impulso se estremecía la casa y en seguida montaba a caballo y se iba con la música a otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates[28].

»Don Encarnación tuvo a mengua admitir compañía, diciendo y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado a la casucha, ató su caballo en el exterior, a espaldas de ella; reconoció el filo de su machete, rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos y acabó por aburrirse cuando aún no era la medianoche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formose en una de las extremidades, con cuilotes[29] secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando a un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo, y aún se hallaba a punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio a la casita.

»Oyó a poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al «amo», quien, atando al rucio del cabestro

---

[26] *refino:* aguardiente.

[27] *amolado:* afilado.

[28] *otates:* una especie de bambú muy grueso, alto y resistente.

[29] *cuilotes:* especie de varas secas, como el carrizo, pero más fuertes.

—no sin que la bestia de don Encarnación rompiera el suyo y echara a huir por el campo—, penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos o tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del joven.

»—Luego que se vaya a mecer —dijo éste para sí— le meto el machete.

»Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecución de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dio un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo, cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El joven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

»—Cuando torne a pasearse y llegue cerca de mí —pensó en su interior—, le envaso.

»El hidalgo soltó la viga y volvió a pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse el joven, sentose éste en la cama; pero diole en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo a la segunda vuelta; pero a la luz de la luna vio que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habría podido jurar que tenían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos; omisión gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frío y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera a entrar calentura. Tornó a verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos, y, cansado el joven de batallar con su propio miedo, entregose a éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz por tener engarabatados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía[30], por habérsele secado las fauces.

»Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo diose una nueva mecida que hizo crujir nueva-

---

[30] *letanía:* tipo de plegaria u oración que suele consistir en una serie alternada de invocaciones y peticiones a Dios o a un santo. La más conocida es la dedicada a la Virgen María.

mente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entonces volvieron a cantar los gallos.

»A eso de mediodía, el joven, enfermo de fiebre, fue llevado de la casita a su rancho, en un tapextle[31], y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. *Enaguas Blancas* fue cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, a bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

»El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extensión, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaución que eran del caso, a eso de las nueve de la mañana despachose una partida de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo a la cola el mallorquino montado en el famoso *Enaguas Blancas,* desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaína cargada con bala de catorce adarmes[32], amén de las postas.

»Poco habían andado del valle, cuando, de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el ganado, que a su ademán y a sus gritos, instantáneamente dispersose en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros con más miedo que vergüenza.

»Ver al hidalgo a una cuantas varas, espolear a *Enaguas Blancas* el mallorquino, y echársele encima, fue todo uno, asestándole a la cabeza un tajo tal, que, a alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barriose el hidalgo con todo y rucio, y, a guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó con exhalación por el llano, sin vol-

---

[31] *tapextle:* tapescle, angarillas, camilla portátil.
[32] *adarmes:* medida de peso, equivalente a unos 18 dg.

ver siquiera el rostro a su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, e hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo; seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas entre los dos hombros, pues hasta le vio humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

»Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi a la línea de aquél, y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión sin quererlo.

»Llegados a una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados a caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero, a sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquéllos, y, tascando[33] el freno, se los llevaron a gran distancia de allí.

»Solamente *Enaguas Blancas* y su jinete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno o dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían a derecha e izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares a *Enaguas Blancas,* y, dando éste una salida más fuerte, asió aquél de la coleta al del rucio, lanzando una interjección, hija de varios padres, pues debieron engendrarla a un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y aun el terror.

»Cualquiera de ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo a la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, o como si se los hubiera tragado la tierra.

---

[33] *tascando:* rompiendo.

»Con un palmo de narices y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua[34], que exclamaba ante su soberano:

He aquí, señor, el turbante
del moro que cautivé;

y que, al preguntarle al rey por el moro, agrega:

... ¡El moro se fue!

»Y como llegaran en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando a azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera a nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo —vean ustedes lo que es el carácter nacional— que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de «El hombre del turbante».

---

[34] *una comedia antigua:* no ha sido posible identificar la obra a la que se refiere Roa Bárcena, aunque muy posiblemente se trate de una comedia del Siglo de Oro.

LANCHITAS

CUENTO

POR

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA



MEXICO

IMP. DE IGNACIO ESCALANTE

Bajos de S. Agustin n. 2

1878

Portada de la primera edición conocida de «Lanchitas», de José María Roa Bárcena (1878).

José María Roa Bárcena
*Lanchitas**

El título puesto a la presente narración, no es el diminutivo de *lanchas,* como a primera vista ha podido figurarse el lector, sino —por más que de pronto se le resista creerlo— el diminutivo del apellido «Lanzas», que a principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, o si también en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas, o aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, a quien, por su carácter, se aplicaba generalmente la frase vulgar de «no ha perdido la gracia del bautismo». Y, como por algún defecto de la organización de su lengua, daba a la *t* y a la *c,* en ciertos casos, el sonido de la *ch,* convinieron sus amigos y conocidos en llamarle «Lanchitas», a ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí a poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, a malgastar tiempo y saliva.

---

* La primera versión conocida de «Lanchitas», la narración más popular del autor, es de 1878 (México, Imprenta Escalante), pero aquí se reproduce la versión de 1897, revisada y corregida por el autor *(Obras,* vol. I, *Cuentos originales y traducidos,* México, Imprenta Agüero, págs. 155-173).

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más o menos salados, en que Lanchitas funge[1] de protagonista y que la tradición oral va trasmitiendo a la nueva generación? Algunos me hicieron reír más de veinte años ha, cuando acaso aún vivía el personaje, sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy que, por dicha, no tengo que ilustrar o rectificar o lisonjear la opinión pública y que por desdicha voy envejeciendo a grandes pasos, qué de veces, al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginación, Lanchitas, tal como me lo describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazón, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo: no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudición de Fenelón, ni la elocuencia de Bossuet[2]; pero pronto a todas horas del día y de la noche a socorrer una necesidad, a prodigar los auxilios de su ministerio a los moribundos y a enjugar las lágrimas de la viuda y el huérfano: y en materia de humildad, sin término de comparación, pues no le hay, ciertamente, para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fue así; que si no recibió del cielo un talento de primer orden, ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado y por de más estudioso e investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se hallaban a discusión en estas comarcas y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales y un juicio recto para captarse el aprecio del clero y el respeto

---

[1] *fungir:* actuar, desempeñar una función o cargo.

[2] *Fenelón, Bossuet:* François Fénelon (1651-1715) y Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), obispos y autores espirituales franceses de alto nivel intelectual y muy populares en su época.

y la estimación de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había dado por satisfecho con la instrucción seminarista y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellán le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas y, con autorización de sus prelados, seguía curiosamente las controversias entabladas en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire[3], ni las aberraciones de Rousseau[4], ni las abstracciones de Spinoza[5]; ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales, después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas; todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí a principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos a la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado a veces por obispos y oidores[6], y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra o quema repentinamente sus libros; responde a las consultas con la risa de la infancia o del idiotismo; no vuelve a cubrirse la cabeza ni a levantar del suelo sus ojos y se convierte en personaje de broma para los chicos y para los desocupados. Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fue real y efectiva y he aquí cómo, del respetable Lanzas, resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No ha muchos meses, pedía yo noticias de él a una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y, como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del

---

[3] *Voltaire:* seudónimo de François Marie Arouet, (1694-1778), un escritor y filósofo francés de la Ilustración en cuyas obras abundan las actitudes anticlericales.

[4] *Rousseau:* Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), también escritor y filósofo francés a quien a menudo se le considera representante del racionalismo ilustrado, pero cuyas propuestas sobre la educación y el valor del sentimiento caen más bien en los parámetros románticos. Algunas de sus ideas fueron especialmente controvertidas y polémicas.

[5] *Spinoza:* Baruch de Spinoza (1632-1677), filósofo holandés de origen portugués que postuló y defendió el panteísmo religioso.

[6] *oidor:* especie de juez.

espiritismo[7], hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme a calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor lo señaló; sólo entiendo que se refería a la época de 1820 a 1830; y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa, como suelen serlo las de invierno. El padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla o tresillo[8] con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catalina Mártir[9]; y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad a reunírseles esa noche, cuando, a corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzole una mujer del pueblo, ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios, véngase conmigo su merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el padre si se había o no acudido previamente a la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer, con frase breve y enérgica, le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; a lo cual éste no dio más respuesta que echar a andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente a Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo a salir cerca del Apartado y de allí tomaron hacia el norte, hasta torcer a mano

---

[7] *espiritismo:* paraciencia que pretende estudiar la naturaleza, origen y destino de los espíritus, así como sus relaciones con el mundo corporal. Nacida a mediados del siglo XIX fue muy popular hasta las primeras décadas del XX y está basada principalmente en las doctrinas de libros de Allan Kardec (1804-1869).

[8] *malilla o tresillo:* juegos de naipes.

[9] *Santa Catalina Mártir:* seguramente se refiere a la pequeña iglesia de Santa Catarina, en el sector de Coyoacán de la capital mexicana. Data del siglo XVI, cuando fue construida como capilla abierta.

derecha y detenerse en una miserable accesoria[10] del callejón del Padre Lecuona[11]. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y, empujándola simplemente, la mujer penetró en la habitación llevando al padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada[12]; a corta distancia, una vela de sebo puesta en un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz a toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto! —exclamó el padre Lanzas dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, padrecito —respondió la mujer, quitándole la vela, que fue a poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi a oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate y comenzó a recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo*[13].

---

[10] *accesoria:* cuarto o habitación secundaria que depende de un edificio mayor y suele tener acceso directo desde la calle.

[11] *callejón del Padre Lecuona:* nombre real de una antigua calle de la capital mexicana. Según algunas tradiciones, Lecuona era más bien el apellido del protagonista del relato, que en el cuento de Roa Bárcena lleva el nombre de Lanchitas.

[12] *frazada:* manta, cobija usada para abrigarse en la cama.

[13] *Confiteor Deo* o simplemente *Confiteor,* primeras palabras en latín de una oración penitencial de la liturgia católica.

Tengo que abrir aquí un paréntesis a mi narración, pues el digno sacerdote jamás a alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería a fechas tan remotas, que el padre, creyéndole difuso o divagado y comprendiendo que no había tiempo que perder, le excitó a concretarse a lo que importaba; que a poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente a Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios y quizá hasta del crimen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, a los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal o inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance a que estaba orillado y con absolverle bajo las condiciones necesarias, supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto a acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela a punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando él a la puerta, que permanecía entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y, aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerrose ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El padre, que contaba con hallar a la mujer de la parte de afuera y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera a llamarle a él mismo, aun a deshora, si advertía que recobraba aquél la razón, desconcertose al no verla; esperola en vano durante algunos minutos; quiso volver a entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada, como de firme, la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidiose, al fin, a alejarse, proponiéndose efectuar, al siguiente día muy temprano, nueva visita.

Sus compañeros de malilla o tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo o sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló. No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista[14] con las iniciales del padre, primorosamente bordadas en blanco, entre lauréles y trinitarias[15] de gusto más o menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dio las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara, así, ocasión de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado a su respecto. Y con la fruición[16] que produce en una noche fría y lluviosa, llegar de la calle a una pieza abrigada y bien alumbrada y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, a punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una o dos horas cada noche, repantigose nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta[17] que se hallaban frecuentemente en la celdas de los monjes y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel[18] o terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente a quien acababa de oír, dijo a sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído ustedes la comedia de don Pedro Calderón de la Barca, intitulada *La devoción de la Cruz*?[19].

---

[14] *batista:* tela muy fina de lino o algodón (cfr. *supra,* pág. 135).

[15] *trinitarias:* otro nombre para la flor llamada *pensamiento.*

[16] *fruición:* gozo o placer intenso.

[17] *vaqueta:* cuero curtido de vaca, con el que se fabrican algunas sillas y muebles.

[18] *brocatel:* tejido de cáñamo y seda que se emplea en muebles.

[19] *«La Devoción de la Cruz»:* este drama de Calderón de la Barca (1600-1681) parece datar de 1633.

Alguno de los comensales la conocía y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente, al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto a hierro, obtiene, por efecto de su constante devoción a la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos u horas después de haber cesado de vivir. Recordando lo cual, Lanzas prosiguió diciendo, en tono entre grave y festivo:

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar a un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos; que apenas sabía leer y que, indudablemente, había leído o visto *La devoción de la Cruz,* puesto que, en las divagaciones de su razón, creía reproducido en sí mismo el milagro del drama...

—¿Cómo, cómo? —exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que, en los tiempos de ilustración que corren, se tropieza en el confesonario, es el deplorable efecto de las lecturas, aun de aquellas que a primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado, bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras[20] y tiernas y remilgadas Atalas[21]; algunos delincuentes honrados, a la manera del de Jovellanos[22], han reci-

---

[20] *animosas Casandras:* Casandra era una sacerdotisa de Apolo que pactó con el dios la concesión del don de la profecía, a cambio de un encuentro sexual. Sin embargo, cuando Casandra accedió a los secretos de la adivinación, rechazó el amor del dios y éste, viéndose traicionado, la maldijo para que nadie creyera jamás en sus pronósticos.

[21] *Atalas:* en la novela *Atala,* de Chateaubriand (1801), Atala es una joven que hace la promesa de permanecer virgen pero que termina enamorándose. El dilema entre su amor y su promesa la lleva al suicidio.

[22] *Jovellanos:* se refiere a la comedia *El delincuente honrado,* de Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), publicada en 1773.

bido de mi mano la absolución y en el carácter de muchos hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del *Periquillo* de Lizardi[23]. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente; loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que a vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo y que por altos juicios de Dios...! ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego...

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora en la puerta de la accesoria; habiéndose acercado, al fin, el sereno, a avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente, por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el padre; y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas, mirándose unos a otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda a que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, a consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarlas. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud a la finca cerrada y en pleito; a menos que, a excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse a otro día temprano, para ir juntos a reconocer la accesoria.

---

[23] *El Periquillo Sarniento,* la novela del escritor José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) publicada por primera vez en 1816. Es una obra satírica y picaresca con un protagonista de origen folclórico, Pedro Sarmiento, que vive en el México de los años finales de la Colonia.

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaron a su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco, y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo a recorrer cuidadosamente y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, a cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado a confesar al enfermo, a menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario, al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria a fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manojo de llaves viejas, tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas, por medio de clavo o estaca, el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso a humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca y a pesar de su oscuridad, pudieron notar, desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño a salir, invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo y halló en el suelo y cerca del rincón, su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogiole con profunda ansiedad, y corrió hacia la puerta para examinarle a toda la claridad del día. Era el suyo y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubriose la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado a su dependiente

el manojo de llaves, echó a andar al lado del padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero ¿cómo se explica usted lo acaecido?

Lanzas le vio con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta y siguió caminando con la cabeza descubierta a sombra y a sol, y no se la volvió a cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa de idiota y llevándose la diestra al bolsillo, para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia a las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, a quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo a los párvulos?[24]. Jamás se le vio volver a dar el menor indicio de enojo o de impaciencia; y si en las calles era casual o intencionalmente atropellado o vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron del muro más grueso de una pieza, que ignoro si sería la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido emparedado mucho tiempo antes y a cuyo esqueleto se dio sepultura con las debidas formalidades.

---

[24] *párvulos:* seguramente se refiere a la escena y las palabras de Jesucristo recogidas en el Evangelio de San Mateo (19, 14).

Lucio V. Mansilla
*Alucinación**

Al señor don Julián Martínez[1]

I suoi pensieri in lui dormir
non ponno[2].

TASSO

Yo creo en muchas cosas habidas y por haber. Creo, sobre todo, en que soy uno de los hombres que ha creído en mayor número de cosas extraordinarias o preternaturales[3]. Todavía, así medio descompaginado como me hallo, por las

---

* Lucio V. Mansilla (1831-1913), periodista, militar escritor y diplomático argentino, con una vida llena de viajes y episodios novelescos. Como escritor e intelectual se le incluye dentro de la llamada generación del 80, y es conocido sobre todo por su relación militar *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). También le dieron fama en su tiempo la serie de charlas de tono informal y conversacional que publicaba en los periódicos y que recogió en parte en el volumen *Causeries del jueves* (1888). Algunas de sus *causeries* quedaron sueltas o sin publicar hasta fechas más o menos recientes. La que se reproduce aquí pertenece a ese grupo y se recuperó en el libro *Charlas inéditas* (Raúl A. Kruchowski [ed.], Buenos Aires, Eudeba, 1966, págs. 39-45).

1 *Julián Martínez:* militar y político argentino (1848-1911).

2 *I soui pensieri in lui dormir non ponno:* «En él sus pensamientos no pueden dormir». El verso completo es «Ma i suoi pensieri in lui dormir non ponno» y es el verso final del canto décimo de *Jerusalén liberada* (1580), la obra más famosa del italiano Torcuato Tasso (1544-1595). Durante varios siglos Tasso fue uno de los poetas más leídos en Occidente.

3 *preternaturales:* más allá de lo natural o de lo ordinario.

inclemencias de la vida, creo en la abnegación de algunos hombres y hasta en el amor... de rarísimas mujeres, creencia que encontrarán consoladora todos los enamorados, o los que tienen novia de veras, no por lujo, o coquetería masculina, sino para casarse.

Sería muy larga la enumeración de todas las cosas esas, en que yo he creído. Sería también largo, decirles a ustedes las cosas que me han pasado. De las que he visto, para qué hablar si —a más de que, constantemente es materia sobre la que conversamos, sin embusterías, sin zarandajas de retórica afectada, o de pretensiones de *magister* en bellas letras— ustedes se lo pueden imaginar, sabiendo como saben, en cuántas partes está dividido el globo terráqueo, que nos da hospitalidad, y cuán fácil es la locomoción y la rapidez con que se puede dar un paseo a su alrededor. Y esto, habiendo todavía el gran recurso —que es comodidad y baratura—, de viajar quedándose uno en su casa muy quieto, o sea leyendo los libros antiguos y modernos más o menos bien hechos e iluminados, que suelen tener, es cierto, el pequeño inconveniente de la inexactitud. ¿Pero, qué es una impostura, más o menos en estos tiempos del vapor y de la electricidad? *Menteur comme le télégraphe*[4]— ¿no ha exclamado un día Thiers[5] desde la Tribuna?

Un amigo mío sostiene que él sabe más, sin moverse de su bufete, de lo que es París, Londres, Madrid y Roma, lo que ustedes quieran, que muchos que se van sin que nadie sepa, que vuelven lo mismo, y que, porque han mirado, creen haber visto.

Pero valga lo que valga esa opinión, sea cual sea el grado de exactitud o de verdad, digamos de ironía, que pueda haber en semejante tesis o paradoja, yo tengo que decirles a ustedes aquí —la introducción tiene también su topografía, el que no lo reconozca, dará a cada paso un traspié—, tengo que decirles a ustedes, repito, que entre las cosas que he creído, entre las que he visto y las que me han pasado, las prin-

---

[4] *Menteur comme le télégraphe:* en francés, «mentiroso como el telégrafo».

[5] *Thiers:* Adolphe Thiers, político e historiador francés (1797-1877) que fue también presidente de la Tercera República. Es autor de la *Historia de la Revolución* (1824-1827) y de la *Historia del Consulado y del Imperio* (1845-1862).

cipales son: haber tenido apariciones, en las que he creído; haber visto fantasmas de los que no he dudado[6]; y haber estado loco —lo que ustedes no dudan—, a punto de creer firmemente, que yo era otro, pues, mucho tiempo creí, pensé, y sostuve, que yo era Luis Lambert, el mismo mismísimo de quien habla Balzac en el «Libro místico»[7].

Cuántos sustos pasaron y en qué aprietos no se vieron los razonadores que intentaron demostrarme lo contrario; por más que, teniendo mucha electricidad en el cabello, echara chispas como el demonio, si me peinaba a oscuras. Una parienta vieja, muy devota que presenció el fenómeno, no quiso verme más; se confesó al día siguiente, para purificarse, creyéndose ya exorcizada; y sostenía con entera fe que casa donde me admitieran debía estar condenada... ¡Quién sabe!

Si ustedes y yo, naturalmente, continuamos gozando de buena salud, si el día menos pensado, no se echan ustedes a dormir la interminable siesta, sin sueños, reventando de una indigestión de prosa o de política, o desengañados de alguna pavada[8] de amor, y si yo sigo escribiendo, lo que lleva trazas de ser así, he de hacerles leer algunos capítulos con ribetes científicos, sobre algunas manifestaciones morbosas de una de mis enfermedades demoníacas, que habiendo sido epilépticas y catalépticas[9] alternativamente, hasta desaparecer los

---

[6] *fantasmas de los que no he dudado:* «Mansilla nos dice que a los diecinueve años creyó ver un fantasma y se desmayó. A su regreso de la India —dice González Lanuza—, Mansilla estuvo en Roma, en París, y luego en Londres y Escocia. Navegó por los lagos holandeses y se alojó en algún castillo donde no pudo dormir, obsesionado por los fantasmas» (cit. Flesca, 65).

[7] *Louis Lambert:* novela epónima de Honoré de Balzac (1799-1850) publicada en 1832 y que posee un gran contenido autobiográfico. Mansilla puede estar refiriéndose también al hecho de que alguno de los personajes de la novela son claros álter egos de Balzac. La mención al «Libro místico» no parece muy clara, pero seguramente se relaciona con el contenido espiritualista y especialmente swendenborgiano de la narración, que se incluyó en la sección *Études philosophiques* de *La Comédie humaine* (1830-1850).

[8] *pavada:* tontería, cosa de trivial importancia.

[9] *catalepsia:* estado nervioso repentino y pasajero que deja inmovilizado a quien lo padece, suspendiendo todas sus sensaciones. Por influencia de Edgard A. Poe fue un recurso frecuente en los relatos de falsos enterramientos, que daban lugar a situaciones de terror o semifantásticas.

accesos caracterizados de catalepsia, acabaron por ser locura —y locura que era para mí, el paciente, una sensualidad impregnada de las más extrañas fruiciones. ¡Qué enfermedad tan rara y tan afligente es la epilepsia! En mi tiempo, diré, la consideraban como una neurosis autónoma. La clínica y la anatomía patológica, han probado después, que esas perturbaciones, dependen de condiciones fisiológicas o anatómicas múltiples, y demostrado la numerosa variedad de sus fenómenos. Veremos entonces qué piensan de ello nuestros médicos sabios, cuando yo afirme que el magnetismo animal[10], siendo trasmisible, puede no sernos extraído íntegramente, dejándonos como una oxidación que alterara y perturbara el sistema nervioso, produciendo anormalidades extraordinarias, hasta que la causa no desaparezca, es decir, eliminándola el mismo agente que la produjo, o desvaneciéndose por la acción del tiempo.

Esta mañana he decidido pura y simplemente trasportarme con ustedes unos treinta y tantos años atrás, a los lagos de Cumberland[11], operación facilísima para todo el que tenga un poco desarrollada la idealidad, y más fácil aún, para los que habiendo entrado de lleno ya en la selva oscura, hayan viajado por Inglaterra, que es donde aquellos sitios encantadores me hicieron dirigir mis inciertos pasos de viajero, después de haber visitado esa tierra clásica de las leyendas, la Escocia[12], y la casa de Walter Scott[13], en donde yace el perro inerte de la tan conocida inscripción:

---

[10] *magnetismo animal:* es un supuesto método curativo también llamado mesmerismo, por su principal promotor, el médico austriaco Franz Mesmer (1734-1815). Según Mesmer, en el universo y alrededor de las personas existirían unas corrientes o fluidos magnéticos que podrían manipularse para la curación de enfermedades. Su validez fue negada por varias comisiones científicas.

[11] *Cumberland:* condado del norte de Inglaterra.

[12] *la Escocia:* uso galicista del artículo aplicado a nombres propios de naciones europeas. Fue común en los autores de la época como lo muestra en esta antología el relato de Miguel Cané «El canto de la Sirena»*.

[13] *Walter Scott:* novelista y poeta escocés (1771-1832) y uno de los principales cultivadores de la novela histórica, que tuvo muchos imitadores en Europa y América. En 1811 adquirió el castillo de Abbostford, que amuebló con antigüedades y que más tarde fue convertido en museo.

Who possessed Beauty without Vanity,
Strenght without Insolence
Courage without Ferocity
And all the Virtues of Man without his Vices[14].

Y donde puede verse, en un armario de curiosidades, la irritante copa craneana, en la que el insigne poeta, entre otras líneas, grabó éstas:

Stare not...
....
I Lived, I loved, I quali'd, like thee:
I died: let earth muy bones resign:
Fill up — thou canst not injure me;
The worm hath fouler lips than thime[15].

Yo estaba en la edad —ténganlo ustedes bien presente—, de la pasión que inclina al romanticismo. Ésta era además la literatura a la moda. Lo mismo que el naturalismo actual,

---

14 «Que poseía belleza sin vanidad, / Fuerza sin insolencia / Coraje sin ferocidad / Y todas las virtudes del hombre sin sus vicios». *(Nota del autor.)*

Mansilla comete un error aquí, pues estos versos pertenecen realmente al poema que Lord Byron tituló «Epitaph to a Dog» (1808) y que escribió en honor de uno de sus perros; lo mandó colocar en una placa en Newstead Abbey, el palacio familiar. Esos versos pertenecen a una paraestrofa un poco más amplia: «Near this spot / are deposited the remains of one / who possessed Beauty without Vanity, / Strength without Insolence, / Courage without Ferocity, / and all the Virtues of Man without his Vices./ This praise, which would be unmeaning / Flattery, if inscribed over human ashes, / is but a just Tribute to the Memory of / BOATSWAIN, a Dog / who was born in Newfounlad, May 1803, / and died in Newstead, Nov. 18, 1808».

15 «No tiembles... / He vivido amaba y bebía como tú; / morí. Que la tierra guarde el resto de mis huesos. / Lléneme de vino. Tú no puedes ultrajarme; / Tus labios son menos fatales que los de los gusanos». *(Nota del autor.)*

Versos del poema de Byron titulado: «Lines Inscribed Upon a Cup Formed from a Skull» (1808, Newstead Abbey). La primera palabra de la versión de Mansilla contiene un error tipográfico: «Start not — nor deem my spirit fled; / In me behold the only skull / From which, unlike a living head, / Whatever flows is never dull. // I lived, I loved, I quaffed, like thee: / I died: let earth my bones resign; / Fill up — thou canst not injure me; / The worm hath fouler lips than thine» (Lord Byron, *The Poetical works of Lord Byron,* Nueva York, Appleton, 1850, 549).

pretendía ejercer su dictadura excluyente. Acababa de visitar como hace un instante lo he insuado, los lagos de Escocia, *the Highlands*[16], las «tierras altas» y esas costas azotadas perpetuamente por la mar embravecida, habiendo leído sentado en las breñas, los cantos de ese Homero, *caledoniano*[17], que es a la vez bardo y guerrero.

¡Y si esto fuera todo!

Yo, hijo de América y de esta parte de América, con mi educación y mis costumbres nativas, acababa de pasar quince días en un castillo cerca de Edimburgo[18], entre puros ingleses y rubias hijas de Albión[19] —éste es un modo estereotipado de hablar, porque ojos negros hay en todas partes—, recibiendo esa hospitalidad incomparable que nadie da como los ingleses cuando le abren a uno amistosamente las puertas de su hogar, de su *home;* hospitalidad que pagué dejando en aquella mansión inolvidable todo el corazón que entonces tenía, que era mucho corazón; más, es claro, que el que ahora tengo, lo que es algún decir, y mucho más tierno y sensible que el que me han dejado los desengaños, los errores, los chascos, las imbecilidades, sin que en medio de tanta sacudida pueda entender bien cómo es que se han salvado los restos de algunas ilusiones. Debo ser incorregible, como otras veces me lo han oído ustedes. O hablando un lenguaje más científico: persistente en lo bueno y en lo malo.

Bajo estos auspicios que ni eran prósperos ni adversos, pero que tenían que determinar un estado psicológico más fácil de comprender que de describir o explicar, razón suficiente me parece, para abandonarlos a ustedes a todas las conjeturas de su rica imaginación, llegué yo el 20 de septiem-

---

[16] *Highlands:* región montañosa y costera del norte de Escocia.

[17] *caledoniano:* de Escocia, llamada antiguamente Caledonia. Aunque Lord Byron era inglés de nacimiento pasó parte de su infancia y adolescencia en Escocia. Como «guerrero» Lord Byron participó en la guerra independentista de los griegos contra el Imperio turco, en 1823. Murió en 1824, precisamente durante ese enfrentamiento.

[18] *Edimburgo:* capital de Escocia. Fue llamada la nueva Atenas por sus numerosos monumentos y los ilustres hombres que allí nacieron.

[19] *Albión:* nombre dado por los griegos a Gran Bretaña.

bre a Windermeer[20] fatigado después de un viaje de muchas horas de sofocante calor y de haber absorbido tanto polvo como el que se puede absorber en nuestro país —no hay humo sin fuego, ni viaje sin tierra, en ferrocarril—, y caí como plomo en una amplia cama patriarcal... ya no van quedando sino en Inglaterra, que es el país donde menos estragos ha hecho la «fisiología del matrimonio de Balzac»[21], y me dormí, como se duerme a esa edad.

Al día siguiente, cuando me desperté, me sentí más solo que otras veces... Mi alma se abandonó a todas las reflexiones de la soledad, y obedeciendo al impulso particular de mis impresiones del momento, no pensé sino en salir de aquellas estrechas paredes... me oprimían.

Necesitaba aire y luz, esos dos grandes beneficios de que no disfrutamos bastante, por nuestra pereza.

Salí... me dirigí al lago, murmurando como el poeta: «vengo solo, y sólo partiré sin ser visto, desconocido», tomé una barca tripulada por alegres ministriles, que tocaban la bandurria, cantando unas coplas californianas[22], que no he podido olvidar; a pesar del tiempo vibra la letra en mi memoria y oigo al compás de aquel monótono rasgueo:

I have been to the east
I have been to the west
I've been to the south Carolina
I've seen all the girls in China[23].

---

[20] *Windermeer:* seguramente se trata de la actual población de Windermere, en el condado de Cumbria, en el noreste de Inglaterra, y cercano al lago del mismo nombre. Era una zona de atracción turística bastante popular en el siglo XIX.

[21] *fisiología del matrimonio de Balzac:* el ensayo de Balzac titulado *Physiologie du mariage* y aparecido en 1829. Ofrece una visión pesimista y nada romántica del matrimonio.

[22] *coplas californianas:* no hemos encontrado alusiones o referencias al significado de esta expresión. Por el contexto, otra posibilidad sería «coplas caledonianas», es decir, escocesas.

[23] «Yo he estado en el este, / he estado en el oeste, / también en el sur de Carolina, / he visto todas las muchachas de China». *(Nota del editor.)*

Llevaba dos libros; una guía y el que se comprende, no teniendo aún veinte años: llevaba a Byron, y leía distraído su rapsodia incipiente, *The Devil's Drive*[24], que es, como ustedes saben, la imitación de una fantasía de Coleridge y de Southey[25]. Y lo único que puedo asegurar, es que no llevaba ni frac colorado, ni pantalones azules con un agujero para que pasara mi cola.

Tampoco me detuve delante de una cabaña con doble puerta cochera, algo así como un rancho aristocrático sonriéndome de gusto, al verlo, porque mi vicio favorito no es el orgullo que finge la humildad.

Tenía un cielo despejado, terso como el del Mediterráneo en día transparente. Las montañas rodeándome como un anfiteatro festonado de arabescos informes, enredados; las aguas límpidas apenas rizadas por la caída cadenciosa de los remos; el singlar[26] de la barca andando adelante y atrás por las cavernas de formas sorprendentes en que entrábamos y salíamos, como si recorriéramos un laberinto iluminado por luces diamantinas, que era el efecto que producían las estalactitas al reflejar todos los colores del arco iris de la realidad y de la fantasía... tanta belleza, aturdiéndome, me anonadaba...

Volví al hotel con el pecho oprimido, en esa disposición cerebral, que es desaliento y anhelo, cansancio de la vida, sin haber vivido; indiferencia por todo, esperanza y aspiración a la vez.

Entré... a la derecha estaba el *parlor* o sala de espera consabida. Me senté, después de tocar la campanilla. Apoyé la ca-

---

[24] *The Devil's Drive:* rapsodia inconclusa de Lord Byron, escrita hacia 1813, y, según él mismo, inspirada por el poema «*Devil's Walk*» (véase nota siguiente).

[25] *Coleridge* y *Southey:* Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) y Robert Southey, (1774-1843) escribieron conjuntamente un poema titulado «The Devil's Thoughts», que en algunas versiones apareció con el título de «Devil's Walk» y atribuido a un ficticio «profesor Porson». En algún momento, Lord Byron tomó ese título y esa atribución como si fueran verdaderas. Ambos poetas, Coleridge y Southey, pertenenecen al grupo de los románticos ingleses.

[26] *singlar:* del francés *cingler*, «navegar, viajar en barco».

beza en las manos, tapándome los ojos. Vinieron. Sin cambiar de postura y aletargado ya, *¡the bill!,* ¡la cuenta!, dije.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Bajé las manos.

Miré. Entreabrí los párpados. Vi. Frente a mí se alzó una figura de mujer, enorme; alta, como el hombre más alto, flaca como un esqueleto; fea de cuerpo como una bruja: estevada[27] como una anciana, encerrando dentro de una gorra características, de cuáquera[28], una cara blanca, pálida, ideal, que me miró con unos ojos de indescriptible expresión.

Me incorporé, me enderecé, giré, el fantasma giró; quise huir... di un grito; caí desmayado... acudieron... tardé en volver en mí. Volviendo, lo primero que pregunté, temblando aún, helado, fue:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —me contestaron.

—¡La mujer esa, que entró hace un momento!

—¡Señor, si no ha entrado nadie!, sino el mozo con la cuenta que le puso a usted al lado.

Pues bien, ahora, como entonces, estoy viendo lo que vi, y no tengo duda de que lo vi; y hay noches en que soñando, veo mejor todavía en mi alucinación (¿por qué no leen ustedes *remordimiento?)* esa cara inolvidable de ángel, en un cuerpo espantoso: era la caricatura de la gitana... bella como una ilusión, a la que le había dado una limosna en el lago, estremeciéndome...

Su imagen seductora, había quedado indeleblemente impresa en mi retina, porque al hacer acto ostensible de caridad no fueron las llamas de la conmiseración, sino otros pensamientos... los que me hicieron secar las lágrimas de la indigencia.

Los malos pensamientos deben ser castigados... si hay alguno horroroso, es el que me hizo víctima de mi alucinación.

---

[27] *estevada:* con las piernas arqueadas, separadas en las rodillas, pero juntas en los pies.

[28] *cuáquera:* del inglés *quaker;* grupo protestante nacido en Inglaterra pero desarrollado principalmente en Estados Unidos. En su vestir se caracterizaban por un tipo de ropa sobria y de escasos adornos.

¡Qué bella moral, la que encierran estas palabras!: «Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha»[29].

¡Ah!, ¡que sea invariable el eje del mundo físico y que no podamos dar un paso en la calle sin experimentar vértigos! Por fortuna hay un *yo* que juzga al otro *yo:* la conciencia.

[29] Versículo del Nuevo Testamento (Mateo, 6, 3).

Juan Montalvo
*Gaspar Blondín**

Atravesaba yo los Alpes en una noche tempestuosa, y me acogí a un tambo o posada del camino: silbaba el viento, lurtes[1] inmensos rodaban al abismo, produciendo un ruido funesto en la oscuridad; y en medio de esta naturaleza amenazadora, reunidos los pasajeros, el dueño de casa refirió lo que sigue:

---

* Juan Montalvo (Ecuador, 1832-Francia, 1889), ensayista y narrador, vivió apasionadamente la política de su país, y es conocido sobre todo por su fuerte oposición a los dictadores Gabriel García Montero e Ignacio de Veintemilla. Fue fundador y redactor único de revistas como *El Cosmopolita* y *El Regenerador.* Como ensayista destaca en sus *Siete tratados* y *Las catilinarias,* y como novelista en la secuela de *El Quijote* titulada *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* «Gaspar Blondín» apareció por primera vez en *El Cosmopolita,* que se publicó de 1866 a 1869 y que tuvo una segunda edición como volumen en 1894 (Quito, Imprenta «El Siglo») y una tercera en 1927 (París, Garnier). Aquí seguimos la versión de 1894, donde este relato aparece a la cabeza de otros con el título común de «Cuentos fantásticos» que, sin embargo, no pueden considerarse técnicamente como tales. El cuento aparece datado en «París, agosto 6 de 1858», y al comienzo lleva una nota donde el autor aclara que ha «vuelto al castellano este primer cuento de una serie que escribí en francés, en París, bajo el influjo de una larga calentura. Cosas compuestas en la cama por un delirante deben antes tenerse por ensueños». Durante 1857 y 1858 Montalvo sirvió en París como diplomático, representando al gobierno de su país. El viaje a través de los Alpes que menciona al comienzo del relato puede también ser de origen biográfico, pues durante esos años como diplomático Montalvo realizó un par de viajes por Italia y otro por España.

[1] *lurtes:* masa grande de nieve o de tierra, aludes.

—No ha mucho tiempo llegó aquí un desconocido con el más extraño y pavoroso semblante: mis hijos le temieron al verle, y me rogaron no recibirle en casa. ¿Qué secreto enlobreguecía a ese hombre?, ¿qué horrible crimen pesaba sobre él? No sé. Le designé su cuarto, no muy firme de ánimo yo mismo, suplicándole se recogiese en él, atento que era tarde, si bien a ello me inducía el deseo de librarme de tal huésped. Húbose apenas retirado, cuando dos hombres armados se presentaron en el mesón, inquiriendo por un malandrín, cuyas señas dieron: eran dos gendarmes que le seguían la pista.

»Mas cualquiera que fuese su calidad, nunca habría yo faltado a las costumbres hospitalarias que aprendí de mis padres, quienes me enseñaron a socorrer aun a los criminales, cuando se viesen perseguidos. Dije, pues, a los alguaciles que no habíamos visto ninguna persona de tal gesto, como nos la describían. No me lo creyeron, sabuesos de fino olfato como eran, y en derechura se dirigieron al aposento de aquel hombre.

»Placiome el verlos entrar allí, pues, al no intervenir denuncio de mi parte, nada deseaba yo más que verme desocupado de semejante amigo.

»Mas cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto cuando vi salir a los gendarmes exclamando: —¡Ah, don tambero![2], ¿en dónde le ha ocultado usted?

»Escaparse no pudo el fugitivo; vile entrar en su cuarto que no tiene salida si no es la puerta, de la cual no había apartado yo los ojos. ¿Qué ente extraordinario era ése?

»Amenazáronme los ministriles con volver dentro de poco, provistos de mejores órdenes y no dejé de conturbarme. Aún no bien habían salido al camino, cuando oímos un horroroso estrépito en el tugurio del huésped misterioso: vile en seguida aparecer en el dintel de su puerta, salir precipitado, y venir a caer a mis pies echando espuma por la boca, todo desarrapado y contorcido. Los gendarmes volvieron, le prendieron, le amarraron, y en volandas le llevaron, a pesar de la profunda oscuridad y de la lluvia que caía a torrentes.

---

[2] *tambero:* persona que posee o regenta una posada.

»Al otro día supe en el pueblo vecino que ese hombre perturbaba todos los alrededores hacía algunos meses: oculto de día, rondaba de noche. Decíanse de él cosas muy inverosímiles, y muy de temer, si verdaderas; pero su único crimen conocido y probado era la muerte de su esposa.

»Su querida, por cuyo amor había obrado esa acción abominable, se volvió por su influencia personaje tan raro y peligroso como él: temíanla los niños sin motivo, las mujeres evitaban su encuentro, y cuando la veían mal grado suyo, menudeaban las cruces en el pecho. Y aún dicen que sobrepujó a su amante en las negras acciones, metiéndose tan adentro en el comercio de los espíritus malignos que le fue funesta a él mismo.

»Un día citó a su hombre a un caserón botado[3], tristes ruinas por las cuales nadie se atrevía a pasar de noche; era fama que un fantasma se había apoderado de ellas, y que en las horas de silencio acudía allá una legión de brujas y demonios a consumar los más pavorosos misterios, en medio de carcajadas, aullidos y lamentos capaces de traer el cielo abajo.

»Suenan las doce, viene el amante: llama a la puerta, llama... Nada; responde sólo el eco. ¿Duerme la bella?, ¿faltó a la cita? Un leve aleteo se deja oír sobre un viejo sauce del camino; luego un suspiro largo y profundo: luego estas palabras en quejumbroso acento:

»—¡Mucho has tardado, amigo mío!

»Y como al volverse nada vio el desconocido, con voz siniestra prorrumpió:

»—¡Casta maldita!, en vano procuras engañarme: acuérdate que la fosa humea todavía, y que... Ah, tú me las pagarás[4].

»—¿Qué tienes, Gaspar?, dijo su querida, arrojándose de súbito en sus brazos; ¿de qué te quejas?... ¡Duro, duro!, estréchame contra tu corazón.

»Y como el diablo de hombre fuese acometido por un arranque de amor irresistible, abrazola como para matarla:

---

[3] *botado:* caído, abandonado.

[4] En el original: *tú me la pagarás.*

»—¡Angélica!, exclamaba, ¡Angélica de mi alma!, las estrellas no son sino asquerosos insectos que roen la bóveda celeste.

»Mas luego echó de ver que apretaba en vano, que a nadie tenía entre sus brazos. Horrorizado él mismo, huyose dando un grito espantoso en las tinieblas.

»Al otro día un hombre del campo vino a quejarse al teniente del pueblo de que su hijita había desaparecido impensadamente de la casa. Dijo el triste, con lágrimas que a lo largo rodaban por su rostro, que abrigaba sospechas vehementes contra un tal Gaspar Blondín, hombre de temerosas[5] costumbres, que ocultaba su vida envuelto en el misterio. Habíasele visto la tarde anterior rondando por los alrededores de la casa, y aun entró en ella sin objeto conocido; y como la niña jugaba en el patio, acariciola, y dirigiéndose a su padre le dijo: Bella niña, bella niña, mi querido Cornifiche; ¿la vende usted? Los perros se lanzaron sobre él, y desapareció por la quebrada[6].

»Pasó la noche, amaneció Dios, y la cama de la muchachita se encontró vacía. Blondín no apareció en ninguna parte, a pesar de que todos los parientes y amigos del campesino echaron a buscarle. El pobre paisano lloraba tanto más cuanto que, decía, en su vida se había llamado Cornifiche.

»La tarde del mismo día que tuvo lugar esta demanda, Blondín acudió a buscar a su querida en los escombros conocidos:

»—¡Todo se ha perdido!, exclamó ésta así como le vio: el monstruo ha dado a luz tres ángeles. ¡Mira, Gaspar!, en vano, en vano te amo... Pero has hecho bien en traerme a mi chiquilla. ¡Aureliana, Aureliana!, decía rompiendo la cara a besos a la niña que Blondín acababa de presentarle; el gato maúlla, el mono grita, la olla hierve... ¡Ven, ven, Gaspar!, añadió y arrastró a su amante al interior de un cuarto hundido y sin culata[7], en donde largo tiempo había que murciélagos tenían sus hogares.

»Blondín encontró la cama fría como nieve: guardaba silencio su querida, y a la luz de un mechero que alumbraba la estancia turbiamente, echó de ver que lo que tenía en sus

---

5 *temerosas: sic* en el original. Algunas versiones modernas prefieren *tenebrosas*.

6 *quebrada:* senda o camino estrecho, normalmente en terreno montañoso.

7 *culata:* el fondo o final de un lugar.

brazos era el cadáver sangriento de su esposa. Volvió a correr horrorizado, y desde entonces ni más se ha vuelto a ver al tal Blondín.»

—¿Cómo le hubieran visto? —dijo a esta sazón uno de los oyentes, el cual, habiendo entrado mientras el tambero recitaba su tragedia, se dejó estar a la sombra en un rincón del comedor—; ¿cómo le hubieran visto?; le ahorcaron en Turín hace dos meses.

—¡Yo lo sé muy bien!, repuso el tambero medio enojado. *Capo di Dio!*[8], ¿por qué no me deja usted concluir la relación de mi historia? Huéspedes hay muy indiscretos.

—No tenga usted cuidado, señor alojero[9], replicó el desconocido; va usted a concluirla en términos mejores.

Y levantándose de su rincón se acercó a nosotros, al mismo tiempo que se alzaba su gran sombrero auberniano[10] de ancha ala. Mirole el tambero con ojos azorados[11], palideció, y gritó cayendo para atrás: ¡Blondín!... él es.

París, 6 de agosto de 1858.

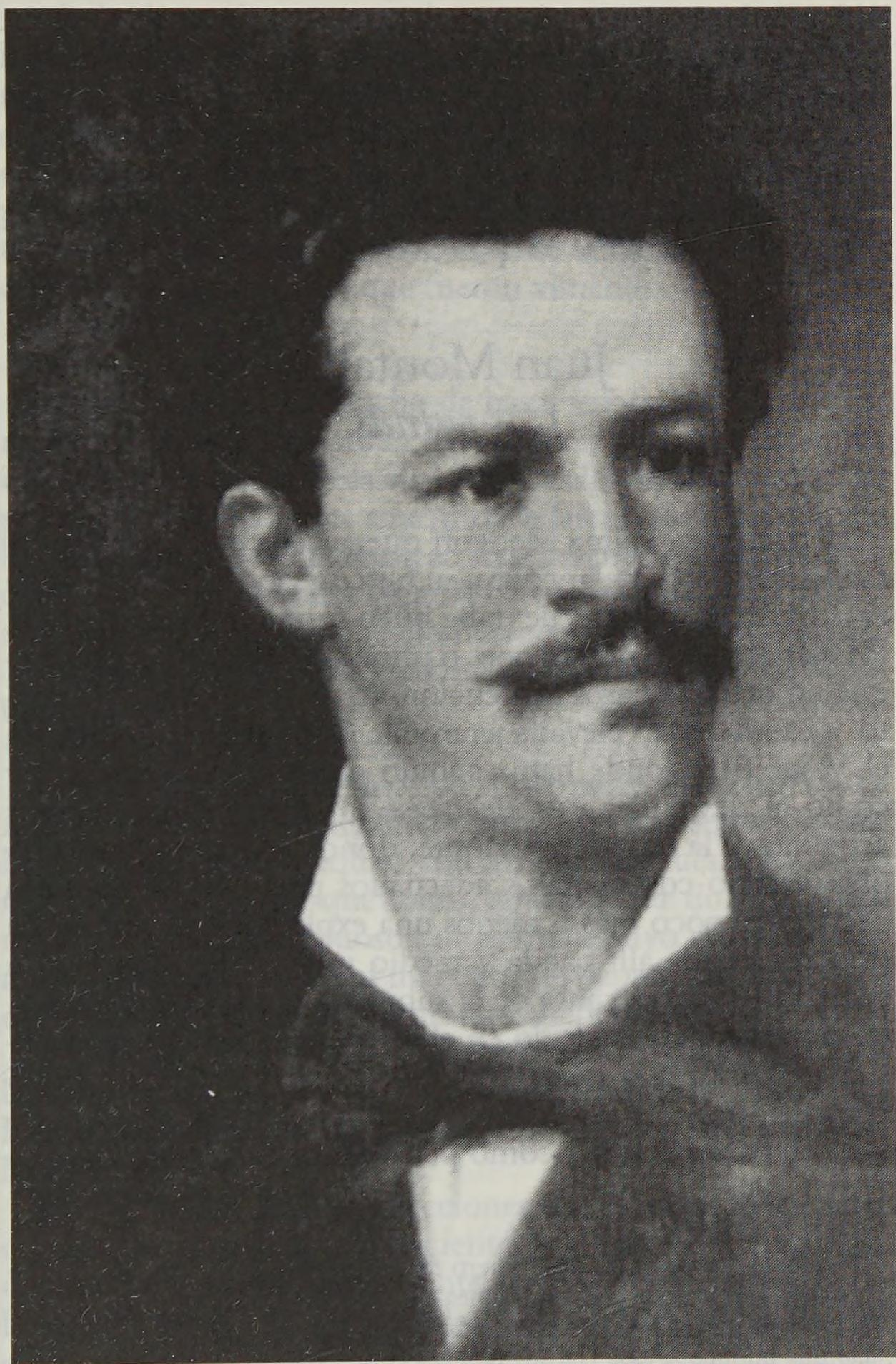
---

[8] *Capo di Dio!:* expresión que en español podría significar *¡Por Dios!* o *¡Juro a Dios!*

[9] *alojero:* posadero.

[10] *auberniano:* de la región de Auvergne, en el centro-sur de Francia. No hemos encontrado datos específicos sobre el tipo de prenda al que se refiere Montalvo.

[11] *azorados:* sobresaltados, asustados.



Retrato de Juan Montalvo.

Juan Montalvo
*Las ruinas**

La princesa Paulina Mericoff que viajaba en Italia, por curar de una cierta melancolía a su hijo Alejandro, tenía tertulia en su casa, la cual frecuentaba buen número de extranjeros. En Rusia todos son príncipes o princesas; título comunísimo que no debe llamaros la atención, ni poner en duda mi relato, a causa de tan elevada jerarquía. Conocí a esa señora, en el Vesubio[1], adonde había subido el propio día que yo; y como al descender nos alcanzase un fuerte aguacero, nos acogimos a la ermita del monte, donde se ha planteado un observatorio con aparatos adecuados para conocer cuándo acontecerá poco más o menos una explosión del volcán. La princesa estaba allí pálida y medio muerta, respirando con suma dificultad, a causa de la súbita escupida de azufre y alquitrán que había sufrido en el cráter, y de la penosa ascensión, superior a la delicadeza de su cuerpo. Cuando hubo escampado la lluvia, bajamos juntos, habiendo tenido ocasión de hablar y notar cómo personas de tan opuestos luga-

---

* Apareció en el segundo número de *El Regenerador* (Quito, 23 de julio de 1876), que incluía una miscelánea de ensayos, discursos políticos, etc. Aquí se reproduce la versión aparecida en 1929, en la reedición de *El Regenerador* que publicó la casa Garnier de París (vol. I, págs. 81-88). El relato llevaba el sobretítulo de «Viajes» y no iba acompañado de ningún otro texto.

[1] *Vesubio:* volcán activo situado frente a la bahía de Nápoles. Es famoso por su erupción del 24 de agosto del año 79, en la que fueron sepultadas las ciudades de Pompeya y Herculano, que son parte del paisaje del relato.

res de la tierra vienen a reunirse en un punto, cual si se hubiesen citado para un día fijo. De camino para Nápoles, entramos luego al teatro de Herculano; mas doña Paulina tenía el espíritu predispuesto al terror, y no pudiendo acomodarse a la oscuridad de esas ruinas subterráneas, salimos dejando para día más sereno el visitarlas. Acompañé a la princesa hasta su casa; y convidado a comer, pasé también allí la noche en junta de las personas que fueron viniendo.

Alejandro es un muchacho de hasta veintidós años: le han rapado la cabeza por orden del médico, pues la melancolía quiere pasar a locura, de la cual tiene ya algunas accesiones[2]. El pobre joven es hermoso, a pesar de la falta de cabellera: la nobleza de su estirpe se muestra en su semblante en rasgos aristocráticos y varoniles, y unos grandes y límpidos ojos que ruedan mal seguros, manifiestan la inquieta sensibilidad de su alma.

—Alejandro —dijo la princesa—, ¿cómo te ha ido durante mi ausencia?

—Temía por vos, señora.

—Y con razón, hijo mío: por poco no vuelves a ver a tu madre. Pero Dios me ha favorecido, y me conserva para mi hijo. Ya que estás tranquilo con mi regreso, cuéntanos algunas de esas historias que tanto agradan a tu tío.» El joven miró a un viejo majestuoso que enfrente suyo estaba arrellanado en su poltrona, con una enorme papada que se le descuelga hasta el esternón en sublime gradería.

—Muchacho —añadió el barón Gustavo, que así se llamaba el hombre majestuoso—, tu madre dice bien: tienes rara habilidad para referir sucesos; ya espero el con que nos regales esta noche.

Doña Paulina tenía instrucciones del médico de no dejar en silencio largas horas al paciente, y sacarle de su taciturnidad, distrayendo su pensamiento. Así es que Alejandro tenía la palabra una buena parte de la noche, y discurría con suma dulzura en bien ordenadas razones.

---

2 *accesiones:* accesos, ataques.

—Tío —contestó—, ¿estáis cierto de que estos señores se complazcan en mi conversación?»

—Y mucho —exclamaron los concurrentes.

—Si es así, contaré lo que me sucedió en Roma, cuando mi difunto padre me tenía viajando. En una de mis excursiones hacia Tíbolo[3], di con una inmensa casa abandonada, las más funestas y misteriosas ruinas que se puede imaginar. Yo soy el único ser viviente en un vasto circuito: miro a un lado y otro, y tengo miedo: algo hay diabólico en esa casa, ese sitio, esos escombros; quiero salir, y no hallo salida; quiero gritar, y me encuentro sin voz. Tomando a la ventura, me interno en una interminable galería: el suelo brota agua, las paredes están cubiertas de un musguillo verdoso y hediondo. Sigo adelante, empieza a oscurecer: una nube de murciélagos vuela en torno mío, y alguno de ellos se me estrella en la cara y me hace horripilar con su contacto frío, aciago[4]. Sin saber desde cuándo, echo de ver que estoy atollado[5] en un ciénago[6] negro y pestilente. Allá en el término de la galería relampaguea una luz siniestra: a esa luz descubro en un rincón un cefo[7] que me mira fijamente. El terror me da fuerzas; me arranco del atolladero, corro hacia atrás, salgo a un patio circuido[8] por un edificio negro y arruinado. Todo lo que el tiempo, la lluvia, la humedad, el fuego, los duendes y las brujas pueden hacer de funesto y miedoso, todo se ve en ese horrible caserón: unas puertas caídas, otras balanceando en una bisagra rota; ventanas derrumbadas, rejas enmohecidas, pilares medio quemados, sobrados oscuros, pasadizos secretos, tejas amontonadas aquí y allí, corredores desfondados, cabos de soga columpiando sobre vigas medio enhiestas.

---

[3] *Tíbolo:* probablemente se refiera a la antigua ciudad de Tibur, o actual Tívoli, en la provincia de Roma. De gran belleza por su paisaje agreste, de bosques escalonados y cascadas, se convirtió en lugar favorito de veraneo en los tiempos del Imperio Romano.

[4] *aciago:* de mal agüero o mala suerte.

[5] *atollado:* en gran apuro o dificultad, atrapado.

[6] *ciénago:* lodo blando que se forma al fondo de los ríos o lagunas.

[7] *cefo:* simio de pelo rojo y nariz blanca, normalmente de cola larga.

[8] *circuido:* que lo rodea o abarca circularmente.

La princesa miraba angustiada a su hijo: el sesgo de la conversación era, antes para desquiciarle el juicio que para comunicarle un saludable pasatiempo; y ella debía cuidar estrictamente de que no discurriese jamás acerca de materias tristes ni de asuntos en los cuales las pasiones se pudieran desenvolver más de lo que convenía a la exaltación nerviosa del joven.

—Te habías acostado al lado izquierdo —dijo el barón, que estaba en el sistema curativo; y soltó una carcajada moscovita, que despertó cien ecos en los altibajos de su enorme cuello—. No bebas agua al acostarte, ni duermas con la boca abierta, porque eso da pesadillas.

—¡Qué pesadilla, tío! —respondió Alejandro con suma viveza—; nada más real y positivo. Como es real y positivo que no estás pelado.

Y asegundó la carcajada el buen viejo barón, que a todo trance quería trabucar la peligrosa narrativa. Y en verdad que esa risa plácida y llena que se multiplicaba en las vueltas de su gran corbata, hubiera sido bastante para convertir en risueño cualquier lúgubre suceso; pero el joven se mantuvo en sus trece, y prosiguió:

—Una llovizna helada penetra mi cuerpo y concreta la médula de mis huesos: jirones de nubes oscuras se arrastran pesadas por el techo, a semejanza de cautelosos cuervos que vuelan sobre la presa; un arco iris enorme se levanta tras la casa y se encorva sobre mí, ancho como la vía láctea: en él veo resplandecer y bailar figurillas diminutas de formas desconocidas; una llama broncínea cobija gran trecho del firmamento. Enfrente mía se espacia una orden de arcos derruidos, cubiertos de hierbas salvajes, en cuyas profundidades oigo de cuando en cuando el grito del mochuelo. Un ente humano en esta escena me hubiera deshelado la sangre: no lo era sin duda el que vi en esos arcos inmóvil, cubierto con un manto blanco. No lo era, pues sentí redoblarse mi terror, me tuve por perdido. Quise gritar, y me faltó la voz de nuevo. La visión tiene forma humana, pero de ella se desprende un poder funesto que obra sobre mí, una influencia sobrenatural que me aniquila. ¿Es engaño de mis ojos? ¿es bulto real y verdadero? El espectro se mueve: entonces un supremo

esfuerzo me vuelve el uso de los miembros; huyo, salgo, corro...

—¡Petrowiski! —gritó la princesa—, el té sobre la mesa.

—Dices bien, Paulina —añadió el barón Gustavo— no hay cosa que más me abra el apetito que los sueños de este muchacho: me muero de hambre. ¿Y tú, Alejandro?

Alejandro no respondió: mirando estaba enfrente suya con los ojos fijos.

—¡Virgen santa... Alejandro! —exclamó su madre.

Alejandro seguía mudo, inmóvil, siniestro.

—¡Muchacho, qué te ha dado! —dijo el barón, puesto ya muy serio, y levantándose muy pesadamente de su butaca.

—Corro, y me resbalo a cada paso; caigo y levanto: unas piedrecitas redondas, movedizas, me dañan el piso: gano poco terreno. Vuelvo la cabeza; el espectro ha salido ya de una gran puerta de calle negra y caediza. Esfuérzome en la fuga, venzo un repecho, miro hacia atrás: el espectro me sigue. Corro, me caigo; vuelvo a correr, vuelvo a caerme, oyendo tras mí un anhélito[9] espantoso. Y allá, en un elevado sitio, un peñasco encumbradísimo, veo un golpe de gente que inclinada hacia el abismo, exclama: «¡La loca! ¡La loca!». Crujen los huesos de mi cuerpo, mis cabellos están parados rectos sobre sus raíces; el espectro me alcanza, ya me echa mano... Un árbol centenario, desnudo de hojas, de abiertas y secas ramas se alza en el camino: llégome a él, me abrazo con su tronco, empiezo a trepar, subo... El espectro extiende el brazo para agarrarme, pero no me alcanza; entre su mano y mi pie hay cuatro dedos. No puedo subir más, el espectro se pone de puntillas, me toca con la yema de los dedos, va a empuñarme el tobillo... Se me apagan del todo los espíritus, pierdo la vista, me suelto del árbol, y caigo, ruedo, no hallo piso, y un espacio sin fin y profundamente oscuro se abre delante de mí, y sigo cayendo, y no estoy muerto, y todo lo siento.

—¡Acabarás, Alejandro! —gritó el barón—: no me gusta oír estas cosas. ¿No ves el daño que haces a tu madre?

---

[9] *anhélito:* respiración lenta y fatigosa.

Doña Paulina tenía mortal el rostro, mirando a su hijo con la más tierna y compasiva solicitud: esa mirada hubiera llenado el abismo por donde él iba cayendo sin fin; pero había perdido el uso de la palabra, colgada de los labios del pobre enfermo.

—Y sigo cayendo, cerrado el pecho como con cerrojo: un vientecillo sutil me cuela el estómago contra la espina dorsal; el corazón, apretado, no es más que un ovillo. Allá, en una lejanía imponderable veo resplandecer un cometa: su larga cabellera flota esparcida en un gran espacio. Y echo de ver que el cometa trae la dirección que yo llevo en mi caída. El aire comienza a entibiarse, la atmósfera se aclara: ese infausto meteoro se me acerca, el calor aumenta por instantes: ardo, me abraso, voy a convertirme en cenizas. ¿Qué veo en su cabellera? ¿qué es? ¿quién es? El espectro...

El joven echa un grito y cae patas arriba. Su madre se tira sobre él; y el barón, por acudir a socorrerles, derriba la mesa cargada del servicio de té; con lo cual el candelabro de cuatro brazos que alumbraba la estancia, viene al suelo, y todo queda sepultado en una profunda oscuridad.

A mi regreso de Sorrento[10], adonde había ido a pasar ocho días, llegué a Nápoles cabalmente en buena sazón para asistir al entierro del pobre Alejandro, cuyo cuerpo acompañamos buen número de extranjeros al cementerio ruso. Había vuelto en sí de la accesión de esa noche; pero un día que su tío el barón dejó su cuarto abierto, entró allí, y encontrando sobre la mesa una pistola cargada, se voló la tapa de los sesos.

---

[10] *Sorrento:* pequeña ciudad de la región de Campania, en la provincia de Nápoles, ubicada en la la península del mismo nombre.

Vicente Riva Palacio
*El matrimonio desigual**

Comenzaba a anochecer cuando llegamos a Covadonga[1]. La luna, en creciente, estaba casi a la mitad del cielo, y su débil claridad se mezclaba con las últimas luces del crepúsculo, dando a todos los objetos un aspecto fantástico, aumentando sus proporciones con la indecisión de los perfiles.

Muchos días hacía que soñábamos con Covadonga. Sentíamos la fiebre de la impaciencia por conocer aquel lugar histórico, y revivíamos las tradiciones y las crónicas en nuestro cerebro, y multiplicábamos las leyendas que brotan de cada uno de los cantos que han inspirado aquellas rocas, sa-

---

* Vicente Riva Palacio (México, 1832-España, 1896), político, militar, jurista, diplomático y escritor fue una figura muy activa en el periodismo y en la literatura mexicana del siglo XIX. Aparte de su obra personal, participó con otros autores en trabajos colectivos, como enciclopedias o recopilaciones de tradiciones y leyendas. Además de varias novelas folletinescas ambientadas en la Colonia y de algunos poemas que se convirtieron en himnos de los liberales mexicanos, Riva Palacio es sobre todo conocido por sus *Cuentos del general,* que apareció como libro en 1896 (Madrid, Rivadeneyra) y que incluía «El matrimonio desigual» (págs. 204-217). Este relato había sido publicado antes en *La Ilustración Española y Americana,* el 8 de septiembre de 1893 (núm. XXXIII, págs. 135-138), donde iba firmado por «El General Riva Palacio». Aquí seguimos la edición de 1896.

[1] *Covadonga:* conjunto religioso, geológico y turístico ubicado en la provincia de Oviedo, en España. Forma parte del Parque Nacional de los Picos de Europa y posee un santuario dedicado a la Virgen de Covadonga, conmemorativo de la Batalla de Covadonga (718), en la que el rey visigodo Don Pelayo derrotó a los árabes.

gradas para los españoles. Así es que, al llegar y penetrar en la cañada en aquella hora tan misteriosa, nuestra imaginación se exaltaba, y nos parecía que escuchábamos el alarido de los moros y el ronco grito de los cristianos; y con asombro contemplábamos aquellos enhiestos peñascos, y Covadonga nos parecía una inmensa concha de granito que había cerrado sus valvas gigantescas para abrigar como una perla a un grupo de héroes, y las abrió después para que de allí saliera el germen de un pueblo que debía, crecer y robustecerse cada día, reconquistar su patria y pasear triunfante sus banderas en el siglo XVI por la mitad del mundo.

Nos dieron albergue en la hospedería, y a las ocho de la noche nos sentamos a comer los pocos peregrinos que allí estábamos.

La conversación de sobremesa tomó un carácter de familiaridad muy agradable, porque éramos pocos y todos habíamos llegado en busca de la impresión que debía causarnos aquel lugar.

Frente a mí sentáronse a la mesa un alemán joven —representaría unos treinta y cinco años—, y a su lado una señora como de cincuenta y cinco, que no podía decirse a primera vista si era madre o mujer del caballero. Los dos hablaban el español correctamente, y tuvieron la delicadeza de no dirigirse entre sí la palabra en alemán por temor de que nosotros no lo comprendiéramos, probándonos así, aunque indirectamente, que eran personas de distinción.

A la mitad de la comida ya sabíamos que aquella señora era la mujer del alemán, que se nombraba Leopoldo Schloesing; pero nos llamaba la atención que para nosotros fuera D. Leopoldo, y su mujer le llamara Guillermo.

Quizá Leopoldo llegó a comprender que nos admiraba eso, y además la gran diferencia de edad que entre los dos había y el profundo cariño que se mostraban, porque, dirigiéndose a mí, dijo:

—¿Creerá usted que mi mujer tiene más edad que yo?

No supe qué contestar, porque decir que no era una mentira que me habría conocido en los ojos; y que sí, una falta

de galantería con aquella señora, que sonreía dulcemente cuando oyó la pregunta de su marido, y le miraba con una profunda ternura.

—Pues no, señor —continuó el alemán—; le llevo, cuando menos, ocho años, y esto puedo asegurarlo a ustedes bajo mi palabra de honor.

Ninguno de nosotros se atrevió a abrir los labios. Si aquello lo hubiera dicho en son de broma, a pesar de que reírse de ello hubiera molestado quizá a la señora, nos hubiera quedado el camino de la risa; pero al decir eso, su fisonomía había tomado todos los rasgos de la solemnidad, su voz tenía las vibraciones de una profecía, y sus ojos no se dirigían a nosotros, sino que su mirada parecía perderse en lo infinito.

—No es un secreto, ni quiero hacer un misterio de lo que voy a contar a ustedes. Creo firmemente que van a tomarme por un loco, y van a tener lástima de mi pobre Margarita; pero es una verdad.

La señora oprimió entre sus manos el brazo de su marido, apoyó su cabeza en el hombro de él, y vimos llenarse sus ojos de lágrimas.

Nosotros estábamos como soñando, y hasta un criado y dos chicas que servían la mesa permanecían como petrificados con los platos y los cubiertos, que limpiaban en ese momento en un trinchero[2] que había en el fondo del salón.

La luz de las lámparas nos pareció que alumbraba menos. Aquel hombre había llegado a preocuparnos, por no decir a sugestionarnos.

—Tenía veintiocho años; era honrado, laborioso, inteligente; amaba con todo mi corazón a Margarita, que contaba entonces veinte, y que vivía con su buena madre en Hamburgo, si no rica, sí con bienestar. Su padre, al morir, les había dejado un capital que, bien colocado, bastaba a cubrir con sus rentas las necesidades de las dos señoras, que no tenían pariente alguno.

---

[2] *trinchero:* mueble donde se parten y trocean los alimentos antes de servirse.

»Nuestro amor había nacido cuando éramos niños, y yo sólo esperaba formarme un caudal propio para casarme con Margarita; pues para eso, no sólo contaba con la aprobación de la madre, sino que la buena señora me quería como si fuera yo su hijo.

»Por aquellos días se me presentó una brillante especulación en América, que sería largo explicar a ustedes, pero que no me tendría más de un año ausente de mi país y haría cuadruplicar los fondos que yo pusiese; mas no poseía yo ese capital, y esto me llegó a preocupar de tal manera que Margarita y su madre comprendieron que me pasaba algo, y me instaron a que les dijese mi secreto. ¿Qué podía negarles? ¡Eran mi único cariño sobre la tierra! Todo se lo conté, y ellas procuraron consolarme; pero eso era difícil cuando yo sentía que se me escapaba una fortuna de entre las manos, y con ella mi felicidad, porque era la realización de mi matrimonio.

»Pocos días después, al llegar a la casa de Margarita, las dos señoras se arrojaron en mis brazos, llorando verdaderamente de alegría. Habían realizado todo cuanto poseían y me lo ofrecían para mi empresa.

»Me negué resueltamente a aceptarlo; pero ellas rogaron, lloraron, lo exigieron, haciéndome comprender que moralmente formábamos una sola familia; que debían ser comunes nuestras alegrías, nuestras penas, nuestras esperanzas, y, en fin, que si aquel capital se perdía, pobres Margarita y yo, nos casaríamos como pobres, y yo mantendría a la familia con el fruto bendecido de mi trabajo. No era posible resistir. Acepté: llegó el día de la partida; me despedí de Margarita y de su madre, y me embarqué para América».

El alemán permaneció un rato en silencio, durante el cual todos teníamos los ojos clavados en él.

—Ya sé —continuó solemnemente— que no hay para qué preguntar a ustedes que si creen en la metempsicosis[3], en las

---

[3] *metempsicosis:* creencia según la cual las almas de los muertos transmigran a otros cuerpos.

teorías de Pitágoras[4] acerca de la transmigración de las almas, o en las doctrinas de la reencarnación que han sostenido con tanto empeño apóstoles del espiritismo como Allan Kardec o Juan Renau[5], porque todas estas teorías han de ser para ustedes delirio. Yo también tenía esas mismas convicciones[6].

»Contábamos el sexto día de la navegación, cuando nos envolvió una de esas cerradas nieblas tan comunes en los mares del norte. Navegábamos como entre escollos, según las precauciones que el capitán tomó: un gran foco de luz en lo alto de uno de los palos; una campana sonando a cada momento; la máquina de vapor lanzando cada dos o tres minutos un prolongado y estridente gemido, y marineros vigilando entre las vergas[7]. Pero todo fue inútil: yo iba sobre cubierta, y repentinamente vi obscurecerse la niebla delante de nosotros; surgió envuelto en ella, y como brotando del fondo del mar, un vapor enorme que vino a chocar contra el nuestro, produciendo un espantoso ruido que no puedo explicar. Se abrió nuestro buque, y no sé lo que pasó después, porque me sentí desvanecer, y confusamente, rumores, músicas, angustias. Recobré la conciencia de mi ser, pero no era yo lo que había sido. Me encontré ligero; estaba yo en el espacio como suspendido, y a lo lejos veía el lugar de la catástrofe, no más como una mancha de niebla sobre la inmensidad del mar, porque la tierra, sin arrastrarme en su movimiento, caminaba vertiginosamente flotando en lo infinito. Entonces comprendí que había yo muerto. Comencé a adquirir la maravillosa perfección de los espíritus: pude ver a inmensa distancia, y entre muchos cadáveres que flotaban sobre las olas reconocí el mío.

»Sufría la más terrible de las penas, pensando en Margarita y en su madre, en su dolor, en su aislamiento, en la vida de

---

[4] *Pitágoras:* Pitágoras de Samos (*ca.* 582-507 a.C.) filósofo y matemático griego que defendía también la teoría de la transmigración del alma.

[5] *Allan Kardec:* seudónimo del médico y pedagogo francés Hippolyte Léon Denizard Rivail (1804-1869), que fue de los primeros en intentar sistematizar las doctrinas espiritistas. Sobre *Juan* o *Jean Renau* no ha sido posible localizar información alguna.

[6] *realizado:* en este caso vender bienes o propiedades para conseguir dinero rápidamente.

[7] *vergas:* mástiles y perchas de los barcos donde se sujeta la vela.

miserias que las esperaba, y formé la resolución de volver al mundo en su ayuda».

Volvió a callar Leopoldo, y ninguno de nosotros se atrevió a mirar a los demás compañeros, por temor de encontrarse un rostro burlón.

No creíamos aquella historia; pero tanto nos preocupaba que deseábamos creerla.

—Un año después —continuó Leopoldo— había yo reencarnado en el cuerpo de un niño, hijo único de un opulento capitalista, y en la misma ciudad en que vivía Margarita. Hasta los siete años durmieron mis recuerdos; pero despertaron claros y brillantes con la conciencia de la misión que me había yo impuesto.

»Era el momento de dar la prueba para que ella pudiera creerme. Busqué a Margarita como puede buscar un niño al que sólo llevan a los parques a tomar aire.

»Por fortuna mía, una tarde que jugaba con otros niños pasó por donde estábamos, e inmediatamente que la vi, saliendo a su encuentro, la colmé de caricias. Admirose ella de aquel amor tan repentino, y más cuando la dije:

»—Ven mañana a esta hora, que tengo que contarte una cosa muy hermosa.

»Sin duda creyó que eran cosas de niño; pero al día siguiente allí estaba. Nos sentamos en un banco de piedra, mientras que mi aya[8], en otro banco apartado de allí, se entregaba por completo a la lectura de una novela. Entonces conté a Margarita que yo, el niño Leopoldo, era Guillermo: creí que iba a volverse loca, porque yo, para probarle aquella verdad, le repetí hasta las palabras de nuestras conversaciones y los más insignificantes detalles de mi vida anterior, pero cuidando de ocultarle mis proyectos para lo por venir. Supe que la madre de Margarita había muerto de dolor al recibir la noticia de la catástrofe, y que ella, siempre triste, se mantenía dando lecciones de música.

»Desde entonces Margarita recobró su alegría, trabajaba con más empeño, ahorraba para poder comprarme un jugue-

---

[8] *aya:* persona encargada de criar o educar a un niño.

te, y procuraba verme en todas partes: sentía como la ternura de una madre.

»Tuve veintiocho años; mi padre y mi madre habían muerto, y yo era dueño de una buena fortuna. Propuse a Margarita que nos casáramos; resistió, alegando la diferencia de edades; pero yo la obligué: nos unimos hace ocho años, y somos tan felices como el primer día de nuestro matrimonio. Buenas noches, señores, y cada uno juzgue de mi historia como le parezca».

—Buenas noches —contestamos todos. Y Leopoldo, llevando a su mujer asida de un brazo, salió pausadamente del comedor.

Sin hacer comentarios nos retiramos todos en el momento, y apenas pude dormir pensando si habría algo de verdad en aquella historia, si eran dos locos o eran un loco y una mártir.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, ya los alemanes habían partido de Covadonga.

Ignacio Manuel Altamirano

*Las tres flores (Cuento alemán)**

I

—¿Crees, Lisbeth, en los juramentos de amor?

—Yo creo, Ludwig, en el poder de un padre.

—¿Te acuerdas de las doradas horas que pasábamos en los grandes bosques de Ehrenfels?[1].

—¡Ah!

—¡No hay que decir más... cuando se ama!

—¡Ah!

—¿Conque todo está decidido? ¿Mañana es la boda?...

---

* Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fue un escritor, periodista, y político mexicano. De raza indígena pura, gracias a sus propios méritos y al apoyo de su maestro Ignacio Ramírez acabo siendo una de las principales figuras culturales del XIX mexicano. Perteneció a varias asociaciones académicas y literarias y fundó varios periódicos y revistas. Cultivó casi todos los géneros literarios, destacando entre sus obras la novela *Clemencia* (1869). «Las tres flores» apareció por primera vez en 1896 en *El Renacimiento,* una de las revistas fundadas por Altamirano. Aunque puede en realidad tratarse de la versión de un original francés o alemán, pues al final del texto se indica que éste ha sido «Traducido por I. M. A.», algunos comentaristas piensan que se trata de una obra original y de juventud y dan como primera fecha de publicación la de 1867, en *El Correo de México,* otro de los periódicos fundados por Altamirano, donde habría aparecido con el título de «La novia» (González Peña, 312; Batis, 249). Aquí se reproduce la versión de *El Renacimiento* (vol. I, 33, 1896, págs. 471-473).

[1] *Ehrenfels:* región del noroeste de Alemania, cerca de la frontera con Francia.

—Mañana.

—¿Y tú amas al nuevo esposo, a Enrique, hijo del conde Fausto?

—Me caso con él.

—Puedes casarte con él sin amarle, puesto que me has amado sin casarte conmigo.

—Ludwig, tus palabras son duras...

—Lisbeth, las tuyas eran falsas.

—Un día me decías: «Aunque me pidieses mi sangre o mi vida, Lisbeth, tú la tendrías».

—Y un día tú me dijiste: «Todo lo que quieras de mí, aunque sea mi corazón, aunque sea mi mano, Ludwig, tú lo tendrás».

—Yo contaba sin los otros, Ludwig.

—Yo contaba sin ti, Lisbeth.

—Mi padre nos separa.

—Dios nos unirá.

—¡Nunca!

Y Lisbeth la bella olvidadiza dejó caer la cabeza sobre su mano, calló y se puso a llorar.

Una de sus lágrimas cayó abrasadora sobre la frente de Ludwig, su triste amante, que suspiraba bajo el balcón de su ventana. Él llevó la mano a su frente y recibió esta lágrima —«perla caída de los negros ojos de Lisbeth»— y vencido por el dolor y por el amor, porque mucho amaba Ludwig, le dijo con una voz más dulce:

—¿Por qué me habéis hecho venir?

—Para cambiar nuestros adioses...

—Adiós, Lisbeth.

—Y... también para pediros mi anillo de oro.

—La única cosa que me quedaba de ti.

—La niña lo dio; la joven lo vuelve a tomar.

—La joven es muy prudente; la niña lo era menos.

Lisbeth no dijo nada, pero extendió la mano, ahogando un suspiro.

—Hele aquí —dijo Ludwig.

Ludwig era alto, la ventana estaba baja. Se enderezó sobre la punta de los pies, ella deslizó su mano a través de las barras del balcón, y él puso el anillo de oro en su dedo meñique.

—Ludwig, tenéis un gran corazón.
—Yo no sé, Lisbeth... pero te amaba.
—Quisiera pediros todavía una cosa.
—Pídela.
—Se ha hablado de nosotros mucho; es necesario que vengáis a la boda; ¡estaréis alegre!... ¡reiréis!... se verá que ya no me amáis.
—Para eso... ¡nunca!
—Lo quiero.
—No contéis con ello; jamás, jamás.
—Te lo ruego.
—Me has dicho «tú»... vendré.
—Gracias, querido Ludwig.
—Concédeme una gracia a tu vez.
—Habla.
—Bailarás un vals conmigo.
—¿Cuál?
—El primero después de media noche.
—Sea.
Lisbeth, Lisbeth, decía una voz en el interior de la casa... ¿en dónde estás?
—Aquí estoy; adiós, adiós, querido Ludwig.
La pequeña mano blanca envió un beso en la sombra. Las luces recorrieron todos los pisos, después las ventanas se cerraron, y tornose negra la casa del barón de Walder, padre de la hermosa Lisbeth.
Sin embargo, Ludwig marchaba triste en la oscuridad; atravesó el puente de San Juan Nepomuceno[2], y siguiendo las riberas sombrías del Moldaw, se dirigió lentamente hacia la isla de los Cazadores, que lleva el río en sus húmedos brazos como un canastillo de flores y de verdura.
Lisbeth destrenzó sus hermosos cabellos, consagrando un último pensamiento al primer amor de sus años juveniles.

---

2 *puente de San Juan Nepomuceno:* se refiere al Puente de Carlos, el más antiguo de Praga y que sirve para cruzar el río Moldava. El puente está adornado con un gran número de estatuas, entre ellas una estatua de san Juan Nepomuceno (1340-1393), que según la tradición murió ahogado en el río después de que Carlos IV ordenara que el santo fuera arrojado a él.

Reprimió los impulsos de su corazón y quiso dormir. El sueño no vino, y ella oyó sonar, una después de otra, las horas de la noche. En el momento en que la primera campanada de media noche resonaba en la torre de San Veit, en la noble iglesia del Hradschin[3], le pareció que alguno había suspirado muy cerca de ella.

«Es el viento que se queja entre los árboles» —pensó Lisbeth.

Pero era una noche de mayo oscura y tranquila; no había ni un soplo en el aire, y las tiernas hojas dormían medio plegadas en las ramas inmóviles.

Nada turbó ya el silencio. Lisbeth ocultó su cabeza llena de miedo bajo la almohada, y se durmió pensando.

II

Es de mañana. Praga se despierta alegre; la noche levanta sus velos de estrellados pliegues; la bruma fina y ligera rueda sobre los techos; la aguda flecha de las altas iglesias desgarra al pasar, cual si fuesen blancos vellones, las lentas nubecillas; los primeros rayos del sol quiebran sobre la cima de los monumentos su punta de oro que resalta como relámpago. Acá y acullá cuelgan y flotan en el aire esos ligeros hilos caídos de los invisibles husos de la Virgen[4], que parecen atar la Tierra con el cielo; las veletas parlotean y saludan al viento dando vueltas sobre su enmohecido pie, y las mil voces argentinas de las campanas suben al cielo, como un enjambre de abejas zumbadoras.

En la casa de Walder, van, vienen, se agitan. Las criadas corren por los aposentos, los caballos piafan en el patio, los

---

[3] *la torre de San Veit, en la noble iglesia del Hradschin:* se refiere a la catedral de Praga dedicada al mártir san Vito (siglo IV) y ubicada en el Hradschin, uno de los cuatro distritos que componen la capital checa.

[4] *hilos caídos de los invisibles husos de la Virgen:* seguramente se refieren a un tipo de telarañas muy finas y llamadas popularmente «hilos de la Virgen», que brillan cuando llevan rocío y son muy fácilmente mecidas por el viento. Julio Cortázar las menciona también en su cuento «Las babas del diablo».

músicos tocan en la calle. Se diría que la ciudad entera se casaba. Es que Lisbeth es muy bella y Enrique está muy enamorado, y cada uno se alegra de estas nupcias del amor y de la belleza.

La novia apareció un poco pálida como todas las novias, pero más bella que ninguna.

Enrique se adelantó a su encuentro.

—¿Y tu ramo, amada mía, tu ramo de blancas flores, imagen de tu alma, hermosa y pura?

—El ramo, mi querido señor, le habéis olvidado.

—No por cierto, yo mismo le he cogido en el jardín de mi padre, sobre los ribazos de Wicshrad, desde la madrugada. Míralo.

Y llamó.

Un escudero con los colores del conde, mitad rojo y mitad negro, puso delante de la joven un cofre de ébano.

—Abre —dijo el novio, dándole una llavecita de plata.

Tomó ella la llave; su mano temblaba un poco; abrió no obstante, pero en lugar del ramo blanco, no encontró sino tres flores en el cofre de ébano: una *primavera,* una *verónica azul* y una *inmortal.*

En ese dulce lenguaje de las flores, que no tiene por palabras sino los colores y los perfumes, la primavera es la esperanza, la verónica es la fidelidad, y la inmortal es la constancia.

El novio pareció sorprendido, sorprendido y enojado. Pero él mismo había guardado la llave de plata, y no pudo acusar a nadie. Solamente tomó el ramo y quiso arrojarlo por la ventana.

—No, no —dijo Lisbeth—, así me agrada, y puso las tres flores en su cintura.

Una hacanea[5] blanca esperaba a la novia al pie de la gradería, enteramente cubierta de oro y de terciopelo y caparazonada de seda. Dos jóvenes pajes tenían en su mano las flotantes riendas.

Se pusieron en marcha. La comitiva se mostró en toda su pompa sobre los bordes del río.

---

[5] *hacanea:* yegua de menor tamaño que el caballo.

Lisbeth no percibió a Ludwig, pero en el momento en que la brillante comitiva comenzó a subir la colina sobre la cual está construida la antigua catedral, oyó sonar la Tierra y retumbar el lejano galope de un caballo. «¡Es Ludwig!», pensó ella, pero continuó su camino sin atreverse a volver la cabeza.

Llegaron muy pronto a las puertas de la iglesia; la novia bajó y entró precediendo a la multitud de nobles y de bellas. Todos se colocaron en la larga nave colgada de soberbias telas y sembrada de flores. Los coros de músicos cantaban sus más hermosos himnos, y el órgano juntaba a estos cantos su gran voz que sucesivamente estallaba como un trueno, o suspiraba como una mujer.

El sacerdote bajó del altar y se adelantó para bendecir a los esposos. Lisbeth por dos veces se volvió hacia la nave.

—¿Qué tienes? —le preguntó su madre con una vocecilla seca—; no es allí donde debes mirar.

—Madre, ¿quién es ese hombre vestido de duelo que está puesto de rodillas cerca del tercer pilar?

—Yo no veo sino la estatua de bronce de San Wenceslao[6]; pero, ¡atención, a ti te toca responder!

—Lisbeth de Walder, ¿aceptáis por esposo al caballero Enrique de Stolberg?

—Sí —respondió Lisbeth, con una voz tan débil que el sacerdote apenas la oyó. Y ella lanzó una mirada hacia el tercer pilar. Nada vio. «Me he engañado», pensó bajando rápidamente los ojos; pero notó que no había más que dos flores en su cintura. La primavera había desaparecido: ¡La dulce flor de la esperanza!

III

El festín de la boda fue alegre. Los convidados se oprimían alrededor de las largas mesas; un ciervo entero se levantaba en medio del aderezo de la mesa con sus altos cuernos cargados de flores y de frutos; los escuderos trinchaban los cabritos

---

[6] *estatua de bronce de San Wenceslao:* podría referirse a alguna estatua de san Venceslao de Bohemia puesto que la catedral de Praga, además de estar dedicada a san Vito, también está dedicada a san Wenceslao y san Adalberto.

rellenos de alfóncijos[7] y hacían pasar en platos de plata los faisanes de alas de oro y de cabeza de púrpura. Los vinos generosos circulaban en las copas espumosas; el rosado vino de Hungría, el blanco de Alemania y el rojo de Francia.

Cuando se habían hecho abundantes libaciones, cuando más de un convidado, deslizándose suavemente de su silla, yacía debajo de la mesa, trajeron un *wiedorcomo*[8] antiguo; era un vaso inmenso adornado de esmaltes de vivos colores, especie de copa de Hércules que contenía la embriaguez de veinte hombres; se le llenó hasta el borde de *tokay*[9] real, y los dos padres brindaron primeramente por la dicha de sus hijos, ¡por la dicha y el amor!, todos los convidados hicieron lo mismo y el *wiedorcomo* volvió a los esposos cargado de votos.

Enrique lo ofreció a su joven esposa; pero apenas Lisbeth hubo tocado su borde con su rosado labio, cuando la copa se vació como por un bebedor invisible. Ella se volvió. ¿Qué vería? Yo no lo sé; pero puso un dedo sobre su boca, con ese gesto que dice: «Silencio y cuidado».

—Y ni una gota para mí —dijo el esposo con tono de dulce reproche—; brindaré, pues, por mi felicidad en una copa vacía.

—La desposada no tiene más que una flor en su ramillete —dijo una voz entre la multitud—. La verónica había desaparecido, la flor de la fidelidad.

IV

Llegó la noche: las mesas fueron quitadas: se derramaron perfumes; se encendió la aromada cera sobre los candeleros de hierro dorado; heraldos de armas, grandes como gigantes, inmóviles como rocas, se mantenían en las puertas elevando en sus manos antorchas de resina. Ya las orquestas resuenan y los dulces preludios, conmoviendo las almas, invitan al placer.

---

[7] *alfóncijo:* pistacho.

[8] *wiedorcomo:* parece referirse a cierto vaso tradicional usado en festividades y celebraciones.

[9] *tokay:* vino típico de la región fronteriza entre Hungría y Eslovaquia.

Bailan.

Todos admiran la inefable gracia de Lisbeth, y su talle flexible y sus movimientos armoniosos, y su cuerpo todo obedeciendo a las dulces leyes de la medida y de la cadencia.

Tiene el encanto del ave que vuela. Sus alas no se ven, pero se adivina que las tiene.

Sobre el pavimento luciente dan vueltas sus pies ligeros. Nada puede hacerse sino mirarla; se siente uno feliz. Pero de tiempo en tiempo, con mucha frecuencia quizá, su mirada inquieta se vuelve hacia la puerta de entrada, o consulta furtivamente la aguja del reloj grande, cuyo péndulo de oro va y viene en su caja de madera negra.

El baile estaba en todo su brillo.

Jamás fiesta tan espléndida había animado el antiguo palacio de los Walder, y nadie, excepto la joven desposada y tal vez el esposo, pensaba en que era ya media noche.

Sin embargo, las violas y los oboes preludiaban un vals. Tres o cuatro caballeros se adelantaron hacia Lisbeth.

—Ni a vos —dijo al primero—; ni a vos, ni a vos tampoco... a nadie, ¡lo he prometido!

Y miró el reloj.

Nadie entró: los jóvenes se retiraron respetuosamente.

La primera de las doce campanadas se dejó oír en el timbre sonoro.

La mirada de Lisbeth brilló, y la flor de la sonrisa se abrió en su boca. Pero no eran ni la mirada ni la sonrisa de los vivos. Se hubiera dicho que sonreía a los ángeles y que miraba al cielo.

Adelantó una mano que ninguno de los convidados se atrevió a tomar, levantose de la silla, e hizo dos pasos como para ensayar el compás.

La orquesta había comenzado el vals, y los danzantes, en enlazadas parejas, giraban en armonioso torbellino.

En medio de ellas, la novia se lanzó sola, con el brazo izquierdo suspendido y como apoyado en la espalda de un caballero invisible, la cintura doblada ligeramente, la mano derecha delante, extendida y como abandonada a la blanda presión de una mano amiga.

Valseaba.

Los hombres la admiraban, las mujeres la envidiaban; nunca había estado más bella que entonces. Un compás perfecto conducía todos sus movimientos: una expresión celestial trasfiguraba su semblante; habíase tornado etérea y diáfana, como esas hijas del aire que caminan sobre los juncos de los lagos sin inclinarlos siquiera. En lugar de fatigarse, como las otras, en el rápido círculo, parecía encontrar en él nuevas fuerzas, y sentirse más ligera a cada vuelta que daba. Su talón tocaba de tiempo en tiempo el suelo que no abandonaba la punta de su pie. Las otras se habían detenido para verla mejor.

Ella valseaba siempre.

Su vestido se levantaba en torno de ella, y la seguía flotando como blanco vapor, dejando ver su menudo pie y sus hermosos tobillos; su cabeza volvíase a medias sobre sus espaldas, y sus ojos se adormecían en la vaguedad del éxtasis.

Nadie se atrevía a detenerla. El joven esposo hizo una señal a la orquesta, y en lugar de volver a comenzar el tema del vals sin fin, fue amortiguando poco a poco su compás: los oboes no hicieron oír más que una nota lánguida y entrecortada por los suspiros, y las violas se extinguieron en un dulce estremecimiento.

Lisbeth volvió a su asiento, y antes de tomarlo hizo una gran reverencia.

Enrique se acercó a ella.

—¿Por qué —le dijo—, por qué, amor mío, has bailado sola cuando tantos señores te invitaban?

—¿Sola, amigo mío?... Yo he bailado con ese caballero del jubón[10] negro, de la negra toca y de las plumas negras.

—¿En dónde está que no le veo?

—Allí, cerca de la pared; ahora nos mira.

—¡Es extraño! yo no le veo, ni nadie le ha visto: ¿cómo se llama?

—Se llama Ludwig —dijo Lisbeth ruborizándose.

—¡Ludwig!... corazón mío; pero Ludwig ha muerto.

---

[10] *jubón:* especie de camisa que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo.

—¡Muerto! ¿Y cuándo... en dónde?

—Ayer, a media noche los marineros han encontrado su cadáver entre las cañas, cerca de la isla de los Cazadores.

Lisbeth inclinó la frente, y mirando su cintura, percibió que había perdido su tercera flor. La inmortal, la flor de la constancia.

—¡Ah! —murmuró con una sonrisa extraviada—, Ludwig ha muerto, y yo... también estoy muerta.

Y cayó en los brazos de Enrique.

Eduardo Blanco
*El número 111. Aventuras de una noche de ópera**

I

Ha transcurrido mucho tiempo y vivo está en mi alma el recuerdo de aquella noche de tentación y de extravío.

Una mala tropa de cantantes italianos inauguraba en nuestro teatro, con la simpática *Lucía*[1], la temporada musical; y numerosa y festiva concurrencia, en noche tan deseada, asistía a contemplar la cruel ejecución de la más bella entre las bellas hijas del *Cisne de Bérgamo*[2].

---

* Eduardo Blanco, militar y político venezolano nacido en 1838 y muerto en 1912. Como escritor es conocido sobre todo por una serie de cuadros históricos titulada *Venezuela heroica* (1881) y por su novela *Zárate* (1882), que algunos consideran la primera novela venezolana. De 1882 es también la segunda edición de su volumen *Cuentos fantásticos,* que incluye «El número 111». Según algunas fuentes, éste habría aparecido publicado por primera vez en 1875 en el semanario caraquense *La Tertulia*. La primera edición del libro habría sido la de 1878, pero, de momento, sólo puede considerarse hipotética, ya que nadie ha conseguido localizarla (Sardiñas, 72). Aquí se sigue el texto de 1882, que va dedicado «A mi inolvidable amigo el inspirado poeta Francisco G. Pardo». Francisco Guaicaipuro Pardo fue un poeta venzolano nacido en 1829 y muerto en 1882.

1 *Lucía:* se refiere a *Lucia di Lammermoor,* una ópera en tres actos con música de Gaetano Donizetti (1797-1848) y libreto de Salvatore Cammarano, basado en la novela *The Bride of Lammermoor,* de Walter Scott. Su estreno tuvo lugar en Nápoles el 26 de septiembre de 1835.

2 *El Cisne de Bérgamo:* uno de los sobrenombres con que se conocía a Gaetano Donizetti, el autor de *Lucía* y de un amplio número de óperas.

Los más apuestos de nuestros pisaverdes[3], preparados de antemano a ejercitar irresistible seducción en las nuevas artistas, llenaban las lunetas[4] y asestaban a la escena pertinaces gemelos; no obstante que, en la graciosa curva de los palcos, entre guirnaldas de flores, aéreas gasas y deslumbradora pedrería, no faltase uno solo de aquellos astros rutilantes tantas veces descritos por el galante *Fígaro*[5] bajo caretas mitológicas.

Atraído por los encantos de estas diosas tentadoras, que aprisionado me traían en sus redes, más que por las bellezas de la infeliz Lucía, dirigime al teatro, próxima ya la hora de empezar la función, con el firme propósito de hacer hablar a aquellos ojos plácidos, que a las veces se dignaban mirarme, y de arrancarles la anhelada promesa de mi futura dicha, o la franca manifestación de mi completa desventura.

—¡Ay! Si me fuera dado penetrar sus pensamientos, ¿sería acaso feliz? —me preguntaba a cada paso; y por lo pronto, el saber a qué atenerse el hombre, respecto al sentir de los demás, me parecía condición indispensable a la felicidad.

La agitación que producía en mi ánimo la inseguridad de poseer el corazón de quien llenaba el mío de inefables delicias, al par que angustiosas dudas, me indujo a meditar, con profunda amargura, en los crueles engaños a que estamos sujetos por deficiencia de nuestras limitadas facultades morales; y despechado, extraño sentimiento de rebeldía irguiose en mi interior.

Uno de mis amigos, discutidor sempiterno, con quien desgraciadamente acerté a tropezar, y a quien le espeté a quemarropa, como enrojecidas balas, mis descabellados pensamientos, tuvo la ingenuidad de declarar absurdas las ideas que habían logrado preocuparme. Empeñose, a mi pesar, en acalorada discusión; tarde alcancé a darle punto; llegué al teatro

---

3 *pisaverdes:* hombres ociosos en busca de amores y galanteos.

4 *luneta:* en los teatros, los asientos en fila preferente, ubicados frente al escenario.

5 *Fígaro:* Seguramente se trata de la publicación de «revistas teatrales, que vio la luz en Caracas por los años de 1863 a 1864» a la que se refiere Óscar Hahn (1997, 133). De todas formas también existió por esas fechas en Caracas otra publicación con el título de *Fígaro: periódico satírico.*

ya empezada la ópera, y las sentidas frases del dulcísimo *allegro* del dúo final del primer acto:

Verranno a te sull aure
i miei sospiri ardenti,

que entonara la tiple[6] a mi llegada, resonaron en mi alma como un tierno reproche de la mujer amada.

Lleno de aturdimiento, cual si en efecto fueran aquellos labios, que nunca para mí se habían abierto, los que tan afectuosamente hablaran a mi oído, me apresuré a solicitar mi asiento en la platea[7], ansioso de mostrarme a los ojos que acaso me buscaban y pedirles perdón por mi retardo. Pero difícil, si no imposible de realizar, era mi intento: compacto grupo de espectadores hallábase de pie a la entrada del patio y me cerraba el paso. En vano pedí permiso para entrar; en vano supliqué; nadie me quiso oír, y obligado me vi a penetrar a la fuerza, realizando mis deseos a cambio de unos cuantos codazos. Ya en la primera fila de los espectadores sin asiento, procuré distinguir el número del mío, y después de inútiles pesquisas, me convencí, con pesar, que el codiciado objeto de mis pertinaces esfuerzos había sido ocupado, y que, a menos de incurrir en la descortesía de ir a arrancar del asiento al intruso ocupante, como se extrae una cuña, no había medio posible de obtenerlo.

Ella estaba en su palco, esplendorosa como siempre, de hermosura y candor; pero del sitio en que me hallaba, apenas sí podía divisar su casta frente, iluminada por refulgente aureola. Cuatro pasos más adelante, me hubiera atraído sus miradas y alcanzado a ver todo su cuerpo. No podía, sin embargo, adelantarme tanto, por más que lo desease, sin llamar la atención. La impaciencia torturaba mis nervios; hube, con todo, de resignarme, al fin, a esperar donde me hallaba al final de aquel acto; e, irritado, maldecía la contrariedad que no podía vencer, cuando uno de mis vecinos, en quien no

---

[6] *tiple:* voz de timbre agudo.
[7] *platea:* patio de los teatros, la parte baja.

había fijado mi atención, me tocó suavemente en el hombro, e indicándome un asiento vacío, frente al palco que yo anhelaba contemplar, me dijo con insinuante amabilidad.

—Mirad, señor mío, he ahí un asiento que os conviene.

Sorprendido por el tono obsequioso, a par que obligatorio, con que se me hacía el ofrecimiento, volvime hacia tan amable caballero, y, a mi pesar, no pude reprimir un movimiento de sorpresa al mirarle los ojos, de donde parecía brotar una azulada llama semejante a la fosforescencia de las luciérnagas. Este singular individuo me era completamente desconocido, y sin embargo, aquella extraña luz que alumbraba sus ojos, así como la expresión sarcástica esparcida en su rostro, despertaron en mí como un vago recuerdo: antes de aquella vez parecíame haberle visto en otra parte. ¿Dónde? No acerté a darme cuenta; acaso en las angustias de una espantosa pesadilla..., no puedo asegurarlo; pero es lo cierto que lo examiné estremeciéndome.

—Aprovechaos —insistió mi interlocutor sin fijarse en mi embarazo y con manifiestos deseos de ser obedecido—. El número 111 está vacante; ocupadlo, es el mío.

Sin contestarle, hícele una ceremoniosa cortesía, y empujado, a mi pesar, hacia el referido asiento, me dirigí al número 111, del cual distaba apenas cuatro pasos, no ocultándoseme, empero, la maligna satisfacción que reveló el semblante de mi singular protector al verse obedecido.

Mal hallado con semejante descubrimiento, detúveme indeciso, apoyando las manos en el respaldo del banco, antes de resolverme a ocuparlo; pero instantáneamente, cual si las hubiera puesto sobre un hierro enrojecido, las retiré asombrado.

—¡Esto es inaudito! —exclamé examinando mis tostados guantes—. ¡Este asiento es de fuego!

Y profundamente sorprendido, volvime hacia el extraño personaje que me lo había indicado, para pedirle cuenta de tan extraordinaria circunstancia; pero éste había desaparecido, dejándome perplejo.

—No es posible —me dije, comenzando a dudar de la lucidez de mi razón—. Lo que he experimentado no pasa de ser un alucinamiento. Probemos de nuevo.

Esta vez fue mi mano desnuda la que aventuré a la prueba; toqué por segunda vez el respaldo del asiento en cuestión, y lleno de terror la retiré abrasada.

—No insistáis, joven, no insistáis —dijo detrás de mí una voz dulce y cariñosa—. Abandonad tan temeraria empresa y sentaos aquí, a mi lado, si no queréis incendiaros el alma como os habéis quemado ya las manos.

Aturdido y sin vacilar, me dejé caer en el nuevo puesto que me ofrecían; y no pocos minutos transcurrieron antes de llegar a comprender, con alguna exactitud, lo que mi nuevo interlocutor se apresuró a decirme:

—Yo también he experimentado lo que vos; y, más que vos, he padecido de ese trastorno cerebral que comienza a perturbaros.

—¡Y qué! —exclamé examinando con sorpresa a mi interlocutor, cuyos cabellos como copos de nieve, no armonizaban con la frescura de su rostro juvenil—: ¿No me he engañado? ¿No es alucinamiento de mi razón? ¿Es de fuego, en efecto, el respaldo de ese asiento?

—Sí.

—¿Y decís que, como yo, lo habéis tocado?

—¡Ay!, algo más que tocarlo —me contestó con profunda tristeza—. Lo he ocupado un instante y en ese instante, como veis, encanecieron mis cabellos, y quedó envejecida mi alma a los veinte años.

—Lo que decías es espantoso —repliqué lleno de desconfianza—, y si no fuera...

—Que lo creéis —añadió interrumpiéndome—, dudaríais de lo que os digo.

—Habláis con tal acento de verdad que es forzoso creeros.

—¡Oh!, no os pesará. Me habéis inspirado compasión, y voy a haceros un servicio que jamás estimaréis debidamente, por la sencilla razón de no haber padecido lo que trato de evitaros.

—Semejante preámbulo no puede ser más misterioso.

Mi nuevo desconocido dejó escapar un prolongado suspiro; y después de un corto silencio, durante el cual su rostro frío y sus ojos sin luz se fueron animando gradualmente, prosiguió:

—Hace dieciséis años me aconteció lo que voy a referiros. Yo era entonces aún más joven que vos; pero como vos, amaba ya apasionadamente a uno de esos ángeles tentadores a quienes vosotros los poetas... porque supongo que lo sois...

—No siempre —le repliqué interrumpiéndole.

—Sin embargo, sólo a los forjadores de quimeras les sucede lo que a vos esta noche.

—¿Quemarse?

—¡Exactamente! Abrasarse en el fuego de la propia imaginación, hasta el punto de provocar al diablo a que los tiente a su antojo.

—¿Y creéis que yo me encuentre en ese caso?

—Estoy más que convencido porque, como vos, he sido víctima de ese infernal aturdimiento que os hace tomar una aglomeración de sombras por un foco de luz, y un juego del acaso por un rayo de esperanza. Pero volvamos a mi historia. En la época a que me he referido, repito, que amaba locamente a uno de esos ángeles terrenales a quienes vosotros, soñadores o poetas, como queráis calificaros, concedéis mil sublimes atributos. Esperanzas, ilusiones, amor, encerraba mi alma; en venturoso arrobo me extasiaba blandamente a sus pies; sin más prenda de su cariño que una mirada interpretada a mi placer, era dichoso; y apasionado y ciego, corría sin detenerme tras la estela de fuego de su hermosura deslumbradora. Un día vi sonreír sus labios y un himno de entusiasmo se elevó de mi pecho; otro, sentí el contacto de su mano y el perfume de su aliento, y ebrio de felicidad besé la tierra que pisaba mi ídolo, y me sentí tentado a amar el orbe entero a pesar de los defectos inherentes a la raza de Adán. Todas mis facultades le estaban sometidas; mi pensamiento la seguía como pasivo siervo: mis ojos la veían al través de las distancias; y una emoción dulcísima me revelaba siempre su proximidad, mucho antes de que sus formas seductoras me hubieran deslumbrado. En cambio de tanto amor yo nada le exigía, y habría vivido mil años sin pedirle otra gracia que un rayo de sus ojos, hasta reposar dichoso en las tinieblas de la tumba. ¡Oh!, esa mujer fue amada como nunca fue amada otra mujer, como jamás será amada otra alguna; para mí su presencia era el cielo, su ausencia el vacío. ¡Y ella... y ella!

—exclamó de súbito mi interlocutor, cambiando de tono y arrojando una espantosa carcajada—; no lo creeréis... jamás se había fijado ni aun en que yo existía.

Un largo silencio se siguió a esta explosión de profundo despecho, y hondamente sorprendido de encontrar muchas analogías entre el sentir tempestuoso de aquel desventurado y mis íntimas afecciones, esperé que agotara su alma todo el veneno que al parecer la emponzoñaba. Durante el repentino mutismo de aquel hombre, su rostro pálido coloreose repetidas veces con sangrientos matices, los ojos entre sombras violáceas brilláronle amenazantes, sus cabellos de nieve casi se ennegrecieron, y un rugido sordo y prolongado, como el que pudiera producir una caverna en donde se removiera un gigante, brotó pausadamente de su pecho oprimido; luego, y sin esperarlo, a la borrasca vi suceder la calma; apagóse el resplandor de las fieras pupilas, al rostro volvió la palidez, la nieve a los cabellos; y con una tranquilidad burlesca que me dejó pasmado, me dijo, llevando sobre mi hombro el compás que marcaba la orquesta:

—Y bien, ¿por dónde vamos de mi historia, que ya no lo recuerdo?

—Por la muerte de vuestras ilusiones —le contesté admirado de tan repentino cambio.

—¡Ah!, entonces nada os he dicho todavía sobre el misterio de ese asiento que os impedí ocupar... Pero ¿qué queréis?, yo vengo aquí a reírme de todos vosotros, y creo que he encontrado esta noche quien a su vez se ría de mí.

—Supongo que no aludís...

—Poco me importa, pues, que unos hoy y otros mañana, todos tenéis que pagar vuestro ridículo tributo a la debilidad humana. En cuanto a mí, lo he satisfecho ha largo tiempo y estoy saldo[8] con ella. Pero volviendo a vos, no sé cómo explicarme la compasión que me habéis inspirado: mi muerto corazón que creía sordo a todo sentimiento generoso, parece despertar a la idea del peligro que corréis. A muchos he visto en vuestro caso y los he dejado perecer... quizás eran indignos de que yo les hiciera el sacrificio de mi completa indiferencia; pero

---

[8] *estoy saldo:* estar o quedar iguales o parejos.

son tan inexplicables los misterios de nuestra naturaleza, que a veces nos vemos arrastrados a obrar contra nuestra decidida voluntad... Os han elegido para el sacrificio de esta noche porque padecéis la misma enfermedad que mató mis ilusiones...

—¿Cómo podéis saberlo?

—Porque yo sé muchas cosas que los hombres ignoran.

—¡Que los hombres ignoran!

—Sí.

—¿Podíais decirme, entonces, lo que siente mi alma cuando sus ojos...?

—¡Vaya!, ¡tan bien como vos mismo! Para mí nada hay oculto bajo el cielo.

—¡Cuánto os envidio ese poder!

—Sin embargo, si lo poseyerais, acaso os pesaría.

—¡Puede ser! Pero tened entendido que no hay sacrificio a que no me encuentre dispuesto por adquirir esa ciencia suprema.

—Eso decís porque no tenéis la más remota idea de todos los tormentos que encierra ese poder sin límites.

—¿Y creéis me haga padecer menos la estúpida ignorancia en que vivo acerca del sentir de los demás?

—¡Quizás!

—Verdaderamente no os comprendo. Cambiáis a cada paso de manera de raciocinar y de sentir.

—El que cambiáis sois vos. Hace algunos minutos que no hago otra cosa que seguir vuestro pensamiento, y os confieso que da vértigo el giro acelerado de las ideas diversas que lo agitan.

—¿Y lo extrañáis?

—Absolutamente, porque así me encontraba yo la noche en que fui impulsado a ocupar el 111.

—¡Oh! —exclamé lanzando una mirada de terror al asiento vacío—. ¡Lo había olvidado!

—Lo sabía.

—Sin embargo, me ofrecisteis explicarme el arcano[9] que encierra, y aún no lo habéis hecho.

---

[9] *arcano:* secreto o misterio.

—Creía que ya lo habíais adivinado.

—¿Qué queréis que adivine, cuando cada una de vuestras palabras es un misterio impenetrable para mí?

—¡Vamos! Veo que necesito llevar de la brida[10] vuestra curiosidad. Empecemos por volver al deseo que hace poco me habéis manifestado.

—Sí —exclamé impacientándome—. Volvamos a él, si es que conduce a explicarme lo que hace un cuarto de hora experimento.

—Es el camino más corto.

—¡Adelante!

—Deseabais poseer, como yo, la facultad de arrancar sus secretos al corazón más cerrado.

—No sólo lo deseo, sino que compraría esa facultad a precio de mi sangre.

—¡No vayáis a dar nada por ella! Os la ofrecen de balde.

—¡Cómo! —le dije—. Nadie me la ha ofrecido.

—Y con instancia.

—¿Os burláis de mí?

—¡Por mis cuernos!

—¿Qué habéis dicho?

—Que tenéis un candor admirable.

—Pero, en fin —exclamé exasperado—, ¿quién me ha hecho tal oferta?

—El desconocido que os indicó el 111 —contestó mi vecino, cubriéndome con su mirada fascinadora.

—No comprendo nada de cuanto me decís —exclamé estrechándome entre ambas manos las sienes, que me latían con violencia—: nada, absolutamente nada.

—Oídme, pues; y pésele a vuestro empeño.

—Esa ciencia oculta que tanto ambicionáis de leer en el corazón de los otros tan claramente como en un libro abierto, no se adquiere sino depurando antes el alma en ese asiento de fuego. ¿Comprendéis ahora? Todo se mira entonces desnudo del velo del fingimiento y la mentira: la verdad salta a los ojos: el engaño desaparece; y en posesión de los más

[10] *llevar de la brida:* guiar o dirigir muy de cerca.

íntimos secretos, podréis ocultar mejor los vuestros, tan fáciles hoy de adivinar.

—¿Lo que decís es cierto?

—Tan cierto como que ya penetro vuestras locas intenciones. Abandonad ese anhelo insensato; resistid a la tentación de penetrarlo todo. ¡Ay!, no sabéis cuánto se llora luego la pérdida de la cándida ignorancia y de la inocente credulidad. Ese misterioso desconocido, a quien jamás he vuelto a ver para exigirle me devuelva la venda bienhechora que arrancó de mis ojos, me indujo, como a vos, a ocupar ese asiento, y lo ocupé; y desde entonces ¡cuánto he visto que deseara ignorar eternamente, y cuánto más habré de ver para tortura incesante de mi alma!

—¿No me engañáis? —exclamé poniéndome de pie en un arranque de admiración.

—No.

—¡Voy a probarlo! Deseo conocer lo que sabéis, y acabar de una vez con la duda que me atormenta.

—¡Insensato!; ¡vais a perderos! —exclamó deteniéndome.

—Dejadme —le repliqué—. Juego gustoso la tranquilidad del alma en la partida.

—Ésa no la tendréis nunca.

—Pero, en cambio, sabré en adelante a qué atenerme.

—¡Oh!, mirad mis cabellos encanecidos y mis ojos cansados.

—¡Nada, nada! —le repliqué luchando por desasirme de sus manos—. Estoy resuelto a todo; y si ese asiento portentoso no sólo es la silla de Satanás, sino el infierno mismo, a él me arrojaré para saber lo que deseo.

—¡Deteneos! ¡Aún es tiempo! ¡Deteneos!

—No os esforcéis en disuadirme —le repliqué dando un paso adelante—. La duda es un suplicio mil veces mayor que el desengaño —y enajenada la razón caí febricitante en el asiento infernal.

—¡Humanidad!, ¡humanidad! —exclamó el desconocido con estridente alborozo, convirtiéndose de súbito a mis ojos en el fantástico personaje que me ofreciera el 111—. ¡Siempre la misma!... pretenciosa y débil.

En presencia de semejante metamorfosis comprendí mi extravío; quise dar un grito, y no pude; pretendí levantarme del asiento, y me encontré como clavado a él. Un fuego

abrasador encendió mi cerebro; mis pupilas se dilataron, y mi sangre se heló.

II

—¡Vamos, valor, audacia! —exclamó mi tentador demonio colgándose del respaldo de mi asiento, e inundándome con su aliento satánico—. ¡Tendrás lo que has pedido; mira!

Y mis ojos vieron lo que difícil me será expresar..

—¡Oye! —mandó de nuevo.

Y oí distintamente, sin que se confundieran en mi oído, las pulsaciones, aceleradas unas, pausadas otras, de cuantos corazones palpitaban en aquel recinto.

—Y ahora —añadió Lucifer[11], que parecía cernerse[12] sobre mi cabeza con la crueldad de un ave de rapiña—: ¡siente y reflexiona! ¡Eres mío! Te presto mi poder.

Mi mente se iluminó de súbito; oprimido sentí el corazón; mis sentidos se acrecieron, y el velo que limita las humanas facultades rasgose ante mis ojos, que, deslumbrados por tanta claridad, se fijaron inciertos en ardoroso foco. Luego, como por efecto de una infernal potencia, el teatro comenzó a girar en torno mío, cual una inmensa rueda cuyo eje fuera mi cabeza. Cintas, flores, diamantes, rizadas cabelleras, ojos de fuego, rostros fascinadores, manos de nieve y pechos de alabastro, en confuso tropel pasaron a mi vista: una música extraña, atronadora, tempestuosa, marcaba el rápido compás de tan vertiginosa danza; y un rayo de luz, vivísimo, siniestro, como un reflejo del infierno, abrasaba en su lumbre aquel cuadro fantástico.

—¡Mi cabeza estalla, mis ojos se queman! —exclamé suplicante.

—¡Valor! —oí exclamar con estridente voz a mi verdugo.

—¡Oh! ¡Dadme en cambio de lo que veo la oscuridad eterna!

—¡Energía! —repitió el Tentador con imperioso acento.

---

[11] *Lucifer:* otro de los nombres del Diablo.

[12] *cernerse:* en este caso, moverse de un lado a otro y por encima de alguien, para observarlo o preparar un ataque.

Y rápido, y más rápido, el círculo infernal siguió girando, hasta serme imposible distinguir los objetos. Con ávida insistencia seguía, no obstante, las múltiples ondulaciones de aquella sierpe de fuego en movimiento, sin que me fuera dado precisar sus detalles. Mis ojos deslumbrados se cegaban, mis facultades se agotaban, y haciendo un postrer esfuerzo, traté de fijarme en una mirada cariñosa que en medio de aquel tropel de centellas alcancé a distinguir; pero los ojos que la producían se dilataron hasta abarcar el círculo formando en torno mío un nuevo anillo de Saturno.

—¡Llegó el momento de la penetración! —exclamó mi dominador, viéndome anonadado por aquel espectáculo.

Y la escena cambió sin cesar el movimiento: fijáronse mis ojos, y como al través de una ventana abierta de improviso ante ellos, vi aparecer sucesivamente las lunetas, los palcos y los diversos grupos que se agitaban en el patio, sin que por esto dejaran los otros de seguir su acelerada rotación.

—¡Prueba mi ciencia! —continuó el Tentador extendiendo a mi derecha su descarnada mano—. ¿Penetras cada uno de los corazones que componen aquel grupo?

—¡Sí, sí! —contesté admirado y balbuciente—. Todo lo veo... Jamás lo habría creído.

El anillo continuó girando y otro grupo, no menos interesante que el primero, se presentó a mi vista.

—¿Ves? —preguntó de nuevo la imperativa voz.

—¡Oh, espantoso! —exclamé—. ¡Cómo puede mentirse así, Dios mío!

—¡Calla! ¿Y ese otro grupo que aparece a su turno?

—¡Da lástima y horror!

—¿Y ese que llega?

—Ya conocía esa historia.

—Peregrina, por cierto.

—¡Diabólica!

—¿Y aquél?

—Abate el alma.

—¿Y ese que pasó?

—La irrita.

—¿Y el que tienes a la vista?

—¡Cuánta perfidia!

—¿Y aquel que se detiene?

—¡Cuánta maldad!

Y siguieron pasando los grupos, y los palcos, a cuyas puertas, como multiplicándose veía asomado siempre al pertinaz demonio, que a mis espaldas me aturdía los oídos con su risa sarcástica. Y todos los secretos se me iban revelando, y las pasiones más ocultas surgían del corazón y se presentaban a mis ojos; y duelos, y engaños, tenebrosos designios, ruines aspiraciones maldad, odio, venganza, mezquindad y vileza, perdieron sus caretas.

—¡Oh!, ¡cuánto sé, Dios mío, que no querría saber! —murmuré arrepentido de mi punible indiscreción—. ¿Cómo haré para olvidar mañana ese cúmulo de miserias que de hoy en adelante veré estampadas sobre todas las frentes? Si pudiera arrancarme la memoria, lo haría en obsequio tuyo, mezquina humanidad, para quien todo sentimiento generoso está vedado.

—¡Prevente! —exclamó de improviso mi ángel malo, interrumpiendo con su eterna ironía las desgarradoras reflexiones que cruzaban por mi mente—. Se acerca el fin de la revista que pasas a esa tropa de comediantes a quienes llamas tus hermanos: ¡prepárate a ver lo que más has deseado!

A semejante anuncio, el aire me faltó, y agotado el espíritu por la horrible gimnástica a que se hallaba sometido, sentía desfallecer mi ánimo, cuando una dulce melodía, mensajera de gratos y queridos recuerdos acarició mis oídos, devolviendo a mi alma la perdida energía. Mis ojos, deslumbrados, tornaron a mirar; y a la desierta abertura por donde, como al través del cristal de un lente prodigioso, había descubierto tantos secretos íntimos, vi aparecer entonces entre auroras de rosa, un palco resplandeciente, semejante a una góndola de nácar; y en él, cubierta de blancas y vaporosas gasas, una de esas criaturas privilegiadas, de angélica belleza, que más que hijas de la tierra parecen encarnaciones del cielo.

—¡¡Ella!! —exclamé fijando sobre su frente pura una mirada llena de angustia y timidez—; ¿ella también sometida al escalpelo[13] de mi diabólica penetración? ¡Jamás! ¡Jamás!

---

[13] *escalpelo:* instrumento puntiagudo y cortante que se usa en operaciones quirúrgicas, disecciones y autopsias.

—Ya la tienes delante; mírala —díjome el Tentador con voz terrible, apenas la hube reconocido.

—A ella... ¡nunca!

—¡Sí!, mírala y sabrás a qué atenerte.

—¡Imposible! Lo que de mí exigís es imposible.

—¡Obedece! —exclamó con enérgica entonación.

—¡Oh!, esta vez el amor me dará fuerzas que oponerte.

—Vana quimera. El amor desertó del corazón del hombre apenas entró en lucha conmigo.

—Te engañas. Yo lo siento.

—Oye, pues, si es que no quieres ver.

—¡Cállate! No me atormentes más.

—¿Y el deseo vehemente que abrigabas?

—Ya no lo tengo.

—¿Y la duda que torturaba tu alma?

—¡Ah!, la prefiero ahora al desengaño.

—Pues verás, oirás y sentirás mal que te opongas.

—¡Piedad!

—¿Acaso sé yo lo que me pides?

—¡Piedad!

—¡Por el infierno!, mira —exclamó Satanás irritado; asiendo con sus crispadas manos mis cabellos, que electrizados a su contacto se erizaron al punto. ¡Mira!, ¡te lo ordeno!

Dominado por una fuerza sobrenatural, abrí los ojos, que en mi desesperación había cerrado para no presenciar la muerte de mis queridas ilusiones, y obedeciendo a aquel genio malévolo, volví a fijarlos en la inocente víctima de mi loco desvarío.

—Ahora —añadió, sacudiendo mi cabeza con ímpetu salvaje—: ¡penétrala!

No pude resistir por más que quise, y como la sonda del marino a las profundidades del océano, así atravesó mi vista la magia seductora de la exterioridad de aquella criatura tan amada, hasta penetrar su corazón.

—Gózate ahora —prosiguió Satanás riendo malignamente—, y confiesa que no eres otra cosa que un pueril visionario.

—¡Oh!, nada veo, nada de lo que tú pretendes —exclamé sorprendido sin poder contener mi alborozo.

—¡Cómo! —exclamó mi verdugo, confundido, con todo mi poder—, ¿nada descubres?

—¡Nada! ¡En vano procuro entre las sombras en que vaga mi vista, descubrir en su alma un sentimiento, una aspiración, un deseo, algo en fin que revele una dañada pasión, un sentimiento mezquino..., y nada, nada encuentro!

—¡Maldición! —rugió Satanás sacudiendo con rabia mi cabeza—. ¿Quién se opone?

—¡Espera, y lo sabrás!... —exclamé dando un grito de indecible alegría— Ya lo distingo... algo así, aéreo y brillante como las alas del ángel del amor, la defiende de tu saña infernal.

Un rugido espantoso ensordeció mis oídos, la tierra tembló bajo mis pies, y reaccionándome de súbito con extraña energía, exclamé, divisando la airada sombra del Réprobo[14] desaparecer tras las bambalinas de la escena:

—¡Infame tentador!, ¡te has engañado; el cielo la protege!

* * *

—¿Qué tienes, qué acontece? Oí que me preguntaban varios de mis amigos, que llenos de profundo asombro me vieron abandonar precipitadamente el infernal asiento.

—¡Oh!, ¡el número 111!, ¡el número 111! —exclamé horrorizado, señalándoles el asiento que dejaba.

Y loco, despavorido, con los cabellos erizados de terror y el alma profundamente acongojada, salí de aquel recinto para jamás volver.

* * *

Carísimo lector, cree de esta historia, que, como me la contaron te la cuento, lo que más pueda servir a tu provecho; y como quiera que sea, acepta este consejo: cuando vayas al teatro, si quieres conservar todas tus ilusiones, no ocupes jamás el número 111; pues según una antigua tradición de no recuerdo qué país, el diablo está abonado a dicho asiento.

---

[14] *Réprobo:* Satanás, el Diablo.

Pero como no faltará quien pregunte ¿por qué el cornudo caballero, monarca del infierno, se ha prendado tanto de sobre dicho asiento?, llana y sencillamente contestamos que sería provechoso investigarlo; mas como este asunto está erizado de bemoles[15], frisa allá en los dominios de la alta filosofía positiva[16], y donde ella principia, yo termino.

---

[15] *erizado de bemoles:* en sentido figurado, lleno de interrogantes difíciles de explicar.

[16] *filosofía positiva:* el Positivismo filosófico de Auguste Comte y John Stuart Mill, entre otros, que dominó el panorama intelectual occidental en la segunda mitad del siglo XIX.

Temístocles Avella Mendoza
*El valle del diablo o la conseja de Diego Almonte**

Si mal no recuerdo, fue en las *Elegías de varones ilustres de Indias,* por Juan de Castellanos[1], donde leí, hace algunos años, el caso que voy a referir.

---

* Temístocles Avella Mendoza (1841-1925) es un autor colombiano cuyos apellidos aparecen a veces como Abella Mendoza o Abella Martínez, quizá por haber firmado con varios seudónimos y acrónimos (A. R. B., Tito C. Lesmes, etc.). Es conocido principalmente como autor de tres novelas históricas, la más famosa de las cuales es *Los tres Pedros en la red de Inés de Hinojosa* (1864). Fue también investigador de los primeros cronistas americanos, esfuerzo que quedó reflejado en sus *Estudios biográficos de la historia de América* (1888). Fue redactor e impulsor de varios periódicos, entre ellos *El Estudio, El Martes, El Impulsor.* No hemos podido localizar la primera edición de este relato, que tampoco se cita en la extensa *Bibliografía de la literatura colombiana del siglo XIX,* de Flor María Rodríguez Arenas (Buenos Aires, Stock Cero, 2 vols., 2006). El relato apareció recogido en la antología *Narradores colombianos del siglo XIX* (Luque Muñoz, págs. 33-40), que es la versión que aquí se reproduce.

[1] *Juan de Castellanos* (1522-1607), poeta, cronista, militar y sacerdote español que murió en la actual Colombia y fue autor del largo poema histórico *Elegías de varones ilustres de Indias* (Madrid, Viuda de Alonso Gómez, 1589). El episodio al que se refiere Abella aparece en la segunda parte del libro de Castellanos: «Y el Almonte con ser hombre bastante / Le pareció luchar con un gigante, / (...) / Por bueno tuviera ya dejallo, / Porque durante la terrible lucha / Vido cómo tenía pies de gallo. / Dijo: "¡Jesús! ¡Jesús!" y en el momento, / El indiecillo se le tomó viento» (cit. Joaquín Acosta, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada,* Santa Fe de Bogotá, Presidencia de la República, 1996, cap. 8: http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/descol/comp9.htm#%C2%A0%282%29. Consultado noviembre de 2009).

Por supuesto que hay su diferencia entre aquella y esta relación: Castellanos refiere el caso en dos o tres octavas reales[2], en tanto que yo voy a hacerla en muchos renglones de neta y llanísima prosa. Queda, sin embargo, indicada la fuente, por si alguno quisiera ocurrir a ella.

No puedo precisar el año, ni el mes, ni mucho menos el día del suceso, por la sencilla razón de que el cronista tampoco lo precisa; pero conjeturo que sería de la época ya remota en que gobernaba en Santa Marta[3] García de Lerma[4], esto es, algunos años antes de que Gonzalo Jiménez de Quesada[5] emprendiese el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada[6].

Entre los aventureros de Castilla había uno llamado Diego Almonte.

Este sujeto, instigado sin duda por el mal ejemplo de sus compañeros, solía tomar las cosas ajenas contra la voluntad de su dueño. Sabido es que los conquistadores, como todos los que disponen de la fuerza, tenían una moral más o menos elástica. Robar era para ellos pura y simplemente ejercer un derecho lícito. Matar un indio era un pecado venial, del que probablemente hacían caso omiso en sus confesiones.

---

[2] *octava real:* estrofa de origen italiano incorporada a la métrica española durante el Renacimiento, de manos de Garcilaso de la Vega y Juan Boscán. Consta de ocho versos endecasílabos con tres rimas consonantes cuyos seis primeros riman alternadamente; los dos últimos constituyen un pareado final de rima distinta (ABABABCC). Durante el Siglo de Oro se la consideró la estrofa ideal y casi exclusiva para largos poemas narrativos, como es el caso aquí citado y, también, *La Araucana,* de Alonso de Ercilla (1569).

[3] *Santa Marta:* ciudad colombiana, capital del departamento de Magdalena, en la costa del Caribe. Fundada el 29 de julio 1525 por el conquistador español Rodrigo de Bastidas, es una de las primeras ciudades fundadas en Colombia por los españoles.

[4] *García de Lerma:* gobernador y capitán general de Santa Marta desde 1528, de buenas intenciones pero de carácter débil. Murió en Santa Marta en 1532.

[5] *Gonzalo Jiménez de Quesada:* conquistador español nacido en Córdoba (1495) y muerto en Bogotá (1579). Exploró y colonizó el territorio que hoy se correspondería con Colombia.

[6] *Nuevo Reino de Granada:* también conocido como virreinato de Nueva Granada, con capital en Santa Fe (Bogotá) y que incluía las actuales Venezuela, Colombia, Ecuador, y norte de Perú y Brasil.

Matar indios era una acción heroica que les abría de par en par las puertas de la gloria.

Un día Diego Almonte quiso apoderarse de una labranza ajena; pero un indiecito le cerró el paso,

—¡Hola! —exclamó el español mirando al indio, con soberano desprecio—, ¿te atreverías?...

Por toda respuesta el indio se cruzó de brazos y dio un paso adelante.

Almonte le dio un violento empellón, dispuesto a pasar por encima de un vivo o de un muerto.

Pero el indio resistió el embate y permaneció firme como un muro de piedra.

El castellano llevó la mano al cinto como para requerir la espada o la daga; pero no llevaba consigo ni daga ni espada ni aun rodela[7]. Todas sus armas ofensivas y defensivas las había dejado en el campamento.

Por su parte, el indio tampoco llevaba más armas que sus desnudos brazos.

Almonte quiso darle una bofetada con la mano derecha; pero el indio le sujetó la muñeca con la izquierda como unas tenazas de hierro.

Quiso entonces Almonte emplear la mano izquierda con el mismo fin; pero el indio se la sujetó con más facilidad que la primera.

El español intentó entonces hincar sus dientes en aquellas manos que tan fuertemente le sujetaban. ¡Inútil empeño! El indio lo suspendió en el aire como si fuera un muñeco.

De segundo en segundo aquel indio, que al principio le había parecido tan pequeño y despreciable, adquiría a sus ojos las proporciones de un gigante.

En los labios del indio se dibujó una sonrisa de marcada ironía, que no se escapó al infortunado Almonte. Esa sonrisa hirió el amor propio del castellano y desgarró su corazón como un puñal agudísimo.

Almonte confesaba interiormente la superioridad de su adversario.

---

[7] *rodela:* escudo redondo y normalmente de tamaño pequeño o mediano.

Bajó los ojos avergonzado, y vio, ¡oh sorpresa! que el indio no se apoyaba en dos pies humanos, sino en *dos patas de gallo...*

—¡Jesús! ¡Jesús! —exclamó Almonte aterrorizado.

El indio desapareció como por encanto, y Almonte cayó al suelo sin sentido.

Allí lo encontraron sus camaradas, a quienes, vuelto en sí, refirió lleno de terror lo que le había pasado.

El lugar en que pasó este suceso se llamó *Valle del Diablo*, pero alguna persona influyente y timorata le hizo cambiar este nombre por el de *Valle de San Bartolomé.*

Así se llamaba cuando Castellanos escribió sus crónicas en verso.

Enrique del Solar
*Don Lorenzo de Moraga, el emplazado**

I

Corría el año de 1641, año infausto para la capital de Chile, pues ha pasado a la historia unido al recuerdo de una horrorosa catástrofe.

* Enrique del Solar, político y escritor chileno (1844-1893) que cultivó sobre todo el género de las leyendas y anécdotas históricas. Publicó tres volúmenes titulados *Leyendas y tradiciones* (Santiago 1875, 1881, 1882) y también varias novelas que le dieron bastante popularidad en su tiempo. Fue hijo de la escritora Mercedes Marín del Solar, de quien editó su poesía. Los ejemplares de sus *Leyendas y tradiciones* soy hoy en día inencontrables. La versión de este relato, aparecido en *El Correo del Perú* en 1874, está tomada de *Tradiciones hispanoamericanas* (Núñez, 138-145).

Don Lorenzo de Moraga: Enrique del Solar parece basar su relato principalmente en el recuento del terremoto que Fray Gaspar de Villarroel (véase nota 2) dirigió al Presidente del Consejo supremo de las Indias, el 9 de junio de 1647. El terremoto ocurrió el 13 de mayo de ese año y el título completo del informe de Fray Gaspar era *Relación del terremoto que asoló la ciudad de Santiago de Chile, en los reinos el Perú, dispuesta por el Doctor Frai Gaspar de Villarroel.* El párrafo dedicado a Lorenzo de Moraga es el siguiente: «Quiero referirle a Vuestra Excelencia un extraño caso de un caballero. Don Lorenzo de Moraga fue un hombre de grande calidad, y por lo soldado nadie se le adelantó en este reino. Era con eso muy buen cristiano. Diole ocasión un mulato y azotole; y aunque le costó mucho dinero, el mulato era temeroso y tendría de noble algún retazo. Tuvo por afrentoso el suceso y murió tres días antes del terremoto. El capitán don Lorenzo les dijo al padre presentado fray Luis de Lago, mi compañero, al capitán don Luis de las Cuevas y al capitán Valentín de Cór-

Eran las nueve de la mañana del 10 de mayo y el padre fray Luis de Lapo, venerable religioso agustino, tomaba tranquilamente mate[1] sentado a la puerta de su celda.

Un rayo de sol de otoño llegaba a los pies del sacerdote que por sus años y achaques preferían su dulce calor al ambiente de su oscura celda.

Fray Luis de Lapo era todo un personaje de la sociedad colonial. Su juventud, empleada en las rudas tareas de las misiones, su ciencia de todos conocida, y sobre todo en severidad de sus costumbres, le habían conquistado un puesto envidiable entre sus hermanos del sacerdocio.

El Obispo Villaroel[2] lo amaba como amigo y le consultaba en los casos difíciles. Él había revisado la célebre obra de *Los dos cuchillos*[3], y desempeñado otras comisiones de no menos confianza que el Obispo le encomendara.

Su reputación de sabio tenía además el sello académico pues antes de tomar el hábito se había graduado de doctor en ambos derechos en la célebre Universidad de San Marcos de Lima[4],

---

doba, corregidor de Colchagua, padre de los pajes míos el mismo día del terremoto: Dícenme que Mateo (así se llamaba el mulato) me ha citado para el Tribunal de Dios; y aunque confieso y comulgo muy a menudo, hoy confesé y comulgué por si acaso es cierta mi citación. Tembló a la noche y cogiéndole en una torrecilla del capitán Andrés de Neira, viendo ya la casa caída, se arrojó por una ventana; cayó sobre él una viga y le rompió la cabeza sin que en toda esta ciudad se vea otra sangre en la pared; quizá diciéndonos cuán a su cargo tiene Dios la tutela de los pequeñitos» (véase http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/24638330090030831754491/p0000005.htm#I_145_. Consultado el 21 de febrero de 2011).

[1] *mate:* hierba amarga que se toma como infusión, muy popular en todo el Río de la Plata.

[2] *Obispo Villaroel [sic]:* Fray Gaspar de Villarroel (1587-1665), religioso agustino que fue obispo de la Arquidiócesis de Santiago de Chile (1637), de Arequipa (1651) y de la Arquidiócesis de Chacras (1660), donde falleció el 12 de octubre de 1665.

[3] *Los dos cuchillos:* se refiere al tratado escrito por el mismo Villarroel, publicado en dos volúmenes y titulado *Gobierno Eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio* (Madrid, 1656-1657). Es un estudio erudito de las relaciones entre Iglesia y Estado que incluye además una amplia información acerca de la vida y la historia de América.

[4] *Universidad de San Marcos:* tuvo su origen en la sede del Studium Generale de los dominicos y fue fundada como tal universidad por Carlos I, en 1551 con el nombre de *«Real y Pontificia Universidad de la Ciudad de los Reyes de*

que juntamente con la de México, era el emporio de la ciencia en esta parte del mundo.

Querido de todos y rodeado de una doble aureola de fe y saber, fray Luis era sin embargo modesto hasta el punto de haber renunciado tres veces el puesto de provincial de su orden.

Las aspiraciones de su vejez se cifraban en hacer el bien a sus semejantes y en procurarse libros curiosos, con cuyo comercio vivía dulcemente entretenido.

Aquella mañana se había retirado del confesionario más temprano que de costumbre para gozar del sol, y al par que saboreaba su mate jugaba con un perrillo, cuyas gracias le embelesaban, o hacía preguntas sobre la doctrina cristiana al chico indio que le servía, el cual, descalzo y en actitud humilde, aguardaba a que su amo concluyera el mate para *cebarlo*[5] otra vez.

Así entretenido permaneciera mucho tiempo, a no venir a distraerlo el portero del convento, con la noticia de que lo buscaban en la portería.

—¿Es alguna señora, mi hermano? —preguntó el fraile.

—No, mi padre.

—Si es algún pobre que viene por limosna, dígale que me aguarde un instante.

—Quien pregunta por su paternidad —respondió el lego[6]—, es el capitán don Lorenzo de Moraga, que dice le precisa hablarlo.

—Pues que pase mi amigo el capitán, y celebro la ocasión que me ahorra ir a verlo.

Entregó fray Luis el mate al sirviente que le aguardaba, y se dispuso a recibir la visita anunciada.

Lima». Llevó el nombre de *Universidad de Lima* entre 1551 y 1574, año en que su sede se traslada de lugar, adopta al evangelista San Marcos como patrón y cambia su nombre al de Real y Pontificia Universidad de San Marcos. Es considerada la más antigua de las universidades americanas.

[5] *cebarlo:* preparar o mantener el mate.

[6] *lego:* persona de una comunidad religiosa que siendo profeso no ha recibido las órdenes sagradas mayores.

II

Pocos momentos después, se presentaba a la puerta de la celda un hidalgo seco y avellanado, de expresión dura y continente marcial, envuelto en una larga capa de esclavina[7], que llevaba terciada con arrogante despejo.

—Buenos días tenga el señor capitán —dijo alegremente el fraile, tendiendo las manos al recién llegado.

—Iguales los dé Dios a su paternidad —respondió el militar.

Después de los ofrecimientos de silla y del indispensable mate, que no fue aceptado, el capitán Moraga indicó al fraile que venía a buscarlo para tratar un asunto de la mayor urgencia y gravedad.

—Pues si es así, entrad a mi celda, donde no vendrá nadie a interrumpirnos. Yo, pobre viejo, amo más el sol y la vista de estos árboles, que las frías paredes de mi habitación, porque, amigo mío, los años pasan y uno se va helando. Vamos, pues, entrad.

Hubo a la puerta su pequeña cuestión de etiqueta.

Fray Luis como dueño de casa y cortés que era, quería que entrara primero el capitán y éste pugnaba por marchar en pos del religioso.

Después de la frase sacramental de «la Iglesia por delante», que usaban nuestros abuelos, palabras a las que el padre Lapo contestó festivamente, cedió el sacerdote, flanqueando el primero el umbral de la austera celda.

III

Mucho se habla en nuestros días del lujo de los frailes de la Colonia, haciéndose gala de calumnias las órdenes religiosas que dieron a España sus mejores escritores, y a la Iglesia los obispos más esclarecidos.

---

[7] *capa de esclavina:* capa corta que se superpone a otra prenda de abrigo a modo de refuerzo o adorno en la zona del cuello y los hombros.

La celda del padre Lapo no respiraba sino humildad y pobreza.

Su escaso mobiliario se componía de una pobre cama, cuatro sillas de vaqueta tachonadas con clavos de cobre dorados y una mesa de pino, sobre la que se veían libros y papeles y un crucifijo de una vara de alto.

El pavimento no tenía estera sino hasta la mitad, y debajo de la mesa se extendía un pellejo de cordero, sobre el cual posaba sus plantas el anciano monje.

Excusado es decir que las paredes no estaban empapeladas y de ellas pendían dos retablos de mal gusto, representando el uno la huida a Egipto de la Sacra Familia, y el otro la conversión de san Agustín.

Tales eran las riquezas de un fraile de campanilla, cuya cómoda existencia fingen envidiar hoy los que afectan por ellos un desprecio tan injusto como ingrato.

IV

—Ahora que estamos solos, amigo mío —dijo fray Luis, trancando la puerta con un garrote de algarrobo[8]—, podéis hablar con entera confianza. Ante todo, ¿a quién buscáis? ¿al amigo o al confesor?

—Ambos me son necesarios en este momento —dijo el capitán—, y a ambos recurro, porque me hallo en una situación tan desesperada que no se vio nunca ningún hombre.

—Pues entonces los dos os escuchan.

—Salvadme, padre mío, salvadme —prorrumpió el hidalgo—. Acabo de cometer un asesinato horrible; aunque los hombres, bien lo sé, me perdonarán, siento sobre mí, el peso de la justicia divina.

Aterrado fray Luis hizo un movimiento repulsivo; pero, vuelto sobre sí mismo, miró con caritativa compasión al miserable que se arrastraba a sus pies.

---

[8] *algarrobo:* en América hay varios árboles con ese nombre, como el curbaril o el cenízaro.

—Horrible es vuestro crimen —le dijo—, pero no es de aquellos que el Señor no perdona. Alentaos, capitán y referidme el suceso.

Arrodillóse Moraga a los pies del fraile, y con voz ronca, comenzó su confesión de esta manera:

—Una pasión terrible, padre mío, me ha traído a este extremo. Los celos y despecho de un amor desdeñado me han convertido en asesino.

»Yo no era malo hasta el momento en que concebí un amor infernal por una de mis esclavas. Pertenecía ésta a la casta de indios que nosotros desdeñamos tanto, pero que lleva en el alma el odio contra nuestra raza y el sentimiento de una dignidad altiva que nada alcanza a doblegar.

»María, que así se llamaba, opuso una resistencia inesperada a mis deseos, y lo que al principio era para mí un vano capricho se trocó al poco tiempo en delirio y desesperación.

»Halagos, amenazas, todo cuanto pude poner en juego, no bastaron a vencerla. Mis días eran atroces, de mis noches huía el sueño y estaba tal que me desconocía a mí mismo.

»Pasaron algunos meses, y al fin me persuadí de que sólo la vencería haciéndola mi esposa.

»Pero ¿qué se hubiera dicho de mí? ¿Cómo había de degradarme hasta tal punto, exponiéndome a las burlas de mis amigos y al desprecio de una sociedad orgullosa en la que el más pobre de los hidalgos cree tener sangre real en sus venas? No, me dije, la hija de esa raza humillada no puede subir al tálamo de un caballero, y mi necio orgullo me perdió.»

—¡Miseria y vanidad! —interrumpió el fraile.

—Sí, tenéis razón, padre mío. Yo debí vencer mis preocupaciones y no tuve fuerzas para ello.

»María, siempre impasible a mis ansias, no me concedía ni la más ligera esperanza. Yo la perseguía por todas partes, pero en vano.

»Un día me dije: es preciso que esta mujer ame a otro para que se resista a mis ruegos de esta manera. Indagué entre mis esclavos y sirvientes y vi por desgracia que no me engañaba. María amaba a un africano que me servía.

»Saberlo y tomar mi resolución fue uno.

»Anoche di licencia a mis sirvientes para asistir a una función religiosa que se celebraba en San Francisco. Sólo quedaron en casa María y una vieja que era sabedora de mi plan.

»Esta noche me dará la fuerza lo que me niega la libertad, pensé; y al ver sola y abandonada a la que tanto codiciaba, quise poner en planta mi plan.

»Omitiré detalles, básteos saber, padre mío, que no logré mis intentos por haberse opuesto el esclavo amante de María, que, temeroso de lo que iba a suceder se había quedado oculto en la cocina de la casa.

»Fracasó mi plan, y al verme así burlado fue tal mi furor que me arrojé sobre el negro que apenas me opuso una ligera resistencia.

»Iba a castigarlo por mi mano, cuando los golpes que sonaban a la puerta me advirtieron que la demás servidumbre volvía del templo.

»Una idea satánica cruzó por mi mente.

»Conociendo demasiado el carácter del esclavo, me persuadí que un castigo de mi mano no sería penoso para él, como el verse afrentado ante sus compañeros.

»Mis esclavos y criadas volvían. Era preciso que ellos viesen su humillación, y al sentirlos cerca ordené a mi mayordomo que atara a aquel infeliz y lo azotara en presencia de todos.

»No se hizo esperar el cumplimiento de mi bárbaro mandato.

»El esclavo desnudo de su traje sufrió su castigo sin lanzar un ¡ay! Sólo de cuando en cuando fijaba en mí los ojos como una amenaza aterradora. A mis plantas la bella María imploraba piedad, pero sus ruegos no lograron conmoverme en aquellos instantes de vértigo.

»El esclavo casi expiraba a la fuerza de su dolor y yo mandé parar al verdugo con la intención de renovar el suplicio.

»Aquello era poco, quería proseguir mi venganza y podía faltarme la víctima».

—¿Y no recordasteis un instante —interrumpió fray Luis— que aquel ser era un semejante vuestro, de cuya vida debíais dar cuenta a Dios? ¿No pensasteis que la sangre de la inocencia grita venganza a los cielos contra los que la vierten? ¿No teméis, desgraciado, la justicia divina?

El acento del fraile era severo como los juicios eternos. Moraga, aterrado, prosiguió:

—Nada vi ni pensé, padre mío, estaba ciego y sediento de venganza.

—¡Desgraciado!

—Pero falta aún lo más terrible; el esclavo quedó atado al sitio de la ejecución, todos se habían retirado y yo solo permanecía allí.

»Yo que nunca he temblado, temblé entonces y el remordimiento comenzó a hacer su oficio.

»El negro se agitaba en las ansias de su agonía. No lo mataba mi verdugo, lo mataba la afrenta que le había inferido delante de la que amaba.

»Su mirada fija me tenía aterrado y comprendí que a estar ese hombre libre de sus ligaduras infaliblemente me mataba.

»El infeliz, sin embargo, estaba muriendo. ¡Ay! padre mío, todavía escucho sus palabras:

»—Don Lorenzo de Moraga —me dijo con ronco acento—, tiembla ante la justicia de Dios. Redimido como tú por la sangre de Cristo, soy yo un hermano tuyo y tienes que responder de mi muerte. Malvado —prosiguió con desesperado esfuerzo—, cuenta bien las horas, porque al cumplirse los tres días darás cuenta de mi sangre en el tribunal del Dios de las venganzas.

—Sí —dijo el fraile—, hay un Dios en el cielo que tiene a su cargo la tutela de estos pequeñines; que no nos lo dijo en vano el Redentor que los ángeles custodios están viendo la cara de su Padre. Bien hacéis en temer, porque vuestro crimen es grande. Pero proseguid, hermano mío.

—¡Perdón, Dios mío! —exclamó el penitente y, anudando la narración que había interrumpido las palabras de fray Luis, continuó de esta manera—: No sé lo que pasaba por mí en aquel instante. El negro había expirado y yo era su asesino. No temía la justicia de los hombres que podía fácilmente evadir, lo que me era horrible era el emplazamiento, cuyas palabras todavía escucho...

»Ahora, padre mío, decidme ¿será verdad la predicción del esclavo? ¿Deberé comparecer ante Dios en el término fijado? ¿Me perdonará por fin el Señor?

—Los juicios del eterno son un abismo impenetrable para los míseros mortales; pero es un crimen, hijo mío, dudar de la bondad de Dios. Dios es justicia y clemencia y manda igualmente su sol sobre los malos y los buenos; pero ¡ay del que insulta al caído, y se acerca al altar con las manos manchadas en sangre inocente!

»¡Malamente obrasteis y quieran los cielos suspender vuestro castigo! Inmenso es, sin embargo, el poder del arrepentimiento; hijo mío, humillaos, orad incesantemente a fin de aplacar al cielo ofendido.

»Si al fin se ha de realizar la predicción del negro, es cosa que no sabré deciros; pero de todas maneras os está bien obrar como si indefectiblemente hubieseis de comparecer a dar cuenta de vuestro crimen en el término que os han fijado. Permaneced estos días en riguroso ayuno, cubrid vuestras carnes de cilicios[9], orad y esperad».

La confesión había terminado y fray Luis apenas se daba cuenta de lo que acababa de oír.

Despidió a Moraga, dándole antes saludables consejos, y una vez solo, dirigiose a la iglesia y se postró a orar ante el altar del Señor de la Agonía.

V

Dejemos al fraile en oración delante de aquella imagen, cuyo culto han consagrado los años; y sigamos a Moraga que, acongojado y trémulo, se dirigió a su casa a cumplir las instrucciones que del agustino había recibido.

Anonadado por la maldición del esclavo, su pensamiento se asemejaba en un todo al del triste reo que va caminando a la horca.

Se sentía perdonado de Dios con la bendición del sacerdote; pero el horroroso castigo que aguardaba para una época

---

[9] *cilicios:* vestiduras ásperas que se utilizaban como instrumento de penitencia.

tan próxima le causaba tal temor, que los que lo hallaban al paso se espantaban de su aspecto.

Por su parte, Moraga estaba en una situación tal, que hubiera confesado a gritos su crimen, con tal de desviar de su cabeza la justicia divina.

Así es como lo encontraron al atravesar la calle del Rey (hoy del Estado) sus grandes amigos el capitán don Luis de las Cuevas y el corregidor de Colchagua don Valentín de Córdoba, y le preguntaron por el estado de su salud; él no tuvo dificultad de revelarles lo que le pasaba.

Los buenos hidalgos, no hallando palabras con que confortar a su amigo, lo acompañaron silenciosos hasta su casa, donde lo dejaron abandonado a sus temores, sin aceptar o persuadirse de si aquel hombre deliraba o estaba en su cabal juicio.

Estos caballeros testificaron la verdad de tan notable suceso que el obispo Villaroel consiguió más tarde en su célebre relación del terremoto de mayo.

VI

¿A qué cansar al lector con referirle las austeridades a que se entregó Moraga en el secreto de su habitación?

Basta para él que lo introduzcamos a su retiro, que no era otro que el cuarto donde fue inmolado el esclavo emplazador.

Van corridos tres días desde que el infortunado capitán oyó su sentencia. Las sombras de la noche han huido de la tierra, y el cielo iluminado por la luna resplandece con dulce serenidad.

Todo es hermoso en rededor y la naturaleza, aún no desnuda del todo de sus galas, se muestra llena de indefinible encanto a los hijos de la sencilla Santiago, que al toque de la queda y después de la cena patriarcal y el infaltable rosario, habían buscado el sueño para reparar las fatigas del día.

Casi todos dormían en la ciudad; el silencio, que reinaba en sus calles, parecía indicarlo así por lo menos.

Sólo Moraga vela. El señor duro y cruel que tres días antes se entregaba a rabiosas venganzas sobre un indefenso esclavo, envidia en aquellos instantes la suerte de su víctima.

Nadie ha lavado ni en las paredes ni en el enladrillado pavimento la sangre del infeliz esclavo que, con sus negras manchas, parece todavía clamar justicia contra el que la vertió.

Los días que Moraga ha pasado allí han sido eternos como el dolor del precito[10], amargos como los remordimientos que lo desgarran. Se ha visto a solas con su conciencia y este testigo inflexible le presenta a cada instante el espectáculo de su crimen.

Una fuerza superior lo tiene enclavado a esa estancia donde los cielos, que vieron la ferocidad del verdugo, escucharon también los lamentos que la víctima exhaló en la desesperación de la hora suprema.

Quien viera allí a Moraga cubierto el cuerpo con un cilicio de cerdas y desgarradas sus espaldas con la disciplina[11] del penitente, no le habría de ningún modo reconocido.

Habían desaparecido el caballero arrogante y el brioso lidiador de las campañas de Arauco[12]: lo que de él quedaba no era ni una sombra.

No penden de las paredes las lujosas espadas de Toledo ni el casco ni la cota[13] del guerrero que fue; el polvo las afea: pronto el orín las consumirá.

¿Y de qué podrán servir los arreos militares al que no se cuenta ya entre los vivos? ¿De qué la espada al que no puede defender su vida contra una potencia superior e invisible?

De la pasada grandeza no quedan otras prendas en aquel cuarto desolado que un reloj pendiente del muro, cuyo ruido aterra a su dueño, y un alto crucifijo de bronce puesto sobre una mesa, entre dos cirios, cuya luz amortiguada y vacilante proyecta siniestros resplandores en las paredes y en el pavimento.

---

10 *precito:* persona condenada en las penas del infierno.

11 *disciplina:* pequeño flagelo que se utiliza en ejercicios de penitencia.

12 *campañas de Arauco:* se refiere a la Guerra de Arauco (1550-1656), un prolongado conflicto que enfrentó a los hispano-criollos de la Capitanía de Chile contra el pueblo mapuche o araucano y algunos aborígenes aliados de éstos. Alonso de Ercilla lo poetizó en su *Araucana* (1569-1589).

13 *cota:* armadura defensiva que cubría el cuerpo del guerrero.

Los labios del emplazado se abren para orar; el viento oyó acaso algunos versículos del miserere[14], entrecortados por suspiros que se precipitan unos tras otros... Después vuelve el silencio, la plegaria y tras ésta los gemidos.

Ardiente calentura lo devora; sus ideas se extravían, y en el delirio de la fiebre acaricia por instantes sueños de gloria y placer, que pasan a su vista veloces como un rayo corta el cielo ennegrecido por la tormenta.

Aquel hombre moría en la plenitud de la vida: se veía sorprendido en la mitad de su carrera por el fallo de la Providencia justiciera y se desprendía de la vida con terrible violencia.

Pero si acaso pasaron por su cerebro las ilusiones del placer mundano, pronto se convenció de que no era tiempo de entregarse a ellas.

Hojas secas que arrebata la brisa otoñal, las había visto desaparecer.

En el porvenir no le quedaba qué aguardar, sino el juicio de Dios. La única esperanza a que se asía era la misericordia del Eterno Juez.

Su delito había sido terrible y la sentencia de muerte fulminada por el esclavo no podía ser más justa.

Él así lo sentía y por eso más con gemidos del alma que con palabras imploraba la clemencia de Dios.

VII

Iban a sonar las diez y media de la noche, hora en que el esclavo expirara tres días antes.

Iba, pues, a cumplirse el plazo fatal. Un terrible temblor sobrecogió al amo culpable.

Parecíale oír una voz de la eternidad que lo llamaba, y asiéndose a la última esperanza, corrió a abrazarse del crucifijo.

---

[14] *Miserere:* palabra inicial de uno de los salmos penitenciales del Antiguo Testamento. Por extensión se aplica a otras oraciones penitenciales.

Quiere andar, pero su pie vacilaba: sin embargo, guiado por la desesperación, llega a la imagen sagrada y desploma la frente sobre su peana[15], estrechándose frenético al pie de la cruz.

Bien necesitaba el infeliz de tan poderoso auxilio. Un ruido subterráneo, que llegaba a sus oídos, lo aterró de tal manera, que no vio oscilar la estancia y abrirse a su alrededor la tierra en muchas y profundas grietas.

El instinto de salvación presta a Moraga una energía suprema. Quiere huir, pero la puerta le resiste; un nuevo remezón[16] lo arroja al suelo sin sentido.

—¡Perdón! alcanzó a clamar.

Las murallas se juntaron y el emplazado quedó bajo sus ruinas.

VIII

Este terrible episodio del terremoto de mayo de 1647 consta, según hemos indicado, de la *Relación*[17] del obispo Villarroel, que fue, en aquella tremenda circunstancia, el ángel de la ciudad, el amparo de las familias y el consuelo de todos.

El venerable obispo lo refiere, apoyándose en el testimonio de personas respetabilísimas, que aún vivían cuando se escribió. Nadie entonces lo contradijo, y nosotros no nos creemos autorizados a ponerlo en duda.

---

15 *peana:* tarima o pedestal para colocar una estatua.

16 *remezón:* terremoto o sacudimiento breve de la tierra.

17 *relación:* el recuento del terremoto al que se refiere la primera nota de este relato.

Eduardo Wilde
Alma callejera[*]

No puedo dormir; mi alma se sale de mi cuerpo y se va a la calle semioscura y húmeda, donde los faroles de gas parecen jaulas aburridas, que encierran canarios moribundos ardiendo.

Mi alma va topando las paredes de trecho en trecho o cayendo en su vuelo incierto, sobre las veredas, como la sombra de un pájaro ciego.

Mi alma huida marcha escondiéndose como si tuviera un paquete de intenciones ocultas debajo del brazo[1], o como si

---

* José Eduardo Wilde (Bolivia, 1854-Bélgica, 1913), médico, político, diplomático y escritor que pasó en Argentina la mayor parte de su vida, y a quien se considera integrante de la generación del 80. Publicó tratados de medicina, un libro de viajes y una colección de ensayos y narraciones cortas titulada *Prometeo y Cía.* (Buenos Aires, Peuser, 1899). Este libro tuvo dos ediciones en ese mismo año, cada una de las cuales incluía una versión diferente de «Alma callejera», relato que aparecía junto con otros semifantásticos y con claros influjos de Edgar A. Poe. Aquí se ha preferido seguir la versión de la primera edición, por considerarla más explícitamente narrativa y fantástica. La versión de la segunda edición, más breve y lírica que la primera, es la que reproducen, entre otros, Lola López Martín y Óscar Hahn. Aquí marcamos las variantes más significativas. En ambas versiones el texto aparece datado en 1882.

[1] En la segunda edición, este párrafo y los tres siguientes omiten «Mi alma» en su inicio. Igualmente, el quinto párrafo resulta bastante diferente: «Viajera transmigrada en un capullo oscuro, se encamina pegada a los objetos, alargándose en sus huecos y saltando tangente por sus bordes».

fuera una criada mercenaria que llevara a un niño recién nacido a dejarlo clandestinamente en una puerta.

Mi alma avanza, avanza, a pesar de sus caídas y revoloteos, como una mancha que está dentro de los ojos, siguiendo en una dirección resultante, su ruta a través de las penumbras fantásticas que obstruyen la vía pública.

Mi alma viaja a favor de la noche y del silencio, su cómplice, como un capullo oscuro que va delante de los ojos y se pega cual sombra a los objetos, alargando su forma entre los huecos y saltando tangente en las aristas.

Busca un barrio, una casa, husmea las hendiduras de las puertas, se levanta, se asoma al ojo de la llave, huye como soplada por el viento, trepa por los barrotes de las ventanas, desaparece y su forma se esparce sobre la alfombra de una sala donde ha caído atravesando los vidrios entre dos varillas de persiana.

Un movimiento más y está como la proyección de un cuerpo, a inmensa distancia, sin que se vea el camino recorrido. Y luego temblando como un tul carbonizado puesto al extremo de un alambre fino, vuelve a golpearse en las paredes de la casa asediada, enfilando los ángulos, subiendo a las cornisas y elevándose sobre los muros para estampar su luto en el horizonte a través del vacío y volver fatigada del salto, a buscar pacientemente su entrada.

Como un núcleo flotante de humo negro, mi alma merodea sobre las azoteas, desciende a los patios, gira alrededor de las plantas y de repente se lanza a las habitaciones por los postigos entreabiertos.

Un ruido leve la estremece; es un suspiro que se escapa de entre las cortinas del lecho donde duerme una mujer. Mi alma se difunde sobre aquel cuerpo adorado, visita sus formas, se arrastra sobre ellas diseñadas bajo las finas telas, sigue las curvas de su busto, rodea el óvalo de su cara, enfila sus labios... la respiración la rechaza... un perfume la penetra... se aproxima de nuevo... una aspiración la absorbe y la instala dentro del seno más querido...[2].

---

[2] En la segunda edición, el final del antepenúltimo párrafo presenta una variación y los dos últimos se funden y se transforman en uno solo y distinto:

De allí no se moverá nunca; allí estará mezclada con la sangre de la mujer amada, recorriendo sus nervios y viajando de su corazón a su cabeza.

Allí vivirá siempre, alimentando su propia pasión, y yo, sin alma, me levantaré mañana para pasear mis ojos muertos sobre las indiferencias de la vida, viviendo de prestado y gestionando mi bocado de pan con mi cuerpo vacío, sin otra aspiración en la tierra que amarla y que me ame.

«... una aspiración la absorbe... y la separa del mundo para siempre. Del seno de donde se halla no se moverá nunca; y yo, sin alma, me levantaré cada mañana para pasear mis ojos muertos sobre las indiferencias de la vida y gestionar mi pan por puro instinto».

Julio Lucas Jaimes

*Donde se prueba el como el diablo es un eximio arquitecto**

I

El cuento que me propongo referiros, donosísimas lectoras de *El Álbum,* pertenece a aquellos buenos y cristianos tiempos en que el diablo andaba suelto, entretenido en jugar malas pasadas a la flaca humanidad y su autenticidad (la del cuento, no la del diablo) está certificada por cronistas de la talla de Martínez Vela[1] y el siervo de Dios fray José de

---

* Julio Lucas Jaimes (1845-1914) diplomático y periodista de origen boliviano que vivió varios años en Perú, en cuyos periódicos y revistas publicó con frecuencia y donde también colaboró con Ricardo Palma. Solía firmar con el seudónimo de «Brocha Gorda» y fue padre de Ricardo Jaimes Freyre, el conocido poeta modernista. También colaboró con *La Nación* de Buenos Aires con sus populares «Crónicas potosinas». Esta tradición se publicó por primera vez en *El Álbum* de Lima, en 1874, y luego fue recogido en su libro *La villa imperial de Potosí. Su historia anecdótica; sus leyendas y tradiciones fantásticas* (1905). Hace unos años Estuardo Núñez recogió de nuevo la versión de *El Álbum* en su edición de *Tradiciones hispanoamericanas* (Caracas, Ayacucho, 1979, págs. 59-64). Aquí seguimos la edición de 1874, aunque se incorporan algunas notas del propio autor a su edición de 1905, que identificamos en su momento. Como variante de mayor interés, la versión de 1874 va dirigida en su primera línea a las «donosísimas lectoras de *El Álbum*», apóstrofe que está ausente en la versión de 1905.

1 *Martínez Vela:* cronista de nombre incierto pues unas veces aparece como Nicolás Martínez Arranz y Vela, otras como Bartolomé Martínez Vela, y también como Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela. Las fechas que enmarcan su

Yepes[2], predicador y protector, de los indios del corregimiento y villa imperial de Potosí[3], de manera que habéis de tenerlo por cosa sucedida real y verdaderamente y creeréislo como escrito por quien murió en olor de santidad muy pronunciado.

Para más señas, era el año 1591 y entró a gobernar la villa imperial, por S.M. don Felipe II, el general don Juan Ortiz de Zárate[4], del hábito de Calatrava[5], séptimo corregidor de Potosí.

Ved si las señas son mortales y si admiten género de duda, estando además, como están, escritas en letras de molde.

Pero dejemos los preámbulos y vamos al cuento.

II

Corría el año de mil quinien... es decir, no era el año lo que corría, porque lo que corría era un torrente con ínfulas de río que al chocar en las asperezas, recodos y pedrones del cauce, producía un permanente ruido prolongado por el eco

---

biografía parecen ser 1676 y 1736. Ricardo Palma lo menciona en varias de sus tradiciones, entre ellas «Justos y pecadores». La *Historia de la Villa Imperial de Potosí* parece haber sido escrita durante un largo periodo de tiempo, de 1705 a 1735. En la versión del relato de 1905, Julio L. Jaimes sustituye su nombre por «D. Francisco López», para el que el autor da la nota siguiente: «Explicaciones al plano orográfico del Partido de Porco, levantado en 1796».

[2] *Fray José de Yepes:* en la edición de 1905 el nombre aparece como Diego de Yepes, con una nota a pie de página: «Potosino, padre español y madre cusqueña, año 1690» *(sic)*.

[3] *Potosí:* se refiere a la actual ciudad Potosí, ubicada al sur de Bolivia y capital del departamento homónimo. Durante la Colonia perteneció al virreinato del Perú y fue proverbialmente famosa por la riqueza de sus minas de plata.

[4] *Juan Ortiz de Zárate* (1521-1575) fue conquistador y colonizador español, nacido en Orduña (Vizcaya) y muerto en Asunción. Además de gobernador de Potosí fue también Adelantado del Río de la Plata.

[5] *Calatrava:* orden militar y religiosa, fundada en el Reino de Castilla en el siglo XII por el abad Raimundo de Fitero. Pertenece al grupo de las órdenes cistercienses y en la actualidad únicamente tiene carácter honorífico y nobiliario.

en la doble fila de colinas, que formaban una larga y no interrumpida cadena a sus costados.

Pero no solamente corría, sino que corre ahora mismo, y seguirá corriendo, mientras no se pare, el susodicho río llamado de Yocalla[6], a cosa de treinta millas de la antigua villa imperial y hoy republicana ciudad de Potosí, cuya universal fama, me ahorra la tarea de decir en qué punto del globo terráqueo se halla situada.

La quebrada de Yocalla es una señora quebrada, profunda, rocallosa, cenicienta, sembrada de enormes fragmentos de granito y adornada de todas las grietas y cavidades con ásperos cardos y rudas ortigas. Allí la naturaleza se mostró suegra y no madre y el viejo Eolo[7], puso para refresco de esas soledades el más crudo y sutil de sus vientos, que es como si dijéramos el tiple[8] de su elenco, de tal manera silba colándose en los huecos y meneando la maleza.

En la parte más angosta se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiva parece lanzada al espacio por la mano de los Titanes, gente fornida que diz colocaba unas sobre otras las montañas para escalar el cielo y así diera a su proyecto felice cima si el terrible Júpiter no la hiciera añicos con un rayo, en castigo de su atrevimiento.

Como que era una lisura[9] ponerse en competencia con el que tiene el poder en la mano, cuando es sabido que a la postre ha de meter a uno en un zapato, porque el que manda, manda y...

Pero ¿quién me mete a mí en esas honduras, ni qué pepinos le importan los Titanes a las donosas lectoras de *El Álbum*?

Cojo pues de nuevo el hilo de mi cuento y me vuelvo a mi puente, el cual era y es tan alto, tan gallardo, tan majestuoso y tan atrevido que no parece fabricado por humanas fuerzas, y en cuanto a su solidez, sirvan de testigo y fiador los doscien-

---

6 *Yocalla:* región perteneciente al departamento de Potosí, en Bolivia.
7 *Eolo:* el dios de los vientos de la mitología griega.
8 *tiple:* un sonido muy agudo.
9 *lisura:* un atrevimiento.

tos ochenta y tres años que forman los dos siglos y pico que van trascurridos, los cuales le han visto impasiblemente cabalgando sobre el río sin moverse jamás ni aun para las diligencias más precisas.

Y eso, que le falta en el centro mismo del arco una de aquellas enormes piedras con que está fabricado y se ve desde lejos el hueco exactamente como si fuera el de un indino diente de tres raigones[10] arrancado por el doctor Lince o por cualquier otro dentista que para el caso viene a ser lo mismo[11].

Y reclamo toda vuestra atención para este hueco, pues en él estriba todo el interés de nuestro cuento, como lo veréis probablemente si con santa resignación seguís leyendo.

III

Era el caso que en el pueblo de Yocalla, como a cosa de dos o tres tiros de arcabuz del dichoso río, había un indio; es decir, había muchos indios puesto que con uno no había de formarse pueblo; pero como no he de referiros la historia de todos, sino solamente la del héroe de mi cuento, dejo a los otros y sigo con mi susodicho indio, del cual dicen las crónicas que era el más apuesto y gallardo mozo de veinticuatro años que se paseaba por aquellos contornos.

En el mismo pueblo había un curaca[12] muy ricote y bonachón y vivía en la apacible compañía de mi señora la curaquesa su esposa, india que en mejores tiempos debió de ser un prodigio de hermosura a juzgar por lo que se trasuntaba de entre las catorce arrobas de carne que representaba su fe-

---

[10] *raigones:* raíces de muelas y dientes.

[11] *mismo:* en la versión de 1905 este párrafo termina en la palabra *raigones,* y se acompaña de la siguiente nota a pie de página: «El distinguido diplomático D. Agustín Arroyo, ministro argentino en Bolivia, me decía que dando mil vueltas al puente por causa mía, no encontró el hueco indicado. Claro está, fue llenado en la restauración que hizo del puente, el prefecto de Potosí, el año 30 del General Santa Cruz».

[12] *curaca:* en quechua se refiere a un jefe político o administrativo. Después de la Conquista se conocen también como *caciques.*

menina humanidad; y más se confirmaban esos barruntos al ver una preciosa india de dieciséis años, hija suya que diz era su retrato vivo.

Si sería linda la chica cuando era conocida por todos con el nombre de *Chasca* (Lucero) a causa de tener dos luceros por ojos, aparte de su redondo cuello, su enhiesto seno y contorneadas formas, cosas que vistas separadamente causaban mareos y en conjunto embriagaban con la dulce embriaguez del néctar.

¡Si tendría novios un semejante pimpollo! Como que se veía asediada por una legión de adoradores que pasaban la pena negra con sus desdenes a pesar de írseles todas las noches en tañer dulces flautas en los alrededores del rancho de su ingrato dueño.

Y no era porque en un cuerpecito tan remonono se encerrara un alma fría y de cántaro, sino porque ya su corazón había sido herido por los arpones del amor, rindiendo vasallaje ante otro dueño, el cual venía a ser precisamente nuestro bello indio de veinticuatro años llamado Calca, con quien trabamos conocimiento al principio de este párrafo.

Amábanse ambos como dos tórtolas y más de una vez la blanca luna había iluminado el delicioso grupo que formaban sentados sobre los rústicos poyos, enlazadas las manos, fijos de entreambos los dulces ojos cargados de ternura y anhelantes los pechos donde el corazón daba mil saltos, mientras el Amor batiendo sus alas los rodeaba de una tibia y voluptuosa atmósfera de felicidad.

Nada más natural que el que el buen curaca sacase a los chicos de cuitas y echase sobre ambos la coyunda matrimonial; pero sobre que el padre de Chasca era noble curaca, y tenía además un centenar de ovejas, doce yuntas de bueyes y algunas fanegadas[13] de terrenos cultivados, había el que el bello Calca, era pobre tributario, tan escaso de hacienda como grande de corazón, fuerte para el trabajo y diestro en

---

[13] *fanegada:* de *fanega,* medida de capacidad, normalmente asociada a la siembra y cosecha de granos y cereales. Aunque es variable, equivale más o menos a unos 55 litros.

el tañer de la zampoña[14] y en el disparar peladillas con la honda.

Con todo y alentado por el amor de la espléndida Chasca, cobró bríos el buen Calca y se fue en derechura al curaca para formular en toda regla una demanda matrimonial.

—No eres más que un excelente chico —le dijo éste—, y mi hija que es la más dulce paloma de estas comarcas no ha de pertenecer sino a quien se haga digno de merecerla; ya aumentando su hacienda o ya dándole mayor lustre y valimiento.

—Un año os pido de plazo, al cabo del cual o habré muerto y seréis libre para disponer de su suerte o habré alcanzado la doble condición que exigís a quien haya de ser dueño de tan gran tesoro.

Y desapareció del pueblo, sin que nadie supiera su paradero.

IV

Pasáronse los meses y la hermosa Chasca no cesaba de regar con sus lágrimas el mismo poyo[15] confidente de sus dichas y en él renovaba todas las noches el juramento de no pertenecer a otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asediábanla a más y mejor los pretendientes, y no era el más flojo el hijo del alcalde, mozo letrado que sabía leer, escribir y las cuentas, y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los más ricos propietarios del pueblo.

Al buen curaca le parecía una ganga el chico y a mi señora la curaquesa se le iba el alma porque entroncase con la chica; pero había una promesa de por medio y los indios son intransigentes en este punto.

Por esos mismos tiempos un español llamado José Gutiérrez de Garci Mendoza[16], había descubierto las salinas que se encuentran a algunas leguas más allá de Yocalla y que por

---

[14] *zampoña:* instrumento rústico de viento compuesto de una o varias flautas.

[15] *poyo:* banco de piedra, yeso o de otro material que ordinariamente se fabrica arrimado a las paredes, junto a las puertas o ventanas de las casas de campo.

[16] *José Gutiérrez de Garci Mendoza* fue el fundador de la actual ciudad Salinas de Garci Mendoza en el Departamento Oruro de Bolivia. Durante la Colonia fue un importante centro agricultor y ganadero.

ello se llaman, al presente salinas de Garci Mendoza, y había establecido allí un activo trabajo constituyendo en breve espacio una bien organizada población.

Jefe de los indios del trabajo era nada menos que nuestro Calca, a quien por el prestigio que habían sabido granjearle su sagacidad, su constancia en el trabajo y su valor en las ocasiones arriesgadas, habíale alcanzado del corregimiento su patrón Garci Mendoza, el bastón de curaca de Salinas.

Así, llorando Chasca, acariciando esperanza la curaquesa y reuniendo dinero Calca, esperaban todos el día en que expirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen curaca hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar una hora más, se realizara el enlace del alcaldito y la curaquilla.

V

Era una noche de truenos, oscura como un antro; no se distinguía la palma de la mano y llovía a cántaros. De vez en cuando un relámpago rasgaba las tinieblas e iluminaba con una fatídica luz la agreste quebrada de Yocalla y el trueno llenaba los aires repercutidos por los cerros cuyos peñascos parecían desgajarse con terrible estruendo.

De las colinas inmediatas se precipitaban arrastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadeable[17].

En una de sus orillas hallábase de pie un hombre. A la luz de los relámpagos se veía un semblante demudado por la más honda desesperación.

Retorcíase el infeliz y en un rapto de suprema angustia: «¡A mí, espíritu de las tinieblas, a mí Satanás, rey del infierno!», exclamó con terrible acento.

---

[17] *invadeable:* que no se puede vadear o evitar.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo parecía abrir sus horribles fauces y un trueno mayúsculo estremeció los cielos y la tierra.

El diablo acudía a la demanda y tocando en el hombro a Calca, que no era otro quien lo invocaba: «Heme aquí, le dijo, pide; pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma».

Sacando fuerzas de flaqueza: «Quiero, le dijo, que sobre este río construyas un sólido puente de manera que antes del canto del gallo en la madrugada esté concluido; si lo consigues, será tuya mi alma; en caso contrario...».

—Se sobreseerá en el asunto —añadió el diablo, que a fuerza de tratar con escribanos y jueces, les había aprendido su dialéctica, no perdiendo ocasión ni ripio para ostentar su erudición forense, y sacando un pergamino, extendió el pacto y puso su firma, invitando a poner la suya a Calca. Pero éste puso una cruz por no saber firmar, lo cual, visto por el diablo, le hizo dar un respingo dejando caer el pergamino al suelo.

Acto continuo se puso Satanás en obra. Él mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocados los cimientos; el aliento de Satán secaba las junturas de manera que no ofrecían solución de continuidad; ya se levantaba por ambos costados una parte del arco; el diablo redoblaba la tarea, mientras el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba, miraba con terror que la obra llegaba a su término.

De súbito se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma la ayuda del arcángel San Miguel[18], y las más sinceras lágrimas del arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto el puente se destacaba ya a la débil penumbra que, disipada la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día; no faltaba sino una pequeña parte del centro y el

---

[18] *arcángel San Miguel:* uno de los siete arcángeles, y está entre los tres cuyos nombres aparecen en la Biblia. En la Biblia y en el arte cristiano aparece como el defensor del pueblo de Dios contra el demonio.

diablo sudaba y resudaba trabajando por doscientos. Faltaba sólo una piedra para rematar la obra. Calca escondió la cabeza entre las manos; pero ¡cosa más singular!, el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado pues pesaba como el mundo, y es que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno.

Pugnó éste por cortar otras y otras y todas pesaban igualmente de manera que se daba a todos los diablos de despecho. Hizo una nueva tentativa y la levantó al fin, se echó a caminar con ella a cuestas; ya la empujaba a su sitio, cuando se escuchó sonoro majestuoso el canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entonces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor de azufre de betún se esparció por el aire, y los primeros rayos del día, iluminaron el gallardo Puente del Diablo con la susodicha piedra de menos, exactamente como se encuentra hasta el día.

VI

Era un domingo y las campanas de la iglesia de Yocalla repicaban como si no hubiera infierno.

Las indias y los indios vestían de gala, y en toda la callejuela que conducía desde la casa del curaca al templo, había de trecho en trecho arcos de molle[19] y ramos de hinojo.

Los tamboriles y las gaitas sonaban en toda la extensión del caserío. Grandes columnas de humo denunciaban la presencia de los hornos donde se cocía el pan de la fiesta, y todas las muchachas casaderas con la *phanta* de lujo y el *acsu* plegado[20] al talle luciendo sus exuberantes contornos, llevaban ofrendas a la casa de los novios.

Verdad es que todavía no he dicho que se trataba de un casorio; pero ya lo sabéis y sigamos andando.

---

[19] *molle:* del quechua *mulli,* árbol de tamaño mediano de cuyo fruto se suele elaborar una especie de chicha.

[20] *phanta, acsu:* prendas y vestidos indígenas compuestos de una sola pieza sin cortar.

Una gran comitiva presidida por el alcalde y el curaca se puso en marcha, caminito de la iglesia. Entre muchas indiecitas de muy buenas barbas, iba la hermosa Chasca, triste, ojerosa, cabizbaja; y entre un grupo de jóvenes indios, iba no más satisfecho y contento el hijo del alcalde que sabía leer, escribir y sacar cuentas.

Ya sabemos, amabilísimas lectoras, por qué iba triste ella, pero no sabemos por qué, él iba triste, y no era sino porque nunca había conseguido ni una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba a ser su esposa. En realidad no la amaba porque era muy egoísta para abrigar tan noble sentimiento, y sólo pretendía satisfacer su vanidad; pero se le hacía muy cuesta arriba el unirse a una mujer que no hacía en su vida otra cosa que llorar por otro. De manera pues, que iba de mala data[21] y hasta hubiera querido que algún accidente diera al traste con la boda.

Llegó la comitiva a la puerta del templo en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solemnes; pero cuando ya unía las manos de los dos novios, abriose la comitiva en dos alas y dio paso a Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Un rayo caído en ese instante no produjera mayor efecto. El curaca enmudeció; mi señora la curaquesa protestó; el alcalde imitó al curaca, su hijo sintió una súbita alegría y el cura juntando las manos de Calca y de Chasca, les dio la bendición nupcial, en medio del contento de los jóvenes concurrentes que se miraban unos a otros como diciendo: «si vosotros quisierais podríamos seguir su ejemplo».

Después he sabido de buena tinta que los dos héroes de nuestro cuento, vivieron felices y contentos y que la bella Chasca le obsequió a su adorado Calca con dos chiquillos como dos rollitos de manteca.

Entretanto lo que hay de positivo y firme es el Puente del Diablo, construcción cuyo origen nadie conoce, si no es por la conseja que he tenido la honra de contaros[22].

---

[21] *de mala data:* de mal humor.

[22] *contaros:* la versión de 1905 continúa con una frase adicional: «contaros y otras aún más inverosímiles aunque poéticamente fantásticas».

Carlos Martínez Silva
*El baile de las sombras**

Hace algunas noches que, cabizbajo y distraído, seguía el camino de mi casa por una oscura y desierta calle. De repente sentí música, alcé la cabeza y vi una casa iluminada: evidentemente allí había un baile.

Como nada tiene eso de raro, me disponía a seguir; pero como descubriera que sobre la pared que quedaba al frente la casa iluminada pasaban y repasaban las sombras de los danzantes, me detuve.

En aquel momento se celebraban, pues, dos bailes: uno en la sala, otro en la calle.

En el primero había hermosas damas, apuestos caballeros, fisonomías animadas por el fuego de la pasión, trajes de crujiente seda, perfumes y blandones[1]; todo cuanto halaga los sentidos y exalta el corazón.

---

* Carlos Martínez Silva (1847-1903) fue político, diplomático, educador, periodista y escritor colombiano. Participó activamente en la política y en los conflictos bélicos de su país. Como periodista y escritor, fue un autor prolífico y también director y fundador de varias publicaciones. Los temas de sus escritos son muy variados, y van desde lo político hasta lo histórico, pasando por lo jurídico, las biografías, los tratados económicos, etc. En cuanto a «El baile de las sombras», no hemos podido localizar ninguna versión publicada en vida del autor, y aquí se reproduce la aparecida en 1932, en la recopilación de sus *Ensayos Literarios e Históricos* (vol. III, Bucaramanga, Imprenta del Departamento, págs. 19-21).

[1] *blandones:* velas grandes que normalmente se colocan sobre candeleros.

El baile de las sombras era triste en todos sentidos: se celebraba en una calle oscura y fría; los convidados estaban vestidos de negro, no se reían ni conversaban; tenían rígidas las facciones, apagada la vista.

¡Qué contraste aquél! ¡Qué fuente de serias y profundas reflexiones para el que, como yo, contemplaba fríamente desde la mitad de la calle aquellas dos danzas, que al fin no eran sino una sola!

* * *

¿Quiénes son, me decía dejándome llevar por la imaginación, estos tristes danzantes, de formas vagas, que durante un largo rato han dado vueltas y revueltas, sin hacer ruido, penetrándose los unos a los otros; y que de pronto han huido en tropel entre las sombras de la noche?

¿Serán jóvenes de aquellas de que habla Bello en *Las fantasmas*[2], arrebatadas al mundo en la primavera de la vida; entusiastas por el baile, que se estremecen en la tumba al ruido del sauce mecido por el viento? ¡Ah!, sin duda a la silenciosa morada que habitan llegaron las dulces notas de la flauta; no pudieron resistir a su atractivo, y pidieron permiso a la guardadora del cementerio para venir a participar de la loca diversión de los mundanos, que tanto las arrebató en vida.

No se atreven a entrar a la sala del baile; y hacen bien. ¿Qué irían a hacer a ese recinto, reverbero[3] de todos los placeres sensuales, aquellas pobres jóvenes que hace años purgan en las soledades de la tumba las leves faltas cometidas en vida? ¿Quién reconocería, por otra parte, envueltas en sus negros ropajes y adornada con mustios y ajados

---

[2] *Las fantasmas:* versión de un poema de Víctor Hugo llevada a cabo por Andrés Bello (1781-1865) y titulado «Las fantasmas. Imitación de una de las "Orientales" de Víctor Hugo» (1842). Bello realizó varias versiones o imitaciones de otros poemas de Hugo, como «A Olimpio» o «Moisés salvado de las aguas».

[3] *reverbero:* aquí, en sentido figurado, lugar donde brillan o se concentran todos los placeres.

azahares, a la espiritual Margarita, a la airosa Tulia, a la delicada Amelia?

Ellas si ven y conocen a sus antiguas amigas, ebrias de placer, jadeantes, sonroseadas, que olvidadas de todo, hasta de Dios, giran en revuelto torbellino, guiadas por las notas de una flauta y en brazos de almibarado mozalbete.

Ayer, en ocasión semejante, todas reunidas, las que aún viven y las muertas ya, se entregaban a hermosos proyectos y acariciaban gratas ilusiones. Todo era entonces risueño y de color de rosa: ni una nube en el horizonte, ni una angustia en el corazón, ni un triste presentimiento. Hablaban de sus esperanzas, de sus ensueños, de sus castos amores. Hoy... unas de ellas habitan la ciudad de los muertos, de donde las hemos visto salir en altas horas de la noche; las otras se han olvidado de sus amigas, siguen bailando, riendo, ¡coronándose de rosas!

¡Dios las haga felices y no permita que la reina de los sepulcros venga tan pronto a llevárselas a aumentar su Corte!

* * *

En todas las cosas hay siempre una parte que se ve y otra que no se ve, y ésta suele ser la verdadera.

En un baile, ¿la ilusión, el deslumbramiento estará dentro de la sala, y será la realidad el lúgubre cuadro que se ofreció a mi vista y que otros muchos habrán contemplado?

Unas cuantas sombras, tristes, rígidas, que dan vueltas sin concierto, ¿serán, pues, la desnuda esencia, la verdadera forma de un baile?

CUENTOS ROMÁNTICOS

POR

JUSTO SIERRA



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS | MÉXICO
23 Rue Visconti, 23. | 14, Cinco de Mayo, 14

1896

Portada de la primera edición de los *Cuentos románticos* de Justo Sierra (1896), donde se recopilaron «La fiebre amarilla» y «La sirena».

Justo Sierra
*La fiebre amarilla**

A José María Peón[1]

Registrando un cuaderno pomposamente intitulado *Álbum de viaje*, y que yacía sobre ese polvo simpático que el tiempo

---

* Justo Sierra (México, 1848-España, 1912), escritor, historiador, periodista y político, fue hijo del también escritor y novelista Justo Sierra O'Reilly. Participó activamente en la política del Porfiriato, junto al grupo llamado de los «científicos», que generalmente apoyaban las decisiones de Porfirio Díaz e intentaron aplicar las doctrinas del positivismo a las diferentes esferas de la vida mexicana. Sierra fue también uno de los principales promotores de la fundación de la Universidad Nacional de México. Como escritor, colaboró frecuentemente en las revistas, periódicos y cenáculos de su tiempo, sobre todo en *El Monitor Republicano* y *El Renacimiento*. En el primero empezaría a publicar sus «Conversaciones del domingo», artículos y narraciones que en parte pasarían luego a sus *Cuentos románticos* (París, Viuda de Bouret, 1896). «La fiebre amarilla» apareció primero en *El Monitor Republicano*, el 28 de junio de 1868, con el título de «Conversaciones del domingo, XIII» y luego se recogió «sin alteraciones sustanciales» en la primera edición de *Cuentos románticos* (Arceo, 8). Aquí se sigue la versión de 1896 (págs. 108-118).

fiebre amarilla: enfermedad que también recibe el nombre de vómito negro o plaga americana. Lo *amarillo* de la enfermedad se refiere a los signos de ictericia que afectan a algunos pacientes. Aunque actualmente existe remedio contra ella, en el pasado y especialmente en el siglo XIX fue causa de algunas epidemias realmente devastadoras.

[1] *José María Peón y Contreras* (1843-1907), médico y escritor mexicano igualmente activo en la vida literaria del México de la segunda mitad del siglo XIX. Destacó sobre todo como dramaturgo, labor en la que su mayor éxito fue *La hija del rey*, de 1876.

aglomera en una caja de papeles largo tiempo olvidados, me encontré lo que verán mis amables lectoras.

* * *

Veníamos en la diligencia de Veracruz, un joven alemán, Wilhelm S., de cabellos de oro gris, ojos azules, grandes y sin expresión, y yo. No bien habíamos encumbrado el Chiquihuite[2] cuando se desató la tormenta. El carruaje se detuvo para no exponerse a los peligros del descenso por aquellas pendientes convertidas en ríos. Asomé la cabeza por la portezuela, levantando la pesada cortinilla de cuero que el viento azotaba contra el marco; parecía de noche. Sobre nosotros la tempestad con sus mil alas negras golpeaba el espacio; sus gritos eléctricos rodaban por las cuestas hasta el mar, y el rayo, abriendo como espada fulmínea el seno de las nubes, nos mostraba las lívidas entrañas de la borrasca.

Estábamos, literalmente, en el centro de una cascada que despeñándose de las nubes rebotaba en la cumbre de la montaña y corría por las pendientes con un furor torrencial.

—Estoy sudando a mares —me decía en francés mi compañero de viaje—, y tengo un horno en el vientre.

—Duerma usted —le contesté—, así le pasará todo.

Y uniendo al consejo el ejemplo me arrebujé en mi capa y cerré los ojos.

Dos horas después la tempestad había pasado, huyendo hacia el oeste por entre la verde serranía. Eran las cinco de la tarde y el sol marchaba por el camino en que se perdían los últimos jirones de las nubes. Penetraba la luz por entre aquella vegetación exhuberante, tiñéndolo todo con una maravillosa multiplicidad de tintas que se fundían en un tono cálido de oro y esmeralda. Por oriente un tapiz infinito de verdura bajaba plegándose en todas las quiebras y dobleces

---

[2] *Chiquihuite:* el Cerro Chiquihuite, de origen volcánico y de una altura de 2.730 m, forma parte de la Sierra de Guadalupe y está localizado en el norte del Distrito Federal, en el estado de México.

de la serranía, manchado aquí y allí por el tierno y brillante verdor de los platanares, y ondulando por aquella gradería de titanes, hasta convertirse en azul por la distancia y bañar su ancho fleco de arena en la costa de Veracruz. El camino que habíamos seguido al subir la cuesta, serpeaba por entre árboles, que apenas destacaban sus copas entre la tupida cortina de las lianas, pasaba sobre altísimo puente, bajaba en curvas abiertas a una pequeña población de madera e iba, abajo, por entre espesos y bullentes matorrales a confundirse con el fragmento de vía férrea que, del pie de la montaña, lleva al puerto.

En el fondo del cuadro, allí donde se adivinaba el mar, se levantaban soberbios grupos de nubes, sobre cuyo gris azuloso se destacaban negros e inmóviles los *stratus*[3] que parecían una bandada de pájaros marinos abriendo al viento, que tardaba en soplar, sus larguísimas alas.

Dormía el alemán como una persona muy fatigada y de su pecho jadeante salían sollozos opacos; parecía presa de intenso malestar; una sospecha cruzó por mi mente: «¡Si tendrá!...».

Las ramas de un árbol cercano se introducían por una ventanilla de la diligencia que esperaba inmóvil que los torrentes disminuyeran un poco su ímpetu. Sobre una hoja amarillenta temblaba una gota de agua, lágrima postrera de la tormenta; yo peocupado por el funesto temor que me infundía el estado de mi compañero, me puse a mirar atentamente aquella perla de cristal líquido. He aquí lo que vi:

—Era la gota de agua el Golfo de México[4], bordado por la curva inmensa de sus calientes costas y entrecerrado al oriente por esos dos muelles bajos y cuajados de flores y de palmas, la Florida[5] y Yucatán[6], entre los que parece emprender

---

[3] *stratus:* stratus o estrato, del latín «extendida, ensanchada», nube caracterizada por capas horizontales con una base uniforme.

[4] *Golfo de México:* golfo contenido entre los litorales de México, Estados Unidos y las Antillas.

[5] *Florida:* La Florida o Florida es un estado en el límite sureste de los Estados Unidos. Marca el límite norte del Golfo.

[6] *Yucatán:* estado y península de México; marca el límite sur del Golfo.

el vuelo la larguísima banda de aves acuáticas de las Antillas[7], guiada por la garza real, la esplendida Cuba, la esclava servida por esclavos.

»En medio del Golfo, rodeada por amarilla corona que doraba el mar en torno, como un enorme girasol que se abriera a flor de agua, se levantaba un islote de impuro color de oro, en donde depositaban las corrientes sus algas semejantes a las bandillas con que envolvían a sus momias los egipcios. Sobre aquel peñón el Sol brilla con un tono cobrizo, la Luna pasa fugaz velada por lívidos vapores y en los días de tempestad las procelarias[8] describen un amplísimo círculo en torno suyo lanzando graznidos pavorosos. Una voz infinitamente triste, como la voz del mar, sonaba en aquella isla perdida:

»—Oye —me dijo—: El mismo año que los hijos del Sol llegaron a las islas vivía en Cuba una mujer de trece años a quien llamaban Starei (estrella). Era muy bella: negros eran sus ojos y embriagadoramente dulces como los de las aztecas; su cutis terso y dorado como el de las que se bañan en el Meschacebé[9]; celestial su voz como la del *shkok*[10] que canta sus serenatas en los zapotales[11] de Mayapán[12] y sus dos piececitos combados y finos como los de las princesas antillanas que pasan su vida mecidas en hamacas que parecen tejidas por las hadas. Cuando Starei apareció una mañana en la playa sentada sobre la concha de carey rubio de una tortuga marina, parecía una perla viva y todos la adoraron como una hija de Dios, de Dimivancaracol[13]. Mas el profeta de la tribu

---

[7] *Antillas:* archipiélago que se extiende en forma de media luna desde el sur de la Florida hasta la costa de Venezuela. Entre otras islas, incluye Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, y Haití.

[8] *procelarias:* grupo de aves marinas estrechamente emparentadas con los albatros.

[9] *Meschacebé:* uno de los nombres amerindios del río Mississippi.

[10] *shkok:* voz maya; en su cuento «La sirena», Sierra afirma que es el «ruiseñor de las selvas yucatecas».

[11] *zapotales:* terreno en donde abundan los zapotes, árbol de unos diez metros de altura.

[12] *Mayapán:* ciudad maya del período posclásico tardío ubicada en el sur del estado de Yucatán.

[13] *Dimivancaracol:* por el contexto, debe de tratarse de una divinidad de la mitología maya.

oró toda la noche junto al fuego sagrado en que ardían las hojas inebriantes del tabaco y oyó la voz divina que resonaba dentro del corazón del gran fetiche de piedra que le decía: «No la matéis, guardadla y amparadla; es la hija del Golfo y el Golfo fue su cuna; haga Dios que vuelva a ella».

»Starei cumplió trece años y los ancianos y los jóvenes, los profetas y los guerreros, los caciques y los esclavos, abandonaban pueblos, templos y hogares para correr en pos de ella por las orillas del mar. Todos estaban locos de amor, pero si alguno se acercaba a ella, el Golfo rugía sordamente y el pájaro de las tempestades cruzaba el espacio.

»Starei cantaba como el zenzontli[14] mexicano y su canto acariciaba como el terral[15] que besa las palmeras en las tardes calientes, y reía de todo abriendo su boca roja como las alas del ipiri[16] y su seno levantaba y dejaba caer en dobles pliegues provocadores la finísima tela de algodón blanco que lo cubría. Los hombres al escucharla lloraban de rodillas y las mujeres lloraban también viendo sus casas de palma vacías y las cunas de junco inmóviles y heladas hacía mucho tiempo.

* * *

»Una noche de tempestad, la divina Starei regresó al pueblo, después de una de sus correrías por la orilla del mar en que pasaba horas enteras contemplando las olas como si esperase algo; los que la seguían decidieron hacer alto y enterrar a sus muertos: a los ancianos que habían muerto de cansancio en pos de la hija del Golfo, a los jóvenes que se habían arrancado el corazón a sus pies, a las madres que habían muerto de dolor, a las esposas que habían sucumbido desesperadas.

»Era una noche de tempestad; reinaba con furia jamás vista Hurakán[17], el dios de las Antillas. Los sacerdotes habla-

---

14 *zenzontli:* también escrito *cenzontle*, es un pájaro americano muy común en México. Tiene el plumaje pardo y blanco y es muy conocido por su canto variado y melodioso.

15 *terral:* viento terral, que procede de la tierra y se adentra en el mar.

16 *ipiri:* probablemente sea el nombre maya de un ave típica de Yucatán.

17 *Hurakán:* en la mitología maya Huracán o Hurakán fue el dios del fuego, del viento y de las tormentas.

ban de un nuevo diluvio y de la calabaza alegórica[18] en donde estaban los océanos y los monstruos del agua y que se había roto un día e inundado la Tierra y se encaramaban azorados a la cima de sus cúes[19] y se refugiaban en la sombra de sus dioses de piedra, que temblaban sobre sus bases. Los habitantes de la isla, transidos de pavor, olvidaron a Starei. Toda la noche pasó en oración y en sacrificios; mas al despuntar la aurora corrieron delirantes adonde el canto de la virgen los llamaba.

»Starei estaba en la playa sentada sobre un tronco de palma de los millares que el viento había arrancado y regado por la arena; sobre sus rodillas descansaba la cabeza de un hombre blanco que parecía un cadáver. La hermosura de aquel rostro era dulce y varonil a la vez y la barba apenas naciente indicaba la corta edad del joven que Starei devoraba con los ojos arrasados en lágrimas.

»—Quien lo salve —exclamaba—, será mi compañero, será el esposo de toda mi vida.

»—Está muerto —dijo con voz profunda un viejo sacerdote.

»—Está vivo —gritó un hombre abriéndose paso entre la multitud.

»Los indios se apartaron sobresaltados; jamás habían visto tan extraño personaje entre ellos. Era alto y fuerte; sus cabellos del color del vellón del maíz, se levantaban rígidos sobre su frente ancha y broncínea y dividiéndose en dos porciones, caían espesos y lacios en derredor de su cuello atlético; sus cejas eran dos delgadas líneas rojas que se juntaban en el arranque de su nariz aguileña; su boca, del color violáceo del palo de Campeche[20], levantaba hacia arriba los extremos de su arco sensual e irónico. El óvalo de su rostro, no deformado ni por el vello más sutil, no llamaba tanto la atención

---

[18] *calabaza alegórica:* existen varias tradiciones orales entre los aborígenes americanos que explican el origen de un diluvio a partir de la rotura o estallido de una calabaza (véase Enrique Margery Peña, *El mito del diluvio en la tradición oral indoamericana,* San José, Abya-Yala, 1997, págs. 52 y ss.)

[19] *cúes:* templos prehispánicos; es una voz maya.

[20] *palo de Campeche:* también llamado «palo negro», es un árbol tropical de unos 15 m de altura.

como sus ojos de color de dos monedas de oro finísimo, engastadas en sendos círculos negros. Estaba desnudo y espléndidamente tatuado con dibujos rojos; de la argolla de oro que rodeaba su cintura pendía una tela bordada maravillosamente de plumas de *huitzili*, el colibrí de Anáhuac[21].

»Aquel hombre, que algunos creían venido de Haití, se acercó al que en apariencia era un cadáver, sin hacer caso de la mirada profunda y preñada de cólera de Starei. Puso una mano en aquella frente glacial y al llevar la otra al corazón del blanco, la retiró con un movimiento brusco como si hubiese tocado una brasa; desgarró rápidamente la camisa tosca de lino, empapado aún, que cubría el pecho del joven y se apoderó de un objeto que llevaba pendiente del cuello; Starei se lo arrebató. ¿Era un talismán? Cuando aquel hombre singular ya no tuvo bajo su mano aquello que le era, sin duda, un obstáculo, la colocó sobre el corazón sin latidos del náufrago y dijo a la niña: «Bésale la boca», y apenas había sido obedecido aquel mandato cuando el presunto muerto se incorporó y tomando el pedazo de madera que Starei conservaba en la mano, se arrodilló pegando a él sus labios y bañándole con sus lágrimas. Era una cruz.

»—Adiós, Starei —dijo el de los ojos de oro—; allí está entre los cocoteros la cabaña de Zekom (quiere decir *fiebre* este nombre); allí está nuestro lecho nupcial; te aguardo, porque lo has prometido.

»Y se alejó y se perdió entre las palmas.

»La hija del Golfo no pudo reprimir un grito de rabia al escuchar las palabras del hijo del Calor; se acercó al cristiano, rodeóle el cuello con los brazos y le cubrió de besos la boca y los ojos.

»—No, no, dejadme por favor, ¡oh! adoradora de Luzbel[22] —clamaba el joven pugnando por desasirse de la hermosa.

»Starei lo tomó de la mano, lo condujo a su cabaña y le dijo con expresiva pantomima:

»—Aquí viviremos los dos.

---

[21] *Anáhuac:* es el nombre náhuatl para el Valle de México.

[22] *Luzbel:* otro nombre del Diablo.

»Entonces su compañero respondió en el idioma de los de Haití, que en Cuba era perfectamente comprendido:

»—No puedo ser tu esposo; seré tu hermano.

»—¿Por qué no? ¿Quién eres?

»—Soy de muy lejos, de mucho más allá del mar, vengo de Castilla. Otros muchos y yo llegamos hace algunos meses a Haití y sabiendo que esta región de tu isla no había sido visitada por cristianos, quisimos descubrirla y naufragamos en la espantosa tormenta de anoche y ya iba yo a parecer al arribar a la playa, cuando me asió tu mano entre las olas y me salvaste.

»—¿Y por qué no quieres ser mi esposo?

»—Porque soy sacerdote y mi Dios, que es el único Dios, ordena a sus sacerdotes que no se casen; nos ordena predicar el amor y vengo a predicarlo aquí, pero no el amor del mundo —añadió suspirando el español.

»—Eso no puede ser, eso no es cierto —repuso con ímpetu la isleña—; quédate conmigo en la cabaña y seremos los reyes de la isla y nuestros hijos serán los dueños de todos.

»—Seré tu hermano —respondió el misionero.

»Y la india enamorada se alejó llorando. En la mitad de su camino se encontró a Zekom, que fijaba sobre ella su terrible mirada amarilla.

»—¿Vienes a mi cabaña, Starei? —la preguntó.

»—¡Jamás! —contestó ella, altanera y bravía.

»—Seremos los reyes de todas las islas y de los mares y nuestros hijos serán dioses sobre la Tierra, porque hijos de dioses somos; a ti te engendró el Golfo en una concha perlera; a mí el Trópico ardiente en un arrecife de oro y coral.

»Starei detuvo el paso; estaba en la cima de una roca desde donde se dominaba la costa:

»—Mira —prosiguió Zekom—, así será nuestro reino.

»Y ante los ojos fascinados de la hija del Golfo, se presentó un panorama sorprendente. En medio de una llanura de esmeralda levantaba un *cu* o teocali[23] su altísima pirámide de oro, que reflejaba su luz en torno hasta el lejano horizonte.

---

[23] *teocali:* templo prehispánico; es una voz náhuatl.

En derredor de aquella llanura fulgurante estaban posternados numerables pueblos con el miedo retratado en la frente. Genios revestidos de maravillosos ropajes disparaban sobre aquellas naciones infinitas flechas de llama, cuyo contacto daba la muerte. Y en la cima del *cu,* como sobre un pedestal espléndido estaba ella de pie, más bella que el Sol de primavera. La hija del Golfo permaneció largo rato extática y muda.

»—Anda, Starei —murmuró Zekom en su oído— mañana te espero en mi cabaña.

»Starei se fue pensando, soñando. Al despuntar el nuevo día vio al español oculto en el bosque, arrodillado y con los ojos fijos en el cielo; al verlo sintió la india renacer toda su pasión; arrojóse sobre él de nuevo y, aprisionándolo entre sus brazos, repetía:

»—Ámame, ámame, hombre de la tierra fría. Adoraré a tu Dios, que no puede maldecirnos porque cumplimos con su ley, porque es la ley de la vida. Ven a mi cabaña nupcial, seré tu esclava, oraremos juntos y seré humilde y cobarde como tú; pero ámame como yo te amo.

»—Seré tu hermano —respondió pálido de emoción el misionero.

»—Maldito seas —dijo Starei y huyó.

»El sacerdote hizo un movimiento para seguirla, pero se contuvo lanzando al cielo una mirada sublime de resignación y de dolor.

»Toda la noche, tornó a rugir el Golfo de una manera espantosa. Al rayar el día Zekom y Starei salieron de la cabaña nupcial, pero al recibir la niña el primer rayo del Sol en sus lánguidos ojos, perdieron su negrura luminosa como la de la noche y se tornaron amarillos, del color de oro que tenían los ojos de su amante. Éste arrojó una piedra al mar y en el acto apareció en el occidente una piragua negra, que se acercó a la orilla impulsada por el Hurakán que inflaba sus velas color de sangre.

»—Ven a ser reina —dijo Zekom a la hija del Golfo; y entraron en la lancha que instantáneamente ganó el horizonte.

»Entonces el misionero apareció en la playa gritando:

»—Ven, Starei, hermana mía, ven, yo te amo.

»La silueta del bajel[24], como un ala negra, se perdió en la línea imperceptible en que el mar se une al cielo. Starei se había desposado con el Diablo».

* * *

Y la voz que resonaba triste y melancólica en la roca, continuó:

—Éste es el centro de imperio de Starei, desde aquí irradia su eterna venganza contra los blancos. Murió el misionero, poco tiempo después, de una enfermedad extraña y su helado cadáver se puso horriblemente amarillo como si sobre él se reflejaran los ojos de oro impuro de Zekom. Desde entonces todos los años Starei lo llora, sin consuelo, y sus lágrimas evaporadas por el calor del trópico se evaporan y envenenan la atmósfera del Golfo, y ¡ay de los hijos de las tierras frías!

* * *

La gota de agua rodó al suelo; la diligencia se puso en camino y yo volví la vista a mi amigo. Estaba inconocible; una lividez amarillenta había invadido su piel y sus ojos parecían saltar de sus órbitas.

—Me muero, me muero, madre mía —decía el pobre muchacho.

Yo no sabía qué hacer; lo estrechaba en mis brazos procurando debilitar sus sufrimientos dándole ánimo. Llegamos a Córdoba[25]. El pobre febricitante decía:

—Miradla, la amarilla...

—¿Quién —le pregunté—, es Starei?

—Sí, ella es —me contestó.

Preciso me fue abandonarlo. Al llegar a México leí este párrafo en un periódico de Veracruz:

«El joven alemán Wilthelm S. de la casa Watermayer y Cía., que salió de esta ciudad bueno en apariencia, ha muerto en Córdoba de la fiebre amarilla. R. I. P.».

---

24 *bajel:* barco.

25 *Córdoba:* ciudad del estado de Veracruz.

Justo Sierra
*La sirena**

A Enrique Mac-Gregor

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse a Campeche[1], la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas tendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rocas ni costas escarpadas; el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa que parece no presentarle más obstáculo que la movible y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras o puesto de súbito en movimiento por nubes regia-

---

* La primera edición conocida es la de *El Renacimiento* (I, 33, 1869, págs. 475-477), donde llevaba el subtítulo de «Recuerdos del mar». Sierra la recogió luego en *Cuentos románticos,* su libro de 1896. Aquí se reproduce la edición de 1896.

No ha sido posible identificar a Enrique Mác-Gregor, el destinatario del cuento, aunque ese apellido es también el de otras personas que años después aparecen relacionadas con la reforma universitaria impulsada por Justo Sierra. En algunos lugares aparece también como el nombre de un abogado de la ciudad de México, en el siglo XIX.

1 *Campeche:* la capital del estado mexicano del mismo nombre. Era también la ciudad natal de Justo Sierra. El estado de Campeche se encuentra ubicado al oeste de la península de Yucatán y formando frontera con Belice y Guatemala. Su costa da al Golfo de México.

mente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caseríos de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea a la ciudad y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al alba en derredor de sus nidos formados en los pérfidos bancos que las olas dejan más bien adivinar que ver, imprimen a aquel cuadro algo de perpetuamente risueño y puro que encanta y serena las almas.

Mas cuando la rada[2] de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma un aspecto mágico en verdad, rico de colorido y de vida, es el nebuloso día de San Juan, en la época del solsticio de Estío, la gran fiesta de las aguas[3]. En tal día los habitantes de la ciudad corren a la playa, corónanse de gente murallas y miradores, y la muchedumbre desborda por el muelle; todos tratan de mirar y deleitarse con el «voltejeo», la alegre fiesta del mar.

Al misterioso murmurio de las olas se mezcla el sonido ronco y triste del caracol, el clarín del océano, que resuena por doquiera que una barquilla se desliza. El mar, bajo los nublos[4] del cielo y las caricias del viento de lluvia, tiene aires de rey y encrespamientos de león; bajo cada ola hinchada parece respirar y bullir algún pez gigantesco. Todo ello importa muy poco a aquellos marinos y pescadores acostumbrados a los caprichos del mar como a los de una querida y, sin cuidarse de los elementos, se embarcan en esquifes[5], diminutos a veces, y hombres, mujeres y niños surcan la rada, cantando, tremolando grímpolas[6] y banderas, gritando e im-

---

[2] *rada:* bahía o ensenada.

[3] *la gran fiesta de las aguas:* la festividad de San Juan se celebra la noche que va del 23 al 24 de junio, aunque, en realidad, la noche más corta del año, que corresponde con el solsticio de verano, es la del 21 de junio. En el México del siglo XIX su celebración estaba asociada con frecuencia a los baños en ríos, albercas, playas, etc. En el famoso cuento de Manuel Gutiérrez Nájera «La mañana de San Juan», hay un reflejo indirecto de ello.

[4] *nublo:* nube que amenaza tormenta.

[5] *esquifes:* barco pequeño que se usa para llegar a tierra.

[6] *tremolando grímpolas:* izando gallardetes o banderas.

provisando acá y allá regatas vertiginosas aplaudidas por cuatro o cinco mil espectadores.

Y, sin embargo, ni la alegría, ni el voltejeo son lo más notable de la fiesta de San Juan; hay algo mayor y mejor, misterioso e inefable, enteramente real aunque parezca imposible: al rayar el alba *canta la sirena.*

La sirena campechana es (o era, ¡ay!, ignoro si haya muerto) es, digo, conforme de toda conformidad con el tipo clásico inventado quizás por Horacio, que dice de ella:

Desinat in piscem mulier formosa superne[7].

Y es cierto; en Campeche hay testigos oculares, la sirena es mitad mujer y mitad pez. Todas estas creencias populares tienen en su raíz una leyenda, de la que es necesario desentrañar la lejana y abscóndita realidad de un hecho.

Si me seguís, lectores, he aquí la leyenda, tal como, en substancia, me la refirió uno de esos viejos marinos «que han oído a la Sirena».

* * *

Hace un siglo casi, cuando apenas firmaba en Aranjuez Carlos III los preliminares de la erección de la villa de Campeche en ciudad[8], en razón de los grandes servicios prestados a la corona por el comercio de dicha villa en las guerras contra los salvajes y, sobre todo, contra los filibusteros[9] que inundaban aquellas comarcas y, como reza el texto de la real cédula, «para poder continuar en ella un comercio cuantioso y boyante, con cerca de diez y siete mil personas de población en cuasi tres mil familias establecidas en ella, y no pocas de primer lucimiento y distinción, que aspiran a continuar

---

[7] «Una mujer bella en su parte superior, acaba en forma de pez»: verso 4 del *Ars poetica* o *Epistula ad Pisones* de Horacio, nombre con que se conoce al poeta latino Quinto Horacio Flaco (65-8 a.C.).

[8] *ciudad:* el decreto real al que se refiere el autor se firmó en 1777.

[9] *filibusteros:* piratas que se encontraban principalmente en el mar de las Antillas.

sus lealtades, imitar y aun adelantar si pueden los justos impulsos que han heredado de sus antecesores»; por ese tiempo, decíamos, vivía en el barrio esencialmente marino de la Villa, en San Román, una vieja de siniestra catadura y que, según el dicho de algunas abuelas de por allí, debía contar un siglo largo de existencia, pues cuando ellas habían entrado en el uso de la razón, referíanles sus padres que desde niños habían conocido a aquella mujer con la misma facha con que por entonces se paseaba encorvada desde su casa hasta el fortín[10] de San Fernando construido a dos tiros de fusil del barrio.

Los «sanromaneros», aunque no sentían la menor simpatía por aquella mujer doblada hasta el suelo, sin pelo, cejas, ni pestañas, cuyos ojos brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos[11], cuya boca parecía un rasguño sangriento trazado de oreja a oreja por la punta de un alfiler y sobre la cual se buscaban para darse perdurable beso las puntas de la corva nariz y, de la corvísima barba, le tenían respeto, acaso terror. ¿De dónde había venido a San Roman aquel insigne trasgo?[12]. Nadie lo sabía, más no faltaban suposiciones. Unos decían que había llegado a la península en calidad de esclava del nefasto conde de Peñalva[13] y aseguraban, muy serios, que, después del asesinato del conde por la heroica esposa del judío, los regidores que formaban la Santa Hermandad[14], ordenadora del terrible castigo del mandarín inicuo, habían hecho quemar a la esclava por bruja y hechicera, en Campeche, donde se había refugiado, y arrojar al mar sus cenizas. Mas, añadían con profunda convicción, en virtud del pacto que la *tía Ventura* (así la llamaban) tenía concertado con el diablo, sus cenizas habíanse convertido de nuevo en carne y hueso y en cierta ocasión, un día de San Juan, la tía Ventura había

---

[10] *fortín:* fortaleza pequeña.

[11] *carbunclos:* se refiere a un insecto de la América tropical. Por la noche despide una luz azulada bastante viva.

[12] *trasgo:* un espíritu con figura de anciano o de niño.

[13] *conde de Peñalva:* se refiere al Gobernador de Yucatán, García Valdés de Osorio, Conde de Peñalva, que gobernó de 1652 a 1653.

[14] *Santa Hermandad:* institución creada por los Reyes Católicos para defensa de ciudades y caminos, y persecución de bandoleros y criminales.

venido sobre las olas montada en un mango de escoba y se había establecido en el barrio de San Román.

Otros insinuaban que muy bien podía ser el alma del terrible filibustero Diego el Mulato[15], condenado desde hacía muchos años a esperar en los arrabales de Campeche el perdón que su celestial amante Conchita Montilla imploraba para él. Un sacerdote de la Compañía de Jesús que hacía años había pasado por Campeche, rumbo al colegio del Jesús de Mérida, había hablado con la bruja y de lo que le había dicho y de su acento italiano, había colegido que debía de ser una adepta de la secta italiana de los inmortalistas, fundada por el conde de Bolsena[16], que creía haber encontrado el elixir de la vida, de que sin duda la tía Ventura había gustado.

El caso es que, o por miedo a las diabólicas artimañas de la bruja o por respeto a la edad, nadie, ni los irreverentes chicuelos, ni la Inquisición, se metían con la anciana. Una cosa llamaba mucho la atención; por la noche, ya soplara tibio y perfumado el terral, ya el águila de la tempestad se meciera en las turbulentas ráfagas del «Chiquinic»[17], el mal viento de aquellas costas, la tía Ventura sentada en el umbral de su barraca en la playa, se ponía a cantar, y, quienes habían logrado percibir las tenues notas de su canto, aseguraban que era aquello como un acompañamiento angélico de los sollozos de la brisa y que la tempestad parecía callar como para oír mejor.

¡Ah, sí, la música lo suaviza todo!; es el esfumino de ese dibujo eterno que se llama la naturaleza. El mito de Orfeo[18],

---

[15] *Diego el Mulato:* en 1632 un capitán pirata de Cuba, conocido con el nombre de Diego el Mulato, atacó a Campeche con seis carabelas. Como en la población se sabía su llegada y todos los habitantes habían tomado las armas, no osó desembarcar, pero esto no impidió el que arruinase a Lerma, Champotón y Sisal, antes de alejarse de las costas de la Península.

[16] *conde de Bolsena:* no se han encontrado datos sobre este personaje, ni sobre la secta de los inmortalistas.

[17] *chiquinic:* es el nombre del viento que sopla del poniente.

[18] *Orfeo:* hijo de Apolo y la musa Calíope, de quienes hereda el don de la música y la poesía. Según la mitología, su música era capaz de amansar los animales salvajes y hacer que los humanos olvidaran sus trabajos y se reunieran para oírlo.

el cantor que conmovía a todos los seres, lo animado y lo inanimado, sigue siendo y será eternamente cierto. Las cosas grandes y las pequeñas en la naturaleza, el hombre y la sensitiva, el océano y el cocuyo[19], todo cuanto se mueve, cuanto ilumina, cuanto siente, tiene un momento dulce, una sonrisa o una lágrima y ese momento es esencialmente musical. ¿Podemos imaginar siquiera todos los misterios de infinita melodía que encierran las imperceptibles trovas eólicas[20] de la brisa que agita los pistilos de un lirio? —Yo recuerdo cuán tremenda impresión resentí la primera vez que vi un cadáver; mas también recuerdo que cuando, en presencia de aquel hombre muerto, escuché una sonora estrofa musical, el cadáver me pareció irradiar no sé qué dulcísima serenidad. Lo que me había hecho estremecer, me hizo llorar; el muerto sonreía al través de la música y era inefable sonrisa la suya. Volvamos a la tía Ventura.

Las mujeres, envidiosas tal vez, explicaban el fenómeno, afirmando que la bruja tenía en una jaula un pájaro hechizado, un *shkok*, el ruiseñor de las selvas yucatecas. Los jóvenes espiaron y aun registraron la barraca de la tía y sólo encontraron, sobre la tosca pared, mal encalada, un perfil trazado con carbón; ese perfil era el de una mujer y esa mujer era divina; pero ni pájaro ni jaula había allí.

—Se lo habrá comido —decían las abuelas del barrio—, y le canta desde dentro.

—Sí —decían los hombres—, tiene la tía Ventura un ruiseñor en la garganta.

Y quedó demostrado que la tía Ventura tenía una voz de ángel.

* * *

Era la noche del 23 de junio de 1772: guardaba el fortín de San Fernando un joven alférez[21], de gallarda apostura e intrépido corazón. Después de examinar el horizonte con su cata-

---

[19] *cocuyo:* árbol de las islas del Caribe, de unos 10 m de altura.
[20] *eólicas:* del viento.
[21] *alférez:* oficial del ejército.

lejo de marina, sin descubrir nada que fuera alarmante, tiró su capa en el suelo, desciñó su espada, se tendió al aire libre, apoyando su hermosa cabeza sobre un saco de pólvora y sin poder conciliar fácilmente el sueño, por el excesivo calor, se puso a mirar la luna de hito en hito; de cuando en cuando un suspiro revelaba el estado de su corazón. En el espacio no había una sola nube; apenas brillaban algunas estrellas pálidas como grandes cuentas de cristal de roca. La luna daba al cielo un tono nacarado y convertía el mar en un inmenso baño de diamantes. Las olas jugaban con las peñas que rodeaban el baluarte y los cocoteros mecían sus grandes abanicos verdes con voluptuosa elegancia inclinándose sobre el encaje que bullía entre las algas de la playa.

El joven pensaba en su país natal, un terruño entre la montaña y el Cantábrico, con melancólica nostalgia; pero narcotizado por los besos tibios de aquella perfumada noche del trópico, se durmió al arrullo de la lánguida y monótona canción del mar.

Soñó que un genio marino le ofrecía su vara mágica para penetrar en el seno de las olas; soñó que aceptaba, que entraba en el líquido elemento y bajaba de ola en ola, como por una escalinata de esmeraldas en fusión, hasta llegar a una roca soberbia que parecía el crestón[22] de cristal de una nívea montaña. En la falda de aquel prisma enorme, hundían sus raíces transparentes extraños árboles que al compás de las olas se balanceaban sin cesar y entre cuyas hojas, que llegaban como inmensas cintas a la superficie del agua, desplegaban algunos habitantes de aquel invisible mundo sus redes de gasa irisada o cruzaban rápidos y esplendorosos algunos peces, aves de pedrería de aquella selva submarina.

La roca de cristal era una gruta misteriosa y azul por dentro. Frente a su entrada extendía la púrpura pálida de sus maravillosas flores un jardín de rosales de coral. Y más allá se bajaba por los peldaños de esmeralda que el joven conocía ya; llegó así a un salón, que dividían en naves circulares vastas columnatas de diamante formadas por las estalactitas y, en

[22] *crestón:* la parte superior de una montaña.

medio del cual, bajo una bóveda diáfana por donde se filtraba divinamente amorosa y triste la luz de la luna, había un estanque de agua en que morían las corrientes del Mississippi, del Bravo, del Pánuco y del Grijalva[23], que rompían por entre los cristales de los muros y caían en silenciosas cascadas en aquella copa inmensa del Golfo; en sus bordes crecían flores pálidas y transparentes, con los tallos cuajados de estrellas de sal y cuyos pétalos estaban salpicados de perlas, el rocío del océano.

En el centro de aquel estanque se erguía una flor extraña y solitaria, de ella brotaba un canto inoído, ideal. Parecía que en su corola anidaba un coro de invisibles ángeles, los ángeles del mar; el eco de sus cantares es el que llevan las olas a la playa en las noches serenas.

—¿Quién canta así? —murmuró el joven soñador.

—La flor —contestole el genio—; mira su sombra en el espejo del agua.

Y el alférez vio que la sombra de la flor estaba encerrada en el perfil de una mujer inefablemente bella. Si los que osaron registrar la cabaña de la tía Ventura hubieran podido ver aquella sombra, habrían recordado el trazo de carbón estampado en la pared de la barraca.

* * *

En ese instante el alférez despertó. Y su asombro fue indecible. La voz de la flor de sus sueños resonaba ahora al pie del baluarte y de ahí, pasando por su corazón, subía a los cielos por la escala de oro de una infinita melodía. Era aquélla una de esas voces que nos recuerdan los besos maternales, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras y, luego, una lánguida y sublime aspiración a la muerte.

El alférez se incorporó; puesto de codos sobre la cortina del fuerte, miró hacia abajo. Una sombra negra se movía al

---

[23] *Mississippi, Bravo, Pánuco, Grijalva:* ríos de Estados Unidos y México que desembocan en el Golfo de México.

pie de una palmera. Bajó el joven, la sombra había entrado en una barquilla y parecía esperar; estaba sola. Acercose el oficial y a la luz de la luna, ya en su ocaso, distinguió a la tía Ventura. El joven retrocedió espantado; mas el canto lo fascinó, y subió a la lancha que se columpiaba rítmicamente sobre las olas.

La sombra satánica cantaba: «El amor, el alma del mundo, tocará con el beso de sus labios y el rostro marchito de la inmortal y el ángel de la belleza tornará a encender en su frente la estrella del placer sin mañana y sin fin, y en esa estrella de inextinguible foco, los que se aman se consumirán como la mirra[24] en el perfumero. ¡Ven, oh ven!: en el amor está toda belleza; toda belleza emana del amor».

El joven apartó la vista de su compañera de viaje, porque la lancha bogaba[25], bogaba mar afuera, y la fijó en el mar. La luna rompía en la barquilla algunas varillas de su abanico de plata y sus rayos oblicuos proyectaban la sombra de los viajeros sobre el terso y sereno oleaje. Y, ¡oh prodigio!, la sombra de su compañera era la sombra de la flor del estanque de sus sueños; la sombra de una mujer bella como la primer vigilia de amor. El joven oficial acercó su sombra a la sombra que lo enloquecía para confundirse con ella.

Ambas se buscaban; las dos se acercaban, se acercaban, iban a tocarse. De repente un beso preñado de juventud y de deleite resonó en la barca y el mar lo recogió con voluptuosa avidez... El mancebo tenía en sus brazos a una mujer de los cielos; la anciana había desaparecido, quedaba en su lugar una virgen, como no la había concebido artista, ni soñado poeta de veinte años... La lancha bogaba, bogaba...

La luna había huido; el viento solsticial[26] soplaba con furia; la barquilla bogaba, bogaba... Rugió la tormenta en el cielo; el huracán estremeció la tierra, la rada entera se convirtió en una oleada sola, lenta, inconmensurable, negra.

---

[24] *mirra:* resina aromática usada en perfumería y medicina.

[25] *bogaba:* remaba, avanzaba en el agua.

[26] *solsticial:* viento en el momento del año en que se produce el cambio de estación.

—Piedad, Dios mío —exclamó la virgen del canto—. ¿Qué, no te bastan cinco siglos de sufrimiento? ¿Qué, no puedo ser amada?

—No —respondió un trueno en la altura. Y el rayo hundió en la ola ilimitada a la barquilla y a los amantes; ambos rodaron abrazados y convulsos por el abismo.

Mas ella no podía morir; reapareció en la superficie; era una divina mujer, pero bajo su vientre se traslucían las escamas de oro de su inmensa cauda de pescado. Aquella monstruosa forma canta un canto preñado de sollozos de amor; sus ojos buscan llorando en torno suyo y torna a hundirse luego.

Y cada año, en la mañana de San Juan, se escucha en la entrada de la rada un canto celestial que dice: «El amor es el alma del mundo; ven si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. ¡Ven! Toda belleza emana del amor».

—*La sirena* —dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen a toda vela.

Miguel Cané
*El canto de la Sirena**

No he conocido hombre más enérgico que Broth[1]. Era ruso, pero había venido de un año y sólo uno que otro rasgo de su fisonomía recordaba su origen.

Broth se había ligado a mí en el colegio, donde tan necesarias son esas alianzas íntimas, esas amistades estrechas que se auxilian y consuelan recíprocamente. Tenía una cabeza admirablemente organizada y era precisamente en los estudios que requieren sobrehumana penetración en los que se distinguía. Broth desesperaba a nuestro profesor de filosofía,

---

* Miguel Cané (Uruguay, 1851-Argentina, 1905) fue político, diplomático y docente, y uno de los escritores más representativos de la generación del 80. El más famoso de sus trabajos es sin duda alguna *Juvenilia* (1884) un libro de vivencias y recuerdos. También contribuyó con frecuencia en los periódicos argentinos y escribió un libro de crónicas de viaje. «El canto de la Sirena» apareció recogido en su volumen *Ensayos* (Buenos Aires, 1877) donde llevaba como fecha de redacción la de 1872. Aquí se sigue la edición de *Ensayos*.

[1] *Broth:* en *Juvenilia,* Cané evoca sus años de internado y asigna un origen biográfico a este personaje, que sería «un condiscípulo que sólo pasó un año en los claustros, extraordinariamente raro, y al que no he vuelto a ver ni oído nombrar jamás. De una imaginación dislocada, por decir así, nerviosa, estremeciéndose en una gestación incesante de sueños y utopías, vivía lejos de nuestro mundo normal, fácil, claro, infantil. En vez de ser un portento de ciencia, como pintó a Broth, estudiaba poco los textos, y por lo tanto, sabía poco... Lo que distinguía a Broth, es decir, al condiscípulo que me dio la idea primera del soñador, era su manera curiosísima de ver las cosas más triviales. Fantaseaba, como un maniático inventor combina» (cit. Lacau, 90).

distinguido francés que seguía humildemente las huellas de Cousin[2] en la escuela ecléctica. Estudiaba en Platón; era delirio lo que experimentaba por el discípulo de Sócrates. Yo era más amante de los modernos y, entre ellos, Descartes hacía mi delicia.

Un día (faltaría un mes, poco más o menos, para el examen del último año de reclusión) habíamos estudiado diez horas seguidas mecánica racional, me dolía la cabeza, las sienes me ardían y, como era avanzada la hora, el pobre cuerpo me pedía reposo y tranquilidad.

Estaba reclinado en un sillón, mientras Broth, con su eterna seriedad, su inmutable serenidad de espíritu, resolvía en la pizarra una intrincada fórmula.

—Broth, ¿quieres dejar un momento? Estoy rendido y no me haría provecho el estudio —le dije con voz lastimera.

—¿Estás cansado? Bien, acuéstate. Yo no podría dormir; voy a leer a Platón.

Me acosté y siguiendo la eterna costumbre, que no he perdido ni aun en mis noches de embriaguez profunda, tomé un libro para traer a mis ojos el fugitivo sueño. En el montón confuso y desarreglado de libros de todo género, mi mano tomó al azar uno que me habían mandado ese mismo día y que Broth y yo sólo conocíamos de nombre: eran las obras de Edgar Poe. Lo abrí, y mis ojos se detuvieron en la cita de un escritor inglés que servía de epígrafe a uno de los originalísimos cuentos del sublime visionario. Decía así: «¿Qué canción cantaban las sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres? Cuestiones difíciles en verdad, pero no más allá de toda investigación»[3].

---

[2] *Cousin:* se refiere a Victor Cousin (1792-1867), filósofo y profesor de la Universidad de París, de orientación ecléctica y espiritualista y con una influencia que en su tiempo se extendió por España y los países hispanoamericanos. Cané también lo menciona en el capítulo VII de *Juvenilia.*

[3] *«¿Qué canción... investigación»:* éste fue el epígrafe que Edgar A. Poe eligió para su relato «Los asesinatos de la Rue Morgue», y no para «El escarabajo de oro», como Cané sugiere a continuación. La cita procede del tratado de Thomas Browne (1605-1682) publicado en 1658 y titulado *Hydriotaphia, Urn Burial, or a Discourse of the Sepulchral Urns lately found in Norfolk.* La referencia de Browne a Aquiles se refiere a las versiones de la leyenda que afirman que para

—Broth, mira qué cita tan curiosa. Por lo que conozco del espíritu de Poe, me parece que es el compendio de toda su obra; el que ha elegido este epígrafe debe tener una poderosa facultad analítica, unida a una decisión inquebrantable.

Broth tomó el libro silenciosamente, leyó la cita, sonrió y volvió a su lectura.

Yo continué leyendo —era «El escarabajo de oro», si mal no recuerdo; el estilo tan enérgicamente bello y sencillo me empezaba a absorber, cuando me fijé en Broth; ya no leía; el libro permanecía abierto sobre sus rodillas y su mirada vagamente fija, revelaba un pensamiento tenaz arraigado en aquel cerebro—. Estos éxtasis eran familiares en él, y yo los respetaba siempre; ejercía la altura de su espíritu tal superioridad sobre mí que jamás tuve la idea de dirigirle una broma; respetaba hasta sus mayores extravagancias, como él perdonaba mis más pueriles debilidades.

Broth seguía profundamente ensimismado; por fin, sin variar de postura, sin mover un solo rasgo de su fisonomía, murmuró levemente estas palabras, que parecían desprenderse de su idea: «¡El canto de la Sirena!, tiene razón... ¿por qué no? Voluntad, perseverancia: ¡he ahí las armas: el tiempo, de ahí el combate; la verdad, el triunfo!».

—Broth —dije suavemente—, ¿en qué piensas?

No me contestó; resolví no hablar al hombre, sino a la idea.

—¿Crees posible tal fantasía?

—Posible, ¿dices? —respondió instantáneamente—; probable, hijo mío.

Broth me daba comúnmente ese nombre cariñoso.

—Pero ¿es posible, Broth, que te ocupes de semejante pequeñez? Toma a Platón, que es la verdad y deja a ese inglés[4], que es el ensueño, poético si quieres, pero ensueño al fin.

---

mantener a Aquiles alejado de la guerra, Tetis lo escondió en la corte del rey Licomedes, disfrazado de doncella y viviendo entre las hijas de éste.

[4] *ese inglés:* Cané parece estar refiriéndose a Edgar Allan Poe, aunque también cabe la posibilidad de que sea una alusión a Browne, el autor de la cita, que era inglés. Como se sabe, Poe era de origen estadounidense, y si se refiere a él Cané estaría usando el vocablo en el sentido más amplio de la lengua inglesa.

—Es un error, Daniel (olvidaba decir que ése es mi nombre), es un error; en el fondo de toda leyenda, de toda tradición, hay siempre una base invariable de verdad. La leyenda es como la madre tierra: quita las capas de arcilla, greda[5] y aun calcárea y encontrarás la base granítica. El espíritu humano, que vive del universo, no puede crear más de lo que existe. Los pintores representan en todo a la naturaleza y lo que es posible ver, por lo menos en principio; el poeta, ese pintor aéreo, no puede encontrar en un algo que no existe en él las inspiraciones de su obra.

El sueño había desaparecido; estaba desvelado, sufriendo la influencia de Broth: era el magnetismo de la superioridad incontestable.

—¡Extrañas teorías para un discípulo de Platón! —contesté—. Observa que una teoría, para ser buena, necesita sufrir con éxito el análisis de todas sus consecuencias. En la tuya sería cierto que la voz de Dios vibró sobre el Sinaí, y que las aguas del mar Rojo se abrieron ante la vara de Moisés[6].

—Son las adulteraciones, Daniel, la leyenda, la tradición a que me refería. ¿Por qué Moisés, en uno de esos entusiasmos febriles que produce la excitación de la fe, no puede haber confundido la soberbia voz de la tempestad, que hablaba a su alma estremecida, con la palabra divina? ¿Por qué se ha de haber visto exento de la preocupación del milagro, impotente para darse cuenta de un fenómeno natural? No, Daniel; el germen de todo existe y en la elaboración infinita de los siglos, bajo la influencia fatal de las fuerzas de la naturaleza, la materia va cambiando y el espíritu girando sobre sí mismo, ya opaco, ya brillante. Un imbécil de Platón sería un talento de Gall[7] tal vez y la sandalia de Diógenes[8] puede ser la blanca perla que hoy adorna el cuello de una hermosa dama.

---

[5] *greda:* arcilla arenosa que se usa para limpiar y desengrasar.

[6] *vara de Moisés:* alusión a dos de los más conocidos episodios de libro segundo del Éxodo, en el Antiguo Testamento.

[7] *Gall:* Franz Joseph Gall (1758-1828), fisiólogo alemán postulador de la frenología, es decir, el estudio de los caracteres psíquicos del hombre en función de la formación externa del cráneo. Aunque muy popular en su tiempo y muy recurrido en la literatura naturalista, carece de verdadero fundamento científico.

[8] *sandalia de Diógenes:* esta alusión resulta un poco ambigua. Por un lado puede referirse a Diógenes Laercio, historiador griego del siglo III d.C, que

—¡Nunca te he oído hablar así, Broth! ¿Qué tienes hoy? ¿Por qué esa sobreexcitación nerviosa? Vamos, calma, vuelve al estudio sereno y reposa.

—¿Temes por mi razón, pobre Daniel? ¡Oh!, es fuerte como una roca. ¡Pero encuentro un encanto indescriptible en la audacia admirable de ese hombre que dice que nada hay imposible para la investigación humana, me siento con fuerza para lanzarme a un estudio profundo, a una observación de toda mi vida! Sería capaz...

—¿De traducir a notas el canto de la Sirena?

—¿Y por qué no?

—¡Cómo! ¿Tú crees que han existido esas criaturas que detenían a los inexpertos navegantes en medio de los mares, por el irresistible encanto de su voz armoniosa? ¿No te parece fuera de toda ley natural esa existencia híbrida, mitad pez, mitad mujer? Tú sabes que nada hay que predisponga a la creación poética como la soledad de los mares en las noches de calma; los marinos de entonces habrán sentido en su espíritu la fuerte impresión de la armonía de la naturaleza, y en la imposibilidad de darse cuenta de ese fenómeno admirable han dado cuerpo al ensueño, vida a ese atributo armónico de lo creado y formado esas deliciosas voces que salen del medio de las ondas espumantes para atraerlos a las grutas misteriosas de los senos del océano.

—¿Y quién te dice que en otras épocas, tan lejos de la historia del mundo, que el pensamiento no las alcanza, no hayan existido peces dotados por la naturaleza de órganos vocales? ¿No tienes hoy el pescado que vuela? ¿Por qué negar en absoluto la existencia del pez que canta? ¿Cuál sería el encanto de su voz, cuando las imaginaciones, juveniles como los rayos del sol en los primeros días de su formación, han

---

cuenta el episodio de la sandalia de bronce de Empédocles de Agrigento, filósofo y político griego que creyéndose divino se habría arrojado vivo al volcán Etna, para morir con una dignidad propia de un dios. La sandalia habría aparecido en las orillas del volcán y habría servido como prueba para desmentir sus pretensiones. La alusión puede referirse también al filósofo cínico griego Diógenes de Sínope (siglo IV a.C.), que en algunas versiones aparece pateando con sus sandalias llenas de barro las alfombras de algunos palacios o casas nobles. En otras versiones aparece siempre descalzo.

confundido un pescado con la diosa de los mares? ¡Oh, el canto de la Sirena!

Callé: Broth me causaba espanto. ¡Me parecía que la razón de aquel hombre era muy débil para contener el empuje de esa volcánica imaginación y de esa salvaje energía!

* * *

Broth salió junto conmigo del colegio. Al abandonar las aulas, sabía más que todos sus maestros juntos.

Se había dedicado casi exclusivamente a la música y pasaba días enteros inclinado sobre el violonchelo, que era su instrumento favorito.

Jamás frecuentó la sociedad: vivía solo, aislado, de una módica renta que había heredado. La juvenil cabeza empezaba a encanecerse en la aurora de la vida y el vigor del cuerpo parecía haberse refugiado todo en sus ojos, que brillaban de una manera pasmosa, febricitante.

Era yo el único amigo que había conservado sobre la tierra. Cuando le iba a ver, tendía su mano hacia mí con una cariñosa mirada y murmuraba con acento desesperado: «Nada aún». Luego no hablaba más, y parecía no escucharme. Lejos del mundo como vivía, jamás le hablé de él, ni pretendí lanzarlo al torbellino social. Mis visitas eran retornos a los tiempos de estudio, de meditación y serenidad. Le hablaba de filosofía, historia, ciencias naturales, de los últimos descubrimientos, de todo ese mundo intelectual que juntos habíamos recorrido. Me despedía sin haber obtenido más que un afectuoso apretón de manos.

Un día recibí una carta. Decía así:

Daniel:
Has sido mi único amigo:
¡Nada aún!
Parto, pero no desesperado: encontraré.

Broth.

Sentí un dolor agudo; pero cuando corrí a detenerlo, ¡era tarde! Había partido, sin que nadie supiera adónde.

Broth era el hombre que más había admirado en la tierra; tenía para mí una aureola de genio sobrehumano, que hasta en mis sueños creía ver. Su magnífica inteligencia, aplicada a un solo objeto fantástico —averiguar cuál fue el canto de las sirenas—, me había hecho una impresión terrible, que no podía borrar de mi alma.

Poco a poco, el recuerdo de Broth se fue convirtiendo en una de esas confusas reminiscencias que se conservan de la lectura de un cuento de Hoffmann[9] allá en la infancia. Seguí el torrente de la vida, y el nombre de Broth quedó en mi memoria débilmente iluminado por el cariño de mi corazón.

* * *

Habían transcurrido quince años desde el día en que recibí la despedida de Broth; viajaba por Alemania, no ya con el entusiasmo del hombre joven, sino con esa observación serena que caracteriza la edad madura.

La Alemania es la tierra de los poetas, como la Italia es la patria de los artistas.

La poesía siempre es íntima y sujetiva: vive en el fondo del alma, y los hombres que tienen ese huésped sublime viven lejos del mundo, bebiendo las inspiraciones en las sensaciones misteriosas de su ser interno. Los italianos abren su alma, como las flores su cáliz, al calor del ardiente sol; los alemanes, como las modestas sensitivas[10], se expanden en el silen-

---

[9] *Hoffmann:* Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann (1776-1822), cuya admiración por Mozart le llevó a cambiar su tercer nombre por el de Amadeus, de lo que resultó el acrónimo con el que se le reconoce habitualmente (E. T. A. Hoffmann). Como se ha explicado en la introducción, es uno de los autores claves para entender el desarrollo de la literatura fantástica occidental. Además de escritor ostentó algunos cargos públicos y fue también director de orquesta, pintor y crítico musical.

[10] *sensitivas:* planta cuyas hojas son muy sensibles, abriéndose o cerrándose sobre sí mismas al entrar en contacto con otro objeto o por influjo de la luz. Horacio Quiroga recurre a ellas en su cuento «La abeja haragana».

cio de la noche. En Italia, el infinito es una forma: en Alemania es una idea...

Un día fui invitado a visitar un manicomio en una de las más pintorescas aldeas que duermen a la sombra de los castillos feudales que vigilan eternamente el Rhin. Un distinguido médico cuidaba el establecimiento, que sólo contenía veinte o treinta dementes.

Recorriendo el edificio, admirablemente dispuesto para su fin, mientras el profesor me explicaba diversas manías y los medios de curarlas, oímos el eco lánguido de un violonchelo.

Me estremecí, porque una idea, una de esas misteriosas adivinaciones del alma, había venido a sorprenderme. No me atreví a preguntar.

—Ese desgraciado que toca con tanta dulzura el violonchelo —me dijo el profesor— es el maniático más poético que he conocido. Es anciano ya, pero hay en sus palabras, las pocas veces que habla, cierta frescura juvenil. Ha buscado durante toda su vida la solución de un problema curiosísimo: ¡cuál habrá sido el canto de las sirenas!

Di un grito y me apoyé contra un árbol para no caer.

La música seguía, tristísima y suave, como una de esas melodías que se creen oír durante los sueños de las noches de verano. Era rara; no había oído nunca nada análogo. Tenía algo de la balada de los pueblos primitivos y al mismo tiempo se parecía a algún murmullo oído en el silencio de la naturaleza, durante las horas de reposo. Me sentía atraído y una nube de ideas arrebataban mi alma a otros tiempos, a otras sensaciones casi olvidadas...

¡Era mi pobre amigo el que tocaba!

Broth, nívea la larga cabellera, vaga la mirada, abrazaba su instrumento como la barca en que bogara en el delicioso mar del infinito.

¡Oh!, lágrimas corrían por mis mejillas, pero no las vulgares lágrimas del dolor. Sentía un secreto placer; creía que Broth era feliz, y allá en lo íntimo de mi corazón bendecía al cielo que tan dulce locura había enviado al querido hermano de mi corazón.

Me acerqué silencioso: Broth levantó su límpida mirada hacia mí y casi sin mover los labios, sin conocerme, sin alte-

rarse en lo mínimo su límpida mirada, como si su alma estuviese en el cielo de las delicias, murmuró misteriosamente, haciendo un signo de silencio:

—¡Callad, callad, por Dios! ¡Es el canto de la Sirena!

Eduardo Ladislao Holmberg
*El ruiseñor y el artista**

I

Carlos era un excelente pintor. ¿Quién se atrevería a dudarlo?

Nadie como él sabía dar a la carne esa suavidad aterciopelada que invita a acariciar el lienzo, ni delinear esos blandos contornos femeninos que se pierden en la fusión de las curvas, ni prestar a las medias tintas mayor armonía con el claroscuro y el tono resaltante de los golpes de luz.

Carlos pintó cierto día un bosque de cedros, y era tan viva la ilusión producida por el contraste de las líneas y de los

---

* Eduardo L. Holmberg (Argentina, 1852-1937), prolífico y polígrafo autor que escribió principalmente sobre disciplinas científicas y médicas, y a quien se considera también integrante de la generación argentina del 80. En lo propiamente literario se dedicó a la narrativa corta de temática detectivesca, de ciencia-ficción o fantástica. Fue también difusor de Darwin y tradujo a H. G. Wells y Arthur C. Doyle. «El ruiseñor...» apareció por primera vez en *La Ondina del Plata. Revista semanal de literatura y modas* (Buenos Aires), y en tres entregas (18 de junio, 2 de julio y 17 de julio de 1876). Igualmente, parece que existió un volumen de Holmberg titulado *Cuentos fantásticos,* que hasta ahora no ha sido localizado. La primera versión moderna parece ser la de Pagés Larraya (Eduardo L. Holmberg, *Cuentos fantásticos,* Buenos Aires, Hachette, 1957, págs. 101-114), que es la versión que seguimos aquí. Como quizá se recuerde, en 1888, Óscar Wilde publicó su tomo de cuentos *El príncipe feliz y otras historias,* entre las que se destacó «El ruiseñor y la rosa»; algunos críticos suponen una posible fuente común para los relatos de Wilde y de Holmberg.

colores, que se creía oír el murmullo de las agujas de aquéllos, cantando en coro un himno a la naturaleza; y aunque los vientos yacían encerrados en sus profundas cavernas, el mágico poder del arte los despertaba, para derramarlos sobre aquella creación de un espíritu superior.

Las montañas con sus moles azuladas, recortando el horizonte; las azucenas blancas levantándose del fondo por una extraña penetración de luces; las yerbas alejándose en una perspectiva suave; los arroyos estremeciéndose al contacto de las auras; los vetustos troncos precipitándose pulverizados por la acción de los años y encerrando las sombras en sus cavidades carcomidas; las nubes coloreándose con el beso del poniente o de la aurora; los surcos vengativos del rostro de Medea[1]; la severa majestad de Júpiter en una creación Olímpica; el hambre, la desesperación y la esperanza en la incomprensible fisonomía del náufrago; todo esto y mucho más, llevado a la perfección de la verdad, del grito de la naturaleza, por el lienzo ante la fuerza del genio atrevido; todo este conjunto evocado en extrañas creaciones, hacía de Carlos un ser original, eminentemente visionario. Había limitado a la naturaleza, estrechándola en los reducidos límites de su paleta, y la naturaleza vencida, subyugada por el arte, se complacía —según opinaba Carlos— en proporcionar a sus pinceles el atributo de la inteligencia.

—Mis pinceles —decía Carlos— se mueven solos; yo les doy color, y ellos pintan.

Durante algún tiempo las producciones se siguieron sin interrupción, de tal modo que en el taller del artista se acumulaban los lienzos sin que otras miradas que las de los amigos íntimos pudieran penetrar en el santuario de las Musas.

Pero de pronto se paralizó la actividad de Carlos; los colores extendidos en la paleta se secaron, llenándose de polvo; los pinceles se endurecieron y el caballete soportó el peso del

---

[1] *Medea:* maga de la mitología griega, autora de numerosas venganzas y asesinatos. Entre otros episodios, ayudó a Jasón a obtener el Vellocino de Oro pero luego, al ser repudiada por éste, se vengó y lo hizo perecer, lo mismo que a los hijos de ambos.

lienzo comenzado, rechinando... de dolor: causa realmente aceptable, si recordamos que en aquel taller había algo sobrenatural, que daba vida aun a los mismos objetos, por lo regular inanimados.

Pero ¿qué había en aquel lienzo comenzado?, ¿qué nuevas combinaciones soñaba Carlos, no interpretadas por sus pinceles?, ¿acaso se había desligado el vínculo que le unía con sus fieles instrumentos y este abandono amortiguaba su vida de colores y de formas?

No; en el lienzo no había nada, o si queréis, no se veía otra cosa que el fondo, sobre el cual debían resaltar las imágenes no contorneadas aún.

Y aquel fondo, menester es confesarlo, no valía el trabajo que había dado.

Era de un gris azulado oscuro, sobre el cual se hubiera destacado una estrella, con el reverberar de su fulgor sidéreo[2].

¿Qué se iba a pintar allí? ¿Lo sabía Carlos? Parece que sí y que no.

Que sí, porque se notaba en él cierta insistencia, no acostumbrada, en atacar aquella monotonía; pero el pincel caía de su mano y el desconsuelo se apoderaba de su rostro valiente e inquieto.

Que no, porque al preguntárselo ignoraba qué responder.

Cansado al fin de sus inútiles ensayos, reposó. Pero este reposo fue efímero. Era evidente que algo le preocupaba, y ¿quién mejor que un amigo para arrancar el secreto y procurar el remedio?

Corrí a su casa, y en el momento de ir a tocar el llamador, apareció en el segundo patio la vieja negra que le servía. Al ver su traje color chocolate y el pañuelo de coco punzó[3], con discos blancos, que ceñía su... iba a decir cabellera... pero pasé, y el índice derecho colocado en sus robustos labios, y el aire de azoramiento[4] y de misterio con que se había revestido el rostro, despertó involuntariamente en mi espíritu

---

[2] *sidéreo:* de las estrellas, o de los cielos.

[3] *coco punzó: coco:* tela de percal o algodón, no muy fina; *punzó:* color encarnado muy subido.

[4] *azoramiento:* de sobresalto o inquietud.

la imagen de un Harpócrates[5] sofisticado por alguna hada maléfica.

No sé lo que me sorprendió al entrar en la casa, pero algo extraño sucedía allí.

—¿Qué hay? —le pregunté cuando se hubo acercado.

—El amito está muy malo.

—¡Carlos!

—¿Y quién otro va a ser? —dijo, abriendo la reja.

—Lléveme a su cuarto.

—Entre nomás, pero no haga ruido, porque se ha quedado dormido.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Hacía más de una semana que no dormía, y ayer le ha venido una fiebre muy fuerte.

—Otra vez, mándame avisar, porque si no...

—La niña dijo que no lo molestara.

—,¿Qué niña?

—La niña Celina, su hermanita.

—¿Está Celina aquí? ¿Cuándo ha venido?

—Ayer temprano.

En el aposento que precedía al de Carlos, estaba Celina sentada en un diván, hojeando una porción de manuscritos borroneados, que había colocado sobre una mesita chinesca[6] que tenía a su lado.

—¿Eres tú? —me dijo, poniéndose de pie.

—¿Y por qué no me has hecho avisar que tu hermano estaba enfermo?

—Te creía muy ocupado.

—Razón más para venir.

Si Celina hubiera sido hija de Carlos o encarnación resucitada de alguno de sus cuadros, se podría haber dicho que era la creación más bella y más perfecta del artista; pero era su hermana, y yo me complacía en ser amigo de los dos.

Acerqueme al lecho del enfermo. Dormía.

---

[5] *Harpócrates:* dios de origen egipcio, hijo de Osiris y de Isis, que fue adoptado por los griegos como dios del silencio.

[6] *mesita chinesca:* propia de China o parecida a las cosas de ese país.

Una débil vislumbre le iluminaba el rostro, y creí leer en las contracciones de su frente y en las crispaciones de sus dedos, que una idea violenta le agitaba.

Tomele el pulso. La arteria era una corriente de lava, palpitando bajo un cutis de fuego.

—Mucha fiebre, ¿no es verdad? —dijo Celina, ocultando una lágrima furtiva, de ésas que se esfuerzan en iluminar los ojos, sin que las evoque otro deseo que el de que permanezcan ocultas.

—Mucha idea —contestele, más conmovido al ver su lágrima, que al contemplar a Carlos devorado por un volcán del espíritu.

—Calmará, ¿no es cierto?

—¿Y quién lo dudaría?

—Dejémosle tranquilo; ven, ayúdame —dijo, volviendo al aposento que ocupaba cuando entré.

—¿Qué buscas en este torbellino?

—Algo que me aclare sobre la causa de esta fiebre.

—¿Que te aclare, Celina...?

—¿Y por qué no? ¿No puede haber alguna frase interrumpida, algún párrafo explicativo que arroje aunque sea un resplandor?

Celina tenía razón.

Entre aquellos manuscritos, que comenzamos a clasificar, se colocaron las cartas tiernas a un lado y las invitaciones a funeral junto a ellas; luego algunos apuntes históricos, los trozos en prosas en último término, con los borradores de música incompletas.

Todo lo leímos una, dos, diez veces.

Pero aquéllos no eran secretos para nosotros, porque Carlos siempre había llevado el corazón visible para su hermana y para sus amigos.

Al principio nos agitaba el triste presentimiento de no hallar nada, pero poco a poco nuestros rostros se fueron iluminando simultáneamente con los resplandores de la esperanza.

—¿Has hallado algo, Celina?

—¿Y tú? —me preguntó sonriendo de alegría.

No contesté porque me pareció inútil. El alma palpitaba en el semblante.

En las cartas amorosas, en los versos, en las pautas, sin notas o con ellas, en todos y en cada uno de aquellos papeles se leía la palabra «ruiseñor»; pero «ruiseñor» no nos explicaba casi nada: era necesario buscar el calificativo.

En este manuscrito se leía: «Palpitante» como arrojado al acaso; en otro: «Ruiseñor en agonía» en aquél: «Artista desconsolado» y en muchos: «Ruiseñor... última nota».

—¿Qué deduces de todo esto? —pregunté a la hermana de mi amigo.

—Deduzco sencillamente que Carlos desea representar en cuadro un ruiseñor que modula las últimas notas de su último canto, y no hallando ni las líneas, ni los colores más apropiados, se empeña en una lucha terrible con una inspiración que huye de su espíritu, y por eso ha pintado como fondo un cielo nocturno.

—Eres un hada —le dije tomándole la mano—. Todos los sabios del mundo no habrían reunido, con tanta felicidad[7], una serie más perfecta de coincidencias.

—Soy mujer —dijo Celina, iluminada por una aureola tenue como la primera vibración del día, en el azul profundo de la noche.

—No, tú eres un ser extranatural, encarnado en una forma femenina. Tú eres la inspiración de Carlos; eres el delicado genio del artista, y tu última lágrima ha sido tu primera esperanza.

Celina sonrió... pero sonrió con otra lágrima. Su mano estaba helada.

—Carlos desea pintar un ruiseñor cantando —dijo, y moduló un suspiro, que parecía la primera nota del ruiseñor que no podía pintar Carlos.

¡Pobre Carlos si era cierto lo que Celina decía!

¡Un ruiseñor cantando! ¿Acaso bajo el color extendido sobre el lienzo podía palpitar un corazón lleno de fuego, una garganta de vibración argentina?[8].

¿Pero qué digo? ¿No había oído ya el murmullo de los cedros, al combinarse los colores por un extraño consorcio

---

[7] *felicidad: sic* en el original, pero quizá *facilidad.*

[8] *vibración argentina:* de timbre muy fino, similar a la plata cuando se golpea.

de la fantasía y de la realidad? ¿No se movía la nube que los pinceles de Carlos estampaban en la tela? Y en aquellos cielos donde volaba el águila de Júpiter, ¿no se difundía la luz del Olimpo, como el perfume en torno de la magnolia?

¡Sí! Carlos hará estremecer la garganta del ruiseñor, y un torrente de notas puras, vibrantes, apasionadas, brotará del color y de la forma. Prometeo[9] de la pintura, dará la vida a su creación audaz.

¡Delirio! Más de un rayo de sol había acariciado los pinceles de Carlos y, sin embargo, el fondo era siempre el mismo. Ni un solo movimiento en la paleta, ni un golpe artístico sobre el fondo que esperaba recibir las imágenes.

Era evidente que los pinceles ya no pintaban solos. Era incuestionable que agonizaba la inspiración del artista.

¿Y Celina? ¿De qué te sirve, infeliz, el caudal de cariño que para él atesoras, si la fiebre le devora ante el arcano?

Largo tiempo hacía que me hallaba sumergido en estas reflexiones, y hubiera permanecido así mucho más, a no haber tomado mi espíritu otro vuelo y mi cuerpo experimentado una sensación de placer infinito, porque oí un nuevo suspiro pero esta vez más tenue, más puro, más angelical, más etéreo. Tal vez los serafines[10], deliciosa creación de algún poeta de los desiertos, no tienen una nota más sublime para cantar en el empíreo[11].

Miré en torno mío y no vi a Celina. La llamé y nadie contestó. Corrí de aposento en aposento... y mis pesquisas fueron inútiles.

No sé qué vacío tan grande sentí en el corazón. Las tinieblas absolutas absorbiendo la luz eterna no habrían arrancado de mis labios ni un lamento, ni una queja, ni siquiera una

---

[9] *Prometeo:* figura mitológica que suele encarnar la rebeldía. Después de haber formado al hombre con barro, Prometeo quiso darle vida y para ello robó fuego al cielo; Júpiter lo castigó encadenándolo a una roca sobre el Cáucaso, donde un buitre le devoraba diariamente las entrañas. De ese castigo fue salvado por Hércules.

[10] *serafín:* espíritu angélico superior, por la plenitud con que contempla las perfecciones de Dios.

[11] *empíreo:* referido al cielo o a la divinidad.

maldición; pero aquella ausencia de Celina me la dio un alma infinita para que fuera infinito mi dolor.

Y era porque un negro presentimiento voló sobre mi espíritu, accesible un instante a la esperanza, como la nube que presagia los grandes cataclismos de la atmósfera.

Desesperado al fin de verme solo, corrí al aposento en que Carlos dormía el sueño de una fiebre originada por el arte, y sentándome en un sillón, junto a la cabecera de la cama del enfermo, esperé.

Frente a mí estaba el caballete y el lienzo comenzado, y los útiles del pintor desparramados en las sillas; en las paredes algunos bocetos que representaban vírgenes lacrimosas que Carlos había diseñado sonriendo entre sus líneas no indecisas y aquella transformación de rostros que yo había visto animados por la alegría me hizo comprender una vez más que una pintura no es una piedra y que el amor, el odio, el desconsuelo, la resignación y la esperanza pueden palpitar en lo que aparentemente no es más que un boceto. En una mesita que había junto a mí, se veían algunos libros. Examiné los títulos y con agradable sorpresa leí: *La Biblia, El Cosmos,* de Humboldt[12], *Novena a Nuestra Señora, La vida de Jesús,* por Renan[13], *Las delicias de un panteísta* y diversos otros.

Si de la fusión íntima de estas obras resultara una ciencia, podéis estar seguros que su primer adepto sería Carlos.

Un rayo de luna se deslizó a través de los cristales, y creí adivinar una figura deliciosa formada con la hebras de aquel rayo.

Me puse de pie; quise beber aquel espíritu que bajaba del cielo... y no era más que el rayo de la luna al través de los cristales, y las amapolas del sueño, que se filtraban en mis pupilas.

---

[12] *Humboldt:* Alexander von Humboldt (1769-1859), naturalista, viajero y explorador de origen alemán, que pasó gran parte de su vida estudiando la geografía y la biología de América Latina. Su libro *Kosmos* (1845) es una descripción física del universo desarrollada en cinco volúmenes y con el intento de unificar las diferentes ramas del saber científico.

[13] *Renan:* Ernest Renan (1823-1892), escritor y orientalista francés, se especializó en lenguas semíticas y en historia comparatista de las religiones. *La vie de Jesus* es de 1863 y ofrece una visión inmanente e historicista de la figura de Jesucristo.

Mi espíritu ordenaba el reposo de mi cuerpo, y el cuerpo obedeció.

Recostado en el sillón, con la cabeza apoyada en la mano, sentí que los párpados daban tregua a las fuerzas de la vista.

Pero el recuerdo velaba y me pareció que evocaba extraordinarias imágenes.

¿Queréis permitirme reproducirlas?

Era una tumba de mármol, envuelta en ondas de jazmín y madreselva.

Un féretro en la tumba, y violetas en torno. Perfumes en el aire.

Un ángel en el féretro. Un nombre en la corona de siemprevivas: ¡Celina!

Gotas de rocío en las violetas, en las madreselvas y en los jazmines, apagaban la sed de las avecillas, y quemaban las cuerdas de las liras. El canto era un sacrilegio allí... Violetas y lágrimas.

Y la realidad volvió a apoderarse de mi alma y me encontré en el dormitorio de Carlos, velando su fiebre.

—Celina es un delirio —me dije—; es cierto que Carlos tenía una hermana de este nombre, que murió hace dos años; tenía quince, y la que acabo de ver en el otro aposento representa diecisiete. ¿Soy presa de una pesadilla ahora o lo he sido al entrar en la casa? Pero no; tengo la evidencia más profunda de que Celina ha muerto hace dos años, y la más profunda evidencia de que he conversado con ella hace dos horas. En este momento no duermo, estoy seguro, convencido de ello, dudar sería un absurdo; pero, ¿y cómo se explica que la vida y la muerte se presenten de un modo tan fantástico? Mejor es no explicarlo.

Y volví a quedar dormido; pero esta vez, real y profundamente.

II

Cuánto tiempo dormí, yo no lo sé.

Tal vez hubiera dormido eternamente, pero sentí que me tocaban el hombro.

Era Carlos, que se había levantado de la cama y envuelto con una sábana. Su elevada estatura, la palidez de su sem-

blante, los ojos animados por un brillo fatídico, los labios estremeciéndose como las hojas de un álamo que el viento acaricia, su cabellera en desorden y el brazo extendido en dirección al cuadro con misteriosa postura, la luna iluminándole de lleno y haciéndole representar la imagen de un espectro, tal fue la escena que contemplé al despertar. Experimenté algo semejante al terror.

—¿Oyes? —me preguntó, señalando siempre el cuadro.

—Cálmate, Carlos; te sientes mal y voy a darte una cucharada del jarabe que te ha estado dando Celina durante el día.

—¿Oyes? —volvió a preguntarme.

Ante aquella insistencia, escuché.

Un gorjeo suave, imperceptible, como el que producen los pajaritos al amanecer, parecía salir del cuadro.

¿Qué misterio era aquél? Miré a Carlos y me aterró su semblante convencido.

Dirigí la vista al cuadro que el artista contemplaba extasiado, y vi que se llenaba de ramificaciones negras.

Si pudiera haber relámpagos negros, diría que aquellas ramificaciones eran relámpagos.

Un bosque dibujado en un segundo. Pero era un bosque tétrico, sombrío, sin perspectiva, sin hojas, sin aire, sin vida, sin perfumes y sin rumores. Era una red de pinceladas negras, y aquellas pinceladas aparecían espontáneamente.

—¡Mis pinceles están pintando solos! —dijo Carlos, con la voz de un loco desesperado.

Sobre el bosque, una nube tendía su pesado velo.

La luna se ocultó.

Pero en aquel mismo instante, la nube pintada en el cuadro comenzó a moverse, como impelida por un viento de la noche, y a medida que se dislocaba, se perfilaban de luz sus recortados bordes. El viento la desgarró y una nueva luna, argentina y brillante, lanzó un torrente de luz azulado sobre la escena sombría del bosque y del césped.

¡Encanto y horror!

Cada rama, cada hoja, cada tronco, cada yerba recibió el beso de la luna y la perspectiva iluminada alejó los últimos planos, difundiéndolos valerosamente en el fondo.

Un vientecillo suave hizo estremecer las hojas y ondular el césped, y arrebatando sus aromas a aquel bosque de delirios, los esparció en torno nuestro, bañándonos en sus efluvios purísimos.

—¡Celina! ¡Celina! Ven, ¡contempla esta maravilla! —exclamé en un arrebato inexplicable.

—¡Calla! —me dijo Carlos—, estás loco, ¿a qué Celina llamas?

—A tu hermana, con quien he estado conversando hace algunas horas.

—¡Infeliz! Celina murió hace dos años. Admira en silencio y no turbes el reposo de las tumbas con tus desvaríos.

Aquellas palabras eran una evocación.

No tuve tiempo de responder.

Una nota dulce, cristalina, sonora, dominó el susurro de las brisas y evaporándose en el fondo del bosque como una gota de aroma del cielo, conmovió hasta la más humilde de las yerbas que tapizaban el cuadro.

Y aquella nota, lágrima de esperanza, tenía todo el sentimiento, todo el diapasón[14], toda la vida que un momento antes había expresado Celina en un suspiro.

El artista de las formas dominó al poeta del arte, y el naturalista dominó al arte y al poeta.

—¿Dónde está el ruiseñor? —preguntó Carlos, hablando consigo mismo—. ¡Aquí! —se respondió, señalando un ramillete de hojas, junto al cual estaba el alado cantor.

El pico abierto, la garganta obstruida, el plumaje erizado y bañado de luz, las alas moviéndose convulsivamente, tal era el aspecto que presentaba la avecilla de humilde plumaje y canto del cielo.

—¡Canta! ¡Canta! —le dijo Carlos—. ¡Canta! ¡Canta!, porque tu silencio me arrebata la vida.

Dos perlas de luz bañaron los párpados del ruiseñor, y después de brillar un instante, volaron al cielo.

Eran dos lágrimas.

---

[14] *diapasón:* en la música equivale a decir que cuenta con diferentes medidas de tonos, también escala musical.

III

Un profundo silencio reinó en la escena del cuadro.

Las nubes detuvieron su vuelo vaporoso, y los árboles del bosque inclinaron sus ramas.

La naturaleza se preparaba a escuchar.

El ruiseñor dejó oír una nueva nota, pero esta vez produjo una impresión tan extraordinaria en el espíritu de Carlos, que su rostro no pudo ocultar el sentimiento evocado.

Y esta nota, preludio de amor y de esperanza, comenzó a decrecer, elevándose en la escala, como vibra la cuerda de una cítara[15], cuya longitud disminuye bajo la rápida presión sucesiva de la mano que la impulsa.

El ruiseñor repitió varias veces esta escala sin interrupciones, cuyas últimas notas fueron a perderse, cual ecos agonizantes, en aquel templo sombrío, que el misterio había elevado para reunirlas, difundiéndolas en un medio sutil.

A la escala siguió un trino prolongado, y cuando éste apagó sus vibraciones, el ruiseñor había llegado al diapasón más alto de su fuerza; se había lanzado a él como la catarata que se precipita al fondo de un abismo, y deteniéndose un instante, vuelve a elevarse en vapores impalpables, para desvanecerse luego en el aire invisible. Deliciosos arpegios[16] descendentes agitaron la garganta de aquel prodigio alado, y libre ya de las impresiones primeras, medido el alcance de su poder, lanzó una cascada de melodías, una lluvia de trinos y de escalas, un torrente impetuoso de notas que se sucedían las unas a las otras en violentas combinaciones. Ora su canto era dulce como un suspiro; ora majestuoso como el trueno; de cuando en cuando agitaba las alas para que fueran más vehementes, o bien producía sonidos imperceptibles, que el alma adivinaba entre los que precedían y los que se oían luego. Ora se detenía en lo más agitado de su fuga; ora se

---

[15] *cítara:* instrumento musical antiguo similar a la lira pero con caja de madera.

[16] *arpegios:* una sucesión acelerada de los sonidos de un acorde.

abismaba en gorjeos que la furia estimulaba. A veces su canto se asemejaba a la voz del océano, luchando con las tempestades del aire; a veces corría mansamente como el arroyo que serpenteaba en el bosque. A una cadencia inimitable sucedía una lucha de notas extrañas, y cuando aquella garganta, vencida por su misma debilidad, producía sonidos quejumbrosos y lánguidos, como para dar una tregua a sus esfuerzos supremos el ruiseñor agitaba con vehemencia las alas y volvía a lanzarse en lo más atrevido del combate.

De pronto se detuvo. Quiso volar, y no halló fuerza para alejarse de aquel altar. El cuerpo conmovido, las alas estremeciéndose, la cabeza elevada, eran signos evidentes de que la avecilla no agonizaba aún.

Nuevos esfuerzos produjeron nuevos sonidos, pero el instrumento no vibraba con la misma intensidad. El océano borrascoso se había transformado en fuentes apacibles, y tranquilas corrientes de melodía brotaban de aquel abismo de vibración.

La llama de la vida se apagaba en aquella lámpara de sentimiento, y el alma del ruiseñor iba a volar al cielo donde estaban sus lágrimas.

Y a medida que el sonido decrecía, Carlos se aproximaba al templo en que cantaba la avecilla, y era tal su exaltación, que olvidé por un instante la escena misteriosa para tomarle el pulso.

Era un infierno de latidos.

Dirigí la vista al cuadro.

El ruiseñor, como herido por una mano invisible, estaba tendido en la rama en que cantara y las alas extendidas, palpitantes aún, revelaban que la muerte le absorbería en breve.

Y así, debilitado para desafiar al imposible exhaló su última nota, su última expresión de melodía, como la ola que no pudiendo arrancar la roca inconmovible, se lanza por sobre ella y expira blandamente en la arena de la playa.

Lira sin cuerdas, templo sin cánticos, antorcha sin luz y sin aromas, el ruiseñor cayó de rama en rama, y como un cuerpo inerte que no sensibiliza el choque, precipitose agonizante aún, sobre el mullido lecho de césped que tapizaba el suelo del bosque.

IV

¿Qué pasó entonces en nuestras almas?

Yo no lo sé; pero si la locura trae consigo la pérdida de la memoria, la muerte del ruiseñor nos había enloquecido. No sé lo que vi, no sé lo que escuché, no sé lo que sucedió. Tengo una vaga idea de que el cuadro se iluminó con los resplandores de una luz que parecía del cielo y que oí un coro de ángeles que bajaban del empíreo y que arrebataron el alma del ruiseñor. ¡Pero es una idea tan vaga! Tal vez lo habré soñado.

V

El sol estaba muy alto cuando desperté, sentado en el sillón, junto a la cabecera de la cama de Carlos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté al amigo.

—¿Yo?, perfectamente. ¿Y tú?

—Es original tu pregunta. ¡Cómo! ¿Y qué es de la escena que hemos contemplado?

—¡Ah! —exclamó súbitamente, sentándose en el lecho y dirigiendo la vista al cuadro—, ¡mira!

Un rayo de sol bañaba el cuadro, y el bosque, iluminado por los velos de su luz, sonreía entre sus hojas de esmeralda, y en su césped florido, y en el manso arroyo, y en los lejanos montes.

Hay cosas que no se explican, porque no se puede ni se debe explicarlas. Si se admira lo que se ignora, es necesario ignorar algo grande para tener algo grande que admirar, y aquel cuadro vivo, que momentos antes había sido centro de la mayor admiración posible en espíritus humanos, era una prueba evidente de esta proposición.

Carlos saltó del lecho y llevando la mano hacia el lienzo, tocó el ruiseñor tendido sobre el césped.

¡El ruiseñor no se había enfriado aún!

—¿Por qué no llamas a Celina...?

—¿Estás loco? ¿No te he dicho que Celina ha muerto hace dos años?

—¡Carlos! —exclamé aterrorizado.

—¿No acompañaste tú al cortejo fúnebre?

—¿Pero... y qué...? ¿Será ilusión también la negra vieja que me recibió y que me dijo que Celina había llegado antes de ayer?

—¿Negra vieja? ¿Qué negra?

—La criada que te sirve.

—¿A mí? Si yo vivo completamente solo. El único servicio que tengo es un muchacho que viene todas las mañanas a arreglar la casa.

—¡Carlos! Tú no eres mi amigo. Tu fiebre, Celina, los papeles, la negra... ¿Es ilusión todo eso?

—Todo, menos el cuadro.

Aquello era un abismo. Y cuando iba a precipitarme en él con mis reflexiones, el día comenzó a oscurecerse, hasta el punto que quedamos sumidos en las tinieblas más profundas.

Me puse de pie. Carlos ya lo estaba.

—Juro por todos los colores y por todas las artes que no volveré a pintar un solo cuadro —dijo Carlos con acento desesperado.

Y como para justificar aquel juramento, se difundió en el taller una luz imperceptible, que aumentando poco a poco de intensidad, vino a condensarse en su centro.

—Ésta es la inspiración que se despide para siempre de mí. Lo juro por ti, luz del espíritu —dijo extendiendo la mano hacia aquel resplandor antes indeciso.

Pero admirad nuestra sorpresa cuando observamos que aquella concentración de luz tomó la forma de Celina, con sus gracias infantiles, con su delicada sonrisa.

La Celina de luz dirigió la mirada al cielo, y se desvaneció como el resplandor de una ilusión perdida.

Entonces, recién entonces, reconocí con Víctor Hugo, que hay momentos supremos en los cuales, aunque el cuerpo esté de pie, el alma está de rodillas[17].

El ruiseñor se había helado ya.

---

[17] *rodillas:* Holmberg alude a una frase de Víctor Hugo en *Les Miserables* (1862): «Il y a des moments où, quelle que soit l'attitude du corps, l'âme est à genoux» (libro IV, cap. V).

Eduardo Ladislao Holmberg
*Nunca se supo**

La casa era propiamente un dije, una monada. Hacía mucho tiempo que los dos esposos deseaban tener una vivienda semejante. Blanca, con hermoso corredor en el centro del frente que daba al norte, en medio de un gran jardín de flores, y los arboles frutales, bastante lejos, junto al cercado, para que en los tiempos propicios la alfombra multicolor y perfumada quedase sin interrupciones. A unos diez metros se elevaba solamente un eucaliptus gigantesco.

En el comedor se hallaba la chimenea para utilizarla en invierno cuando se quedasen, y el comedor serviría de sala de recibo; la biblioteca rica y selecta; los dormitorios amplios, y, siguiendo al de los niños, el del viejo tío; el cuarto de baño en uno de los ángulos; la cocina y las piezas de servicio más allá: junto al eucaliptus.

La mudanza no había dado mucho trabajo. En dos días todo quedaría arreglado, y entonces bastarían tres o cuatro para ordenar la biblioteca.

La primera comida fue alegre, con esa alegría inquieta y de aspecto atareado de personas que hasta el día siguiente no

---

* Este relato apareció por primera vez en *Caras y Caretas,* la famosa revista argentina, en su número del 18 de julio de 1903. Ha sido recogido recientemente por Gioconda Marún en *Eduardo Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915). Sociedad y cultura de la Argentina moderna* (Madrid, Iberoamericana, 2002, págs. 155-158). Seguimos la versión de *Caras y Caretas,* donde se ilustra con un dibujo de Giménez y no lleva paginación.

van a hacer nada. A las once de la noche se tomó el té y luego a dormir.

Todo el mundo durmió bien, porque, aunque las camas no se encontraban en el mismo sitio que la noche anterior, cada uno, sin embargo, dormía en la suya. Y descansaron bien.

¡Qué hermoso día el siguiente! La primavera les daba la bienvenida con un cielo sin nubes y los campos esmaltados de flores. Los pájaros cantaban en las ramas, y el contento en los corazones. Había algo fresco y sano en la Naturaleza y en las almas.

El día pasó sin novedad.

Al siguiente, a la hora del almuerzo, el niño mayor, de unos quince años, interpeló a su padre:

—¿Has oído ruido en la azotea, anoche, papá?

—¿Ruido? ¿Qué ruido?

—Me quedé leyendo hasta la media noche, y entonces me acosté. En ese momento sentí ruido en la azotea.

—Los gatos.

—No hay gatos; y, si los hubiera, no podrían subir.

—¿Y cómo era el ruido?

—Algo así como pasos de una persona bastante pesada; *pum, pum... pum, pum... pum, pum....*

—Quién sabe lo que será...

Al dar las doce de la noche en el reloj del comedor, se oyó la voz de Carlos.

—¿Has oído, papá?

—Duérmete, y no hagas caso de ruidos.

—Pero... ¿has oído?

Y en el momento en que quizá iba a pasar por la vergüenza de una mentira, aunque filantrópica e higiénica, se oyó una voz profunda que salía de un aposento más distante:

—Sordo sería si no hubiese oído.

—¿Qué será eso? —preguntó en voz baja la señora.

—Algún chajá[1], algún pavo real, algún lechuzón.

---

[1] *chajá:* pequeña ave zancuda, de poco más de medio metro de longitud. Suele gritar con fuerza y es también fácil de domesticar.

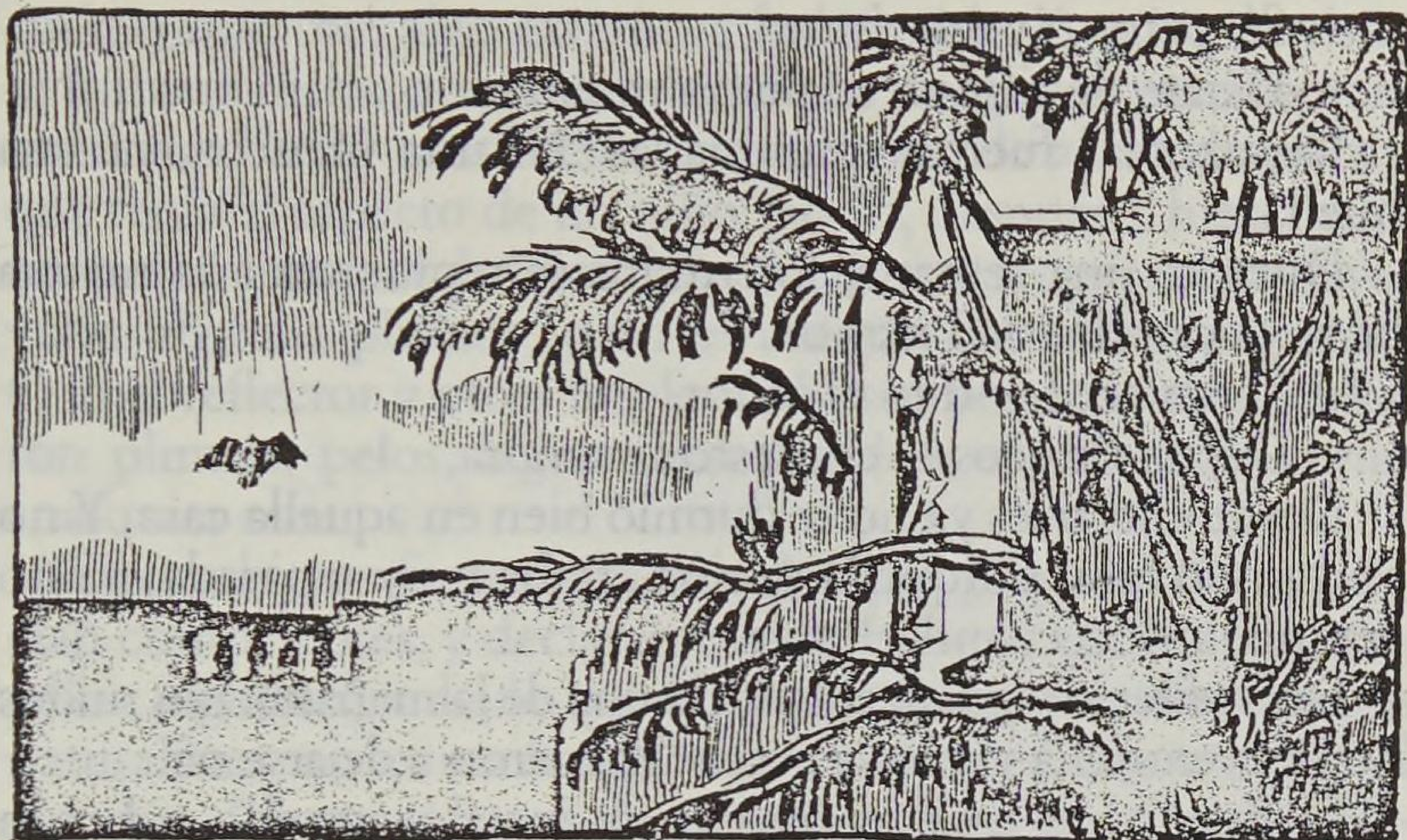


Ilustración de Giménez que acompañaba la primera edición de «Nunca se supo», de Eduardo L. Holmberg, en la revista *Caras y Caretas* (1903).

—Sí, pero... ¿y ese ritmo?

—Déjate de ritmos; mañana veremos.

Las azoteas fueron examinadas. Ni una mancha, ni una huella.

Durante una semana, los ruidos se repitieron a la misma hora y con idéntico ritmo.

—Serán ecos —dijo el señor.

—Déjate de ecos —contestó la señora.

Desde entonces ya no se durmió bien en aquella casa. Y no se durmió bien porque la cocina estaba muy separada, y esto era incómodo cuando llovía.

Se estableció vigilancia hasta la una de la mañana. Los ruidos no se oyeron. La vigilancia cesó. Volvieron a dejarse oír.

El dueño de casa, entonces, se instaló armado sobre la azotea de la cocina, se proveyó de un fuerte reflector cubierto, y, por si acaso, instaló una campanilla para que, desde adentro, le anunciaran el momento en que se oyeran los ruidos. Durante tres noches... nada. Cesó la vigilancia. Volvió el ruido.

—La chimenea del comedor es muy grande, muy fea.

—Y deja entrar mucho el viento...

El dueño de casa, sin decir una palabra atrasó el reloj del comedor una hora. Cuando sonaron las once de la noche (eran, pues, las doce), se oyó el *pum, pum... pum, pum.*

—¿Sabes —dijo a la señora— que las paredes en que se apoyan los armarios de la biblioteca son bastante húmedas?

—Así me ha parecido, y en el cuarto de tío hay goteras, y en el de baño el agua no corre bien.

—¡Sí! y el cerco no es bueno; entran perros de noche y estropean mucho el jardín.

—Y después, se oye demasiado el barullo que hacen los caballos en la caballeriza.

El señor mandó construir una especie de garita, apoyada arriba en el tronco y sobre las ramas del eucaliptus, de modo que, desde allí, pudiera observar, sin ser visto, la azotea de la casa.

Cuando estuvo terminada se instaló en ella.

Y en esa noche de luna, a las doce en punto, vio bajar verticalmente por el aire iluminado, y con la rapidez de un

cuerpo que cae, algo extraño e indefinible. A primera vista, se hubiera dicho que era un lechuzón de iglesia, pero inmenso, como de 80 centímetros a un metro de alto[2], después... que tenía el aspecto de un niño fajado, después... hizo fuego sucesivamente con los dos cañones de su escopeta. Creyó ver volar algunas plumas; pero el cuerpo había desaparecido. Con el reflector y otros faroles se buscó por la azotea. Hallaron plumas, pelos, algo como algodón, como seda, como cualquier cosa.

Estos objetos fueron examinados por personas que se decían competentes, y declararon que todo eso parecía plumas, pelos, algodón, seda, lo que hacía inútil su competencia. Los naturalistas no conocían eso. Los químicos dijeron que el algodón daba reacciones de seda, la seda de algodón, las plumas de hongos, los pelos de minerales.

—Ya no volverá —dijo el señor.

A las 12 de la noche[3]... *pum, pum...*

Al día siguiente, la señora encontró que había no sé qué animalitos en las camas. A ella le era imposible vivir en una casa cuyas camas no podían estar limpias.

Y se fueron de la casa, y nunca más, nunca jamás, volvieron a ella.

Pero nunca, jamás, supo nadie qué era aquello.

---

[2] *80 centímetros...: sic* en el original.

[3] *12 de la noche: sic* en el original.

Clorinda Matto de Turner
*Tambo de Montero**

A mi maestro, señor Don Ricardo Palma

ÉPOCA DEL MARQUÉS DE MANCERA[1]

I

Partiendo de la plaza mayor del Cuzco[2] hacia la quebrada de *Saphi*[3], aguas arriba del río *Huatanay*[4], se encuentra sobre

---

* Clorinda Matto de Turner (1852-1909), fue una narradora peruana autora de tres novelas, varias colecciones de leyendas y tradiciones y un libro de ensayos. También fundó varios periódicos y revistas y participó muy activamente en la vida cultural de Perú, siendo también gran amiga de Juana Manuela Gorriti. «Tambo de Montero» apareció en sus *Tradiciones cuzqueñas, leyendas, biografías y hojas sueltas,* cuya primera edición (1884) no ha sido posible localizar. Aquí se sigue la tercera, de 1917, compuesta de dos volúmenes titulados *Tradiciones cuzqueñas y leyendas* y *Tradiciones cuzqueñas y hojas sueltas* (Cuzco, Imprenta de H. G. Rozas). «Tambo de Montero» aparece en el primero de los volúmenes (págs. 96-97). En algunas ediciones este relato lleva la dedicatoria «A mi maestro, Señor Don Ricardo Palma».

[1] *Marqués de Mancera:* Don Pedro Álvarez de Toledo y Leyva (1585-1654), primer marqués de Mancera y virrey de Perú de 1639 a 1648, durante el reinado de Felipe IV.

[2] *Cuzco:* ciudad al sureste del Perú y considerada tradicionalmente como la capital histórica del país. Fue la capital del Imperio Inca y una de las ciudades más importantes durante el Virreinato.

[3] *quebrada de Saphi:* dentro de Cuzco fue un lugar lleno de vegetación y diferentes especies de flora y fauna. El Saphi es el río que en la antigüedad dividía el centro del imperio incaico, lo que es la actual Plaza de Armas, justo en el centro de Cuzco.

[4] *río Huatanay:* río del Cuzco, afluente del Vilcanota.

la margen izquierda una casa grande bastante ruinosa y de elevados paredones que hoy mismo es mirada con cierto grado de miedosa curiosidad y conocida con el nombre de *Tambo*[5] *de Montero.*

En 1643, estando de alcalde de soldados don Pedro Vásquez y alguacil mayor don Martín de Landa y Zavaleta, vivía en aquella casa un mercader europeo llamado don Pedro Montero de Espinosa, y según pública voz y fama de aquellos tiempos, se reunían por las noches muchos amigos de Montero.

La casa no presentaba otro aspecto que el de un camal[6] o una hostería y en prueba de ello se encontraba siempre a la puerta del establecimiento un pernil de jamón, un relleno descomunal o una sarta de salchichones pimentosos; todas golosinas codiciadas por el paladar europeo.

Más tarde la suspicaz observación de las gentes del barrio añadía atemorizada que en aquel lugar se congregaban los judíos residentes en la ciudad y señalaba, aunque por lo bajo, al joven de Espinosa.

Andando algo más el tiempo, ya se aseguraba que la casa de Montero era una verdadera sinagoga donde con arreglo al rito hebreo tributaban a sus creencias las ceremonias de su culto religioso.

¡Cosa grave en aquel tiempo!

Últimamente se aceptó como auto de fe la voz de que una de esas ceremonias se practicaba los viernes por la noche, flagelando a una imagen del Salvador[7] que al efecto tenían aquellos judíos.

Actualmente existe una pequeña capillita levantada en honor de aquella imagen, que más tarde fue llevada al templo de Santo Domingo[8]; y en la puerta se lee la siguiente inscripción que la copiamos sin alteración alguna:

---

[5] *tambo:* posada, hostal.

[6] *camal:* posada, o a veces también matadero.

[7] *Salvador:* se refiere a Jesucristo.

[8] *Santo Domingo:* la advocación de la catedral de Cuzco, empezada a construir en 1559 y concluida en 1654.

En este obscuro, lóbrego sitio del Tambo. Padeció nuevamente nuestro Redempr.[9]*... Jesús repetidas veces al profundo silencio de la noche por el Bárbaro Infame, Sacrílego Montero que en la duodena turba*[10] *de su Judaica perfidia probó largamente su crueldad la divina paciencia hasta que se traspuso el lugar Sagrado de Jerusalen. En este Santuario donde gusta escuchar atento la aclamación de nuestras rendidas súplicas y llevarnos por esta senda al centro de su gloria.*

Tan grandes acusaciones en aquellos tiempos de fanatismo religioso no tardaron en llegar a oídos de las autoridades civiles y eclesiásticas, agravando la posesión de Montero y poniendo en peligro su existencia, cuando campeaba el tribunal de la carroza verde[11].

Cierto día se llenó el Tambo de alcaldes y alguaciles enviados por don Jerónimo de Leyva a la sazón gobernante del Corregimiento del Cuzco mandado por el Virrey Marqués de Mancera.

Apresaron a Montero junto con los que se creían sus cómplices; sus bienes, que no eran para despreciados, se confiscaron en favor de la corona de España, y nuestro desgraciado mercader fue remitido a disposición del Santo Oficio[12] residente en Lima donde no la llevaría limpia, atendida la gravedad de las acusaciones que sobre él pesaban y el carácter del horrendo Tribunal.

---

[9] *Redempr.:* forma apocopada de 'Redentor'.

[10] *duodena turba:* expresión de sentido oscuro. En este contexto 'turba' podría referirse a un grupo de gente desorganizada y violenta y 'duodena' relacionarse con las doce tribus de Israel. En algunos textos litúrgicos esta expresión se refiere a los doce apóstoles de Jesucristo.

[11] *carroza verde:* carro utilizado para transportar a los reos o convictos de la Inquisición. El color verde era frecuente en los emblemas e indumentaria de este tribunal.

[12] *Santo Oficio:* la Inquisición.

II

La tradición ha conservado, pues que, efectivamente, fueron encontrados en aquel recinto misterioso, una imagen del Salvador que por la viveza y naturalidad de las llagas y contusiones parecía recientemente sacada de un taller de escultura; disciplinas con púas de fierro y otros instrumentos de tormento: que la pavimentación y las paredes presentaban manchas de sangre fresca que fueron indelebles mientras no estuvieran castigados condignamente los criminales, autores de aquel desacato.

Don Pedro Montero de Espinosa, como europeo, bien podía haber sido judío de familia y quizá de religión.

Francisco Tosta García
*La esquina del muerto**

I

Si no mienten los barruntos de formales octogenarios, que en su mocedad lo oyeron de otros no menos cabales setentones, fue en los tiempos borrascosos en que don Diego Portales[1] era gobernador de la Provincia, allá por los años de 1725 a 1727 que acaeció la historia, leyenda o cuento, de que voy a ocuparme, para buscar el origen fidedigno del nombre de esta esquina de la parroquia de Santa Rosalía[2], en la ciudad de Caracas.

Pero antes, y por vía de exordio[3], diré algo de este gobernador y de esta parroquia, para que los lectores tengan conoci-

---

* Francisco Tosta García, político, diplomático, militar, historiador, periodista y escritor venezolano (1846-1921). Como intelectual destaca por su faceta de miembro de la Academia Nacional de la Historia, ya en los últimos años de su vida, y su labor de periodista en *La Causa Nacional* y *El Pabellón Amarillo*. También escribió zarzuelas y es autor de tres novelas y también de unos *Episodios venezolanos* escritos según el modelo de *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós. Con frecuencia sus escritos iban firmados con el seudónimo de «K Lendas». Fue también autor de cuadros o narraciones costumbristas y tradiciones y leyendas. «La esquina del muerto», pertenece a este último grupo y procede de su libro *Leyendas de la Conquista* (Caracas, Tipografía de Vapor Guttemberg, 1893, págs. 281-290). Es la versión que se reproduce aquí.

[1] *Diego Portales y Meneses:* capitán general de Caracas de 1721 a 1728.

[2] *parroquia de Santa Rosalía:* se refiere seguramente a la parroquia Santa Rosalía de Palermo, que se encuentra en la diócesis de la Guaira, en Caracas.

[3] *exordio:* preámbulo o introducción a la historia por presentar.

miento pleno de la época y del lugar, donde ocurrió tan maravilloso y trágico incidente.

Lo extravagante no choca con lo serio, y nunca están demás los perfiles históricos, aunque se trate de un caricatura.

Por disposición inapelable del virrey y audiencia de Santa Fe, que en esos tiempos tenían el brazo tan largo en materia de jurisdicción, que hasta a nosotros alcanzaba, los alcaldes ordinarios de la ciudad *prendieron a la justicia*, es decir, encarcelaron al gobernador por intrigas, enredos y aseveraciones en cuestión de competencia de atribuciones, y seguramente habríase madurado Su Excelencia en *chirona*, si no regresa el obispo don Juan Escalona y Calatayud[4], quien se encontraba en visita, y que, con sus grandes influencias, pudo obtener del Cabildo la libertad de don Diego; pero no su reposición, porque los alcaldes se pusieron en armas para impedirla. Entonces al astuto obispo, ocurriósele la audaz estrategia de reconocerlo dentro del palacio episcopal, y armado de mitra y báculo, delante de los canónigos, curas, frailes, sacristanes y monaguillos y de todas las personas que quisieron concurrir, le rindió pleito y homenaje como autoridad legítima, aconsejándole se internara en el interior, para solicitar apoyo. La sangre hubiera corrido indudablemente en aquellos días y *obispistas* y *cabildistas* se habrían roto la cabeza, si no hubiera llegado tan oportunamente una real cédula que mandaba reponer a don Diego Portales, y remitir a los alcaldes bajo partida de registro a España. Como se ve, monseñor Escalona sabía cómo se llevan los balandranes[5]; y la vara de los alcaldes, no se atrevía aún a entiesarse como se entiesó más tarde en el ruidoso acontecimiento de Emparan[6].

---

[4] *Juan Escalona y Calatayud:* prelado español (1675-1737), que encabezó varias diócesis americanas, entre ellas la de Morelia, en México. Tuvo relaciones muy cercanas con los monarcas españoles.

[5] *balandranes:* vestidura talar que suelen usar los eclesiásticos.

[6] *Emparan:* Vicente de Emparan y Orbe (1747-1820) militar y político español gobernador de la provincia de Cumaná (Venezuela) entre 1792 y 1804. Tosta García se refiere seguramente al hecho de que Emparan había sido confirmado en su cargo por Napoléon, pero al mismo tiempo había jurado fidelidad a Fernando VII y a la Junta Central, el Ejecutivo español durante la

La parroquia de Santa Rosalía de Palermo, cuyo templo edificó el obispo don Diego de Baños y Sotomayor[7], en el año de 1696 en honor y gratitud hacia esta santa, por haber hecho cesar la epidemia llamada *vómito negro,* que por muchos meses azotó a Caracas, no tenía gran vecindario para los referidos años de 1725 al 1727, siendo la calle real de la Alcabala la de mayor población y tráfico por tener que pasar por ella todas las personas, arrias[8], frutos y ganados, que para entrar o salir, pagaban el peaje o derecho de tránsito al alcabalero[9] de sable, mesita y farol, personaje típico que representaba en antaño el retrógrado fisco colonial. Las demás calles no podían mencionarse como tales siendo apenas proyectos de manzanas, con casitas de pajareque[10], ranchos de cocuiza[11], empalizadas, barrancos y montarrales[12]; encontrándose de trecho en trecho modernas casas de teja, que auguraban el progreso que debía alcanzar más tarde aquella naciente parroquia.

II

En la esquina anterior a la Alcabala existían en aquel tiempo dos pulperías[13], una antigua acreditada, muy surtida fundada por don Damián González y que muerto éste, giraba bajo la razón de hermanos González; y otra que acababa de

---

invasión francesa. Al regresar a Venezuela, en 1809, luchó contra los conspiradores independentistas, pero acabó dejando voluntariamente su puesto al ser acusado de favoritismo hacia los españoles de origen peninsular. Murió en España en 1820.

7 *Don Diego de Baños y Sotomayor:* obispo de Caracas entre 1683 y 1706, año en el que fallece.

8 *arria:* recua o conjunto de animales de carga.

9 *alcabalero:* cobrador de impuestos de operaciones comerciales.

10 *pajareque:* construcción de techo de paja y paredes de paja y barro, con postes de madera.

11 *cocuiza:* cuerda que se fabrica con fibras del árbol llamado cocuí o pita.

12 *montarrales:* especie de barranco con bastante vegetación.

13 *pulperías:* tiendas donde se venden alimentos y productos necesarios para la casa. También es un lugar donde tradicionalmente se reunían a platicar, fumar, comer y beber en los pueblos pequeños.

establecer Lucas Calderín, joven natural de la Orotava[14] muy relacionado, activo y diligente, que gozaba de mucho crédito en el comercio y de gran estimación en la ciudad.

Los pulperos de entonces eran personajes de muchos timbres y campanas, pues no existiendo para dicha de aquella generación hoteles, posadas, confiterías, con apéndice de *líquidos,* billares con trastienda garitera[15], cafés con cuartico reservado, ni boticas, ni botiquines, centros o «antros» de civilización, donde consume la humanidad contemporánea su fortuna, su salud, su honestidad y su honra, las pulperías o las *canastillas,* eran naturalmente los únicos puntos de reunión, tertulia y pasatiempo que tenían nuestros benditos abuelos. Allí se departía alegremente sobre negocios, religión, política y cacería, allí también, fuerza es decirlo en rigor de la verdad histórica, se tiraban sus canas al aire y sus longanizas al Malo[16], rindiendo culto a Baco[17], a Venus y a Birján[18], pues frecuentemente y con todas las precauciones del caso, se escanciaban copas, se requerían mujeres y se jugaba un golfito religioso, una caída con su *ronda*[19], y todo; y hasta albures y gallos, que muchas veces hacían sangre en los bolsillos. Eso sí, todo ello se hacía con su razonable división, de jerarquía social, con aquel escrúpulo recalcitrante que tenían nuestros mayores hasta para las cosas *non santas,* así: de mostrador adentro, los de corbata y zapato, y de mostrador afuera, los llamados «mangas de camisa».

¡Cada oveja con su pareja!

---

[14] *Orotava:* La Orotava es un municipio de la provincia de Santa Cruz de Tenerife. Está situado en el norte de la isla.

[15] *trastienda garitera:* cuarto situado detrás de una tienda con caseta donde está un vigilante o portero.

[16] *Malo:* el Diablo.

[17] *Baco:* la versión latina del Dioniso griego, el dios del vino y las fiestas.

[18] *Birján:* en algunos lugares es el nombre que se da al dios griego de los juegos de azar.

[19] *golfito religioso, caída, ronda:* por el contexto, debe de tratarse de juegos de naipes o de azar.

Los de alpargata[20], cotiza[21] y *pellejín*[22], calificándose de este modo a los infortunados que acariciaban la madre tierra con el cuero natural mondo y lirondo, no podían alternar, ni en éstas ni en otras faenas, con los que tenían o aspiraban al anhelado *don*.

Nada puede retratar mejor la repugnante tirantez social de aquellos días que el conocido grito del inmortal Ño Morián en las procesiones callejeras: «los de chaqueta al sudario!»[23].

Los pulperos de antaño eran algo así como decuriones o ediles[24] de barrio, en ellos residía ese *quid divinum*[25] del prestigio popular, daban nombre a las esquinas, eran candidatos para comisarios, jueces de paz, concejales, capitanes de toros y altares, eran, en fin, notabilidades urbanas de tanto pro, que alcanzaban a las veces hasta el honor insigne de llevar el pendón[26] en las procesiones, de empuñar con sus manos callosas de picar queso y papelón[27], las santas varas del Palio[28]; llegando hasta echar sobre sus hombros en los grandes jueves del crisma[29], las llaves del Sagrario[30] de la parroquia.

De ahí que se disputasen las esquinas o buenos *puntos* como trincheras o fuertes, de ahí aquellas ruidosas competentencias que alborotaban el vecindario, que lo dividían en dos bandos de compradores que se encarnizaban en la lucha y que después unidos celebraban el triunfo del vencedor sobre su arruinado

---

[20] *alpargata:* calzado hecho de esparto u otro material modesto.

[21] *cotiza:* sandalia utilizada por personas de campo o de pocos recursos, sobre todo en Venezuela.

[22] *pellejín:* cuero fino, usado en los calzados.

[23] *Ño Morián... al sudario:* no ha sido posible encontrar referencias a esta expresión. *Ño Morián* es un americanismo equivalente a «señor Morián».

[24] *decuriones, ediles:* cargos militares y civiles de la antigua Roma.

[25] *quid divinum:* ese «algo» divino.

[26] *pendón:* especie de bandera o insignia de forma triangular o acabada en puntas.

[27] *papelón:* pan de azúcar, sin refinar.

[28] *palio:* toldo portátil con el que se cubre la Eucaristía durante las procesiones.

[29] *jueves del crisma:* día litúrgico de la Iglesia católica —normalmente el Jueves Santo— en que se consagran los óleos que se van a usar al administrar sacramentos como el bautismo o la unción de enfermos.

[30] *sagrario:* receptáculo normalmente de metal noble y ubicado en un lugar prominente de los templos católicos, donde se guarda la sagrada hostia.

contricante, que chiflado y maltrecho salía arruinado, o como dicen vulgarmente, «con las tablas en la cabeza».

Calderín y los González riñeron una de aquellas batallas legendarias, uno de aquellos duelos a muerte tan gratos para los parroquianos que compraban los víveres por el suelo, casi regalados. Cuando el primero se estableció abriendo un domingo con gran bulla de cohetes y triquitraquis[31], cachos[32] y *guaruras*[33], el mayor de los González, llamado Sebastián, gritó desde su puerta con risa burlona y haciendo una mueca indecente: «Alegrías son vísperas de llanto», ¡a Calderín le va a salir el muerto!

El amenazado supo la chilindrina[34] por trasmisión inmediata de los que oyeron la frase; y al siguiente día, amanecieron sus artículos con un centavo menos en el precio que los de su vecino.

Los González bajaron dos un día después; y así, de quien a quien, llevaron la competencia a tal extremo, que al mes hubo tal derroche e increíble puja que llegaron los quesos de Flandes a venderse a peseta, los papelones a real, las cajas de sardinas a medio y las libras de esperma[35] a centavo, terminando los competidores por regalar los artículos con tal de que no se los comprasen al vecino.

Por supuesto que a la postre la soga reventó por lo más delgado, las existencias de Calderín se agotaron, con los productos de aquella especie de remate compró más víveres, hasta que derrotado y maltrecho, quemó los últimos cartuchos contra aquella fortaleza inexpugnable de los González, que se reponía y agigantaba en la lucha, teniendo gran crédito en la plaza y muchos fondos de reserva.

Calderín sucumbió presentándose en quiebra; pero con asombro de todos no se mudó de la casa, sino que muy tran-

---

[31] *triquitraques:* especie de petardo, cohete o buscapiés.

[32] *cachos:* parece referirse a cuernos de animales preparados para hacer ruido o cierto tipo de música.

[33] *guarura:* bocina hecha con un caracol marino.

[34] *chilindrina:* frase a la que se le da poca importancia.

[35] *esperma:* aceite o grasa procedente de las ballenas, que se utilizaba para fábricar velas o alimentar lámparas.

quilo, se quedó en ella poniendo en la puerta un letrero que decía: «Pronto arreglaremos cuentas».

Tal inscripción dio algunos motivos para hacer conjeturas; pero la generalidad comprendió que aquello era muy corriente y natural, puesto que debía referirse a las cuentas pendientes entre acreedores y deudores.

Es el caso que, andando los días, los curiosos del vecindario empezaron a notar ciertas señales de comunicación e inteligencia entre Calderín y Rita Antonia, la esposa de Sebastián González, la cual era una morena de airoso talle, labios de rosa y ojos de fuego, que se bebía los aires. Hubo más, algunos murmuradores de oficio llegaron hasta asegurar que se carteaban. Nadie podía dar fe de la certeza de semejantes síntomas de amores fraudulentos, entre personas tan desligadas por la reciente contienda mercantil; pero la malicia parroquial lo sospechaba y sobre tan productivo tema, hacíanse comentarios y deducciones a cual más extraños y graciosos.

III

De súbito empezó el vecindario a sobrecogerse de espanto con la aparición por las noches de un muerto o fantasma de hábito blanco y ojos de candela, que se paseaba por la cuadra y luego desaparecía, tomando hacia las quebradas y vericuetos de la Sabanita.

El terror se generalizó de tal manera, que al dar el toque de ánimas[36], todas las puertas se cerraban, y ningún vecino salía a la calle ni para buscar la extremaunción.

—Yo he visto el muerto —decía una viejita limosnera, al tomar su trago de la mañana en la pulpería de los González—, yo lo he visto anoche rondeando esta casa y metiendo los ojos por los agujeros de las cerraduras.

---

[36] *toque de ánimas:* normalmente era el repiqueteo de las campanas de la iglesia local al caer la noche.

—He visto al fantasma —afirmaba el carpintero de la media cuadra, al comprar sus provisiones para el día—, se paseaba de esquina a esquina y por último se sentó en el suelo, frente a esta casa, como esperando u observando algo.

—El muerto hace progresos —añadía con sonrisa pícara la comadrona al llenar su canasto de comestibles para el almuerzo—; anoche cuando venía de asistir a doña Natividad, lo miré parado en la puerta de campo de esta casa y si mis ojos no me engañan, ¡creo que hablaba con una persona...!

Tales informes pasaban ya de castaño a oscuro. Difuntos sentándose, paseando, vigilando y por último, conversando con personas vivas... ¡zape!

Sebastián González, que desde algún tiempo andaba, por motivos que él se sabría, muy preocupado y caviloso, al oír aquellas alarmantes noticias, pusiéronsele los pelos de punta y pensó para sí:

—Basta de dudas y temores, esta noche sabré yo quién es el muerto y qué hay de verdad en todo este lío de cuentos y enredos que ya me tienen loco. ¿Quién dijo miedo? Yo sabré tener valor y resolución, pues no creo en muertos sino en vivos...

Efectivamente, al cerrar la pulpería, pretextó que iba a unas maromas[37], y embozado en su capote escocés[38], armado de trabuco y puñal, se ocultó en unos cercanos escombros.

En esa época no había en Caracas alumbrado público, ni serenos, ni siquiera el servicio urbano de patrullas, que se estableció más tarde; las calles, después que *dejaban*[39] las nueve, quedaban solitarias y como boca de lobo.

Imaginen los lectores cómo estaría la cuadra de los González, en donde por añadidura, había sentado sus reales un alma en pena.

No ladraba un perro, ni maullaba un gato, ni chillaba un grillo, todo era silencio, oscuridad y misterio.

De pronto, por la parte este de la calle apareció una sombra blanca con dos puntos luminosos en la cara, que venía quejándose y arrastrando una cadena.

---

[37] *maromas:* actividades o asuntos particulares.

[38] *capote escocés:* tipo de capa corta.

[39] *dejaban: sic* en el original, ¿por *daban*?

Sebastián se quedó tamañito, el corazón quería salirse por la boca, quiso huir, pero una fuerza sobrenatural lo detuvo y sus dedos acariciaron nerviosamente el gatillo del trabuco. Esperó y vio.

El muerto pasó lentamente, llegó a la esquina, registró los cuatro ángulos, miró por los huecos de las llaves, y luego regresó, parándose frente a la puerta de campo de su casa. Al cabo de un rato de expectativa, se bajó la capucha blanca, se quitó los candiles de la cara y dio tres golpecitos quedos en la puerta, la cual se abrió en seguida, dando paso a una mujer que recibió entre sus brazos el fantasma.

Sebastián desde su escondite, trémulo, absorto, lleno de curiosidad, se acercó lentamente y tembló de furor al reconocer en el fantasma a Lucas Calderín y en la mujer a Rita Antonia, su consorte.

—¡Infames! —exclamó fuera de sí amartillando el trabuco—, ¡váis a morir como unos perros!

Rita Antonia cayó desmayada al oír la voz de su marido, y Lucas se volvió muy tranquilo hacia él contestándole:

—Estás en tu derecho, pero yo también estoy en el mío, tú me arruinaste, y yo te he deshonrado. A ambos nos ha salido el muerto...

Sebastián, por toda respuesta le tendió el trabuco sobre el pecho; pero no salió el tiro porque una mano misteriosa le había quitado la ceba, entonces requirió del puñal, que tampoco salió de la vaina, porque acaso la misma mano lo había atado con firmes ligaduras.

—Eres un miserable, y ésa es una infame que me ha traicionado y desarmado por tu orden. ¡Ambos moriréis a mis manos!

Entonces se trabó una lucha terrible, espantosa y rápida entre aquellos dos hombres, que terminó por el vencimiento de Sebastián González, que quedó sin vida en el suelo, estrangulado por la robusta presión de los dedos de su adversario, aplicados en el cuello.

Muerto el rival, el asesino despertó a la adúltera, se cerró la puerta, reinó el silencio; y el fantasma continuó lanzando quejidos y arrastrando su cadena.

Al siguiente día los espantados madrugadores encontraron sin vida a Sebastián tendido en la calle; pero de manera tan

sobrenatural y para colmo de asombro, sin una herida, sin un rasguño, sin una contusión, siquiera, que indicara tropelía o asesinato.

—El muerto —dijeron todos los comentadores, curiosos y murmuradores—, el muerto que seguramente lo tocó con sus manos heladas, llevándoselo para el otro mundo; y como el fantasma no se presentó jamás por aquellos barrios, se confirmó la firme creencia de que a Sebastián González le había llevado una alma en pena. Algunos años después su viuda, muy apuesta y engalanada y tan alegre como si no hubiera quebrado un plato, celebraba sus segundas nupcias con Lucas Calderín, en la iglesia de Santa Rosalía. Por virtud de este enlace, el nuevo esposo tuvo la mitad de las pérdidas y gananciales de la casa de comercio de los hermanos González, que continuó girando bajo la firma social de «González y Calderín».

Andando el tiempo, por motivos inexplicables, aquella pulpería, siempre tan acreditada y concurrida, empezó a decaer y a quedar sola; llegando hasta su ruina y desaparición. Calderín murió tullido en la Casa de Misericordia, y Rita Antonia consumida por la lepra, pidiendo una limosna por las calles.

El vulgo bautizó desde entonces aquella esquina con el calificativo del «Muerto», y ahí está, con su nombre imborrable, recordando el trágico episodio de su origen y resistiendo todas las innovaciones y nomenclaturas modernas.

José María Barrios de los Ríos
*El buque negro**

Corría el año de gracia de 1716. Era el mes de octubre, y los padres de la misión de Nuestra Señora de Loreto[1] no recibían cartas ni víveres desde enero.

La carestía era inmensa. Todas las tardes se sentaban, después de las preces públicas, a vigilar tristemente el golfo de Cortés[2], con la esperanza de avistar el barco protector que aguardaban hacía luengos meses.

Una de esas tardes, teniendo el reverendo padre Juan María Salvatierra su largo rosario entre las manos, interrumpió la piadosa devoción para señalar con el dedo a sus compañe-

---

* José María Barrios de los Ríos (México 1864-1903) fue abogado de profesión y ejerció en varias ciudades de su país. Durante su estancia en Baja Californa (1892-1894) escribió varios relatos ambientados en esa región, entre los que seguramente se encontraba «El buque negro». La primera edición conocida de este cuento es la incluida en el libro póstumo *El país de las perlas y cuentos californios* (México, Biblioteca Estarsiana, 1908). Como escritor firmó a veces con el seudónimo de «Duralis Estars». Se reproduce aquí la versión de 1908.

[1] *misión de Nuestra Señora de Loreto:* nombre de una de las primera misiones españolas en lo que hoy serían California y Baja California, en Estados Unidos y México respectivamente. Fue fundada en 1897 y su nombre completo era el Nuestra Señora de Loreto Conchó.

[2] *golfo de Cortés:* originalmente nombrado mar de Cortés en honor Hernán Cortés. Actualmente es conocido como golfo de Baja California y se ubica entre la península de Baja California y los estados de Sonora y Sinaloa, al noroeste de México.

ros, que no lejos de allí rezaban, un punto negro y lejano que se percibía en el horizonte.

Este pecadillo de distracción, que el santo jesuita lloró como un niño el resto de su vida, escandalizó a los otros padres, los cuales, no haciendo caso de la señal del padre superior, continuaron su rezo impasiblemente.

Cuando todos hubieron concluido, les pidió perdón por su falta y que rogaran a Dios no fuese a hacer sentir su justicia sobre la misión en castigo de aquel pecado, cometido por el pastor de aquellas ovejas, en quien ellas sólo debían mirar ejemplos de exactitud, perseverancia y santidad en las buenas obras.

El punto avistado se acercaba a toda prisa. Indudablemente debía de ser una embarcación: así lo pensaban los padres y la gente que había acudido a la playa al saber la buena nueva.

Pero el caso es que aquello no tenía velas, ni al parecer mástiles. Veíase sólo una masa negra que avanzaba rápidamente. ¿Sería un cetáceo?[3]. Inverosímilmente podía pensarse esto: la historia natural de aquel tiempo era bastante completa en lo relativo a monstruos marinos, pues todos los mares del mundo habían sido ya explorados...

Fuese lo que fuese, en las buenas almas de Loreto dominaba universal regocijo: sólo el padre Salvatierra parecía contristado como si temiese en el arribo del barco enigmático la caída de una maldición a su santa obra.

Acercose por fin la grandiosa mole, redonda como el dorso de la ballena, menos en la proa, donde estrechándose y reentrando las convexidades opuestas, degeneraban en dos planos verticales que unían las líneas de sus extremos en un ángulo de setenta. Carecía de arboladura[4] y velamen[5]. Desde la línea de flotación podía medir, de altura o puntal, hasta siete metros, y su largo o eslora[6] vendría a ser como de unos

---

[3] *cetáceo:* orden de mamíferos acuáticos al que pertenecen las ballenas; la llamada ballena gris es bastante común en el golfo de Baja California.

[4] *arboladura:* conjunto de mástiles o vergas de una embarcación.

[5] *velamen:* conjunto de velas en una embarcación.

[6] *eslora:* longitud que tiene una nave o embarcación.

treinta y seis, con manga proporcionada a estas dimensiones. Por las lucanas[7] o las ventanillas salía un fulgor verdoso y vivísimo. Su color o pintura era negra, sin brillo ninguno, y su cubierta estaba coronada por tripulantes negros también. Eran las seis menos cuarto cuando fondeó, sin ruido ninguno, a cincuenta brazadas[8] de la playa.

El asombro hizo enmudecer a la colonia. Ésta se componía entonces de algunas tres mil almas, y la piedad que los misioneros habían inculcado en todas, no menos que la frecuente escasez en que vivían, careciendo hasta de lo indispensable para la vida, las habían acostumbrado a recurrir a la oración, en los casos apurados, y a confiar sus destinos tranquilamente a la Providencia. Los más de los presentes a esta escena pensaban que Dios había escuchado las preces públicas que a la sazón habían ordenado los padres, así que, si bien no se explicaban aquella embarcación nunca vista, hallándola del todo diferente del pequeño bastimento[9] *San Jaime,* único barquillo que por entonces los proveía, esperaban no obstante que la llegada del buque sería el fin de la carestía. Recibieron, pues, al desconocido barco entonando desde la playa regocijadas alabanzas, levantando las manos al cielo y saludando a la tripulación negra con vítores y honores de bienvenida...

Los jesuitas no las tenían todas consigo. Su superior ilustración les hacía rechazar de plano cualquiera teoría de navegación no fundada en los aparejos veleros, único sistema conocido hasta entonces; y no teniendo noticia de que se hubiere ensayado siquiera otro medio de locomoción por el mar, distinto del viento y del remo, a punto estuvieron de calificar de diabólico artificio la aparición del *Buque Negro...* Su asombro no tuvo límites cuando vieron que cuatro negrazos horribles descolgaban desde la borda un batelillo color de hollín[10], y que por una escala de cuerda se deslizaba un hombre blanco, vestido a la usanza de los hijosdalgo es-

---

[7] *lucanas:* ventanillas de una embarcación.

[8] *brazada:* medida de longitud marina equivalente a dos varas o 1,67 m.

[9] *bastimento:* pequeño barco con provisión de sustento.

[10] *batelillo color de hollín:* barco pequeño negro o sucio.

pañoles, y que parecía ser el jefe de aquellos atezados[11] tripulantes...

Sentose el caballero en el largo escaño de madera que flanqueaba el esquife[12], a su vez hicieron lo mismo los cuatro negrazos y se dirigieron al puerto a todo remo. El blanco llamábase don Veremundo de la Garza y Contreras, natural de Villamadera, en el reino de Navarra: tenía veinticinco años y era hermano menor del duque de Torre la Mora. Esto rezaba un pasaporte en toda regla que presentó al padre superior, simultáneamente pastor espiritual y representante del virrey en la colonia. La estatura mediana, la barba finísima, bien poblada y lustrosa, la nariz grande y graciosamente corva, la boca plegada en dos leves arrugas hacia las comisuras de los labios ternísimos, buena la sonrisa y astuta la mirada, despedida por dos ojos de un negro espléndido, como la barba y el pelo; tal es, en pocas palabras, el retrato del héroe de mi historia...

Con aire señoril, aunque realzado por una conveniente modestia, con palabra fácil y persuasiva y con maneras de una cortesanía nada afectada, habló el personaje con los padres y los colonos de cuanto fue oportuno en aquella ocasión: del mar de España, del rey, del Nuevo Mundo, de los largos viajes, de la temperatura, de las misiones...

Pero con prudentes reticencias y salvedades discretamente diplomáticas, se dejó en el coleto[13] la explicación del enigma del barco negro, dando a entender que aplazaba la revelación del misterio para otro día; día que —sea dicho de una sola vez— no llegó jamás; porque ni en las crónicas, ni en el archivo de la misión, ni en los papeles particulares de los jesuitas, se ha encontrado la clave de este singularísimo suceso...

Y como para abreviar a sus interlocutores del prurito de inquisición y examen a que parecía comenzaban a someterle, se apresuró a ponderar el inmenso cargamento de víveres y socorros que traía para la colonia, pidiendo el auxilio de gen-

---

11 *atezados:* con la piel oscurecida por el sol.
12 *esquife:* barco pequeño empleado en un navío para saltar a tierra.
13 *en el coleto:* dando a entender que se dejó para sí, sin exteriorizar.

te y canoas a fin de abreviar la descarga. Esta noticia despertó en la misión el más extraordinario entusiasmo: canoas iban, canoas venían, y sobre la playa se apilaba en colosales balumbas[14] enorme porción de sacos, valijas, cajas, barriles, fardos y bultos de toda clase. Semillas, frutas, carnes saladas, mantas, sombreros, muebles, útiles de labranza, cerdos, ovejas, toros y vacas... de todo ello quedaba la misión abastecida para muy largo tiempo. La descarga duró cerca de tres días, durante los cuales a los colonos los tuvo sin cuidado el problema náutico del barco sin velamen ni arboladura, ateniéndose prácticamente a la solución en alto grado gastronómica, indumentaria y agrícola que les deparaba el botín enorme. Concluida la descarga, a las primeras sombras de la noche del 18 de octubre, se alejó el *Buque Negro,* sin vientos ni remos, con el mismo silencio de su arribo, y dejándose en la misión al hijodalgo don Veremundo de la Garza y Contreras, muy agasajado de la colonia, en la cual había adquirido una popularidad que rayaba en veneración: cosa que nada tiene de extraordinario ni en Loreto ni en el resto del mundo.

Al padre Salvatierra le supo muy amargo todo aquello aunque fuese su huésped navarro y hermano de un duque de la corte de España.

El recién llegado no traía entre los infinitos artículos de su cargamento ni un solo paquete de rosarios, ni un lote de catecismos, ni un mal ornamento para iglesia, ni siquiera una estampa de santos; su devoción, por otra parte, era un tanto problemática, pues desde su venida no había visitado ni una sola vez el templo de la misión, para dar gracias por el buen suceso de su viaje... A efecto de tentar el corazón de aquel impío, ordenó el padre un *Te Deum*[15] solemne, en acción de gracias por los socorros recibidos en el *Buque Negro.* El señor don Veremundo concurrió al acto como todo hijo de vecino, sin distinguirse de los demás por otra particularidad, sino

---

[14] *balumbas:* conjuntos grandes y generalmente desordenados de objetos y cosas variadas.

[15] *Te Deum:* en latín: «A ti, Dios», título y palabras iniciales de uno de los himnos cristianos más antiguos. Suele ser entonado en momentos de celebración y de acción de gracias.

porque no hizo la señal de la cruz ni antes ni después del piadoso ejercicio; en lo cual nadie paró mientes...[16]. Pero he aquí que, al concluir el cántico religioso y al volverse de frente a sus neófitos[17] el buen padre para bendecirlos, sintió tan grande inmovilidad en el brazo derecho, que apenas pudo levantarlo, y sin poder trazar en el aire la sacrosanta enseña[18], dejó caer la mano sobre el muslo con la pesantez del plomo y sin poder evitarlo...

Lleváronlo de allí en brazos; porque era presa de tenacísima fiebre. Algunos días después, convaleciente y siempre triste, embarcose para la Nueva Galicia[19] en busca de salud y reposo, y no pasó mucho tiempo sin que exhalase en Guadalajara el último suspiro. En las supremas ansias de la agonía, dirigiendo la mortecina vista hacia el occidente, intentó bendecir de nuevo, aunque fuese desde tan lejos, la misión de Loreto, y sintió esta vez rebeldes sus nervios y pesada la mano, falleciendo sin derramar sobre sus catecúmenos el postrer sentimiento de su vida...

Pero volvamos a Loreto. Don Veremundo, con las simpatías que le había conquistado su desmedida generosidad, con su despejado y siempre listo cacumen[20] y con la fortuna que le acariciaba notoriamente desde su llegada a aquellas playas, comenzó a prosperar en grande en todas las empresas que acometía su audaz y nunca dormido carácter. Expediciones de buceo, plantíos de cereales, cabotaje[21] por su cuenta en el golfo, exportación de vinos y frutas: cuanto intentaba le colmaba de riquezas al inaudito extremo de que a fines de 1718,

---

16 *paró mientes:* tomó en cuenta.

17 *neófitos:* personas recién admitidas a la fe.

18 *sacrosanta enseña:* la señal de la Cruz que se hace al final de algunas ceremonias religiosas como bendición de despedida.

19 *Nueva Galicia:* nombre que se dio en 1549 a lo que se consideró una subdivisión del virreinato de Nueva España. Nueva Galicia abarcaba principalmente los actuales territorios mexicanos de Nayarit, Jalisco, Colima y Aguascalientes, así como también algunas zonas de Zacatecas, San Luis Potosí y Durango. Guadalajara, la ciudad que se menciona a continuación, es la actual capital del estado de Jalisco, parte de la antigua Nueva Galicia.

20 *cacumen:* agudeza, perspicacia.

21 *cabotaje:* navegación o tráfico marino cercano de cortas distancias y que normalmente se realiza sin alejarse de la costa.

sus tesoros eran incalculables. De cada valva sacaba una perla, de cada semilla un mundo de semillas...

No sé si mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que no hay en este asendereado[22] planeta cosa alguna que más despierte la envidia de los mortales, que ver que el prójimo se hace rico... Lo cierto es que las gentes de la misión comenzaron a murmurar de don Veremundo, cosas maravillosas y nunca oídas. Decíase que su riqueza era dádiva demoníaca. Que un papel trazado de gruesas líneas negras, que a nadie había dado a leer don Veremundo, pero que éste ojeaba de vez en cuando sentado en la playa, contenía el convenio, firmado de puño y letra de ambos contratantes, mediante el cual don Veremundo transfería a Satanás el dominio de su alma, con exclusión de los derechos de Dios y a cambio de riquezas; y para confirmar este dicho añadían que al fin o a la postre, el *Buque Negro* se lo había de llevar en cuerpo y alma. Finalmente, que la decadencia de la misión no tenía otra data que el arribo de Garza, a quien debía atribuirse asimismo la parálisis aguda del brazo del padre Salvatierra, así como su inesperada y prematura muerte... Y en éstas y otras semejantes pláticas, esparcidas primero *sotto voce*[23] y transmitidas después de padres a hijos ya con mayor libertad y garrulería[24], porque don Veremundo se iba envejeciendo y tornando en débil estantigua[25], transcurrieron hasta cincuenta años, sin que por lo demás, en el lapso de este tiempo dejasen, los buenos feligreses de Loreto, de solicitar y percibir en pingües demostraciones contantes y sonantes los desbordamientos de la liberalidad siempre inexhausta del hijodalgo. Y esto prueba otra sencillísima observación que se me ocurre, si a mis lectores no incomoda, y digo se me ocurre, no porque sea nueva, sino porque viene a cuento, y es que nada hay en este bajo mundo que armonice mejor las voluntades y trueque en servidores obsequiosos a los malquerientes, como la

---

22 *asendereado:* lleno de adversidades.

23 *sotto voce:* en voz baja o como en secreto.

24 *garrulería:* en voz de todos a modo de chisme o murmuración.

25 *estantigua:* que va quedando envejecido y débil en exceso, como figura fantasmal.

generosidad y largueza en las dádivas; y así, don Veremundo, aunque visto con desconfianza y antipatía, no tuvo en torno suyo más que atenciones, servicios y alabanzas. Sólo le abandonaron sus convecinos cuando cayó en cama, atacado de extraña dolencia que nadie diagnosticó ni pudo curar en la colonia.

A pocos días de estar enfermo don Veremundo, volvió a avistarse el *Buque Negro* desde las playas de Loreto. Con rapidez inusitada en embarcaciones comunes se acercó al puerto silenciosamente, sin velamen, ni arboladura, ni jarcias[26], lleno de una intensa luz rojiza que se veía a través de los vidrios de las lucanas y lumbreras, y movido por no se supo qué fuerza misteriosa. Salieron a cubierta cuatro negrazos, descolgaron un esquife, se metieron en él, remaron hasta atracar en el desembarcadero, saltaron tres de ellos en tierra, y se dirigieron a la casa de Garza y Contreras, lo levantaron en brazos y envuelto en sus ropas de cama lo embarcaron en el batel negruzco, volvieron a remar hacia el *Buque Negro,* a donde subieron con el moribundo, y zarparon sin rumor y con rapidez; perdiéndose bien pronto de vista el barco maravilloso en las lejanías ensombrecidas de la mar, que ya empezaba a oscurecerse con el capuz de la noche.

---

[26] *jarcias:* conjunto de los aparejos y los cabos de una embarcación.

JAVIER DE VIANA

CAMPO



MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

25 DE MAYO, ESQUINA CÁMARAS

1896

Portada de *Campo* (1896), donde apareció «La vencedura», de Javier de Viana.

Javier de Viana
*La vencedura**

I

Continuas y copiosas habían sido las lluvias durante aquel invierno. Poco habían podido hacer los estancieros para reorganizar sus propiedades asoladas por la guerra. Los que llevaron ganados y tropillas[1] al Brasil, regresaron con ellos flacos

---

* Javier de Viana, escritor uruguayo (1868-1926) que también participó en algunas contiendas políticas y militares de su país, entre ellas la insurrección nacionalista de 1904. Colaboró con varios periódicos y revistas de la época, como *El Fogón, Caras y caretas,* etc. Su primera colección de relatos se titula *Campo* (1896), a la que luego seguirán las novelas *Gaucha* (1899) y *Gurí* (1901), otro libro de relatos en los que destacan la presencia naturalista y la hábil descripción del paisaje campestres y de la vida rural y gauchesca. Viana es sobre todo conocido por su labor de cuentista, en la que siempre destacó más que en la novela, o como periodista o dramaturgo. De la misma forma, lo mejor de su producción es anterior a 1904, fecha en la que se exilia a Argentina y donde sobrevive escribiendo cuentos a ritmos forzados y no siempre de calidad. «La vencedura» apareció recogida en el libro *Campo,* en 1896, y el mismo año, también en el diario *La Cruzada,* de Montevideo (2 de julio; véase Álvaro Barros-Lémez, *La obra cuentística de Javier de Viana. Investigación bibliográfica y hemerográfica de la producción,* Montevideo, Libros del Astillero, 1985, 30). No ha sido posible identificar cuál de las dos apariciones es cronológicamente anterior. También se recogió en posteriores ediciones del libro, el cual llevaba a veces el subtítulo de «Escenas de la vida de los campos en América», como ocurre con la publicada en Madrid en 1918 por la Editorial América.

vencedura: cura.

[1] *tropillas:* manadas, recuas, conjunto de ganado.

y enfermos. Los que tomaron parte en la lucha tenían sus campos despoblados: apenas una majadita[2] para el consumo diario, unos cuantos jamelgos escuálidos y derrengados, y la esperanza en la primavera próxima para ver el engorde de los escasos vacunos, comprados a peso de oro, a pesar de su flacura. De las huertas no quedaban más que uno que otro horcón del valladar de palo-a-pique[3], y el terreno desigual, rugoso, cuya fecundidad aprovechaban el cepa-caballo[4] y la cicuta[5], la manzanilla cimarrona[6] y el yuyo colorado[7]. Vacíos estaban los galpones[8], tapizados de polvo y ornados con grandes cenefas[9] de telarañas. Las lluvias y los vientos habían trabajado de firme en los techos de paja y en los muros de adobe de los ranchos que, respetados por el salvajismo partidario, no fueron reducidos a escombros por el fuego. En el redondel de las «mangueras»[10] había crecido yerba, y el extenso playo[11] que existió frente a la tranquera[12], cubierto de gramillas[13], se confundía con el terreno verde, no dejando más que una mancha blanca, a un lado, donde, en los ya distantes tiempos de labor, encendíanse los fogones para calentar los hierros de las marcas. Ya no pacía cerca de las casas

---

[2] *majadita:* redil o albergue para el rebaño, o también el rebaño mismo.

[3] *horcón del valladar de palo-a-pique:* conjunto de palos verticales que hincan muy juntos y en hilera formando una cerca o corral.

[4] *cepa-caballo:* planta de medio metro de altura con hojas y espinas en las ramas.

[5] *cicuta:* nombre común de diversas plantas de la familia umbelíferas con flores blancas y pequeñas. De esta planta se extrae un veneno del mismo nombre.

[6] *manzanilla cimarrona:* planta de hasta un metro de altura en forma de arbusto con flores parecidas a las margaritas. Es fácil confundirla con la planta *manzanilla dulce,* que es medicinal y aromática.

[7] *yuyo colorado:* hierba que puede alcanzar los dos metros de altura. Sus hojas tiernas pueden ser comestibles.

[8] *galpones:* cobertizo para el ganado, a veces sin paredes. En América pueden ser también las casas destinadas a los esclavos o peones de las haciendas.

[9] *cenefas:* la decoración en los muros o techos de una casa.

[10] *manguera:* hendiduras o surcos marcados para el agua.

[11] *playo:* extensión de terreno con poco fondo.

[12] *tranquera:* especie de puerta rústica.

[13] *gramillas:* planta gramínea que suele utilizarse como pasto para el ganado.

el ganado tambero[14], ni hozaban[15] los porcinos, rodeados de patos y gallinas; y hasta la trillada senda que conducía a la enramada, se había casi borrado, invadida por el pasto.

Dura había sido la prueba, y duro debía ser el trabajo para recuperar lo perdido. El país era un enfermo que entraba en convalescencia tras los sacudimientos de dos años de convulsiones históricas que agotaron sus fuerzas.

Firmada la paz, restablecido el orden, se apagó en las cuchillas[16] el rebramar de las contiendas, quedó el campo en silencio, y los jefes-pastores, deponiendo las armas, volvieron a sus hogares, como vuelven al cauce las aguas del río desbordado después de desvastar llanuras.

Cuando don Marcial Rodríguez llegó a su estancia del Sauce, no encontró más que cuatro montones de escombros, dos higueras y un ombú[17]. Todo había sido arrasado, devorado por el fuego: las habitaciones de la familia, cuyos muros de piedra yacían en forma de montículo, cubierto de cenizas y carbones; los grandes ranchos de palo a pique donde dormía la peonada; el secular galpón de postes de coronilla clavados por el abuelo, y hasta la antiquísima cocina que ostentaba con orgullo espeso revoque de hollín. Culebras y lagartos habían tomado posesión de todo y se señoreaban en los escombros sin recelos ni peligros. En el campo, entre pastizales inmensos, corrían libres, enarcado el cuello y sueltas al viento las pobladas crines numerosas manadas de yeguas cerriles[18]; y de entre los bosques del chilca[19], solían verse las largas cornamentas de un grupo de toros montaraces que, aprovechando el silencio, se habían atrevido a abandonar las lobregueces de los potriles. Después, ni un solo caballo, ni

---

[14] *ganado tambero:* se dice del ganado manso, especialmente de las vacas destinadas a la producción de leche.

[15] *hozar:* escarbar en la tierra con el hocico.

[16] *cuchillas:* cumbres alargadas y ásperas de cerros no muy altos. Uno de los mejores cuentos de Viana se titula «En las cuchillas», del libro *Gurí* (1901).

[17] *ombú:* árbol americano de corteza gruesa y blanda, y de copa densa con flores en racimos.

[18] *yeguas cerriles:* yeguas sin domar.

[19] *chilca:* arbusto resinoso que suele crecer en las faldas de las montañas.

una oveja, ni una lechera. La carreta de bueyes, la rastra[20] y el barril del agua, las herramientas de labranza, las marcas[21], todo lo que no se pudo robar había perecido en el incendio del galpón. Para que la estancia ofreciera el más completo aspecto de ruina, hasta los postes del palenque[22], de la manguera y del corral de las ovejas fueron arrancados a cincha de caballo[23]. La partida que pasó por allí había trabajado con verdadera furia destructora: fue un huracán que no dejó nada en pie. En medio de tanta desolación, sólo el ombú se erguía siempre verde, siempre sereno e inmutable, como testigo sensible que ve pasar por su lado los años y los acontecimientos, sin que los unos le dañen ni los otros le preocupen.

Don Marcial, acompañado de su hijo Juan, de dos amigos que fueron sus oficiales subalternos en la pasada lucha, y de Luis —un pardo[24] fiel que le sirvió de asistente— emprendió con ánimo sereno la tarea siempre penosa de reconstruir lo destruido.

A la buena de Dios, con troncos de sauce y brazadas de totora[25] levantose un rancho que sirvió de albergue a los cuatro; luego, del mismo modo, se hizo la cocina: todo esto sin descuidar las faenas del campo, el aparte en la estancia de un almacenero gallego, a quien se compró un ganadito y una majada no muy buena, ni muy nueva, ni muy gorda, pero a buen precio.

—Hay que arreglar bien las cosas, hay que volver a empezar, porque esto es rancho de negros —había dicho el patrón, sin ocultar la tristeza que le producía el ver convertida en miserable ruina la casa de sus mayores. Y el primer día bueno

---

[20] *rastra:* nombre de varios utensilios de labranza, normalmente utilizados para recoger paja o grano.

[21] *marca:* probablemente el hierro para marcar las reses.

[22] *palenque:* valla o estacada que se hace para delimitar un terreno.

[23] *a cincha de caballo:* en Uruguay, a mata caballo, apresuradamente, violentamente.

[24] *pardo:* mulato, hijo negra y blanco o al contrario.

[25] *totora:* planta común en esteros o pantanos, cuyo tallo puede llegar a medir tres metros. Se usa con frecuencia en la construcción de techos y paredes.

fueron todos al monte a cortar coronillas[26], que labraron y clavaron formando un gran rectángulo que debía constituir el galpón.

Se trabajó con ahínco, y en pocos días estaba armado: sólo faltaba la paja brava para el techo y esperaban mejores días para comenzar el corte.

Una tarde, después de concluida la tarea y mientras «amargueaban»[27], don Marcial, mirando el cielo, dijo:

—Parece que se ha asentao[28] el tiempo y sería güeno encomenzar a cortar paja pa que se vaya oriando.

Y luego, dirigiéndose a su hijo:

—¿No has estao por el bañao del Sauce?

—No, tata —respondió el aludido— pero se mi'hace que ha 'e estar muy lleno entuavía.

—¡Qué ha 'e estar! —exclamó el pardo asistente—; yo fi esta mañanita campiando el petiso[29] overo[30] y lo vide; tuavía hay agua, pero ya se puede meniar facón[31].

—Güeno, entonces vas a dir vos con Juan, mañana temprano —continuó el patrón.

—¡Pa qué! —dijo el teniente Gutiérrez—; este indio viejo no corta dos «mazos»[32] en tuito el día. Voy yo con Juan, más mejor.

—No hay comedido que salga bien, don Gutiérrez —contestó el pardo sentenciosamente.

—Vamos a ver.

—Güeno —concluyó don Marcial—; los que vayan a dir que agarren caballo pa salir bien al aclarar.

---

[26] *coronilla:* árbol espinoso y de un tipo de madera que se utiliza para postes, carbón y leña.

[27] *amargueaban:* seguramente tomar mate.

[28] *asentao:* asentado. En los diálogos que siguen aparecen muchos localismos y arcaísmos. De ellos anotamos sólo aquellos cuya explicación consideramos necesaria para el lector actual o no familiarizado con la lengua gauchesca.

[29] *petiso:* caballo de raza, de cuerpo pequeño.

[30] *overo:* de color amarillento.

[31] *facón:* cuchillo grande, machete que a veces se utiliza en trabajos de campo.

[32] *mazo:* haz, gavilla, conjunto de hierba o ramas.

Poco después los cuatro hombres ganaban la cocina para preparar el medio capón[33], asado al asador, lo que, sin pan y sin sal y con sólo un mate amargo por postre, constituía su cena.

Después, a dormir en la habitación común, sobre las camas hechas con los recados[34].

II

En la improvisada cocina, por cuyas paredes construidas con manojos de ramas de chalchal[35] penetraba el frío sin obstáculos, ardían con dificultad las astillas de sauce y coronilla acumuladas sobre el trashoguero[36] de guayabo[37]. Mientras Juan, en cuclillas, con los ojos cerrados para evitar la acción de humo, soplaba el fuego con toda la fuerza de sus carrillos, el teniente Gutiérrez preparaba la calabaza para el amargo.

—Hermano —dijo el primero— andá vos a trair los caballos.

No le agradó al teniente la comisión, y replicó enseguida:

—No, andá vos que sos más muchacho.

—¡Amolá que te asiente! Siempre me jeringás con lo de más muchacho, pa quedarte en el rescoldo. ¡Te estás haciendo más mañero que petiso de pueblo!...

—Es que yo ya tengo los güesos duros; y dispués que la mañanita está linda.

—¡Pa debajo las cubijas![38]. Siguro que los maniadores[39] están como vidrio.

---

[33] *capón:* carnero capado, o también cordero.

[34] *recados:* conjunto de instrumentos o piezas que componen el apero para montar.

[35] *chalchal:* árbol delgado y frondoso, de hasta diez metros de altura con fruto rojo y flores blancas amarillentas.

[36] *trashoguero:* losa o plancha que se coloca detrás de la pared del hogar o en la chimenea.

[37] *guayabo:* árbol típico de América, cuyo fruto es la guayaba.

[38] *cubijas:* cobijas, mantas.

[39] *maniadores:* se refiere a los látigos, correas o «maneadores» con los que se arrean a los caballos.

Al fin, desperezándose, el mozo salió en busca de los caballos.

Recién clareaba, el campo estaba lleno de escarcha y hacía un frío intensísimo. Juan recogió los maneadores, que estaban mojados, blanditos, escurridizos y producían en las manos una impresión dolorosa; llevó los caballos a las casas, los enfrenó[40] y fuese a la cocina a saborear el amargo.

—Vamos, muchachos, ¡vamos! —exclamó don Marcial entrando poco después. El medio día los va a agarrar en la cocina.

—¿Y no churrasquiamos[41] primero?

—¡Qué churrasquiar, amigo! Llévense un asao y allá lo comen; sino, nos van a encontrar las golondrinas con los ranchos pu'hacer.

Nada objetaron, y a poco, apurando el trote para ahuyentar el frío, iban, camino del bañado, los dos amigos, conversando de cosas viejas, evocando recuerdos comunes, cantando, a veces y aspirando siempre el humo del pucho[42] de cigarro negro.

Llegados a la vera del bañado, desmontaron, desensillaron y ataron a soga los caballos. En seguida se remangaron las bombachas[43] hasta encima de las rodillas y, facón en mano, penetraron en aquel bosque de paja brava.

Juan tenía razón: había bastante agua aún y el terreno fangoso hacía difícil la marcha. A cada instante los mozos se hundían en el lodo, en ocasiones hasta la rodilla; lo que no era obstáculo para que trabajaran con ahínco y buen humor.

El sol, ese sol ardiente que subsigue a los temporales, cubrió de luz aquel mar de gigantescas gramíneas[44], cuyas largas hojas de finos bordes cortantes iban cayendo rápidamente al golpe de facón de los trabajadores. Poco a poco se fue-

---

[40] *enfrenar:* poner el freno al caballo.

[41] *churrasquiar:* churrasquear, comer churrasco o carne asada.

[42] *pucho:* la colilla o la pequeña cantidad que queda del cigarrillo.

[43] *bombachas:* pantalones anchos y ceñidos por abajo.

[44] *gramíneas:* familia de plantas de tallo cilíndrico nudoso y generalmente hueco, con hojas largas y estrechas y de flores en espiguillas reunidas en espigas.

ron alejando uno de otro, porque en partes los sarandíes[45] extendían sus tallos tortuosos, imposibilitando el corte; en partes se alzaban totorales a cuyos pies crecían calagualas y culandrillos[46], y en partes blanqueaban las finas hojas dentadas de las espadañas[47].

Habían transcurrido un par de horas. Los dos mozos no se veían, pero seguían conversando y cantando. El teniente había empezado por centésima vez una canción del tiempo del Sitio:

Si Pancho Lazala
no pone remedio,
¡trabajo nos manda
con todos sus negros!

—¡Hermanito! ¡Cuasi me rebano un dedo!

—¡Y yo, entonce, estoy tuito rajuñao!... Pero qué vamu'hacer si los trabajos se han hecho pa los hombres y al fin y al cabo hasta los mesmos pájaros tienen que agachar el lomo pa'hacer sus nidos.

... Ellos son borrachos,
ellos bochincheros,
y hasta los canarios
ya les tienen miedo...

—Hermano, ¡qué bien vendría un trago'e caña[48] pa refrescar el gañote[49], que lo tengo seco como la perdiz!..

Desde lejos, asomando la cabeza por encima de las pajas, Juan replicó con sorna:

---

45 *sarandíes:* arbustos de ramas largas y flexibles que abunda en los terrenos húmedos.

46 *calaguala* y *culandrillos: calaguala:* especie de helecho; *culandrillos:* seguramente sea una variante de culantro o cilantro, planta herbácea que en algunas regiones de América se utiliza como ingrediente de ensaladas y otros platos.

47 *espadaña:* planta herbácea alta, que se da cerca del agua y tiene hojas filosas.

48 *caña:* aguardiente extraído de la melaza de la caña de azúcar.

49 *gañote:* gaznate o garganta.

—Si te gusta el licor de las ranas, vení pacá. Reciencito me sumí hasta las verijas[50] y ya tengo los basos[51] blandos de tanto chapaliar[52] barro.

—¿Qué? —gritó el teniente, que no había oído; y como no obtuviera respuesta, continuó su canto:

Ellos roban patos,
gallinas y güevos;
guascas[53], maneadores,
lazos y sobeos[54].

Los dos amigos se fueron separando cada vez más, buscando en el estero[55] sitio apropiado para cortar la paja.

El teniente, que no era hombre para estarse callado, llamó repetidas veces a Juan; pero como éste no contestara, siguió cantando:

... y hasta los canarios
ya les tienen miedo;
por eso los llaman
güeyes chacareros...[56].

Se detuvo para encender el cigarro, cuya brasa había caído; mas no encontrando el avío[57], colocó el pucho atrás de la oreja y prosiguió:

Donde hay yeguas, potros nacen,
donde hay agua, hay aperiá[58]:

---

[50] *verijas:* región de las partes pudendas, comúnmente las partes genitales.

[51] *basos:* probablemente *brazos.*

[52] *chapaliar:* chapalear, chapotear, aquí trabajar con las manos en una zona acuosa o pantanosa.

[53] *guasca:* ramal de cuero.

[54] *sobeo:* tira de cuero que une el ganando con el carro o el arado.

[55] *estero:* terreno pantanoso que suele llenarse de agua por la lluvia o filtraciones subterráneas, y en el que abundan las plantas acuáticas.

[56] *chacarero:* de la chacra (granja o rancho).

[57] *avío:* utensilios y material para fabricar el cigarrillo.

[58] *aperiá:* seguramente *apereá,* animal roedor parecido al ratón pero más grande y robusto que éste.

las más lindas flores crecen
entre el barro y la humedá.

—¡Juepucha!... y ya me tajié un dedo. ¡Bien haiga la paja más brava que cuchillo hallao!... ¡Suerte perra la del gaucho pobre, como que pa sufrir dijo la partera: varón!... Hoy hambre, mañana frío, necesidades siempre, y...

Yo soy del pago del Sauce,
pago lleno de dolores,
regado con sangre'e blancos:
allí ya no nacen flores!...

No más de un cuarto de hora había transcurrido, cuando un grito de dolor agudo y prolongado le hizo levantar la cabeza.

Quedó un instante perplejo y luego llamó por repetidas veces:

—¡Juan! ¡Juan! —sin que nadie contestara.

Entonces, dando brincos como toro montaraz perseguido entre las pajas, corrió a toda prisa hacia el sitio donde suponía a su amigo, sin cesar de llamarlo, y más alarmado a cada instante que pasaba. Una zanja llena de agua y defendida por un sarandizal cuyas ramas formaban malla impenetrable, cortole el paso, obligándole a dar un largo rodeo. Ansioso, anhelante, gritando siempre el nombre de su amigo, emprendió la difícil carrera, hundiéndose en el suelo fangoso y sin parar mientes en la paja que le azotaba el rostro, ni en las espadañas y caraguatás[59] que destrozaban sus piernas desnudas. Presintiendo una gran desgracia, seguro de que Juan había sido herido, quizá muerto, lo ahogaba el deseo de llegar; y su mano derecha oprimía el mango del facón, aprestándose a la venganza. Al fin vio el claro de la paja cortada, y de un salto estuvo en él. Rápidamente investigó el paraje notando en seguida unas pequeñas manchas de sangre y el facón del mozo. Y él, ¿dónde estaba?... En la senda que con-

---

[59] *caraguatás:* nombre común de diversas plantas que crecen en lugares húmedos y pantanosos, de la familia de las bromeliáceas.

ducía al campo vio otras gotas de sangre, y se lanzó por allí, corriendo y gritando y observando a uno y otro lado, sin encontrar nada. La paja iba disminuyendo en altura a medida que se acercaba a la linde del bañado, y en cuanto su cabeza dominó el pajonal, se irguió y tendió la mirada escrutadora hacia el campo. Quedaba aún una buena lonja de bañado, y la loma que se alzaba inmediatamente después, estaba poblada de chilcas altas y gramíneas exuberantes. Titubeó un instante, dudó, escuchó, y no hallando ningún indicio, prosiguió la carrera por el trillo[60] estrecho, duro en partes, fangoso a trechos, siempre irregular, tortuoso, de tránsito difícil.

Cuando llegó al arranque de la cuchilla se detuvo nuevamente para examinar el paraje, y creyó ver un bulto humano caído sobre la senda. Como ya el terreno era más firme y menos nutrida y lujuriosa la vegetación, corrió casi sin obstáculos y llegó pronto hasta el punto negro divisado sobre la loma.

No se había engañado: era Juan, cuyo cuerpo exánime reposaba sobre la yerba.

En un segundo se abalanzó sobre él y se cercioró de que estaba vivo. Pero herido, ¿en dónde? Observolo con cuidado, lo movió, revisó el dorso y no sólo no halló la herida, sino que ni siquiera rastro alguno de sangre, lo cual le preocupó sobremanera. Recordó que sólo unas gotas rojas manchaban el playo, donde suponía perpetrado el crimen, y que otras pocas gotas coloreaban el sendero, y no se explicaba cómo podía su amigo encontrarse allí, poco menos que muerto, sin haberse producido hemorragia. De pronto lanzó un grito furioso: el joven tenía el rostro amoratado, y en la pantorrilla desnuda, se veían dos pinchazos pequeños y dos coagulitos que los cubrían.

Aquello bastó al teniente para formular su diagnóstico con entera seguridad:

—¡Víbora! —gritó consternado; y después de permanecer algunos minutos perplejo, irresoluto, dominado por la pena, se fue corriendo en busca del caballo más próximo.

---

60 *trillo:* senda hecha a fuerza de caminar por un lugar.

Enfrenó a prisa; puso un cojinillo por todo arreo; alzó a Juan con gran trabajo, atravesándolo sobre las cruces del animal, y en seguida montó de un salto y salió, rumbo a la estancia, todo lo aprisa que las circunstancias se lo permitían.

III

En medio de la consternación consiguiente, Juan fue llevado al rancho y acostado en una cama arreglada de la mejor manera.

Don Marcial y los dos peones confirmaron el diagnóstico hecho por el teniente Gutiérrez:

—¡Víbora!... no cabe duda —había dicho el viejo, lagrimeando y recordando al hijo muerto. Era una víbora: de cascabel, de la cruz[61], ¡quién sabe!, pero la ponzoña trabajaba enérgicamente en aquel organismo joven y vigoroso.

En cuanto al pronóstico, se leía fatal en el semblante triste y adolorido de aquellos hombres rudos, hechos al rigor, avezados al sufrimiento y familiarizados con la muerte en el continuo batallar de la época.

El mozo no daba señales de vida; un sopor, por instantes más intenso, le embargaba, y notábase sin dificultad que quedaba muy poca vida a[62] aquel cuerpo rígido.

Pusiéronsele en las sienes paños de agua fría, y se consiguió con ello, al rato, que recobrara un tanto el sentido; pero interrogado sobre el suceso, sólo pudo decir, y esto con toda la aparencia de un delirio febril:

—¡De cascabel... grande... en la pierna... grandota... grandota!

Estaban bien marcadas las señales de la herida; el crótalo[63] había hundido con rabia sus colmillos afilados en la pantorrilla del joven, que parecía moribundo. Su rostro, hincha-

---

[61] *víbora de la cruz:* en algunos lugares también llamada *yarará,* es una serpiente de veneno bastante fuerte, aunque no necesariamente mortal. Recibe ese nombre por un dibujo en forma de cruz que tiene en la parte superior de la cabeza.

[62] *a: sic* en el original, pero quizá *en.*

[63] *crótalo:* serpiente de cascabel.

dísimo, estaba cárdeno, casi negro; de cuando en cuando, los párpados abultados se levantaban con gran esfuerzo y miraba sin lograr distinguir los objetos ni las personas. Dolores horribles en la herida le arrancaban ayes que con dificultad pasaban por la garganta contraída.

La fiebre, cada vez más intensa, engendró el delirio; un delirio atroz, continuo y doloroso, poblado de escenas horripilantes, de persecuciones, de venganzas, de degüellos crueles y de mutilaciones feroces.

El pardo viejo fue al campo y regresó pronto trayendo hojas de guaco[64] y yerba de la víbora, lo que bien machacado y mezclado con sebo de riñonada aplicó en la herida, en forma de cataplasma, garantiendo[65] —con el testimonio de varios difuntos—, la eficacia del antídoto.

Pasaron las horas, llegó la noche, y el mozo seguía cada vez peor. Don Marcial le dio a beber unos sorbos de caña con raíz de cipó-miló[66], medicamento considerado infalible contra las ponzoñas, y le puso en la herida paños humedecidos en la misma infusión; pero el mal estaba adelantado, el veneno roía vorazmente el organismo y todo era inútil para arrancarlo a las garras de la muerte. El rostro disforme, monstruoso, se manchaba de rato en rato con la sangre negra que brotaba de las narices.

Pasose la noche en horrible expectativa, sin que nadie durmiera. Tomando mate amargo, fumando tabaco negro y comiendo churrascos flacos, los hombres habían dejado transcurrir las horas largas y tristes, comentando el accidente, haciendo pronósticos y proponiendo remedios.

Cuando alumbró el nuevo día, la consternación fue mucho mayor. El enfermo se agravaba; todo el cuerpo, y especialmente las manos y los pies, estaban disformes; la cara, la cabeza y el cuello eran más de monstruo que de ser humano: parecía que le hubieran soplado con un fuelle, distendién-

---

[64] *guaco:* nombre común de varias plantas de tallos de hasta 20 m de largo, hojas grandes y flores blancas.

[65] *garantiendo:* garantizando.

[66] *cipó-miló:* no ha sido posible encontrar ningún referente para esta palabra.

dolo cuanto diera la elasticidad de la piel. No se veían los ojos; la nariz se confundía con las mejillas, y los labios semejaban enorme jeta[67] de negro africano. Un sudor viscoso humedecía la faz rubicunda. Manchas negras cubrían el tronco y las extremidades; y todo él ardía, devorado por la fiebre.

El pardo Luis tragaba el mate amargo a grandes sorbos, pasando desesperada revista a los recuerdos de sus muchos años, en busca de una medicina que en determinado caso hubiera sido empleada con éxito. En las picadas de víboras que él había visto —¡y había visto bastantes!— se había aplicado... ¿qué diablos podía aplicarle a Juan, que no se lo hubiera aplicado ya?... Desde el apósito[68] de «infundia»[69] de lagarto, hasta la última yerba de los bañados, habíalo él prescripto y propinado, apoyando su terapéutica con el testimonio del individuo tal, de tal parte, curado de tal modo, en tal época, por tal persona. Al fin, agobiado por la pena que le causaba la desgracia de Juan, y la desilusión de su sabiduría médica, su espíritu se concentraba en el mate que oprimía entre sus dedos gruesos, nudosos, ásperos y oscuros —de un oscuro de bronce viejo— y de rato en rato, meneando la cabeza y escupiendo sobre las brasas, decía con angustia:

—¡Cómo ha'e sé!... ¡Tuito hemo'e morí, a cabo!... ¡Cómo ha'e sé!...

Carmelo Sosa, el capitán Carmelo Sosa, no había abierto la boca para nada, ni había intentado hacer nada, porque él, en primer lugar, no sabía hacer sino aquello que le ordenara su jefe. No habiéndole dado orden alguna, él pitaba[70], escupía por el colmillo y hacía marcas en el suelo con el dedo: tres cosas para las cuales no pedía nunca permiso.

Gutiérrez, en cambio, estaba desesperado, siendo, como era, casi hermano del enfermo, y creyéndose culpable por no haber impedido la catástrofe. Le parecía que estando él allí las cosas no hubieran debido pasar de aquel modo, y con la

---

67 *jeta:* boca saliente o pronunciada.
68 *apósito:* remedio que se aplica exteriormente, sujetándolo con vendas.
69 *infundia:* enjundia.
70 *pitaba:* fumaba.

rabia con que lanceaba un enemigo en un «entrevero»[71] peligroso, mesábase los cabellos, unos cabellos rubios y ensortijados que le bajaban hasta los hombros, y a cada instante exclamaba colérico.

—¡Malaya!... ¡Malaya!...

Don Marcial era el único que se conservaba sereno. Pasada la primera impresión, seguro del final doloroso e inevitable, había recobrado la sangre fría y la conformidad estoica de los varones fuertes, crecidos en la lucha, llegados a hombres con un rudo aprendizaje de trabajos y fatigas, y descendidos a la edad provecta sin abandonar el puesto de combate y sin ver disminuidas las contrariedades ni aumentada la dicha.

Sentado en un tronco de guayabo, con la caldera entre las piernas y el mate en la mano, esperó tranquilamente que su exasistente le trajera y le ensillara su caballo, según se lo había ordenado; y cuando le avisaron que ya estaba pronto salió, recomendando el enfermo a sus dos oficiales, sin decir una palabra más ni demostrar apuro.

Dos horas después regresó —sudoroso el cabello y empolvado el traje—, seguido de un pardo viejo y harapiento, de luenga cabellera crespa, rostro rugoso, ojos opacos, boca sin dientes y abundosa barba cana.

Era el tío Luis, curandero de fama, no tanto por sus vastos conocimientos de herborista, que le habían familiarizado con cuanta yerba y cuanto «yuyo» existe en tierra uruguaya, sino por su sabiduría y raro don para *vencer*[72]. Cuando los medicamentos silvestres no daban resultado; cuando las infusiones y las cataplasmas no surtían efecto; cuando la ciencia de los doctores se reconocía impotente, entonces íbase en busca del pardo Luis, como se va en busca de la Providencia, de lo sobrenatural y del milagro. Perdida toda esperanza en los medios materiales, corríase aún en busca de la salvación no probable, pero posible, mediante la intervención del misterio, mediante la buena voluntad de un poseído que cura en

---

[71] *entrevero:* confusión, pelea.
[72] *vencer:* curar.

nombre de Dios, por favor de Dios, como las aguas de Lourdes curan las dolencias de los fanáticos cristianos. No eran para contarse las maravillas que había hecho el viejo curandero mediante el poder de su oscura ciencia nigromántica. Más de una vez había llegado al lecho de un casi cadáver unido al mundo de los vivos por hilo casi impalpable, por llama casi invisible, y él había hecho del hilo una maroma y había soplado la llama convirtiéndola en resplandor de vida.

—¿Cómo?...

—¡Misterio!...

Al acercarse al lecho donde reposaba Juan, no pudo contener una expresión de disgusto.

—Ya e un poco tarde —dijo—; pero con e favó'e Dios hemos'e hacé ago.

El enfermo se agitaba en medio de atroces padecimientos. Un temblor nervioso lo sacudía sin cesar, y a las náuseas y los vómitos continuados se unían los repetidos calambres que amenazaban romper las fibras musculares de los miembros.

Sin embargo, el extraño médico no se desmoralizó. Con su mano negra y callosa oprimió la frente del mozo, le hizo varias cruces, en la boca, en la cabeza, en el pecho; luego pidiendo un vaso, salió de la covacha solicitando que le dejaran solo.

Llenó de agua el vaso, y sacando de la cintura su cuchillo, trazó en el suelo un sello de Salomón[73]; después, con la punta de la hoja acerada, recogió una pequeña porción de tierra de cada sección de círculo, y las fue echando en el vaso. En seguida, con ademanes de sacerdote mago, misteriosos, solemnes, incomprensibles, levantó el vaso a la manera de un cáliz, murmurando un oración ininteligible. Miró el sol, dio dos o tres vueltas, se arrodilló, pronunció otra oración extraña, y, santiguándose con el vaso, fuese a la cama del paciente. Una vez allí, hincó una rodilla en tierra, levantó con la mano izquierda la cabeza de Juan, y mientras con la derecha le ha-

---

[73] *sello de Salomón:* la estrella de David. A veces, como en el relato, se completa con una circunferencia exterior.

cía beber el líquido, pronunció cuatro palabras cabalísticas, cuatro vocablos oscuros e incomprensibles que los asistentes no intentaron descifrar.

Luego arrojó al suelo el vaso vacío. En seguida comenzó a recoger los pedazos. Durante esta operación el rostro del viejo estaba ceñudo y sombrío; sus conjuntivas[74] mostrábanse más rojas que de costumbre, las numerosas arrugas de la frente se marcaron más hondas, y sus largos dedos nudosos palpaban el pavimento en busca de los fragmentos de vidrio. Cerciorado de que los tenía todos en la mano, se puso a contarlos uno por uno, con gran cuidado, demostrando que atribuía suma importancia a la exactitud de la cuenta. Don Marcial y sus tres amigos rodeaban al curandero, lo oprimían, lo observaban, lo interrogaban ansiosamente con las miradas afligidas que traducían con fidelidad la angustia de sus almas sencillas y afectuosas. Seguían con prolija atención todos los movimientos del sabio, pareciéndoles —en la tribulación de sus penas— que se les escapaba una esperanza al perder un detalle. El tío Luis no era fuerte en aritmética: contaba despacio y mal, equivocándose a menudo; lo cual mortificaba a los espectadores de la escena y le irritaba a él mismo, que debía volver a comenzar a cada instante. Ora porque al ir a coger un trozo de vidrio se olvidaba de lo que llevaba contado, ora porque al pasarlos de una mano a otra se le escapaba más de uno, ello es que la cuenta se hacía interminable. Gutiérrez, que era quien más anheloso se mostraba, intentó varias veces llevar la suma, salvando los errores del viejo; pero éste se amoscaba, echándole la culpa de la equivocación; tornaba a empezar en medio del silencio que hacíase triste, misterioso, cruel, en la pequeña pieza casi a oscuras, entre aquellas cuatro paredes negras de las cuales brotaba aún penetrante el olor a tierra fresca y se mezclaba al olor del chalcal verde y al hedor de las «bajeras» y «caronas»[75] pasadas de sudor. Por fin concluyó el pardo la cuenta y sea por haber vencido la dificultad aritmética, sea porque le agra-

[74] *conjuntivas:* la membrana interior de los párpados.

[75] *bajeras y caronas:* piezas de tela que van entre la cabalgadura y la bestia. Sudadero o manta que se pone a las cabalgaduras.

dara el número obtenido, su rostro se iluminó, se despejó su frente, e irguiéndose cuanto se lo permitía el fardo de sus muchos años, exclamó gozoso:

—¡Onse!... To ta güeno, po qu'e none...

Después se acercó otra vez al enfermo; púsole sobre el pecho las dos manos cerradas conteniendo los vidrios, y con el tono del niño que recita una fábula, pronunció en portugués chapurreando la extraña oración que —arreglada— damos en seguida: «Juan Martínez, hijo mío, yo te bendigo en nombre de Dios, por orden de Dios y por el poder que me ha dado Dios; y con ese poder ordeno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces, que el veneno de la víbora que te ha picado salga de tu cuerpo gota a gota, y deje limpia tu sangre y se hunda en la tierra negra, en la tierra fea, en la tierra fétida donde moran los animales malditos: los asquerosos reptiles, los sapos inmundos y los repugnantes escarabajos; y cuando estés curado por este grande favor de Dios Todopoderoso, no te olvides de dar una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces las gracias al Dios grande y justo, remunerador de los buenos».

Cuando hubo concluido, y como nadie se atreviera a romper el silencio que reinaba en la pieza, sonriendo con orgullosa satisfacción, y guiñando ora uno, ora otro de sus ojillos turbios:

—E veleno era juete —dijo— 'e bíbora 'e la cruz bieja; pelo la vencelura ha sido güena tamién; nu'ay piligro!...

Luego, dirigiéndose al patrón:

—Vamo a ve esa *cachacha*[76], don Marcía.

Quince días más tarde, don Marcial carneaba dos vaquillonas[77] con cuero. En medio del paisanaje alegre y decidor,

---

[76] *cachacha:* licor fuerte parecido al ron y usado principalmente entre peones y gente de campo.

[77] *carneaba dos vaquillonas:* mataba dos becerros.

el viejo curandero se paseaba como un sacerdote misterioso y solemne. Todos se afanaban por servirle, más especialmente que ninguno, Juan, quien, aunque pálido y demacrado, había recobrado el buen humor y el apetito y hablaba de volver pronto al bañado a continuar la interrumpida labor.

[illegible]

che las dos manos cerradas conteniendo los vidrios, y con el tono del niño que recita una fábula, pronunció en portugués chapurreando la extraña oración que —arreglada— damos en seguida: «Juan Martínez, hijo mío, yo te bendigo en nombre de Dios, por orden de Dios y por el poder que me ha dado Dios; y con ese poder ordeno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces, que el veneno de la víbora que te ha picado salga de tu cuerpo gota a gota, y deje limpia tu sangre y se hunda en la tierra negra, en la tierra fea, en la tierra fétida donde moran los animales maldecidos: los asquerosos reptiles, los sapos inmundos y los repugnantes escarabajos; y cuando estés curado por este grande favor de Dios Todopoderoso, no te olvides de dar una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces las gracias al Dios grande y justo, remunerador de los buenos».

Cuando hubo concluido, y como nadie se atreviera a romper el silencio que reinaba en la pieza, sonriendo con orgullosa satisfacción, y guiñando ora uno, ora otro de sus ojillos negros:

—El veleno era juerte —dijo— 'e bíbora 'e la cruz bieja; pero la [illegible] ha sío güena tamién; ¡no'ay pilígro!...

Luego, dirigiéndose al patrón:

—Vamo a ve esa [illegible][6], don Marcia.

Quince días más tarde, don Marcial carneaba dos vaquillonas[5] con cuero. En medio del paisanaje alegre y decidor,

---

[5] [illegible]

[6] [illegible]

Colección Letras Hispánicas

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

676 *Cenotafio (Antología poética, 1969-2009)*, JAIME SILES.
Edición de Sergio Arlandis.
677 *Las impuras*, MIGUEL DE CARRIÓN.
Edición de Ángel Esteban y Yannelys Aparicio.
680 *Las Rosas de Hércules*, TOMÁS MORALES.
Edición de Oswaldo Guerra Sánchez.
678 *Después de la batalla y otros cuentos*, JACINTO OCTAVIO PICÓN.
Edición de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo.
679 *Aurora roja*, PÍO BAROJA.
Edición de Juan M.ª Marín Martínez.
681 *Cagliostro*, VICENTE HUIDOBRO.
Edición de Gabriele Morelli.
683 *Gloria*, BENITO PÉREZ GALDÓS.
Edición de Ignacio Javier López.
684 *Ropa de calle*, LUIS GARCÍA MONTERO.
Edición de José Luis Morante.
685 *El Quijote apócrifo*, ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA.
Edición de Alfredo Rodríguez López-Vázquez.
686 *Hoy es fiesta. El tragaluz*, ANTONIO BUERO VALLEJO.
Edición de Mariano de Paco.
687 *La dama duende*, PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.
Edición de Jesús Pérez Magallón.
688 *Grandeza mexicana*, BERNARDO DE BALBUENA.
Edición de Asima F. X. Saad Maura.
690 *El retablo de las maravillas. En un lugar de Manhattan*, ALBERT BOADELLA.
Edición de Milagros Sánchez Arnosi.
691 *Controversia del toro y el torero. La cena*, ALBERT BOADELLA.
Edición de Milagros Sánchez Arnosi.
692 *Claros del bosque*, MARÍA ZAMBRANO.
Edición de Mercedes Gómez Blesa.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

La orilla oscura, JOSÉ MARÍA MERINO.
Edición de Ángeles Encinar.



unidos y dan cabida a un
mundo sobrenatural y a-lógico
que el estrecho racionalismo

en el siglo XIX
considerados
aunque tam
algunos de cará
naturalista o pre
Lo romántico y
están ín





0141689